



THEURIET

Nº
AHIJADO
DE UN
MARQUES

PQ2450

.T2

A3



1020026834



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL AHIJADO DE UN MARQUÉS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas.
Núm. de
Núm. de
Núm. de
Fecha
Clasif. de
Catalogo

N
1150
30766
-8-
24

Obras de André Theuriet.

	Rústica.	Tela.
<i>Pecado mortal.</i> — Versión castellana de A. Váscano y Honoré d'Elthour: un tomo en 8.º mayor, de más de 300 páginas..... ptas.	2'50	3
<i>La boda de Gerardo.</i> — UNA ONDINA.— Versión castellana de Antolín San Pedro: un tomo en 8.º mayor de más de 350 páginas..... ptas.	2'50	3
<i>El Profesor de Tours</i> (Miguel Verneuil).— Versión castellana de José de Siles: un tomo en 8.º mayor de 348 págs. ptas.	2'50	3
<i>Elena.</i> — Versión castellana de J. D.: un tomo en 8.º mayor..... ptas.	2'50	3
<i>Amor de otoño.</i> — Versión castellana de Miguel Bala: un tomo en 8.º mayor de cerca de 320 páginas..... ptas.	2'50	3
<i>¡Brabía!</i> — Versión castellana de H. Giner de los Ríos: un tomo en 8.º mayor de más de 320 páginas..... ptas.	2'50	3
<i>El Diario de Tristán.</i> — Versión española de Antolín San Pedro: un tomo en 8.º mayor..... ptas.	2'50	3
<i>Gertrudis y Verónica.</i> — Un tomo en 8.º mayor..... ptas.	2'50	3
<i>¡Siempre sola!</i> — Versión castellana de EL COSMOS EDITORIAL: un tomo en 8.º mayor..... ptas.	2'50	3

ANDRÉ THEURIET

EL AHIJADO DE UN MARQUÉS

VERSIÓN CASTELLANA

DE

EL COSMOS EDITORIAL



MADRID
EL COSMOS EDITORIAL
Arco de Santa María, núm. 4, bajo.
1890

100700

30766

843

9



PQ2450

T2

A3

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que exige la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

PRIMERA PARTE

—Lorenzo, siéntate ahí, cerca de la chimenea; estate calladito y con juicio, y podrás ver entrar á toda la gente sin perturbar el servicio del vestuario.

El niño á quien se dirigía esta recomendación se hallaba de pie en el hueco de una puerta de dos hojas, desde donde asomaba su curioso rostro hacia la meseta de la escalera bañada de luz.

Alzó los hombros con un movimiento de rebelde desagrado, y se acercó muy despacio á embutirse en el escondce que se le había señalado.

Era un mocito de nueve años, de cara viva é inteligente, coronada por espesa cabellera castaña oscura, y animada por dos ojos negros límpidos, chispeantes y rasgados.

La persona que le había recomendado silencio y juicio, era su tía, la señorita Sofia Husson, maestra costurera de Juvigny.

De mediana estatura, pero bien configurada, había ya pasado de las treinta primaveras, y aunque hermosa todavía, parecía haber renunciado á todo género de pretensiones. Su modesto vestido de tela negra con delantal del mismo color, sus cabellos castaños, aplastados hacia las sienes y medio ocultos bajo una gorrita de lienzo, daban cierto caracter de austeridad á su dulce y melancólico rostro. Sus ojos, muy vivos y brillantes, estaban casi constantemente velados por largas pestañas inclinadas, lo cual completaba el tinte de devoción y de voluntario abandono que se extendía sobre su rostro.

En pie, delante de la chimenea encendida, ayudaba á una camarista á preparar las cartulinas numeradas, destinadas á señalar las prendas y efectos depositados en el guarda-ropa.

Entretanto, oíase bajo la bóveda del hotel el rodar de los carruajes que iban conduciendo á los convidados.

Porque había baile en casa del prefecto de Juvigny-en-Barrois, y no así como quiera, sino baile de trajes; un verdadero acontecimiento en aquella pequeña población, donde eran harto raras las diversiones. Así es que, desde hacía un mes, puede decirse que estaba en conmoción todo Juvigny, y las pa-

troquianas distinguidas de la modista-costurera habían rogado á la señorita Husson no dejase de encontrarse en el vestuario la noche de la fiesta, á fin de dar el último vistazo y el postrer toque de mano artística á sus trajes, sigilosa y misteriosamente elaborados. Venciendo su timidez y sus escrúpulos de devota, la señorita Sofia se había prestado á tales ruegos y hasta había llevado consigo á su sobrino, que ardía en curiosos deseos de ver los disfraces, y á quien se le había prometido desde quince días antes asistir á aquel espectáculo, á título de recompensa por su aplicación al estudio.

De minuto en minuto, oíase el crujir de las faldas de seda arrastrando por la ancha escalera, y las parejas iban entrando en el vestuario, cuya atmósfera se hallaba perfumada por los olores de verbena y de polvo de lirio de Florencia.

Las damas entraban arropadas en sus capuchones, boas ó pelisas, y los hombres embozados á la española en amplias capas negras, á la sazón en moda.

Cada cual iba dejando caer rápidamente su oscura prenda de abrigo en manos de la camarista, y uno tras otro, cual mariposas saliendo de la crisálida, aparecían los invitados ante los asombrados ojos de Lorenzo en todo el esplendor de sus atavíos y trajes multicolores.

Aunque corría el año 1845, resentíanse la mayor parte de aquellos trajes de la influencia del roman-

ticismo de 1830. Así es que se veían sucederse y codearse en el vestuario, que resultaba demasiado reducido en sus proporciones, duquesas del siglo XV, remedando la vestimenta de Ana de Bretaña, caballeros con jubones de terciopelo recamados de plata-altivos albaneses, Esmeraldas y andaluzas sobrecargadas de blondas, y todo aquel conjunto abigarrado cuchicheaba, sonreía, daba pequeños gritos de admiración, y hacía muecas y pantomimas delante del gran armario de espejo.

Los hombres, funcionarios públicos ó propietarios rurales en su mayoría, parecían algún tanto embarazados y cohibidos dentro de aquellos vestidos tan poco familiares, y más de uno, intimidado por el ajustado calzón de punto que ponía de relieve hasta medio muslo los flacos contornos de sus largas piernas, echaba de menos para sus adentros la protectora cubierta del pantalón negro.

Por el contrario, las mujeres, más acomodaticias, más desenvueltas y mejor dotadas bajo el punto de vista del atractivo, del donaire y del talento de imitación, desempeñaban su papel con una superioridad indiscutible. Luciendo sus disfraces con graciosa soltura, parecían satisfechas y ganosas de exhibir las altas peinetas de concha, las antiguas blondas carmeses, y los maravillosos rasos rameados rebuscados en los armarios de sus abuelas. Deteníanse largo rato ante el espejo, dando golpecitos con el abanico sobre

las faldas, arreglando un bucle rebelde, paseando la extremidad de sus dedos enguantados entre el guarnecido de tul del corpiño y el desnudo pecho, y luego deslizábanse las parejas, á modo de apariciones, á lo largo de la próxima galería y desaparecían en el salón de baile, cuyas puertas, abiertas de par en par, enviaban al vestuario sonoras oleadas de música, ora brillante, ora atenuada por el ruido y la distancia.

Acurrucado en su rincón y con los ojos desmesuradamente abiertos, contenía el niño la respiración para mejor ver y admirar. Aquel lujo exuberante de terciopelos y blondas, la extraña variedad de los trajes, el aroma de las flores, la armonía halagadora de la orquesta, la galería iluminada, donde la luz de las bujías se reflejaba en el barnizado pavimento como en un espejo, las hermosas damas que cruzaban por aquel torrente de luz con ademán tranquilo y sonriente, todo aquello se le subía á la cabeza, produciéndole sorpresa y admiración indecibles.

Algunas veces cerraba los ojos, como deslumbrado, contentándose con escuchar la lejana música, hasta que un nuevo rozamiento de seda se los hacía abrir apresuradamente; seguía con mirada de contento y de codicia á las parejas que se alejaban, y sentía oprimírsele involuntariamente el corazón cuando desaparecían por la puerta de la sala, donde un ujier, con cadena de plata, arrojaba sus nombres en medio de aquella ruidosa animación.

Operábase una singular elaboración en aquel cerebro infantil. Por una parte sentíase Lorenzo encantado y gozoso al ver aquella brillante concurrencia, y por otra, sufría en su amor propio, al verse completamente anulado en medio de aquella fiesta. Sentíase humillado al verse relegado á un rincón con los criados y los abrigos.

Los convidados que se rozaban con él al paso, no le consagraban más atención que á cualquiera de los taburetes del vestuario, ó si por acaso reparaban en él, salía aun peor librado. Una dama, en traje de gitana, cuya falda botón de oro había tropezado con el niño al cruzar por delante, se volvió con ademán exasperado, y dijo mal humorada:

—¿Cómo dejan entrar á ese chicuelo con los zapatos llenos de barro?

Lorenzo, rojo de vergüenza y mortificado, abandonó bruscamente su rincón y fué á ocultarse tras las cortinas de la ventana que daba á la plaza; pero el espectáculo del exterior formaba tan rudo contraste con los esplendores y maravillas de la fiesta, que el niño estuvo á punto de echarse á llorar.

La noche era lluviosa; un agua fría y menuda mojaba el empedrado de la plaza, y de trecho en trecho la vacilante luz de los reverberos, balanceados por el viento, se reflejaba en los charcos formados en los sitios más bajos del pavimento.

A intervalos, veíase salir por la puerta principal

del hotel algún carruaje que se alejaba entre la bruma, con los dos faroles encendidos.

Al otro lado de la plaza alzábanse las altas y sombrías fachadas de las casas, con sus negras ventanas, cuyas persianas, mal cerradas, eran agitadas por el viento con siniestro ruido.

Lorenzo se estremeció y sintió oprimírsele el corazón. Aquella plaza desierta, aquellas piedras cubiertas de lodo, aquellos tétricos edificios le representaban la realidad que le aguardaba cuando saliese de la prefectura. Tal vez dentro de un cuarto de hora habría concluido para él la fiesta; su tía le volvería á llevar á la mezquina casa de la calle de la Corona, y al día siguiente se encontraría en el prosaico obrador de costura con sus paredes adornadas de viejos figurines y grabados de modas. El día siguiente representaba para él el fastidio del colegio, los deberes que cumplir y las lecciones que aprender.

En todo esto pensaba mientras permanecía en la ventana, apoyada la frente en los fríos cristales. El aspecto de la plaza le llenaba de tristeza, y al mismo tiempo una especie de respeto humano le clavaba detrás de las cortinas; no se atrevía á volver á presentarse en el vestuario, donde se le consideraba como intruso y se le había avergonzado delante de los criados.

Acababan de dar las once. Habían llegado todos los

convidados, y la camarista, aprovechándose de un momento de descanso, había salido á dar una vuelta por la repostería. Por su parte, la señorita Husson, recogiendo su dedal, hilos y agujas, disponíase á retirarse, cuando se dejó oír el rumor de una conversación en la gran antesala que separaba el vestuario del primero de los salones.

—Estoy segura, marqués—decía una voz femenina—de que vais á retrasaros y faltaremos al minué.

—Un minuto nada más, señora mía—replicaba una voz de hombre, cuyo sonoro timbre hizo experimentar á la costurera un súbito estremecimiento;—el tiempo estrictamente preciso para hacer que me cosan este guante... No conozco cosa más deplorable que un guante desgarrado.

Al mismo tiempo, el sujeto que acababa de pronunciar estas palabras, apareció á la entrada del vestuario.

Era un hombre como de cuarenta años, alto, bien formado y que mostraba el rostro satisfecho, las maneras desenvueltas y la ingenuidad sonriente de un hombre alegre, á quien la suerte ha tratado siempre como á niño mimado. Llevaba traje de refinado de la época de Luis XIII. El chambergó gris y la gorguera bordada á punto de Venecia, servían de marco á una hermosa cabeza de rostro sonrosado, en el cual brillaban dos ojos negros, vivos y rasgados, que expresaban la alegría y la satisfacción de la vida. Sus

negros cabellos empezaban á exhibir algunas hebras plateadas; la nariz borbónica, de movibles ventanas, respiraba sensualidad, y bajo el fino bigote entreabríanse espontáneamente los risueños labios, para mostrar dos hileras de dientes blanquíssimos y simétricamente alineados. Su capa corta de terciopelo gris, forrada de raso cereza, descansaba elegantemente sobre los anchos hombros, y su jubón, de la misma tela, modelaba perfectamente su esbelto y fornido tallo.

La señorita Husson, ocupada en sus preparativos de marcha, estaba vuelta de espaldas á la entrada del vestuario, y reunía sus efectos en la meseta de la chimenea.

El recién llegado la tomó por una doncella, y desnudando la mano derecha, dijo adelantándose hacia la costurera:

—Hermosa niña, ¿tendríais la complacencia de dar una puntada á este guante, que tan inoportunamente acaba de romperse?

La joven se volvió lentamente hacia el interpelante, que se puso encarnado y dejó escapar una involuntaria exclamación de sorpresa.

—¡Ah!... Sofia!—balbuceó con débil acento, quitándose el sombrero, que arrojó sobre una silla.

La costurera, algo pálida, pero completamente tranquila en apariencia, apoyó un dedo en los labios, como para recomendar mayor reserva al inesperado

visitante, y abriendo enseguida su alfilerero y eneblando una aguja, contestó con frialdad:

—Buenas noches, señor de Rosieres, ¿teneis la bondad de darme ese guante de que hablais?

El marqués de Rosieres hacia visibles esfuerzos por reponerse de su turbación.

—¿Me habeis, pues, conocido bajo esta vestimenta? —exclamó con desenfado. —Estoy ridículamente ataviado, ¿no es verdad? Y este jubón me oprime de una manera horrible. ¡Ay! He engordado con exceso al mismo tiempo que han empezado á encanecer mis cabellos.

Sofía movió la cabeza en sentido negativo. —No, señor de Rosieres...

Y al propio tiempo sus ojos, completando su pensamiento, se alzaron hacia el marqués, como preguntándole si podía decir otro tanto de ella.

El marqués pareció comprender el significado de aquella mirada tímidamente interrogadora, porque contestó:

—Os conservais tan hermosa como siempre. Sofía; si bien ese vestido negro os da cierto aire de monja, y vuestras mejillas están un poco pálidas.

—¿Os parece eso? —dijo á media voz la costurera. —En tal caso hay que convenir en que los pesares no envejecen á las personas.

Retorcióse el marqués el bigote con ademán preocupado, y establecióse entre ambos un largo silen-

cio, durante el cual llegaban al vestuario, atenuados por la distancia, los acordes de la orquesta del baile.

—Hartas penas os he causado, ya lo sé, —dijo por fin M. de Rosieres con acento súbitamente conmovido.

—Lo sé, y muchas veces me lo echo en cara á mí mismo. Sin embargo, recordad que no ha dependido de mí el que las circunstancias no tomasen otro giro más favorable, y si vos hubiéseis querido...

—Híce lo que debía hacer —repuso Sofía Husson en voz baja— y no por eso os guardo rencor alguno, señor marqués... Pero, ¿á qué recordar esas cosas? Lo pasado, pasado.

—¡Sí, desgraciadamente! —dijo suspirando el marqués —Pero, de todos modos, debeis tener formado un triste concepto de mí... ¿Verdad que me creeis olvidadizo, ligero, egoísta?

—No, no, —contestó ella, moviendo la cabeza, —yo he sido más ligera que vos, mucho más, y justo es que sufra la pena.

—¿Y es esa una razón, —exclamó el marqués recordando sus maneras algo atolondradas— para que os arrebujéis en este deplorable traje negro?... ¡Ay, Sofía! ¿Dónde se han ido aquellos tiempos en que vestiais de blanco y en que bailábamos juntos en la fiesta de Saules?...

Sofía se ruborizó, y con un ademán le impuso rápidamente silencio, al mismo tiempo que con los ojos señalaba al niño que había salido de su escondite.

Lorenzo contemplaba sorprendido á aquel hermoso caballero, que tan familiarmente conversaba con su tía. Esta se volvió hacia él y le dijo:

—Prepárate, Lorenzo, porque vamos á marchar en seguida... Dadme el guante, señor mar-qués, y os le coseré en un momento.

M. de Rosieres estaba completamente embebido en la contemplación del niño, cuya presencia no había llamado su atención hasta aquel instante. Después de mirarle en silencio algunos minutos, volvió los ojos hacia la señorita Husson y murmuró en voz extraordinariamente alterada:

—¿Es él, no es cierto?

Sofía hizo un signo afirmativo.

—Dejadme darle un beso—continuó el marqués con acento de humilde ruego.

—Lorenzo—dijo la señorita Husson—ven á dar un abrazo á tu padrino.

El niño, sorprendido, se adelantó muy despacio, con los ojos bajos y deslizándose tímidas miradas hacia aquel desconocido tan lujosamente ataviado, que le sonreía con ademán cariñoso. Cuando llegó cerca de M. de Rosieres, cogióle éste por la cintura y le retuvo un momento al nivel de su propio rostro, le contempló de hito en hito, y le aplicó dos fuertes besos en las mejillas. Sentóse después en una silla y, sin soltar á Lorenzo, le colocó entre ambas rodillas.

Aunque todavía muy acobardado, el niño no cabía en sí de gozo.

La cordial acogida de aquel espléndido personaje, que resultaba ser su padrino, había llegado muy oportunamente para restañar la herida abierta en su amor propio por el sofión de aquella dama del traje botón de oro. Si se hubiese atrevido, habría rozado voluptuosamente su rostro contra el terciopelo de los calzones de M. de Rosieres; pero se contentó con pasar suavemente la mano por los bordados de plata de la capa, y acercarse la nariz á los encajes que exhalaban un suave perfume. Parecía que le habían transportado á un país de hadas y se sonreía, abriendo desmesuradamente los ojos.

—¡Es precioso!—dijo M. de Rosieres, acariciando con la mano los cabellos del niño, y dirigiéndose á Sofía que con tremula mano cosía el desgarrón del guante.

Luego, volviendo á fijar sus ojos en Lorenzo, añadió:

—Ea, mirame bien, chiquitín; ¿te acuerdas de tu padrino?

Lorenzo clavó sus negros ojos en los del marqués y permaneció mudo, acobardado, sin atreverse siquiera á contestar sí ó no.

—¿Qué, ¿no te acuerdas de la casita de Beaulieu, y de cierta persona que iba montada en un caballo á llevarte juguetes?

—¡Ah! ¡sí, sí!—exclamó el niño, sintiendo ilumi-

narse de pronto sus recuerdos.—¡Ahora ya me acuerdo! Vos fuisteis quien me dió una vez un carcax todo dorado, y además un arco, y además flechas... Aún lo tengo todo en mi casa... ¿Por qué no habeis vuelto desde que estamos en Jouvigny?

El marqués se quedó silencioso.

—¡Lorenzo!—dijo con tono severo la señorita Sofia, que había terminado el zurzido del guante y se le devolvía á su dueño.—Estás abusando... y fastidias á M. de Rosieres. Ea, ven, que ya es hora de marchar.

—Un momento más—exclamó el marqués, reteniendo al niño.—¿Por qué marchar tan pronto? No solo no me cansa, sino que me complazco extraordinariamente en verle... Desearía que al menos este encuentro pudiera servirle de algo... ¿Qué podría yo hacer por él? Hablad, Sofia; no teneis más que decirme una palabra.

—Gracias, señor marqués,—contestó secamente la señorita Husson:—el niño por ahora no necesita nada.

—Bien sabeis—prosiguió el marqués con insistencia—cuánto hubiera deseado encargarme de su educación.

—Imposible!—dijo ella suspirando y volviendo á otro lado la cabeza;—el interés que pudiérais mostrar en favor suyo, sólo serviría para perjudicarnos á él y á mí.

—¡Siempre sereis la misma, Sofia!... orgullosa y obstinada.

—Hago lo que debo, y me coloco en el lugar que me corresponde.

El niño escuchaba sin comprender, y les miraba alternativamente con aire embobado. M. de Rosieres le tomó de pronto en sus brazos, le besó con fuerza, y luego dió un suspiro de melancólica resignación, y se levantó diciéndole:

—De todos modos, acuérdate, niño, de tu padrino, y si algún día te enojas aquí, óyelo bien, te vas á buscarme... Ya sabes... M. de Rosieres, en las Isletas... ¿te acordarás bien de esto?

—¡Oh! ¡ya lo creo!—exclamó entusiasmado Lorenzo.

Una brusca explosión de la orquesta anunciando el preludio de un nuevo número de baile, llegó hasta el vestuario; casi simultáneamente se oyó el crujir de una falda de seda, y la dama del traje botón de oro apareció en el marco de la puerta.

—Marqués—dijo con cierto tono de despecho—¿qué es eso? ¿Habeis olvidado que os estoy esperando?... Bien os decía yo que faltáramos al minué.

II

El día siguiente al baile, la primera que se despertó en la casa de la plaza de la Corona, fué la mayor de las señoritas Husson, la señorita Constanza.

narse de pronto sus recuerdos.—¡Ahora ya me acuerdo! Vos fuisteis quien me dió una vez un carcax todo dorado, y además un arco, y además flechas... Aún lo tengo todo en mi casa... ¿Por qué no habeis vuelto desde que estamos en Jouvigny?

El marqués se quedó silencioso.

—¡Lorenzo!—dijo con tono severo la señorita Sofia, que había terminado el zurcido del guante y se le devolvía á su dueño.—Estás abusando... y fastidias á M. de Rosieres. Ea, ven, que ya es hora de marchar.

—Un momento más—exclamó el marqués, reteniendo al niño.—¿Por qué marchar tan pronto? No solo no me cansa, sino que me complazco extraordinariamente en verle... Desearía que al menos este encuentro pudiera servirle de algo... ¿Qué podría yo hacer por él? Hablad, Sofia; no teneis más que decirme una palabra.

—Gracias, señor marqués,—contestó secamente la señorita Husson:—el niño por ahora no necesita nada.

—Bien sabeis—prosiguió el marqués con insistencia—cuánto hubiera deseado encargarme de su educación.

—Imposible!—dijo ella suspirando y volviendo á otro lado la cabeza;—el interés que pudiérais mostrar en favor suyo, sólo serviría para perjudicarnos á él y á mí.

—¡Siempre sereis la misma, Sofia!... orgullosa y obstinada.

—Hago lo que debo, y me coloco en el lugar que me corresponde.

El niño escuchaba sin comprender, y les miraba alternativamente con aire embobado. M. de Rosieres le tomó de pronto en sus brazos, le besó con fuerza, y luego dió un suspiro de melancólica resignación, y se levantó diciéndole:

—De todos modos, acuérdate, niño, de tu padrino, y si algún día te enojas aquí, óyelo bien, te vas á buscarme... Ya sabes... M. de Rosieres, en las Isletas... ¿te acordarás bien de esto?

—¡Oh! ¡ya lo creo!—exclamó entusiasmado Lorenzo.

Una brusca explosión de la orquesta anunciando el preludio de un nuevo número de baile, llegó hasta el vestuario; casi simultáneamente se oyó el crujir de una falda de seda, y la dama del traje botón de oro apareció en el marco de la puerta.

—Marqués—dijo con cierto tono de despecho—¿qué es eso? ¿Habeis olvidado que os estoy esperando?... Bien os decía yo que faltáramos al minué.

II

El día siguiente al baile, la primera que se despertó en la casa de la plaza de la Corona, fué la mayor de las señoritas Husson, la señorita Constanza.

Oíase ya el lejano canto de los gallos en los corrales de los alrededores, pero el alba no había aparecido aún en el lluvioso cielo de Febrero.

Sonó el toque de oración en la capilla de los dominicos; primero nueve golpes muy marcados, divididos en series de á tres, y enseguida una sucesión de campanadas anunciando la misa de las seis.

La vieja solterona se incorporó en su catre virginal, de madera pintada, y empezó á buscar á tientas sus prendas de vestir. Por un refinamiento de púdicas costumbres, y al mismo tiempo porque nunca está demás la economía doméstica, la señorita Constantza había contraído el hábito de vestirse á oscuras.

Una vez ataviada, y después de mascullar sus oraciones arrodillada sobre la estrecha y gastada alfombrita que se extendía á la cabecera del lecho, tomó una vieja vara de medir que tenía allí siempre al alcance de su mano y golpeó con ella tres veces seguidas en el techo que separaba su habitación de la buardilla donde se acostaba Lorenzo.

El niño, que dormía aún soñando en las magnificencias del baile de trajes, despertó sobresaltado, se restregó los ojos, se desperezó, y luego, volviéndose de otro lado, se disponía á dormirse de nuevo, cuando otros tres golpes más imperiosos le volvieron al sentimiento de la prosaica realidad.

Contestó con voz soñolienta que iba á levantarse y en efecto, se dejó caer lentamente de la cama. El frío

acabó de despertarle y, también sin luz, se puso á vestir á toda prisa.

No tenía tiempo que perder; era preciso aprender el capítulo del *que relativo*, con más una página del *Selecte* antes de las ocho, hora en que salía para el colegio.

Cuando estuvo lavado y peinado, la luz del alba empezaba á teñir con tonos grises las fachadas de la plaza. Cogió su paquete de libros, y bajando rápidamente la escalera, cuyas gradas de madera rechinaban bajo sus piés, entró en la panadería, donde se hallaba desde hacía dos horas Memmie Husson preparando la hornada.

Caldeado ya el horno, limpia de masa la artesa, colocados los panes, ligeramente espolvoreados de harina, cada cual en su respectivo canastillo redondo, ocupábase el panadero vestido con una larga camisa de muletón, en meter las hogazas en el horno, con auxilio de la larga pala de haya.

—¿Eres tú, perezoso?—dijo por toda respuesta á los buenos días de Lorenzo.—Parece que se te han pegado las sábanas.

A la entrada del horno ardían hojarascas y ramas delgadas de álamo que proyectaban una luz blanca y oscilante sobre el interior abovedado, donde se veían esponjarse los panes redondos simétricamente alineados.

Aquella alegre luminaria hacía pasear y bailar las

negras y recortadas sombras del panadero y del niño por la superficie de las enharinadas paredes de la pieza, por el techo, donde se veían colgadas horizontalmente palas y hurgones de hierro, y por la ventana del patio, donde empezaba a aparecer la blanca claridad del día.

Lorenzo apoyó su libro abierto al lado de la boca del horno, y se puso a aprender la lección a la luz de las brasas chispeantes.

En vano se esforzaba y quería obligar a sus ojos a seguir las sílabas latinas; su pensamiento estaba en otra parte.

A través del centelleo del horno, representábasele los variados disfraces del baile, y singularmente aquel apuesto marqués vestido de terciopelo, que le había besado con tanto entusiasmo y acariciado recordándole que era su padrino.

Los grillos, que lanzaban su cri-cri en la cálida atmósfera de la panadería, arrullaban al niño con sus notas agudas y monótonas, y le impulsaban suavemente por el plano inclinado de las ilusiones, de los desvarios y de los recuerdos.

Revolvía su memoria y se esforzaba por rebuscar en ella las huellas de aquel misterioso padrino.

Lorenzo no había conocido a su madre, quien, según le contaron, había muerto cuando él estaba todavía amamantándose en casa de una nodriza de Beaulieu-en-Argonne. Tendría apenas tres meses, cuando su

tía Sofía fue a recogerle de poder de los campesinos que le criaban y le trajo a Juvigny, a la panadería de la plaza de la Corona, donde el Sr. Husson, después de haber enviudado, hacía vida común con sus dos hermanas las costureras.

De su permanencia en la aldea, sólo conservaba Lorenzo algunos, muy pocos, recuerdos concretos. Las reminiscencias de la primera edad no siguen un orden lógico en su encadenamiento; jamás puede uno decir cuál de las impresiones recibidas fue la primera, ni en qué momento vino a grabarse en nuestro cerebro; sin embargo, hay ciertos recuerdos que se perpetúan entre la bruma flotante de las sensaciones y se destacan claramente, como rostros amigos entre la masa de una confusa muchedumbre.

Lorenzo recordaba perfectamente una calle de Beaulieu, próxima a los linderos del bosque y desde donde se veía ondular una vasta planicie, unas veces bañada de sol, otras teñida de color azulado. Recordaba también los juguetes traídos por aquel espléndido padrino, pero ni podía reconstruir la fisonomía que el padrino tenía en aquel tiempo, ni explicarse por qué habían cesado bruscamente sus visitas.

Hubo un momento en que alzó la cabeza, y tuvo tentaciones de preguntarle a Memmie Husson.

El tahonero, en pie delante de su artesa amasadora, se frotaba alternativamente y con gesto ceñudo los desnudos brazos, para desprender de ellos las parti-

culas de masa que se habían adherido á la piel. Flaco, extenuado, con una nariz muy larga, ojos grises, boca melancólica y barba puntiaguda terminada por una sola barbilla rubia. Memmie Husson tenía el aspecto de un payaso fúnebre. No parecía sino que, á fuerza de vivir en aquella atmósfera de la panadería, el polvo de la harina había penetrado por los poros de su epidermis y comunicado á su rostro los tonos blanquecinos algo amarillentos de la masa.

Lo poco simpática expresión de aquella cara melancólica hizo vacilar al niño, quien, además, se acordó de pronto de que la señorita Sofía le había recomendado expresamente, al salir del vestuario, que no dijera una palabra de lo ocurrido ni hablase del marqués al señor Husson ni á la tía Constanza, y esta reflexión detuvo por completo las preguntas que ya se le venían á los labios.

¿Pero á qué venía aquella recomendación y aquel misterio?

No acertaba á comprender Lorenzo por qué cuando se tiene por padrino á un marqués, y sobre todo á un marqués tan elegante y apuesto como M. de Rosieres, se ha de privar uno de hacer ostentación y gala de semejante honra. Por lo tocante á Lorenzo, sentíase en su fuero interno (por más que se acusase de ello) más inclinado á avergonzarse de la panadería de Memmie Husson que del título nobiliario de su padrino.

Criado mezquina y estrechamente por parientes avaros para consigo mismos y que economizaban sueldo á sueldo, Lorenzo había cobrado horror á la pobreza y á todas las fealdades que trae en pos de sí. Le agradaba por instinto el lujo, la buena ropa y todo lo que revela el bienestar y la riqueza; pasaba horas enteras recreando sus ojos en la contemplación de las telas de seda de que sus tías, las modistas, cortaban y confeccionaban trajes para las damas elegantes de la ciudad.

Vestido de las ropas de desecho del panadero, sufría horriblemente al verse metido en aquellas prendas deslucidas, que blanqueaban por las costuras y siempre le resultaban excesivamente largas ó extremadamente cortas.

Había en él un vago deseo, una especie de germen de distinción, que se exacerbaba doblemente ante la humillación de sus pantalones pasados de moda y de sus zapatos remendados. Cuando salía á la calle, parecíale que todas las miradas se fijaban en su diminuta persona, y que se decían unos á otros los transeúntes: «Lleva un zurcido en la chaqueta.»

En tales disposiciones de ánimo, compréndese fácilmente el vivo sentimiento de orgullo y satisfacción que debió causarle el descubrimiento de aquel padrino rico y titulado.

En medio de las prosáicas vulgaridades de su vida ordinaria, la fiesta de la víspera le hacía el efecto de

un paréntesis en un país encantado, y sentía un especial deleite en recordar todas las peripecias de aquella noche: y mientras en la panadería se saturaba la atmósfera de las odoríferas emanaciones del pan caliente y los grillos proseguían su monótono canto, Lorenzo, con los ojos medio cerrados, se forjaba castillos en el aire, dorados y resplandecientes como las llamaradas del horno.

¿Quién era capaz de prever las sorpresas que le reservaba aquel encuentro? Tal vez el día menos pensado vendría su padrino a buscarle en una magnífica carretela tirada por soberbios caballos y le llevaría a su palacio... Debía tener palacio, puesto que era marqués... Tal vez, como en los cuentos de hadas, le adoptaría y le haría su heredero... Entonces, adios panadería, adios regaños y puñadas de Memmie Husson, adios fementidos aliñuerzos y mezquinas comidas de la señorita Constanza. A toda aquella gente se la dejaría en Juvigny; solo se haría una excepción en favor de la tía Sofia, que era siempre benigna y cariñosa para con Lorenzo y que le mimaba á escondidas...

Una serie de agudas campanadas partiendo de una torre próxima, vino á arrancar al niño de tan agradables ensueños, y todas aquellas quimeras se desbandaron como un grupo de mariposas azules ante una ráfaga de viento. Era la campana del colegio, que daba las ocho menos cuarto. En aquel mismo instante, abrióse la puerta de la panadería y entró la seño-

rita Sofia con una taza de leche caliente para su sobrino.

—Mira, Lorenzo, que ha sonado ya la campana—dijo—y apenas te queda tiempo para desayunarte y ponerte el calzado... Supongo que ya sabes las lecciones, ¿no es verdad?

Aquella era la triste realidad. El niño inclinó la cabeza sobre el libro... Ni siquiera había leído el capítulo del *que relativo*, y á todo tirar sabía media línea de la página del *Selecta*.

Púsose muy encendido, estuvo á pique de ahogarse al beber la leche, y reuniendo los libros, los metió en un cartapacio de badana y fué silenciosamente á calzarse unos gruesos zapatos cuya suela desaparecía literalmente bajo una compacta cubierta de tachuelas.

La señorita Sofia le puso por su mano la gorra y le dió un beso, recomendándole que tuviese juicio.

La tía Constanza, en chambra y con gorro de dormir, barría briosamente el taller, á donde no tardarían en llegar las oficiales y aprendizas. Se contentó con rozar su barba, sembrada de ásperas cerdas, en la mejilla de su sobrino, y le dijo al salir por la puerta:

—Sobre todo, mucho cuidado con las manchas de tinta, y no vayas á granujear con los chicuelos de la calle.

Lorenzo ni oyó siquiera esta prudente recomen-

dación, hondamente preocupado y sintiendo mortales angustias al pensar en las lecciones.

El vetusto colegio estaba situado á pocos pasos de la panadería; desde la plaza se veía el rectángulo formado por sus altas techumbres, y en uno de los ángulos su pequeño campanario en forma de apagador.

Aquella mañana hubiera deseado el niño que el colegio estuviera al otro extremo de la población y que no se llegase á él jamás. Así es que caminaba muy despacio, lo cual no fué obstáculo para que, pasados dos minutos, se encontrase bajo el abovedado pórtico, donde hormigueaba una multitud de turbulentos escolares.

Silencioso y con rostro huraño, se recostó en la pared y púsose á contemplar distraidamente los arabescos de las arcadas, entre los cuales se leía este distico latino:

Stet domus hæc donec fluctus formica marinos Ebibat, et totum testudo perambulet orbem (1)

Muchas veces, antes de la apertura de las clases, habían llamado la atención de Lorenzo aquellos versos de una pedantería tan cándida, y se había preguntado á sí propio frecuentemente con curiosa marrullería, qué extraña figura podría hacer una hor-

(1) «Que esta casa permanezca en pie hasta que la hormiga haya bebido las aguas del mar y la tortuga dado la vuelta al mundo.»

miga bebiéndose las aguas del mar; pero aquella mañana la inscripción de Gil de Trèves le hacía el efecto de una de esas frases que se reproducen con molesta tenacidad en una pesadilla.

Pálido, sintiendo algún ligero calofrío en la espalda, repetía mentalmente: *Fluctus formica marinos...* Si al menos estas estrambóticas palabras hubieran podido trasformarse en fórmula cabalística para encantar ó magnetizar al profesor durante la recitación del *Selectie*.

Sonaron las ocho, abrióse la gran puerta, y los alumnos fueron entrando, dos á dos, en el anchuroso patio rectangular rodeado por las arcadas, en forma de bóveda de un claustro. La clase de séptimo estaba á mano izquierda, en el ángulo del claustro, y cuando Lorenzo entró en ella con sus condiscípulos, hallábanse ya los internos sentados en sus bancos. La antigua estufa de chapa de hierro producía un sordo zumbido y esparcíase por la sala un ácre olor á pan quemado y á manzanas asadas, que denunciaba la clase de preparaciones culinarias á que se habían dedicado los internos mientras esperaban á su profesor. Este, con grave aspecto, barba corrida y gafas azules acababa de subir á la cátedra y hojeaba sus apuntes. Recitó rápidamente y farfullando la oración; acto continuo dió un golpe de plano con la regla en el borde del púlpito para imponer silencio y dió principio la recitación.

—A ver, el *Selecta*—dijo en voz breve el profesor, que se llamaba M. Dordelu—comenzad, Husson!

Lorenzo, con el corazón oprimido, no se movió ni articuló palabra. No quería convencerse de que era su nombre el que se había pronunciado... Sentía que le zumbaban los oídos.

—¡Vamos! ¡vamos!—repitió impacientado el profesor.

Lorenzo abandonó muy despacio su sitio y fué á colocarse delante de la cátedra, cubierta de inscripciones y nombres de alumnos groseramente tallados á punta de navaja en la madera.

Su rostro, ordinariamente tan animado, estaba pálido y contraído; parecía que se había encogido su cuerpo y sentíase como achicado dentro de su trajecillo deslucido.

Preciso es que el cabello de los niños esté alimentado de una vigorosa savia, para que no se vuelva blanco de repente en tan apurados trances.

No se atrevía el desdichado Lorenzo á desplegar sus labios, esperando todavía que un incidente milagroso viniera á salvarle, que se oyese en el patio la voz de ¡fuego! ó que el director enviase de pronto á llamar á M. Dordelu.

—¡Vamos!—repitió éste, blandiendo su regla;—¡estoy esperando!... *Maxima*...

Y Lorenzo, perdida la cabeza, fija la mirada en la punta de los zapatos, empezó á decir:

—*Maxima debetur*...

Y se detuvo con lágrimas en los ojos.

—¡*Puero reverantia!*—insinuó á su espalda una voz compasiva.

Lorenzo oyó mal y prosiguió:

—*Quero reverantia*...

—¡*Puero!*—le interrumpió ásperamente M. Dordelu—*Quero* sería una salvajada... continuad.

—No sé más, señor!—murmuró el desventurado, sintiendo que los sollozos se le agolpaban á la garganta.

—¡Cómo! ¿Qué habeis dicho?—exclamó exasperado M. Dordelu.—¡Vos, á quien me complacia en citar como modelo de aplicación! ¿Cómo no sabeis hoy las lecciones?

Los alumnos, que manifestaban cierta celosa ojeriza á Lorenzo porque era siempre el primero en la clase, cuchicheaban y reían á su espalda, y uno de ellos dijo en voz bastante alta para que pudiera ser oído:

—Es que estuvo anoche en el baile del prefecto.

Una carcajada general estalló en los bancos.

—Sí—añadió el malévolo é implacable chiquillo—mi madre le vió que estaba custodiando los abrigo con su tía en el guarda-ropa.

Y las risas menudeaban, en tanto que el desdichado Lorenzo, al pié de la tribuna, hacía sobrehumanos esfuerzos por tragarse las lágrimas, y estaba más encarnado que una amapola.

—¡Silencio!—gritó el profesor, golpeando sobre el púlpito.

Y luego, lanzando al niño una mirada friamente irónica:

—¡Hola! ¿con que vais al baile, Sr. Husson?... «¿Bailais? me alegro mucho...» Pues bien; empleareis el tiempo de recreo de las doce en aprender la lección y en copiarla veinte veces la regla: *Musica me juvat*... Ayunareis a pan seco y se avisará a vuestra familia que no os espere a cenar... Ahora podeis volver a vuestro sitio.

Lorenzo regresó a su banco, haciéndose gran violencia para no romper a llorar, en tanto que las pupilas y cuchulillas menudeaban en derredor suyo.

—Esos son los inconvenientes de los bailes de máscaras—cuchicheaba un vecino—¿Había refrescos en el vestuario?

—No—contestó otro;—los caballeros le daban dos sueldos por el trabajo de recojer las capas...

A las diez, Lorenzo se quedó solo, encerrado en la clase, y a las doce le llevaron un zoquete de pan y un jarro de hojadelata lleno de agua.

Allí pudo meditar a sus anchas sobre la amargura que traen consigo los días siguientes a las fiestas.

No era, para él, lo más severo del castigo el recargo de estudio ni el pan seco, sino el pensar que a las cuatro tendría que volver a casa, donde le esperaban

las reprimendas de la tía Constanza y la fría cólera del Sr. Husson.

Lejos de parecerle demasiado largo su encierro, hubiera deseado que aquella tarde no tuviese fin.

A las dos se reanudó la clase, y a medida que iban entrando los externos, restregando en el pavimento los enlodados pies y sacudiendo las gorras caladas por la lluvia, volvía hacia ellos Lorenzo el inquieto semblante, como si quisiera leer en sus ojos lo que había pasado en la panadería durante su ausencia. Su compañero más próximo le tocó con el codo, y le dijo al oído:

—Tu padre estaba a la puerta de tu casa cuando fué M. Dordelu a hablarle... Te aseguro que no quisiera yo estar en tu pellejo cuando vuelvas esta tarde.

El niño se puso muy pálido. A medida que los ejercicios de la clase iban adelantando, sentía oprimirse más y más el corazón.

Por fin dieron las cuatro; el agudo son de la campana anunció la salida; volvióse a abrir la puerta grande y precipitáronse fuera los externos con el alegre griterío de pájaros a quienes se abre la jaula. El último que atravesó el pórtico fué Lorenzo.

Contempló con ojos amedrentados la Côte des Prêtres, cuya pedregosa pendiente bajaban saltando alegremente los escolares y a cuyo extremo se veía la portada de la panadería de Husson; y de pronto, no considerándose aún suficientemente preparado para

arrostrar las iras que le aguardaban á su entrada, volvió la espalda á la casa y trepó rápidamente á la esplanadilla, desde donde se dominaba el colegio y una parte de la población baja.

Había cesado la lluvia y secado el viento las calles y caminos; prolongadas nubes grisáceas corrían por el horizonte rozando las colinas plantadas de viñedo, donde los haces de sarmiento salpicaban de manchas cenicientas la tierra ennegrecida.

Lorenzo aspiró el aire libre y formó la resolución de no entrar en su casa hasta la caída completa del día, figurándose que la oscuridad de la noche le daría más ánimo para deslizarse en el paterno establecimiento.

Echada la gorra sobre los ojos, con su cartapacio en bandolera que le iba azotando la espalda, caminaba arrimado á las paredes, evitando las calles concurridas y marchando con paso tan pronto precipitado como vacilante; inquieto y amedrentado como un perro perdido que va con la cola caída, se detiene para olfatear el viento y emprende de nuevo su carrera, rápido como una flecha.

Rodeó los barrios de la población alta, bajó á lo largo del sendero que desemboca en la vereda de Polval y llegó á los arrabales donde empalman, cerca del río, las calles de Strasburgo y de Metz. Detúvose un momento en el puente, contemplando melancólicamente correr el Ornain entre dos hileras de álamos.

Acababan de dar las cinco, y era todavía de día claro; al extremo de la doble fila de árboles, precisamente por encima del río, filtrábanse los oblicuos rayos del sol poniente entre las nubes, tiñendo de color sonrosado las copas de los álamos y reflejándose en forma de escamas doradas bajo los arcos del puente. Alegres gritos de niños se mezclaban al ruido de las paletas de las lavanderas y al sordo graznido de los patos.

En uno de los ribazos, que daba al mediodía, y que por esta razón era conocido con el nombre de *Estufa de los pobres*, jugaban al «tres en raya» algunos escolares, cuyas animadas voces llegaban distintamente á oídos de Lorenzo. Este tuvo miedo de ser descubierto y escapó por el lado de la calle de Strasburgo.

En el estado de ansiedad en que se hallaba, envidiaba la suerte de todas las personas que veía: el aflador ambulante haciendo girar su piedra á la esquina del puente; el acarreador sentado en la trasera de su pesado vehículo, con las piernas colgando; el partidor de piedras inclinado ante un montón de guijarros; todos le parecían más dichosos que él.

Cuando se vió en medio del campo, se detuvo en el declive de una zanja y se puso á meditar las consecuencias de su escapatoria. Era evidente, segurísimo, que en su casa le esperaba una severa corrección, porque ya sabía á qué atenerse respecto á la

crueledad de Memmie Husson, que le trataba más bien como amo que como padre.

Alguna vez se preguntaba, hablando consigo mismo, si no sería lo mejor de todo irse en derechura á casa de su elegante padrino. Recordaba perfectamente las señas que el mismo marqués le había dado, y preguntando á los transeúntes, le indicarían con toda seguridad el camino de las Isletas. En último extremo, pasaría la noche en casa de algún caritativo campesino, que no le negaría un asilo y un pedazo de pan... En los libros de cuentos que él había leído, siempre se encontraban almas piadosas de esta clase... Así podría llegar el día siguiente á la morada de su padrino, donde sería recibido como el hijo pródigo...

Aquí llegaba de sus reflexiones, cuando un ruido de campanillas y de chasquidos de látigo le hizo volver la cabeza, y vió llegar por el camino un convoy de carretas entoldadas de lona gris y tiradas por escualidos matalones. Los carros se sucedían lentamente á la luz del crepúsculo; los caballos tiraban con aspecto fatigado, los carreteros juraban de una manera formidable, y por doquiera pululaban chiquillos medio desnudos, de pelo color de estopa. Eran emigrantes alemanes que caminaban al Havre á pequeñas jornadas.

Aquellas pobres gentes hicieron á Lorenzo el efecto de horribles bandidos y desvanecieron súbitamente

en su pensamiento toda idea de viaje. Figurábasele que le miraban de reojo y que se le señalaban unos á otros farfullando su jerga gutural. Entonces se acordó de las historias de niños robados por bohemios, tuvo miedo, y echó á correr por medio de los prados hasta llegar al arrabal.

Cuando entró en la población era ya de noche, se sentía cansadísimo, y su estómago experimentaba las torturas del hambre. No había más remedio que decidirse á regresar á la panadería, y adoptada esta resolución, se encaminó tristemente hacia la plaza de la Corona. Al doblar la esquina de la calle de los Judíos y descubrir la casa, empezó á latirle con fuerza el corazón, y la sola vista de la portada, detrás de cuya vidriera se distinguían confusamente las redondas hogazas y los botes de galleta, le quitó por completo el apetito.

Una vela de sebo colocada sobre el mostrador alumbraba débilmente la tienda, y una línea luminosa que se dibujaba en las ventanas de la planta baja, indicaba que las oficiales estaban aún en el taller. En aquel instante daban las siete menos cuarto en el reloj del colegio.

—Entraré á las siete en punto—murmuró Lorenzo, tratando de cobrar ánimos con esta resolución dilatoria.

Y se puso á caminar pegado á las paredes de las casas y mirando distraidamente por las rendijas de

las ventanas el interior de las habitaciones de la vecindad.

La tienda de ultramarinos estaba ámpliamente iluminada, ostentando en plena luz las balanzas y pesos de cobre, los pilones de azúcar y las cajas de pasas. En casa del baratillero Lázaro estaban ya cenando, y se veían en rededor de la mesa, cubierta de hule, los rostros satisfechos de los niños, ocupados en devorar un plato de humeantes patatas.

Interrumpiendo el silencio de la plaza, dejáronse oír siete campanadas, que cayeron lentamente desde lo alto del reloj del colegio.

—¡Vamos allá!—dijo para sí.

Y sujetando el cartapacio que le golpeaba la espalda, cruzó la plaza; subió sin detenerse las cinco gradas de la escalera y empujó la puerta, cuya campanilla empezó á sonar con un estrépito lamentable.

La tía Constanza fué la primera que se presentó. En cuanto vió al niño, que se había quedado, pálido é inmóvil, cerca del mostrador:

—¡Ah!—dijo con su voz áspera y desapacible.— ¡Sois vos, grandísimo tuno?... ¡Adentro, en seguida!

Sus cinco dedos descarnados agarraron el brazo de Lorenzo, empujándole hasta la trastienda, donde el panadero, con blusa de lienzo crudo y gorro griego, estaba leyendo el periódico á la luz de un quinqué.

La aparición del delincuente y de la señorita Cons-

tanza interrumpieron bruscamente la lectura; púsose de codos sobre la mesa, ya dispuesta para la cena, se quitó los anteojos, que colocó metódicamente encima del periódico, y se puso á mirar de hito en hito á Lorenzo.

Hubo un instante de solemne silencio, durante el cual no se percibía otro ruido que el del hervor del agua en el escalfador colgado sobre el fogón. La tía Constanza, despues de soltar al culpable, fué á situarse majestuosamente cerca de su hermano.

—¿De dónde vienes?—preguntó por fin el panadero con tono tan frío, que no presagiaba nada bueno.

—Me han dejado encerrado—contestó de una manera evasiva Lorenzo.

—¿Por qué?

—Porque no sabía la lección.

—¿Y sales ahora mismo del encierro?

—Sí... ahora...—balbuceó Lorenzo, que se turbaba y ponía cada vez más colorado.

—¡Desvergonzado, embustero!—exclamó la señorita Constanza, indignada y sin poder contenerse.—

¡Habeis salido á las cuatro con todos los demás!

—¡Calma, Constanza!—la interrumpió flemáticamente Husson.—A mí me corresponde darle su merecido.

Levantóse sin perder un ápice de su tranquilidad, y prosiguió:

—Es decir, que no contento con ser un haragan,

eres además un embustero, ¡mal bicho! Nos estamos aquí privando de todo para pagar las mensualidades del colegio, cuando no vales el pan que comes. ¡Debería castigarte por mi misma mano, tunante; pero teme dejarme arrebatarse de mi cólera y darte algún golpe que le dejara señalado para toda tu vida... Constanza, bájale los calzones, aquí, á mi presencia, y adminístrale una buena azotina!

Aquello era para Lorenzo el colmo de la humillación, y hubiera preferido ser muerto á golpes por Memmie Husson. La puerta del taller se hallaba abierta y todas las oficiales iban á oír el bochornoso ruido del castigo que le amenazaba.

Ya la tía Constanza, cuya mano latía de impaciencia, se adelantaba con la manga regazada. El niño sentía sublevarse su orgullo ante la idea de semejante afrenta, y al sentir el contacto de los dedos de la señorita Constanza en sus ropas, se indignó, y con un vigoroso puñetazo, apartó el brazo de la vieja.

—¡Ah, pillo!—exclamó ésta.—¡Pues no tiene la osadía de levantarme la mano!

Memmie Husson se arrojó sobre Lorenzo.

—¡De rodillas, canalla!—le dijo.—¡A ver cómo pides perdón á tu tía!

Y como el niño se resistiese con terquedad, cogió una vara destinada á sacudir la ropa y comenzó á apalearle.

Los golpes arrancaron á Lorenzo un grito de dolor,

que hizo acudir á la señorita Sofia, la cual, al ver el rostro descompuesto de su sobrino, se puso sumamente pálida.

—¡Basta ya!—gritó á su hermano;—no quiero que se le maltrete, ¿lo entendeis?

—¿A qué te metes en eso?—replicó el panadero haciendo silbar la vara.—El chico merece una corrección y no se irá sin ella... ¿tengo ó no tengo derechos sobre él?

—¿Y no podeis reprenderle sin abrumarle á golpes?

—Los animales *resabiados* no andan si no se les va-pulea, y este pertenece á esa casta... ¿No sabes tan bien como yo que de un saco de carbón no se puede sacar harina blanca?... Pero yo le sacudiré el polvo de sus malas mañas con tanta destreza, que se las quitaré de encima.

Un nuevo estallido de la vara sobre el cuerpo del niño arrancó á este un quejido doloroso. Entonces Sofia se arrojó sobre su hermano, arrancó de sus garras á Lorenzo, á quien ahogaban los sollozos y le rodeó jadeante con sus brazos.

—¡Nadie le tocará más—exclamó en ademán de reto—ó tendrá que haberselas conmigo!

Abrió con una mano la puerta del patio, y sin dejar de oprimir contra su pecho al magullado sobrino, subió rápidamente la escalera y se encerró en el camaranchón del niño, á quien desnudó y metió en la cama. Cuando estuvo acostado, se arrodilló cerca de

30766

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE LETRAS
"ALFONSO" 100-1000
MEXICO, D.F.

él y le cubrió de besos. Lorenzo sintió entonces dilatarse el corazón, echó los brazos al cuello de la señorita Sofía, y por espacio de largo tiempo se confundieron las lágrimas y las caricias de entrambos.

—Consuélate, chiquitín—le dijo por fin la tía entre dos besos;—ten un poco de paciencia y cuando estén acostados te traeré de comer.

III

A pesar del singular empeño que ponía Memmie Husson en rebajar á Lorenzo, llamándole á boca llena haragán y descuidado, es lo cierto que el niño demostraba excelentes disposiciones y figuraba entre los más aprovechados alumnos del colegio. Tenía inteligencia despejada, imaginación viva, gran memoria y notable aptitud y facilidad para el estudio. A más de cierta incipiente ambición, el deseo de sobreponerse y adquirir notoriedad le hacía apurar, sin pestañear, las amargas drogas de que suele estar saturada la copa de la ciencia clásica.

Era casi siempre el más aventajado de la clase, y contaba como fechas memorables y gloriosas etapas los días de adjudicación de premios.

Esta ceremonia se verificaba en el gran salón de la prefectura, adornado para el caso con banderas y

follaje. En el estrado, alrededor de la mesa atestada de libros y coronas, se hallaban los profesores, en traje oficial, y las autoridades de la población, mientras la anchurosa sala hormigueaba de gente, entre la que descollaban los padres y parientes de los alumnos, vestidos de día de fiesta. En los primeros bancos se exhibían las más hermosas damas de Jouvigny, y allá, al extremo, la música de la guardia nacional hacía estremecer la alta bóveda con los sonoros acordes de los instrumentos de cobre.

El sol de Agosto derramaba por las cuatro grandes ventanas guarnecidas de cortinas carmesíes una viva luz purpúrea sobre los fraques, los uniformes, los follajes y las caras atentas y curiosas de la muchedumbre.

Levantábase un profesor, con el cuaderno de los laureados en la mano, é iba proclamando en voz alta los premios. A cada nombre, soltaba la música sus armoniosas cataratas y la concurrencia sus calurosos aplausos.

Sentado en su banco, con el oído atento, inclinado el cuerpo hacia adelante, seguía Lorenzo, palpitándole fuertemente el corazón, la lectura del *palmaris*, y cuando, por fin, llegaba el profesor á la clase del niño, éste se ponía pálido y ni siquiera respiraba.

Oía de pronto proclamar su nombre; entonces saltaba por encima de los bancos, corría á recoger su premio y su corona, y en seguida, atravesando orgu-

él y le cubrió de besos. Lorenzo sintió entonces dilatarse el corazón, echó los brazos al cuello de la señorita Sofía, y por espacio de largo tiempo se confundieron las lágrimas y las caricias de entrambos.

—Consuélate, chiquitín—le dijo por fin la tía entre dos besos;—ten un poco de paciencia y cuando estén acostados te traeré de comer.

III

A pesar del singular empeño que ponía Memmie Husson en rebajar á Lorenzo, llamándole á boca llena haragán y descuidado, es lo cierto que el niño demostraba excelentes disposiciones y figuraba entre los más aprovechados alumnos del colegio. Tenía inteligencia despejada, imaginación viva, gran memoria y notable aptitud y facilidad para el estudio. A más de cierta incipiente ambición, el deseo de sobreponerse y adquirir notoriedad le hacía apurar, sin pestañear, las amargas drogas de que suele estar saturada la copa de la ciencia clásica.

Era casi siempre el más aventajado de la clase, y contaba como fechas memorables y gloriosas etapas los días de adjudicación de premios.

Esta ceremonia se verificaba en el gran salón de la prefectura, adornado para el caso con banderas y

follaje. En el estrado, alrededor de la mesa atestada de libros y coronas, se hallaban los profesores, en traje oficial, y las autoridades de la población, mientras la anchurosa sala hormigueaba de gente, entre la que descollaban los padres y parientes de los alumnos, vestidos de día de fiesta. En los primeros bancos se exhibían las más hermosas damas de Jouvigny, y allá, al extremo, la música de la guardia nacional hacía estremecer la alta bóveda con los sonoros acordes de los instrumentos de cobre.

El sol de Agosto derramaba por las cuatro grandes ventanas guarnecidas de cortinas carmesíes una viva luz purpúrea sobre los fraques, los uniformes, los follajes y las caras atentas y curiosas de la muchedumbre.

Levantábase un profesor, con el cuaderno de los laureados en la mano, é iba proclamando en voz alta los premios. A cada nombre, soltaba la música sus armoniosas cataratas y la concurrencia sus calurosos aplausos.

Sentado en su banco, con el oído atento, inclinado el cuerpo hacia adelante, seguía Lorenzo, palpitándole fuertemente el corazón, la lectura del *palmaris*, y cuando, por fin, llegaba el profesor á la clase del niño, éste se ponía pálido y ni siquiera respiraba.

Oía de pronto proclamar su nombre; entonces saltaba por encima de los bancos, corría á recoger su premio y su corona, y en seguida, atravesando orgu-

llosamente la multitud, buscaba con la vista el sitio donde su tía Sofía se hallaba, anegada en dulces lágrimas de satisfacción, é iba á arrojarse á su cuello. Aún seguía abrazándola, cuando volvía á oírse pronunciar su nombre, y apenas le quedaba tiempo para volver al estrado, en tanto que resonaban los aplausos en todo el ámbito del salón y la música hacía sonar sus potentes instrumentos. Estos triunfos y estas ovaciones se repetían, en igual forma, hasta siete ú ocho veces en cada sesión.

La tía Sofía empapaba dos ó tres pañuelos, y parecía como confundida y ruborizada con los éxitos de su sobrino. Se hablaba de él entre la concurrencia, las madres le miraban con envidia; oía en torno suyo un coro de felicitaciones murmuradas en voz baja, y aquella hora de fiesta le indemnizaba y consolaba de todos los pescozones del huracán Husson, de todos los sermones de la tía Constanza y de todas las heridas de amor propio sufridas durante el trascurso del año.

¡Cuánto hubiera dado por que su padrino el marqués hubiera podido verle en el esplendor de sus glorias! Pero M. de Rosières no había vuelto á presentarse después de la noche del baile, y la señorita Sofía evitaba, como por cálculo ó destreza, pronunciar su nombre.

Terminado el acto de la distribución, echaban á andar muy despacio por la calle del Bourg. Lorenzo,

agobiado con el peso de los libros y ensartadas todas las coronas en el brazo, caminaba altivamente al lado de su tía y se esponjaba de júbilo al sorprender fijas en él las miradas de los transeuntes.

Llegaban, por fin, á la puerta de la panadería, y aquel día dejaba Memmie Husson asomar una pálida sonrisa á sus melancólicos labios; contaba las coronas, tomaba á peso los libros y acababa por decir, á guisa de cumplido:

—Está bien, está bien; pero te has dejado quitar el premio de aritmética... Yo, en tu lugar, hubiera querido llevármelos todos.

Las oficiales abandonaban el taller para felicitar á Lorenzo, y á la tía Constanza, frotando contra la mejilla del sobrino su áspero y avinagrado rostro, exclamaba:

—Basta, señoritas, basta ya; no le atiforreis de enhorabuenas y elogios, que ya es él bastante vanidosillo, y el orgullo es uno de los pecados capitales.

Aquella tarde había *gandeamus* en casa de los Husson, se convidaba á las operarias y á los postres se brindaba en honor del sobrino de las maestras.

Los triunfos de Lorenzo se sucedieron por espacio de algunos años, sin verse empañados por ningún descalabro; su gloria universataria brillaba en pleno cielo sin la más ligera nube. Por cierto que Memmie Husson, con su carácter pesimista y con su propensión al menosprecio, no dejaba de insinuar que si

el chico era siempre el primero, se debía á que solo tenía que habérselas con zoquetes y holgazanes, y trataba de rebajar el orgullo del alumno contestando á los felicitantes:

—¡Bah! ¡en la tierra de los ciegos, el tuerto es rey!

Lorenzo no dejaba por eso de ir á la cabeza de los de su clase. Había cumplido doce años y entrado en el quinto de los estudios, cuando, á mitad de invierno, llegó un nuevo alumno á tomar puesto á su lado: un guapo chico, de porte elegante y esmeradamente vestido, llamado Alejo de Mauprie. Era hijo del pagador, había llegado de París con su familia y unía al aplomo y facilidad de expresarse que caracteriza á los parisienses, el genio avasallador y dominante propio de un niño mimado por padres ricos.

Véíasele presentarse en el patio del colegio, escoltado por un criado de librea; sus libros y cuadernos iban encerrados en una elegante cartera de tafilete; su camisa siempre limpia, su traje cortado á la última moda y las botas de charol, formaban un rudo contraste con los boreceguies atacados y el raído traje de su vecino el hijo del panadero.

Desde el primer día, deslumbrados los alumnos por aquel lujo y aquella pretenciosa jactancia parisiense, no tuvieron más remedio que declarar que era un muchacho guapo, bien puesto y despejado, y que Lorenzo había encontrado la horma de su zapato.

La predicción no se realizó por de pronto, porque

el nuevo alumno, á pesar de su desparpajo, no salía bastante airoso en sus traducciones ni parecía dotado de una feliz memoria.

Sin embargo, cierto sábado, después de una composición de historia, cuando el director hizo la calificación de puestos, se advirtió con sorpresa que Alejo de Mauprie figuraba con el número primero.

Lorenzo no acertaba á dar crédito á sus oídos, se puso pálido, y los alumnos, gozosísimos de verle, por fin, derrotado, no disimulaban su satisfacción, ni se ocultaban para burlarse de su fracaso.

Por lo que toca á Memmie Husson, cuando tuvo noticia de aquel descalabro, se contentó con arrugar irónicamente los repulsivos labios y murmurar estas frases:

—Así tenía que suceder; ahora que has encontrado un rival de formalidad, empiezan los tumbos.

Durante las siguientes semanas, recobró Lorenzo su primacía gerárquica; mas cuando llegó otra vez la composición de historia, volvió á ser derrotado por el hijo del pagador. Este segundo percance le causó una mortificación extraordinaria. Si se hubiera tratado de cualquier otro alumno, le habría importado poco; pero aborrecía á aquél Mauprie que le humillaba con su elegante atavío y sus aires de riqueza. Sentíase tanto más contrariado, cuanto que en los ejercicios diarios y hasta en historia demostraba el nuevo alumno una mediocridad lamentable; no pare-

cía sino que reservaba todas sus fuerzas y todos los recursos de su ingenio para la prueba de composición.

Esta particularidad se hizo sospechosa y dió en qué pensar á Lorenzo, quien se propuso, cuando llegó el martes, día de composición de historia, espiar y vigilar de cerca á su rival.

Por más que fuesen vecinos, cada uno de ellos ocupaba el extremo de un banco, quedando entre ambos un espacio vacío. A las nueve, Alejo, conociendo que Lorenzo no le quitaba la vista de encima, solo había escrito unas cuantas líneas en su cuader no; mas de pronto, entreabrió su magnífica cartera de tafilete, la colocó á guisa de pantalla entre él y Lorenzo y empezó á escribir con pasmosa rapidez.

—¿Será, tal vez, que está copiando?—pensó Husson indignado.

Aparentó hallarse embebido en su trabajo y siguió observando con el rabo del ojo á su camarada.

En efecto, Alejo copiaba algunas hojas arrancadas de un libro de historia griega y disimuladamente escondidas en los senos de su cartapacio. Rápido como un ave de rapina, mientras el profesor se hallaba vuelto de espaldas, cayó Lorenzo sobre su vecino y se apoderó de las hojas impresas.

Mauprié se mordió los labios y se puso pálido.

—¡Bien seguro estaba yo—murmuró Lorenzo—de que copiabas!

—¿Y qué?—replicó el otro con no menos audacia—¿Estás por ventura encargado de fiscalizar á los demás?

El profesor se volvió, y advirtiendo la agitación de Lorenzo, exclamó:

—¡Señor Husson! ¿No sabéis que está prohibido comunicar con el compañero?... En castigo, me copiaréis cien versos.

—¡Tómate esa!—dijo Mauprié en voz baja y sonriendo con sarcasmo.

Lorenzo devoró en silencio su cólera; se respetaba demasiado para desempeñar el papel de denunciador, como le había insinuado su rival, pero pensó para sus adentros vengarse á la primera ocasión.

No era, en verdad, cosa fácil, encontrar una coyuntura favorable para ello, porque Alejo iba siempre escoltado por el criado de librea, lo mismo á la entrada del colegio que á la salida, sin separarse de él dos pasos.

Transcurrieron dos días; el siguiente era jueves, día de asueto y, por lo tanto, no había que esperar tampoco oportunidad para tomar el desquite. Por la tarde, Memmie Husson, que tenía que plantar algunos pinos en su cercado del camino de Fains, advirtió á Lorenzo que quería llevarle consigo para que le ayudara en su faena. La tía Constanza cortó de una hogaza un pedazo que entregó generosamente á su sobrino para la merienda, y como Lorenzo

insistiera en que aquel zoquete de pan seco fuera complementado con algun fiambre, se contentó aquélla con recordarle en tono sentencioso aquel popular axioma:

—A buena hambre, no hay pan duro.
Estaba para terminar el mes de Abril.

En el campo, empezaban los pajarillos á entonar la overtura de la primavera.

Los árboles no habían completado aún su vestidura de follaje, pero los ojiacantos verdeaban en los flancos de las sendas y caminos, los almendros y alberchigos en flor extendían una especie de humo rosáceo sobre las vertientes de los ribazos, y las viñas estaban atestadas de ese jacinto de flores violáceas, que exhala tan suave olor de manzana.

El huerto de los Husson, situado á levante, se iba veleando por sucesivas mesetas hasta la cima de la costanera, desde donde se oía rodar los carruajes, con sordo ruido, sobre el guijo de la carretera. Por encima de los cuadros sembrados de legumbres y separados por arriates de primaveras y narcisos amarillos, se alzaba una caseta de tablas con una especie de cenador; y más allá estaba el jardín y un terreno baldío donde el panadero pensaba plantar sus pinos.

Después de haberle ayudado durante una hora á abrir hoyos, separóse Lorenzo de Memmie Husson y bajó hacia el cenador, desde donde se descubría el camino. Entregado á una soñolienta pereza, contem-

plaba los carros marchando en opuestos sentidos bajo la viva luz del sol y las reverdecidas praderas, por entre las cuales serpenteaba el río, azulado y fosforescente.

De pronto se enderezó, agitado de un estremecimiento nervioso, porque acababa de ver en medio del camino al objeto constante de su odio, á su antagonista Alejo de Mauprié, y por cierto que esta vez no iba acompañado, según todas las apariencias. El hijo del pagador vagaba indolentemente á lo largo de los setos y vallados, sacudiendo el ramaje con su bastoncillo y dándose aires de persona importante.

Al fin se le presentaba á Lorenzo la ocasión tan deseada de tomarse la justicia por su mano. En tres bríncos bajó del huerto y cayó sobre el guapo Alejo, que estaba bien ajeno de aquel inesperado ataque.

—¡Aquí estamos solos los dos!—exclamó Lorenzo.
—¡Tenemos que arreglar una cuentecilla pendiente!

Mauprié, que se sintió grandemente desconcertado, trató de recobrar su serenidad, y contestó haciendo silbar su bastón.

En un abrir y cerrar de ojos, el lindo junquillo quedó hecho pedazos por mano de Lorenzo, quien cogió fuertemente por un brazo al bello Alejo y empezó á sacudirle y zarandearle como á un ciruelo cuando se le quiere hacer soltar el fruto maduro.

—¡Toma!—dijo aplicándole una soberbia bofetada.
—Esta por haber copiado, y esta otra—administrán-

dole la segunda—por los cien versos que se me impusieron injustamente.

Lorenzo se sentía muy satisfecho, y seguramente habría doblado la dosis, á no oír á su espalda una voz jadeante é indignada que gritaba:

—¡Espera, tunante; espera, malvado chicuelo!

Era ni más ni menos que el pagador en persona, un hombrón calvo y condecorado, que corría en auxilio de su primogenitura.

El escolar soltó su presa y tomó soleta á todo correr hacia el huerto; mas como Memmie Husson, atraído por las voces, había bajado hasta las inmediaciones de la caseta, Lorenzo se encontró cogido entre el panadero y el cobrador, que trepaba sofocado por las mesetas escalonadas del cercado.

—Señor mío—exclamó el hombre gordo, respirando ruidosamente tras de cada palabra,—vuestro hijo se ha permitido atacar al mío... Se ha arrojado cobardemente sobre mi niño, que ningún daño le había hecho...

—¡No es verdad!—dijo en son de protesta Lorenzo.

Pero el panadero le cortó la palabra. Memmie Husson estaba pálido como la cera:

—¡Bribón!—exclamó.

Y asíéndole por el cuello, le devolvió con usura las bofetadas con que había Lorenzo agraciado al joven Alejo. Tan cruelmente le golpeaba, que el pagador mismo intercedió para aplacar su cólera,

pareciéndole bastante la corrección sufrida. Se retiró magestuosamente, llevando de la mano á Alejo, que reparaba el desorden de su traje y volvía la cabeza para contemplar con malévola sonrisa el rostro descompuesto y la facha lastimosa de su agresor.

El panadero acompañó al funcionario público hasta la puerta del cercado, deshaciéndose en prolijas excusas, y después volvió hacia el sitio en que se hallaba Lorenzo, que, todavía embotado, permanecía inmóvil, apoyado en un cerezo.

—¡Vago! tunante!—comenzó á decirle con voz ahogada.—¿Es decir, que nada respetas?... ¡Ni aun al mismo hijo del pagador!... Por lo visto, te has propuesto arruinarme y deshonorar á tu familia, ¿no es eso?

—Me había robado mi puesto—respondió entre dos sollozos el niño—y había copiado su composición!

—¡Vaya un delito!... ¡Miren el arrapiezo, que quiere constituirse en juez!... ¿Estarás muy contento y satisfecho cuando todos mis parroquianos hayan abandonado la panadería por tu causa, chisgaravis, mequetrefe, granuja?

—Había hecho conmigo una injusticia—replicó valerosamente Lorenzo—y me he vengado. Estaba en mi derecho... y volvería á hacerlo ahora mismo si...

—No volverás á hacerlo hoy ni otro día—exclamó Husson furioso.

Y reparando en un cordel que estaba arrollado en

su plantador ó almocafre, le deslió rápidamente, y encarándose con Lorenzo, dijo:

—Como no quiero esponerme á pagar tus bestialidades, yo haré de modo que me dejes trabajar en paz.

Empujó al niño contra el tronco del cerezo y, á despecho de su resistencia, le ató sólidamente al árbol.

—Así estarás hasta la noche—añadió en un tono de voz burlonamente flemático, y se volvió con mucha tranquilidad á proseguir su plantación de pinos.

En un principio hizo violentos esfuerzos el niño para romper sus ligaduras; mas cuando hubo agotado sus fuerzas sin lograr desasirse, cayó en una especie de postración, y gruesas lágrimas corrieron á lo largo de sus mejillas.

El cerezo estaba situado en un punto que dominaba el camino, de modo que los transeuntes podían ver desde abajo al infeliz Lorenzo, ignominiosamente amarrado á la picota y devorado en silencio su vergüenza.

Amargos y crueles pensamientos germinaban por vez primera en su cerebro, lacerándole el corazón... Había sido víctima de una maldad y se veía castigado por las culpas de otro... ¿No había, pues, justicia en el mundo?

Rebelábase todo su ser contra tan inicuo tratamiento, y, sin embargo, á despecho de su humillación y sufrimientos, sentía de cuando en cuando en su inte-

rior ciertas tufaradas de satisfacción. En todo caso, él había obrado con arreglo á su derecho, y se consideraba muy por encima de los que habían cometido con él tan flagrante injusticia. No tenía nada que echarse en cara, y allá, en el fondo de su conciencia, experimentaba cierta íntima alegría y complacencia en menospreciar á este mundo estúpido, en que los justos son castigados y glorificados los culpables.

El sol descendía majestuosamente hacia el fondo del valle, tiñendo de un color purpúreo, con sus oblicuos rayos, el tronco del cerezo y formando una especie de aureola en derredor de los cabellos de Lorenzo. Los pinzones lanzaban alegres píos en el florido ramaje; los jornaleros y gente del campo pasaban sin cesar por el camino con el cuévano á la espalda ó el cesto al brazo. De pronto oyóse el ruido de un carruaje y el trotar de un caballo, y un elegante tilburi desembocó por la parte de la ciudad en la blanca y tersa carretera. Sentado al lado de un lacayo con librea, un hombre de figura simpática y de aspecto todavía joven, con el cigarro en la boca y una flor en la solapa, manejaba por sí mismo las riendas y destacaba á los últimos resplandores del sol poniente su franco rostro y su ancho y saliente pecho.

El corazón de Lorenzo dió un salto, porque acababa de reconocer al bello marqués del baile de trajes, á M. de Rosières.

El tilburi avanzaba al trote, y al llegar casi fren-

te al cerezo, estiró el niño el cuello y abrió los labios como para gritar: «¡Padrino mío, soy yo, Lorenzo!... ¡Llévame con vos!» Pero de pronto contempló su maltratado traje, la innoble cuerda que le agarrotaba como á un delincuente, y tuvo vergüenza de ofrecerse en tan deplorable situación á los ojos de aquel extraordinario padrino, que le hacía el efecto de un semidios descendido del Olimpo. Ahogó, pues, enérgicamente el grito de ¡socorro! próximo á escapar de su garganta, y M. de Rosières pasó, bien ajeno de suponer que estaba allí su ahijado, amarrado á un cerezo, á modo de espantajo contra los gorrones. Cruzaron las ruedas con sordo ruido la endurecida grava, de donde hicieron brotar algunas chispas las herraduras del caballo, y deslizóse rápidamente el tílburí á lo largo de la carretera.

Lorenzo le vió alejarse, disminuir progresivamente de volumen y desaparecer por último tras una nube de dorado polvo. Le pareció entonces que se veía abandonado de Dios y de los hombres, y sus lágrimas, un momento contenidas, corrieron de nuevo por sus ardorosas mejillas.

Aquel doloroso ejemplo de la iniquidad de los humanos juicios, tuvo por lo menos un buen resultado: despojó á Lorenzo de la vanagloria de los éxitos obtenidos en la adjudicación de premios, y abrió á su ambición horizontes más serios y positivos. Hasta entonces había sencillamente creído que la instrucción

abre todas las puertas y sirve para todo. Sus profesores así se lo repetían á porfía desde lo alto de la cátedra; y sin embargo, aquellos pobres regentes de colegio conocían mejor que nadie la poca solidez de aquella frase trivial, puesto que la instrucción les había conducido, al cabo de veinte años, al encierro de un oscuro establecimiento municipal. Mas no por eso dejaban de repetir, con apariencias de hombres convencidos y con aire sentencioso, la frase consagrada, y Lorenzo aceptaba sus palabras como artículos de fe. Quería llegar á la prometida meta, y desde el apogeo de su gloria humillar por su parte á los necios de la estofa de Mauprié. Por eso estudiaba con ardor y pasaba á la sazón los días de vacaciones en la biblioteca de la ciudad, instalada provisionalmente en una dependencia del antiguo colegio. Allí, entre las oscuras paredes cubiertas de libros, fue poco á poco haciendo conocimiento con los poetas griegos y latinos, á los que no había hasta entonces sacado el gusto, ó por lo menos no habían hecho más que estimularle el apetito las exiguas migajas masculladas en clase. Los griegos, especialmente, tenían para él el mágico atractivo de lo desconocido. Auxiliado por una traducción latina interlineal, había logrado leerlas en el texto, é insensiblemente se había abierto ante su inteligencia, como una revelación, todo un mundo ignoto de ideas imágenes y sentimientos, que le daban slumbraron y aturdieron. Del fondo de

aquellos librotos que oían á polvo, con la pasta ennegrecida y apolillada, surgía, á manera de una fuente clara, fresca y luminosa, la poesía griega. Homero, Sófocles, Píndaro, desarrollaban ante su vista un espectáculo encantado; Aristófanes le alzaba del nivel de la tierra bajo el impulso de su potente aliento lírico.

Por la noche, en su zahurda, desde donde se abarcaba una gran extensión del estrellado firmamento, volvía á traer á su memoria los coros de las *Nubes* y de los *Pájaros*, y se imaginaba transportado á misteriosas cumbres: desde las cuales contemplaba «la sagrada noche, la tierra fecunda en frutos, el curso de los ríos y los mares mugidores...»

Cuando en el estío se internaba por los bosques inmediatos á la parte alta de la ciudad, saludaba con su poeta á «los montes velados de frondosa sombra y al pueblo afortunado de los pájaros...» Y le parecía que la Naturaleza se le revelaba por vez primera en todo el esplendor de su vigorosa fecundidad y de su florida magnificencia.

Aquellas asiduas lecturas hacían algo más que instruirle en las íntimas bellezas de la Naturaleza y en los poéticos ensueños de la mitología griega; puesto que á medida que crecía en edad, le iniciaban en otra clase de misterios y despertaban en él sensaciones nuevas que hasta allí habían dormido en el fondo de su organismo en estado embrionario, como los es-

tambres en el interior del botón todavía cerrado. El brillante colorido de la poesía griega hizo brotar de repente en su cerebro la idea del amor.

Acababa de cumplir dieciséis años, edad en la que, como dice Píndaro, «la generosa pubertad reposa en los párpados de las vírgenes y de los jóvenes.»

Por las noches, después de la lectura, sentía invadido su organismo por una especie de fiebre primaveral que le acosaba hasta en lo más profundo de sus sueños, y algunas veces, en las horas de siesta del verano, al cruzar por el taller donde sus tías vigilaban la sección de oficiales y aprendizas, se sentía confuso y turbado. ¡Y á fé que era austero el taller de las señoritas Husson! A excepción de dos tiestos de balsamina, no había nada que alegrase el monótono desabrimiento que allí reinaba. En las desnudas paredes, una gran estampa de Epinal, representando las Vírgenes prudentes y las Vírgenes locas de la Sagrada Escritura, se ostentaba á guisa de saludable advertencia ociosa precaución, porque la mayor parte de las operarias estaban por su fealdad ó por su fé de bautismo á cubierto de todo riesgo de verter el aceite de sus lámparas. Sin embargo, entre aquella colección de feas, había dos ó tres aprendizas de nariz remangada y avisado semblante, y cuando Lorenzo tropezaba con sus faldas, súbitos relámpagos de carmesí subían á las mejillas del colegial. Tenían aquellas chicas una manera de mirarle de rebojo y

de cuchichear riendo, detrás de su labor, que le trastornaban el juicio.

Afortunadamente, sus poetas griegos le habían insuflado en la memoria tantísimas y tan dulces imágenes de ninfas de niveos pies y tersa frente forrada de violetas, danzando, al despuntar el alba, sobre el florido césped, que no podían aquellas chiclelas de manos coloradotas y lenguaje chavacano ejercer una verdadera impresión sobre sus sentidos. Necesitaba aquel delicado pagano, aquel amante del lujo de las formas elegantes, un ídolo más exquisito y refinado, y buscábale lánguidamente á través de los senderos de los bosques y á lo largo de las avenidas bañadas sol. Pensaba que la soñada amante debía existir en alguna parte, y mecía su sueño con los sonoros versos de sus poetas, hasta tanto que la viese desarrollarse en plena realidad.

Cierto día de Junio, festividad del *Corpus Christi*, hallábase entreteniéndose leyendo en su caramanchón, cuya ventanilla, de par en par abierta, permitía llegar hasta él las argentinas notas de las campanas de las tres parroquias que repicaban simultáneamente con motivo de la solemnidad del día. Las calles estaban alfombradas de boj, romero e hinojo, cuyo fresco aroma subía hasta su cuartucho, encaramado en lo más alto de la casa.

De pronto oyó los cánticos, todavía lejanos, de la procesión, que se adelantaba hacia la plaza de la Co-

rona, y asomó la cabeza por la ventana. En el centro de la plaza, y entre un revoltijo heterogéneo de verde ramaje, se elevaba un altarcito azul y blanco, formado de *margeritas* y acianos clavados en el musgo. A cada lado, y formando calle, veíanse alineados macetones con adelfas y granados, y todo á lo largo, hasta la calle de enfrente, aparecía el pavimento cubierto de un manto púrpureo de rosas y amapolas deshojadas.

El altar estaba ya cuajado de velas encendidas, y un tenue perfume de incienso y flores esparcía un místico olor por la atmósfera. La procesión llegaba lentamente al són de los sagrados cánticos, y en la calle, bañada de sol, se veían las largas filas de niños de la última comunión, los varones con sobrepellices y las niñas vestidas de blanco. Venía después el estandarte de la Virgen, sostenido por los vigorosos y castos brazos de la señorita Constanza, la más antigua de las congregantes del Rosario. Más lejos se divisaban, heridas por los rayos del sol, casullas bordadas y sotanas rojas, y por fin, allá, en último término, el centelleo de la custodia de oro, llevada por un sacerdote bajo palio carmesí, en tanto que batían marcha los tambores.

Cuando hubo llegado el clero frente al altar portátil, los niños y las niñas se formaron en derredor de las ramas verdes, y entonces alcanzó á ver Lorenzo, precisamente debajo de la ventana, cerca de una

adelfa de gran tamaño, á una niña de trece años, envuelta en tules, cubiertas por blancos guantes las manos cruzadas sobre su devocionario, el rostro destacándose bajo los alisados bandós de su cabello castaño, y los ojos alzándose distraídamente hacia los balcones de las casas.

En la posición que ocupaba, no podía Lorenzo verla sino de perfil; pero así y todo, parecióle que hasta entonces no había visto en parte alguna tan linda cara femenina. No era ya niña, ni había llegado todavía á ser mujer; sin embargo, en su límpida mirada, en sus delicadas facciones y en sus diminutos labios, se reflejaba ya cierta expresión de grave seriedad, y su gorrita de tul y su velo, largo la daban el aspecto de una mujercita.

Lorenzo no tenía ojos sino para ella, y ansioso de mirarla más de cerca, bajó precipitadamente al taller, á la sazón desierto. Allí, oculto tras las macetas de balsamina, se encontraba solamente á algunos pasos de ella, y podía distinguir con facilidad las correctas líneas de su bello perfil y hasta el color castaño claro de sus ojos.

En aquel momento el sacerdote daba la bendición, inclinábanse á tierra los estandartes, batían marcha los tambores, y de todos los canastillos de las niñas volaban puñados de hojas de rosa, que parecían, girando en aquella atmósfera de luz, ejércitos de encarnadas mariposas. Lorenzo, maravillado y trastor-

nado, sentía, por su parte, que se le escapaba el corazón, cual mariposa que sale de su crisálida, y que que echaba á volar, juntamente con las deshojadas flores, hacia la blanca niña del largo velo de tul. Ahora ya no había duda; aquel era el soñado ideal, que se le aparecía en medio de aquella fiesta casi pagana. Y mientras todas las cabezas se inclinaban bajo la bendición del anciano sacerdote, Lorenzo se prosternaba en espíritu á los pies de aquella hermosa niña.

Los estandartes volvieron á ponerse en marcha, pero Lorenzo seguía en su estático desvanecimiento, hasta que oyó de pronto una voz de mujer—la de una segunda maestra del colegio Papillón—que interpe-
laba á la niña:

—¡Vamos, Valentina, pronto, á vuestro puesto!
¡Se llamaba Valentina!... Lorenzo no cabía en sí de gozo al saber su nombre; mientras desaparecía la procesión por la calle inmediata, asaltaronle tentaciones de precipitarse fuera de la casa para recoger como santas reliquias las matas de romero y las hojas de rosa que cubrían el sitio donde estuvo la niña arrodillada.

IV

Un ardiente sol de Julio, cayendo á plomo sobre los viñedos de Corottes, hacía cantar á millares de

adelfa de gran tamaño, á una niña de trece años, envuelta en tules, cubiertas por blancos guantes las manos cruzadas sobre su devocionario, el rostro destacándose bajo los alisados bandós de su cabello castaño, y los ojos alzándose distraídamente hacia los balcones de las casas.

En la posición que ocupaba, no podía Lorenzo verla sino de perfil; pero así y todo, parecióle que hasta entonces no había visto en parte alguna tan linda cara femenina. No era ya niña, ni había llegado todavía á ser mujer; sin embargo, en su límpida mirada, en sus delicadas facciones y en sus diminutos labios, se reflejaba ya cierta expresión de grave seriedad, y su gorrita de tul y su velo, largo la daban el aspecto de una mujercita.

Lorenzo no tenía ojos sino para ella, y ansioso de mirarla más de cerca, bajó precipitadamente al taller, á la sazón desierto. Allí, oculto tras las macetas de balsamina, se encontraba solamente á algunos pasos de ella, y podía distinguir con facilidad las correctas líneas de su bello perfil y hasta el color castaño claro de sus ojos.

En aquel momento el sacerdote daba la bendición, inclinábanse á tierra los estandartes, batían marcha los tambores, y de todos los canastillos de las niñas volaban puñados de hojas de rosa, que parecían, girando en aquella atmósfera de luz, ejércitos de encarnadas mariposas. Lorenzo, maravillado y trastor-

nado, sentía, por su parte, que se le escapaba el corazón, cual mariposa que sale de su crisálida, y que que echaba á volar, juntamente con las deshojadas flores, hacia la blanca niña del largo velo de tul. Ahora ya no había duda; aquel era el soñado ideal, que se le aparecía en medio de aquella fiesta casi pagana. Y mientras todas las cabezas se inclinaban bajo la bendición del anciano sacerdote, Lorenzo se prosternaba en espíritu á los pies de aquella hermosa niña.

Los estandartes volvieron á ponerse en marcha, pero Lorenzo seguía en su estático desvanecimiento, hasta que oyó de pronto una voz de mujer—la de una segunda maestra del colegio Papillón—que interpe-
laba á la niña:

—¡Vamos, Valentina, pronto, á vuestro puesto!
¡Se llamaba Valentina!... Lorenzo no cabía en sí de gozo al saber su nombre; mientras desaparecía la procesión por la calle inmediata, asaltaronle tentaciones de precipitarse fuera de la casa para recoger como santas reliquias las matas de romero y las hojas de rosa que cubrían el sitio donde estuvo la niña arrodillada.

IV

Un ardiente sol de Julio, cayendo á plomo sobre los viñedos de Corottes, hacía cantar á millares de

cigarras, cuyo estridente y continuado zumbido se oía hasta en las salas de la biblioteca del colegio. Orientadas al norte, las cinco altas ventanas abiertas dejaban penetrar una luz suave y azulada que se amortiguaba aún más al pasar por entre los largos estantes atestados de libros desde la base hasta la cornisa.

Al final de la segunda sala, cerca de una doble escalera provista de ruedas para su más fácil transporte, leía Lorenzo en un volumen en cuarto, apoyado de codos en una vetusta mesa ennegrecida. Hacíase grato el estudio con aquella media luz aterciopelada, á la sombra y bajo la protección de aquellas paredes de libros antiguos, mientras que por la abertura de las ventanas se descubría un estrecho pedazo de cielo azul y un girón del verde manto de las viñas bañadas de sol. Tan solo el zumbador susurro de las cigarras y de cuando en cuando el ruido seco y acompasado de un telar de tejedor, interrumpían el profundo silencio que el intenso calor del medio día extendía por toda la ciudad.

El libro que, absorbía la atención de Lorenzo era una antigua edición de Teócrito, impresa en 1584 por Abel L'Angelier, con la traducción latina á la vista y eruditos escolios griegos al pie de cada página. Aquel poeta de hacia dos mil años, impreso en aquel libro que contaba cerca de tres siglos, parecía á Lorenzo como si hubiera cantado el día antes y solo

hubiera cantado para él; de tal manera y con tal fidelidad reflejaban aquellas amarillentas páginas las emociones que agitaban el corazón del adolescente desde el día de la festividad del Corpus. Figurábase que Teócrito había querido retratar á su Valentina cuando hablaba de aquella ninfa «que llevaba la primavera en los ojos.» Pensando en la linda colegiala del pelo castaño, recordaba Lorenzo las flores que revoloteaban á su alrededor durante la ceremonia del altar portátil y arrebatado, de caluroso entusiasmo, repetía en alta voz: «Eterna primavera, vegetación exuberante y ubres cargadas de leche, por do quiera que pasa la hermosa niña...»

—¡Hola, hola! amiguito—sonó de pronto á su espalda una voz flautada y jovial.—¿Es una novela ó es vuestra lección lo que leís con tanto calor?

Lorenzo volvió la cabeza ruborizado, pero se tranquilizó al punto cuando vió el bondadoso rostro del personaje que tenía á su lado.

El recién llegado, M. Deronis, asumía en su personalidad las heterogéneas funciones de secretario del juzgado de paz y bibliotecario de la ciudad. Era un hombre pequeño, regordete, de cara llena y sonrosada, frente espaciosa, coronada de cabellos grises erizalos á modo de espeso cepillo. Sus ojos azules, redondos y saltones y sus carnosos labios, le daban cierto aspecto de pájaro glotón. Aunque cojo, era vivo y turbulento como un grajo y gesticulaba cons-

tantemente, dando brinquitos sobre la pierna sana é imprimiendo á la otra un movimiento giratorio, cual si quisiese barrenar el piso con ella. Inclínose hacia la mesa y clavó sus redondos ojos en el libro de Lorenzo.

—¡Hola!, exclamó—¿griego? ¿Teócrito?... ¿Y leéis el texto sin titubear?

—Sí, Sr. Deronis.

—¿Y eso os interesa?

—Muchísimo—contestó Lorenzo con acento convencido.

—¡Venga esa mano!—exclamó entusiasmado el señor Deronis.—Sois, excluyendo mi persona, el único habitante de Juvigny que conoce y aprecia á Teócrito... ¡Ah! ¿Os gusta el griego? me alegro infinito. Teneis que ir á mi casa, camarada, y os enseñaré mis libros y también mis manuscritos.

M. Deronis era, más bien que un erudito, un amante de erudición. Gran coleccionador de libros, verdadero ratón de biblioteca, tomaba de buen grado el aparato exterior de la ciencia por la ciencia misma, y como muchos sabios de provincia, había montado un caballito de cartón que le llevaba en derecha al país de las quimeras.

Sonaba con inventar un idioma universal, y la obstinada manía de exponer su sistema á todo biého viviente, había dado en definitiva el resultado de formar el vacío á su alrededor. El pobre hombre se

veía reducido á leer sus manuscritos al oficial de su escribanía, que no se atrevía, por deferencia, á escapar á estas lecturas ó á algunos colegiales adelantados en composición y traducción, los cuales se divertían con las humoradas del viejo bibliotecario.

No paró el buen Sr. Deronis hasta que llevó á Lorenzo á su vivienda, que era una casita gris, situada al final de la calle de Soeurs Claires, de dos pisos, con un corredor húmedo y un patio interior, cuya pared estaba en parte revestida por las anchas y redondas hojas de una aristoloquia. La escribanía, instalada en el piso principal, daba á un espacioso jardín vecino, de donde salían, como de una animada pajarera, bulliciosas y nutridas voces infantiles. Aquella oficina, ahumada y cubierta de polvo, donde había montones de papeles, pilas de legajos encarpados y grupos de libros viejos abiertos unos sobre otros, era fiel reflejo del desorden que imperaba en el cerebro de Mr. Dérónis.

Cuando entró Lorenzo en aquella habitación, no pudo menos de quedarse al pronto sorprendido al ver á una muchacha como de veinte años inclinada sobre un pupitre y ocupada en garrapatear papel sellado.

—Mi hija Lucrecia—dijo M. Dérónis presentándola á Lorenzo—me ayuda en mis trabajos y conoce los expedientes mejor que yo.

Pasó á la otra banda de la mesa, donde un mozo

muy alto, sentado ante un pupitre que hacía frente al de la joven, extendía la minuta de un juicio.

—Mi oficial de escribanía, Eustaquio Lapasque—continuó el buen hombre,—un legista de porvenir; redacta los juicios mejor que yo...

—¡Vaya un escribano raro!—pensaba Lorenzo, haciendo esfuerzos por conservar su seriedad ante el extraño conjunto que formaban los dos jóvenes ocupados en emborronar papel timbrado.

El oficial de escribano, Eustaquio Lapasque, largo como un día sin pan, de nariz en forma de apagador y cabellos rubios cayendo sin gracia sobre un cuello de camisa excesivamente ancho, vestía chaqueta de alpaca negra que el uso inmoderado había casi transformado en verde.

La señorita Lucrecia era esbelta y de buena estatura; su delgado busto estaba aprisionado en un vestido de barés, cuya tela había estallado por el sitio en que se une la manga al cuerpo, y sus descarnados brazos mostraban los codos puntiagudos bajo las mangas de tul. Era el vivo retrato de su padre: los mismos abultados labios, los mismos ojos redondos y saltones, la misma frente estrecha y alta con exceso. No era linda, y sin embargo, su tez fresca, sus ojos claros y lánguidamente humedecidos no eran del todo desagradables, y, por último, la juventud la daba cierta belleza relativa.

Al entrar Lorenzo, alzaron la cabeza los dos com-

pañeros de trabajo. M. Eustaquio Lapasque saludó con voz nasal, exhaló un prolongado suspiro en dirección á su pareja y volvió á ponerse á escribir de una manera febril. La señorita Lucrecia, por su parte, dirigió al recién llegado una lánguida mirada, dió su correspondiente suspiro y se sumergió de nuevo en el mar de sus papeles.

—¡Vaya una casa!—decía para sí Lorenzo.

Disponíase á seguir á M. Dérónis al gabinete contiguo, donde había instalado sus libros el escribano, cuando una explosión de voces infantiles y alegres penetró por la abierta ventana en la silenciosa oficina y llamó la atención del colegial.

—Son las niñas del colegio Papillon—exclamó M. Dérónis con su clara y meliflua voz—Semejante vecindad es algo ruidosa para gentes estudiosas como nosotros, pero, al fin y á la postre, acaba uno por acostumbrarse.

Lorenzo se acercó bruscamente á la ventana, desde donde se veía cruzar por entre los macizos y arbustos del jardín inmediato los flotantes vestidos y las desnudas cabezas de las pensionistas. Precisamente en aquel establecimiento era donde habitaba su pequeña hada del día del Corpus, su querida Valentina. Paseábase por allí, á veinte pasos de él, y tal vez era la suya aquella cabecita de color castaña que alcanzaba á ver allá detrás de los avellanos. Lorenzo no acertaba á separar sus ojos del jardín, donde las grandes matas

de malvas reales alzaban en pleno sol sus pirámides de flores carmesíes ó naranjadas. Desde aquel mismo momento, parecía que el polvo de la escribanía estaba formado de átomos de oro finísimo; Eustaquio Lapasque se le representaba como el genio de la hospitalidad, y Lucrecia, á pesar de su traje descosido y de sus ojos redondos, le parecía hermosa ó poco menos. Escuchó sin pestañear las disertaciones de M. Dérónis y llevó su eobardía hasta el punto de manifestar que el sistema del *lenguaje universal* haría una revolución en el mundo sabio.

Dióse á visitar asiduamente al escribano y procuró con gran empeño captarse las simpatías de la señorita Lucrecia, con gran desesperación de Eustaquio Lapasque, que adoraba en silencio á la hija de su principal y no podía ver sin enojo que aquel maldito colegial viniese á turbar la plácida quietud de sus cotidianas entrevistas.

En cuanto tenía una hora de libertad, se colaba Lorenzo en la escribanía, so pretexto de consultar algún autor griego y recurría á astucias dignas de un consumado diplomático para instalarse cerca de la ventana y atisbar desde su observatorio el jardín de las señoritas Papillon. Ya había logrado ver una ó dos veces á Valentina, y de aquella rápida inspección ocular había cosechado cantidad bastante de dicha para alimentarse el resto de la semana.

Llegó el caso de que se le encontrase allí todos los

días á las horas de recreo; en verano asomado á la ventana abierta; en invierno echando el aliento en los cristales para derretir la escarcha y vislumbrar en el jardín, cubierto de polvo blanco, las colegialas que se aventuraban á salir desafiando el frío.

M. Dérónis salía con frecuencia, y, cuando la ordinaria tarea lo permitía, Lucrecia, que poseía cierta dosis de sentimentalismo, aprovechaba aquellos ratos para leer novelas ó escribir su diario. Eustaquio Lapasque, furioso con la presencia de un intruso, se subía á su camaranchón, situado al mismo nivel que el desván, cogía la flauta y encomendaba al sonoro artefacto la misión de expresar á Lucrecia los amorosos sentimientos que bullían en su pecho. Aquella flauta era el barómetro regulador que revelaba el estado del corazón de Eustaquio. En los momentos de esperanza, elegía el flautista aires modernos, coplas populares, vivas y retozonas; pero en los días de melancolía se arrojaba sobre el repertorio de los tiempos de Maricastaña, y entonces oíanse en las olímpicas alturas del desván exhalar como un quejido: «Una fiebre abrasadora» ó «Placer de amor que solo dura un soplo...» Y entretanto, zumbaba suavemente la chimenea, devoraba Lucrecia las novelas de Madame Cottin, y Lorenzo, con un ojo en el libro y el otro fijo en el jardín Papillon, invocaba á Valentina, y se tenía por dichoso con solo ver la arena de las calles,

ó los tejos, recortados en forma esférica, que habían rozado la falda de su ideal enamorada.

Por aquel tiempo había cumplido Lorenzo diecisiete años, estudiaba retórica, y se consideraba ya un mozo hecho y derecho. Verdad es que conservaba aún las formas flacuchas y un tanto desmañadas de la adolescencia, pero se desarrollaba y embellecía á ojos vistos. Su cabello negro y sedoso caía en espesos y rizados mechones á cada lado del rostro, de tez mate, en que solamente las mejillas tenían cierto matiz moreno sonrosado, y una apariencia de vello sombreaba el labio superior. En su fisonomía de móviles facciones había dejado la infancia cierto sello de revoltosa travesura, pero la incipiente juventud se marcaba ya en ella por el brillo ardiente y soñador de sus grandes ojos negros, rodeados de una ligera sombra.

En el interior de aquella melancólica escribanía, la frecuente aparición de aquel guapo chico de diecisiete años, que derramaba en torno suyo un trastornador effluvio de juventud, acabó por dar qué pensar más de lo conveniente á la cabeza novelesca de la sensible Lucrecia. La reclusión en que vivía en aquella pieza impregnada de una ácre atmósfera de prisión, había acrecentado en ella los deseos que asaltan á la mayoría de las muchachas de veinte años. Si su exaltada sensibilidad y una viva aspiración de ternura la habían reducido en un principio á

alentar los suspiros del flautista Lapasque, no tardó éste en verse relegado al segundo término, y la señorita Deronis ya no tuvo ojos sino para el bello querubín que venía diariamente á sentarse á dos pasos de su pupitre.

Demasiado novicio en tales asuntos, Lorenzo no fijaba en ello su atención, harto preocupado, por otra parte, y absorto en la contemplación del jardín Papillon; pero Eustaquio Lapasque había ya olfateado aquella alarmante pista de amor, y su celosa melancolía se manifestaba en una exhuberancia de *flauterías* lánguidas y desesperadas.

Desde la presentación de Lorenzo, esmerábase algo más Lucrecia en su modesto atavío; había zurcido los desgarrones de su vestidito negro, y desplegaba un lujo de mangas transparentes que solo contribuía á hacer resaltar la delgadez de sus codos. Todos los días se prendía en el peto de su traje flores de excitante perfume: claveles rojos, jeringuillas y arvejillos ó guisantes de olor, que cuidaba siempre de dejar olvidados entre las hojas del libro de Lorenzo y que volvía ¡ay! á encontrar el día siguiente marchitas en el mismo sitio.

Durante largos ratos, y mientras el adolescente espía desde la ventana las idas y venidas de las pensionistas, Lucrecia, de codos sobre el pupitre, fijaba sus húmedos ojos en los negros rizados del retórico, sin que el cruel aparentase en modo alguno ad-

vertirlo; y entonces ella exhalaba un prolongado suspiro, movía la cabeza con suaves balanceos de languidez, y se ponía de nuevo á emborronar el papel sellado.

Aprovechaba los menores pretextos para volverse hacia él, de modo que rozase con su pecho el hombro ó el brazo del estudiante, y luego se echaba atrás bruscamente como turbada, y se ruborizaba, alzando al techo una mirada lacrimosa, que solo dejaba al descubierto lo blanco de los ojos. Y entonces notábanse en ella tensiones de garganta, ondulaciones y gestos de tórtola arrulladora... Trabajo completamente perdido, porque el insensible Lorenzo continuaba acechando el jardín Papillon.

Había empezado la primavera, peligrosa estación para los enfermos de amor del género de la señorita Dérónis. Cierta jueves fué Lorenzo, como de costumbre, á la escribanía, so pretexto de concluir la lectura de la *Ifigenia* de Eurípides. M. Dérónis había salido á dar un vistazo á sus viñas; Eustaquio Lapasque se había retirado, como Aquiles, á su tienda, esto es, á su desván, y allí soplaba en la flauta como un desesperado, y Lucrecia estaba sola, trabajando en su puesto; á su lado, en un vaso azul, un gran ramillete de narcisos amarillos, llamados en el país *claudinettes*, esparcía una suave fragancia primaveral y marcaba una nota alegre en el tétrico y ahumado escritorio,

Lorenzo, después de saludar á Lucrecia, cogió su Eurípide y sentados, cerca de la ventana, aguardó impaciente que las avecillas del colegio Papillon echasen á volar por el jardín.

Profundo silencio reinaba en la oficina, interrumpido tan solo por el rasgear de la pluma de Lucrecia y el roer de una rata detrás de un tabique. De pronto dejóse oír un clamoreo de argentinas voces en la vecindad; era que se había abierto la pajarera y las colegialas se desparramaban bulliciosamente por las avenidas del jardín.

Lanzóse Lorenzo á la ventana, dejando caer el libro en el suelo, y sus ojos se abrieron desmesuradamente para descubrir el vestido azul de Valentina. En aquella posición estaba desde hacía más de un cuarto de hora, y sin haber visto nada todavía, cuando oyó á su espalda un extraño rumor de sollozos. Volvióse y pudo ver á Lucrecia, que apoyada de codos en su pupitre y la cabeza oculta entre las manos, se deshacía en lágrimas.

El espectáculo de una mujer que llora no deja nunca de conmover á un corazón de diecisiete años; así es que Lorenzo se sintió turbado.

—¿Qué teneis, señorita?—preguntó acercándose á la joven—¿Qué os ha pasado?

—Nada .. no tengo nada—murmuró Lucrecia entre sollozos.

—Pues ¿por qué llorais?

Redobló el llanto, y el adolescente, sorprendido y turbado al propio tiempo por aquel torrente de lágrimas, no sabía qué partido tomar. Por fin, se amansó la tormenta, sacó Lucrecia del bolsillo su pañuelo empapado en agua de Colonia, enjugó sus mejillas, y moviendo melancólicamente la cabeza, fijó sus húmedos ojos en los ojos asombrados de su interlocutor.

Siguió un paréntesis de silencio, durante el cual las notas de la flauta Lapasquina, resonaron más agudas en los oídos de los dos jóvenes. El flautista interpretaba, con dolorido acento, un motivo de *Joconda*:

«En su amoroso delirio,
un tierno pastor decía
confiando su martirio
á la floresta sombría...»

—¿Teneis algun pesar?—prosiguió Lorenzo con cariñosa insistencia.—Contadme vuestras penas.

—¿Para qué?—balbuceó Lucrecia.—No pensemos más en ello... ¡Es una locura!

Y volvió á mover la cabeza, sin dejar de mirar al adolescente. Fuese la expresión de aquella mirada, fuese un efecto del enervante aroma de los narcisos... lo cierto es que Lorenzo se sintió enternecido.

—Vaya—la dijo con dulzura—¿por qué llorais?

—Lloro porque... Pues bien, si, lo diré, ¡porque me haceis sufrir!

Y más encendida que la grana, volvió Lucrecia á ocultar la cabeza entre las manos.

—¡Yo! ¿yo os he disgustado?—exclamó Lorenzo aturdido.—Os juro, señorita, que habrá sido inconscientemente. Pero, decidme al menos en qué he podido ofenderos á pesar mío.

Separó ella un poco las manos, y mirándole por entre los dedos como á través de una celosía, continuó con vivacidad:

—¿Por qué estais siempre asomado á esa ventana y mirando al jardín Papillon?... Porque hay una jovencita de quien estais... enamorado, y solo venís aquí por verla... ¡confesadlo!

Esta vez tocó el turno á Lorenzo de ruborizarse hasta lo blanco de los ojos; tales eran su confusión y espanto, al ver su querido secreto descubierto por Lucrecia Derónis. En medio de su aturdimiento, no encontró mejor salida que recurrir á una mentira.

—Os equivocais—exclamó—¡os lo juro!... Es cierto, en efecto, que miraba al jardín, mas era por pura distracción... ¡No pensaba siquiera en... eso que decís, os lo aseguro!

A medida que hablaba, se hacían más visibles su rubor y turbación, manifestándose bien claramente su embarazo en sus ojos bajos, en sus labios que mordía despechado, y en sus manos que retorcia con movimientos nerviosos; pero Lucrecia, que no deseaba otra cosa que dejarse convencer y manifestarse indulgente, se levantó, cerró bruscamente la ventana, y asiendo las manos de Lorenzo, exclamó:

—¿De veras no queréis á nadie?... ¿No habeis amado nunca?

Sus ojos permanecían clavados en los de Lorenzo, como buscando en ellos una respuesta, y en aquel momento casi puede decirse que estaba hermosa; de tal modo embellece el amor cuanto toca.

El retórico empezaba á perder su sangre fría; aquellas pupilas brillantes é inquisitivas, el húmedo calor de aquellas manos femeninas que oprimían las suyas, hasta el aroma de las flores de Abril, colocadas sobre la mesa-escritorio, todo contribuía á embriagarle. A su edad no necesita un muchacho que le escancien gran cantidad de este vino para trastornarle la cabeza; así es que los ojos de Lorenzo se atrevieron á contemplar las animadas mejillas, los entreabiertos labios y el agitado seno de Lucrecia.

—¡Contestadme con franqueza!—prosiguió con insistencia la joven.

—Pero—repuso él con voz algo ahogada y con una vaga sonrisa—¿por qué queréis saberlo?

—¿Por qué?... ¡porque os amo, Lorenzo!

Y ruborosa, avergonzada, sin darse cuenta de lo que hacía, no encontró Lucrecia mejor manera de ocultar su confusión que arrojarle al cuello de Lorenzo. Su cabeza se apoyó en el hombro del adolescente, y fuese casualidad, fuese premeditación, sintió éste de pronto en el cuello la impresión de los labios de la joven.

Aquella situación tendía á prolongarse, cuando se oyó en la escalera el ruido de unos pasos desiguales y claudicantes.

—¡Ah! ¡mi padre!—exclamó en voz baja la excesivamente tierna Lucrecia, abalanzándose á su pupitre y poniéndose de nuevo á escribir rápidamente.

Entretanto Lorenzo, pálido y vacilante como si hubiera bebido, se arrodillaba para recoger el tomo de Eurípides, y por la lumbrera del desván, en medio del repentino silencio en que habían quedado ambos jóvenes, continuaba lanzando sus trinos melancólicos la flauta de Eustaquio Lapasque.

M. Dérónis entró por fin en la habitación, y encontró á Lucrecia y Lorenzo hipócritamente inclinados, la una sobre su pupitre, y el otro sobre su libro, cuyos caracteres griegos parecían removerse y replegarse, como un hormiguero de extraños insectos.

Lorenzo, que no se acomodaba muy bien á aquella hipocresía, se levantó pasados algunos minutos, y sin atreverse á mirar á Lucrecia, aprovechó el primer pretexto que halló á mano para retirarse.

Una vez en la calle, echó á andar con acelerado paso, como para alejar la extraña emoción que le dominaba. El furtivo beso de Lucrecia le había puesto calenturiento. Por más que hubiera caído de los

—¿De veras no queréis á nadie?... ¿No habeis amado nunca?

Sus ojos permanecían clavados en los de Lorenzo, como buscando en ellos una respuesta, y en aquel momento casi puede decirse que estaba hermosa; de tal modo embellece el amor cuanto toca.

El retórico empezaba á perder su sangre fría; aquellas pupilas brillantes é inquisitivas, el húmedo calor de aquellas manos femeninas que oprimían las suyas, hasta el aroma de las flores de Abril, colocadas sobre la mesa-escritorio, todo contribuía á embriagarle. A su edad no necesita un muchacho que le escancien gran cantidad de este vino para trastornarle la cabeza; así es que los ojos de Lorenzo se atrevieron á contemplar las animadas mejillas, los entreabiertos labios y el agitado seno de Lucrecia.

—¡Contestadme con franqueza!—prosiguió con insistencia la joven.

—Pero—repuso él con voz algo ahogada y con una vaga sonrisa—¿por qué queréis saberlo?

—¿Por qué?... ¡porque os amo, Lorenzo!

Y ruborosa, avergonzada, sin darse cuenta de lo que hacía, no encontró Lucrecia mejor manera de ocultar su confusión que arrojarle al cuello de Lorenzo. Su cabeza se apoyó en el hombro del adolescente, y fuese casualidad, fuese premeditación, sintió éste de pronto en el cuello la impresión de los labios de la joven.

Aquella situación tendía á prolongarse, cuando se oyó en la escalera el ruido de unos pasos desiguales y claudicantes.

—¡Ah! ¡mi padre!—exclamó en voz baja la excesivamente tierna Lucrecia, abalanzándose á su pupitre y poniéndose de nuevo á escribir rápidamente.

Entretanto Lorenzo, pálido y vacilante como si hubiera bebido, se arrodillaba para recoger el tomo de Eurípides, y por la lumbrera del desván, en medio del repentino silencio en que habían quedado ambos jóvenes, continuaba lanzando sus trinos melancólicos la flauta de Eustaquio Lapasque.

M. Dérónis entró por fin en la habitación, y encontró á Lucrecia y Lorenzo hipócritamente inclinados, la una sobre su pupitre, y el otro sobre su libro, cuyos caracteres griegos parecían removerse y replegarse, como un hormiguero de extraños insectos.

Lorenzo, que no se acomodaba muy bien á aquella hipocresía, se levantó pasados algunos minutos, y sin atreverse á mirar á Lucrecia, aprovechó el primer pretexto que halló á mano para retirarse.

Una vez en la calle, echó á andar con acelerado paso, como para alejar la extraña emoción que le dominaba. El furtivo beso de Lucrecia le había puesto calenturiento. Por más que hubiera caído de los

labios de una muchacha fea y que le era por completo indiferente, no dejaba de ser un beso amoroso, y mientras andaba, decía para sí con su poeta Teócrito:

«Que hasta en un simple beso hay goces inefables...»

Sentíase á la par avergonzado y gozoso de aquella primera caricia femenina, y cuando volvía á pensar en ello, experimentaba un ligero estremecimiento voluptuoso en todo su cuerpo.

Durante todo el día no dejó de sentir la impresión, á la vez cálida y fresca, de los labios de Lucrecia, y cuando consiguió dormirse, aquella misma sensación le persiguió en sueños; con la diferencia de que en el sueño, no era la boca de la señorita Dérónis la que acariciaba su cuello, sino los menudos y tímidos labios de Valentina.

El beso de Lucrecia produjo un efecto que seguramente no esperaba la pobre muchacha, cual fué el exacerbar el amor de Lorenzo á la linda pensionista del colegio Papillon. Desde aquella escabrosa siesta pasada en la escribanía de M. Dérónis, sentíase Lorenzo más animoso; aquella caricia de la señorita Dérónis había sido para él una especie de bautismo de virilidad. Había dejado de ser niño, puesto que había podido inspirar amor á una mujer, y este solo pensamiento le producía una audacia hasta entonces desconocida.

Hasta aquel día, su amor á Valentina había sido puro sueño platónico, y era llegado el momento de hacerle pasar de la fría región del idealismo á los dominios de la realidad. Lorenzo estaba dispuesto á atreverse, porque sentía dentro de sí un impulso indefinible, á declarar su amor á la que se le había inspirado.

Dos ó tres veces á lo sumo había visto á su adorada en la iglesia de San Antonio, cuando las colegialas desfilaban por debajo del órgano á la hora de la misa mayor; pero sabía ya su apellido: llamábase Valentina Maurin. Como no pensaba volver á la escribanía y, por consiguiente, se veía privado de la vista del jardín Papillon, resolvió tomar el desquite escribiendo á Valentina, y por espacio de una semana estuvo garrapateando borradores de carta, que rasgaba en seguida, comiéndose los pedazos, á fin de no dejar vestigios de su secreto. Por fin, á los ocho días de gestación, dió á luz una epístola que, á su juicio, le había salido admirable. En aquella declaración, á la vez sencilla y ardiente, empezaba por relatar á la mujercita de catorce años cómo la vió por primera vez y en qué ocasión había anidado el amor en su corazón, para no salir ya de él jamás; seguían líricas efusiones acerca de la dicha de amar y de comunicarse este mútuo sentimiento los amantes, y llegaba, por último, la inevitable interrogación: ¿Sería correspondido su amor? Si sus homenajes eran

desdenados, sabría sufrir en silencio; en caso contrario, suplicaba á la «adorada Valentina» le contestase, indicándole los medios de que podría valerse para llegar á hablarla.

Una vez terminada aquella obra maestra, la copió en un lindo plieguecillo de papel verde mar, cerró el sobre con lacre perfumado que contenía polvillo de oro y se la guardó cuidadosamente en el bolsillo.

No consistía todo en escribir, sino que era preciso buscar un medio para que llegase la carta á su destino; y en verdad que no era cosa de poco más ó menos penetrar en el interior del severo colegio Papillon. Después de calentarse largo rato la mollera, acabó Lorenzo por fijarse en esta ingeniosa idea: A la entrada del establecimiento, tenía su puesto al aire libre una vendedora de fruta, muy conocida de las colegialas y, que se llamaba la tía Tannier. ¡Cuántas veces, durante su infancia, había atisbado Lorenzo aquellas canastas llenas de cerezas, de ciruelas claudias ó de nisperos, según la estación, y cuántas veces también había gastado en el puesto de la frutería los centimos que le daba su tía Sofía! No ignoraba que, merced á su modesto tráfico, entraba con frecuencia la vieja en el colegio para vender á las alumnas frutas y golosinas en las horas de recreo. Resolvió, pues, adjudicar á la tía Tannier el papel de Iris mensajera.

Por espacio de dos días estuvo rondando por los al-

rededores del puesto, mientras palpaba con agitaciones de corazón la carta que yacía en el bolsillo de su chaqueta; pero no se atrevía á hablar y se alejaba maldiciendo su genio pusilánime. Por fin, un sábado por la tarde, ya cerca del anochecer, se armó de todo su valor, acercóse á la frutera, y deslizando en su mano una moneda de cuarenta sueldos, —todo su capital, —la preguntó si quería encargarse de entregar una carta á «su prima,» que estaba como pensionista interna, en el establecimiento de las señoritas Papillon.

La señora Tannier formuló una sonrisa que hizo fruncir los pliegues todos de su arrugada piel y dejó completamente al descubierto sus mandíbulas. Empezó por oponer algunas dificultades más no por eso dejó de tomar el dinero, y por último, ofreció desempeñar su cometido.

—¿Me habeis entendido bien? —añadió Lorenzo con voz poco segura. —No entreguéis la carta más que á la señorita Valentina, á ella en persona.

—Basta, pequeño —respondió la señora Tannier, torciendo el gesto. —Podéis dormir como un lirón y contar como cosa hecha vuestro encargo...

A pesar de estas seguridades, Lorenzo durmió muy mal aquella noche, y se despertó con un peso en la conciencia.

El siguiente día era domingo, día de asueto, y se le hizo insoportablemente largo. Ardía en impacien-

cía por saber si había sido entregada su carta, y sin embargo, la vergüenza le impedía volver al puesto de la frutera.

El lunes por la mañana, ansioso y calenturiento, asistió al colegio, pero no oyó ni comprendió nada de la explicación del profesor y se mantuvo durante todo el tiempo de clase en actitud inmóvil, que no parecía sino que dormía con los ojos abiertos. Cuando volvió para asistir a la clase de la tarde, le pareció que, al cruzar el pórtico, le miraban algunos alumnos con irónica expresión y alarmantes ademanes. Acercóse, por fin, a él, uno de sus condiscípulos, en el momento que atravesaba el patio, y le dijo bruscamente:

—¡Hola! ¿con que has escrito una carta a cierta pensionista del colegio Papillon?

—¿Quién te lo ha dicho?—preguntó Lorenzo, poniéndose pálido.

—No se habla de otra cosa en la ciudad; la señorita Papillon, la más vieja, está furiosa, porque, como puedes figurarte, a la tía Tannier le faltó tiempo para entregarla la misiva... ¡Ya estás aviado!

Lorenzo sintió que se le doblaban las rodillas, y un sudor frío le corría a todo lo largo del espinazo. Entró en clase descolorido, con la boca seca y la garganta apretada, como el reo que espera una sentencia condenatoria. Aquel día tocaba hablar de Demóstenes; cuando llegó la vez de su explicación,

oyóse de pronto en la escalera el paso tardo y pesado, harto conocido, del director. Lorenzo presintió que aquella visita no era ajena a su personalidad, y se le anudó la voz en la garganta.

Abrióse con rudo impulso la puerta, y el director, con la cabeza erguida y el ademán solemne, se adelantó hasta el centro del aula, al mismo tiempo que se ponían en pie el profesor y los alumnos.

—Señores—principió con voz lenta y grave el alto funcionario del colegio,—acaba de dárseme parte de un escándalo que ha conmovido justamente a la población entera; uno de los alumnos de esta casa ha tenido la impudica osadía de dirigir una carta tan inconveniente como ridícula a cierta joven perteneciente a uno de los más respetables establecimientos de Juvigny. No ha vacilado en comprar los servicios de una mercenaria para introducir en el colegio a las señoritas Papillon esa carta insolente, atorto de una imaginación perversa y prematuramente corrompida. Es necesario que el culpable reciba el condigno castigo, y yo, por mi parte, no puedo tolerar por más tiempo la presencia de una oveja leprosa en medio de un rebaño confiado a mi custodia... ¡Alumno Husson, salid! Estais expulsado del colegio, y ahora mismo daré conocimiento de ello a vuestra familia.

Y con un ademán de indignación, el director señalaba a la puerta, que había quedado abierta de par en

par. Lorenzo, sin detenerse siquiera á recoger sus libros, se lanzó á la galería y desapareció.

Un cuarto de hora después, y sin darse siquiera cuenta de ello, se encontró sentado en la plataforma del antiguo castillo. Tal había sido el resultado de su calaverada: la perfida frutera le había hecho traición; Valentina no había recibido su carta, él iba á servir de irrisión y chacota á toda la ciudad, y por contera, se veía expulsado del colegio.

¡Expulsado! Desarrollábase por entonces el período de reacción que siguió al golpe de Estado; la Universidad era combatida á sangre y fuego por los esblecimientos eclesiásticos, y Lorenzo comprendía perfectamente que no había piedad ni conmiseración para un alumno que venía con tal inoportunidad á servir de pretexto á las acusaciones de los enemigos de la enseñanza laica. ¿Qué iba á ser de él, ni cómo se atrevería á presentarse en su casa? ¿Con qué cara arrostraría los anatemas de la señorita Constanza, las lágrimas de su tía Sofia, y los coléricos arranques del señor Husson?

Y, sin embargo, era preciso volver, aunque no fuese más que por tranquilizar á la señorita Sofia, que necesariamente estaría en una ansiedad mortal hasta verle entrar en casa. A no ser por esta consideración, Lorenzo se habría escapado inmediatamente de Juvigny, aunque tuviese que pasar la noche en los bosques.

Tras una hora de meditación se decidió, juzgando

que valía más salir cuanto antes de aquella incertidumbre, y echó á andar sin vacilación hacia la panadería. El primer objeto con que tropezaron sus ojos, tan luego como traspasó los umbrales de la trastienda, fué su fementida carta verde-mar entre las manos del Sr. Husson, quien la leía en alta voz á las dos tías escandalizadas.

—¡Por fin habeis llegado!—dijo el panadero suspendiendo su lectura.—¿No os dá vergüenza presentarnos aquí, después de las villanías que habeis cometido, y después de haber sido arrojado del colegio como una fruta podrida?

Mordiéndose los pálidos labios y hundiendo las manos en lo más profundo de los bolsillos de su chaqueta, Lorenzo bajó los ojos y recibió en silencio este primer choque. Exasperado ante tal impasibilidad, Memmie Husson empezó á colmarle de ultrajes y de crueles sarcasmos, echándole en cara el pan que comía y el dinero que había sido preciso gastar para costearle los estudios en el colegio. ¡Vaya un dinero bien empleado! En lugar de arrojarlo así por las ventanas, hubiera sido mejor seguir sus consejos y meter al arrapiezo libertino á hacer su aprendizaje en casa de un tejedor ó de un cordelero... Pero, no señor, se habían empeñado en hacer de él un cabaillerete, cerrando los ojos ante las perversas condiciones de aquel engendro de desdichas!

—¡Husson!—le interrumpió la pobre tía Sofia, lle-

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE LETRAS
MEXICO, D.F.
FOLIO 100
VOLUMEN 100

nos de lágrimas los ojos.—¡Husson, defente, por Dios!

—¡Basta!—replicó el panadero—no necesito consejos de nadie, y diré todo cuanto me salga del pecho... ¡Y vos, vago, holgazán, escuchad!

Echó Lorenzo una mirada de soslayo al tío Husson, y le vió coger de encima del tablero de la chimenea un libro pequeño, de canto encarnado y azul.

—¿Veis este libro? es el Código, es la ley, que me dá sobre vos atribuciones y derechos que os daré á conocer con mucho gusto.

Abrió el libro por una página que había previamente registrado y leyó muy despacio, recalcando cada una de las palabras, esta parte del título *De la patria potestad*:

«Art. 375. El padre que tenga gravísimos motivos de descontento tocante á la conducta de su hijo, podrá acudir á los siguientes medios de corrección:

«Art. 377. Desde la edad de dieciseis años hasta la mayor edad, podrá el padre requerir la detención de su hijo, durante seis meses ó más, etc.»

Lorenzo, aterrado, volvió involuntariamente la cabeza, como para asegurarse de si había ya algún gendarme en la tienda.

—¿Lo entendéis?—prosiguió Husson.—Podría hacerlos encerrar en la cárcel de la ciudad... Pero en tal caso, habría que mantenerlos, y yo no tengo el dinero para tirarlo á la calle.

Dejó el Código sobre la mesa, hizo una pausa como para prolongar la angustia del culpable, y prosiguió, adoptando un tonillo burlón flemático:

—Desde mañana temprano, entrareis como aprendiz en casa de Fleuriselle, el droguero de la calle de Entre Deux-Ponts, que consiente en recibirnos por la comida y la casa. Veremos si se os ocurre también algún medio para hacer que os despidan del establecimiento.

Lorenzo alzó la cabeza en ademán de protesta, pero una suplicante mirada de su tía Sofía le cerró los labios.

—Lo habeis oído bien, ¿no es cierto?—gritó el panadero.—Pues ahora á vuestro cuarto y no se sale de allí.

El desdichado mozolyeto subió lentamente á su camaranchón, pero antes de haber pisado el último peldaño de la escalera, había tomado su resolución. ¡Antes morir como un perro, en el rincón de una calle, que soportar la afrenta de aquel aprendizaje en casa de un especiero! Asaltáronle de nuevo los pensamientos de una fuga, y con ellos el recuerdo de las últimas palabras que le había dirigido su padrino la noche del baile. Aquellas palabras se le habían quedado bien grabadas en la memoria y se las había repetido á sí mismo muchas veces, siempre que tenía que sufrir los malos tratamientos de Memmie Husson. ¿Por qué no ir á buscar á M. de Rosieres? Las Isletas

no distaban más que ocho leguas de Juvigny; el camino era llano, y todo ello era cuestión de una jornada ..

A las siete le llevó la tía Constanza la comida sin desplegar sus labios. Lorenzo tomó solamente una parte y envolvió el resto en un periódico. Llegó la noche, sonaron las nueve en el reloj de la torre, y á las diez oyó á Husson cerrar la tienda é irse á acostar en su alcoba situada cerca de la panadería; las tías subieron á sus habitaciones y quedó la casa sumergida en profundo silencio: sólo los grillos de la pieza donde estaba el horno continuaron velando y cantando.

Desde antes de amanecer había trazado Lorenzo apresuradamente con lápiz unas cuantas palabras para dar cuenta de su determinación á la señorita Sofia, suplicándola al propio tiempo que guardase secreto acerca de ello. A las dos, poco más ó menos de la madrugada, se descalzó, cogió su envoltorio, y bajó con mil precauciones los chillones peldaños de la escalera. Al llegar al primer piso, se detuvo ante la puerta de la señorita Sofia, introdujo por debajo el papeilito, envió un beso á su querida tía y prosiguió su descenso, haciendo una pausa en cada escalón. Una vez en el patio, aplicó el oído, y pudo convencerse de que Memmie Husson se hallaba profundamente dormido, porque se oían los ronquidos á través de las paredes.

No había que pensar en salir por la puerta de la

tienda, cuya campanilla hubiera alborotado toda la casa y puesto en alarma á sus moradores; así es que Lorenzo se introdujo sin ruido en la cochera, á cuyo extremo había una ventana cerrada por una falleba, que daba á la calle de los Judíos; entreabrió el viejo postigo cubierto de telaraña, hizo girar la enmohecida varilla de hierro, y de un salto se puso en la calle...

¡No pasaba por ella alma viviente! Sentóse en un escalón, se calzó, dirigió una mirada al cielo que centelleaba á través de los agudos caballetes de las casas, y dedicó un postrer recuerdo á su adorada Valentina, por quien se veía sujeto á aquella dura prueba. En seguida se encaminó con rápido paso á los arrabales y salió de la ciudad.

VI

Acababan de dar las ocho en el reloj de las Isletas, y en los salones de M. de Rosieres, en el Bois-des-Penses, disponíase el reloj de péndola con incrustaciones de cobre, contemporáneo del Rey Estanislao, á hacer eco por segunda vez á las ocho notas argentinas de la iglesia.

Habíase ocultado ya el sol tras los bosques, pero la

reverberación del crepúsculo vespertino alumbraba todavía con una luz mortecina los revestimientos del salón, en el cual oscuras fajas de nogal servían de marco á cacerías y paisajes pastoriles de Yard, pintor mensino, cuyos lienzos, subidos de color, adornan aun muchos viejos caserones del Barrois.

No lejos de las ventanas, sentados ante una mesa de chaqueteres, terminaban una partida M. de Rosieres y la propietaria de la fábrica de vidrios de las Petites Islettes, señorita Sebastiana de Fierbois.

Por las abiertas ventanas llegaban hasta el interior del salón los postreros rumores de la tarde, en tanto que los dos jugadores, con la cabeza inclinada sobre la mesa, agitaban los cubiletes y arrojaban los dados con un ruido seco.

La señorita de Fierbois era mujer robusta, de cincuenta y cinco años, constitución varonil, voz gruesa, acusadas facciones, espesas cejas y un ligero bigote en el labio superior. Sus cabellos grises, peinados con desorden, caían indistintamente en espesos mechones sobre su curtido cuello, y el vestido de lana, cortado por un patron algo anticuado, dibujaba francamente el sólido armazón de su ancho cuerpo, que parecía tallado con hacha, y el contorno de sus huesudos y largos brazos.

La señorita de Fierbois era lo que se llama una mujer; dirigía por sí propia la fábrica de vidrio; manejaba á sus operarios con la vista y con el gesto; se

levantaba al rayar el alba; vigilaba personalmente los cargamentos de leña en la época de las cortas, donde se la veía en todo tiempo con las faldas regadas hasta la pantorrilla, y calzados los pies con gruesas botas de caza.

Siendo aún muy niña, había tenido al marqués en la pila bautismal, y desde entonces le consagró un cariño de hermana mayor, al que M. de Rosieres correspondía respetuosamente.

El marqués había envejecido, y ya no era aquel elegante y apuesto caballero del baile de trajes de Juvigny. Ocho años habían pasado desde aquella época, en que, como recordarán los lectores, frisaba ya M. de Rosieres en los cuarenta, y en este período de la vida, diez años más traen consigo un cambio notable. El marqués se había hecho casero y sedentario y tomado gusto á las maneras y costumbres de la vida campestre. Desligado ya de todo sentimiento de presunción, dejando crecer la barba, se acostaba temprano, dormía hasta saciarse y hacia cuatro comidas diarias. Con semejante régimen, habíase ensanchado su cintura, abultándose sus facciones, y tanto en las mejillas como en la nariz, de corte borbónico, veíanse serpentear esas venitas rojas, propias de los temperamentos sanguíneos, parecidas á las nervaduras ó filetes de las hojas de viña coloreadas de encarnado por el otoño.

—Ahijado, ¡has perdido la partida!—dijo la seño-

rita de Pierbois, cantando la última tirada de los dados.—¿Quieres el desquite?

M. de Rosieres arrojó despedido su cubilete sobre la mesa, y se levantó.

—¡No, por cierto! —exclamó.— ¡Váyase al diablo diablo el chaquete! No sé qué tengo en los dedos esta tarde...

Dió dos ó tres paseos á lo largo del salón. Entretanto había anochecido por completo, y Ambrosina, la vieja ama de llaves, entró, trayendo la lámpara. El marqués la echó una reprimenda á propósito de la mecha que estaba carbonizada, y la despidió con un juramento.

—Paréceme, hijo mío—dijo la señorita Sebastiana, que había sacado de su ancho bolsillo una labor de punto y desenvolvía el ovillo de lana—que estás algo gruñón esta tarde. ¿Qué mala hierba has pisado?

—He estado en el Neufour, en casa de mi hermana de Briulles, y me ha exasperado la bilis con sus lamentaciones á propósito de su hijo Santa María.

—¡Ah, ya!—dijo la señorita de Pierbois, clavando en el pelo una aguja de hacer media.—¿Y qué es de ese muchacho?

—Está en vías de hacerse capuchino, si no se le vá á la mano—contestó M. de Rosieres, soltando de pronto las compuertas á su mal humor.—¿Hase visto otro tal caballero de la *triste figura*? En lugar de seguir

gallardamente su carrera de Derecho y tomar los tiempos como vienen, que es lo que á su edad corresponde, se descuelga escribiéndonos jeremiadas. El caballerito pretende que no está hecho para vivir en el mundo, y pide permiso para entrar en San Sulpicio... Con esto su madre se congela y me quiebra la cabeza con sus lamentos. La he contestado que todo lo que la está pasando lo tiene bien merecido, por haber educado á su hijo como un gallina. Ella lo ha tomado por donde quema, y nos hemos separado riñendo... Confesad, madrina, que esta clase de disgustos no los tiene nadie más que yo. No tengo más que un sobrino, no sueño más que en casarle y en que llegue á ser un día el báculo de mi vejez, y cádate que se le mete entre ceja y ceja echarse una sotana encima... Vamos á ver, ¿qué decis á esto?

—Pues digo—contestó la señorita Sebastiana—que la sotana tiene algo de bueno y que el chico hubiera podido hacer otra cosa peor.

—¡Qué!—exclamó el marqués, girando sobre los talones y yendo á plantarse delante de la vieja á manera de un signo de interrogación.—¿Sostendreis que mi sobrino Santa María tiene una pizca de sentido común?

—Paréceme, querido, que vale más un buen sacerdote que un marido tonto, como se ven á docenas... Tu sobrino Santa María, pese á todo su talento, es un salvaje, desmañado, harón y poco amable con las

mujeres; además tiene los hombros redondos y no es nada guapo...

—Convengo—repuso en tono de lástima el marqués—que no tiene nada de los Rosieres, sino que se parece á los Briulles...

—Pues bien, querido mío—cuando se tiene una fama como la de tu sobrino, se corren serios peligros en el matrimonio, y Santa María dá pruebas de ser un chico sensato queriendo meterse en un convento.

—¡Voto á bríos!—exclamó M. de Rosieres—con ese lindo modo de discurrir, mi patrimonio pasará á formar parte de los bienes del clero y servirá para dotar una congregación. ¿Os parece bonita la cosa? —Preferiría legar mi fortuna á una casa de expósitos!

—¡Serás castigado por donde pecaste, libertino!... No sucedería nada de esto, si en vez de pasar tu juventud corriendo la gandaya, hubieras tomado una buena esposa y creado una genealogía de Rosieritos robustos, fornidos y rebotando salud.

—Pues ¡vive Dios! madrina, ya que tan bien predicais, ¿por qué no os habeis casado?

—¡Oh! en cuanto á mí, ya es diferente—dijo con un suspiro la vieja;—huérfana con tres hermanos pequeños, á los cuales era preciso alimentar, ni rica ni hermosa, no era yo á fe mía bocado apetitoso... Por otra parte, no me acordaba siquiera del matrimonio cuando andaba luchando en la fábrica de vidrios para pa-

gar los gastos de educación de mis chiquitines! Pero tú que no podías alegar semejantes motivos, has derrochado tu juventud y ahora te comes los puños de despecho.

—¡Hum!—exclamó el marqués, tomando asiento frente á su vecina.—Algo hay de verdad en eso... Pero, ya se vé, cuando uno es joven se figura que aquella edad no acabará nunca, que no llegará á encanecer el cabello, que las mujeres le amarán á uno indefinidamente... ¡Ah! ¡si las cosas se hicieran dos veces!...

M. de Rosieres se calló de repente. Con los codos apoyados en los brazos del sillón, é inclinada hacia adelante la cabeza, tenía fija la distraída mirada en el hueco de la ventana, cual si viese desfilar ante él todas las locuras y caprichos de su juventud.

Había llegado á ese periodo de la existencia en que principia á notarse que la vejez se acerca y en que las chicas bonitas dejan ya de volver la cabeza cuando se pasa por su lado, y pensaba, no sin tristeza, que otros recién llegados, bullidores, alegres, gentiles y elegantes, habían ocupado su puesto en el banquete de los placeres. Ahora se le dejaba morir de frío á la puerta, sin que los comensales se preocupasen más de él que de cualquier perdidioso que ronda delante de las ventanas atisbando el succulento plato de faisán...

El silencio del salón era interrumpido por el tric-

trac de las agujas de la señorita Sebastiana, el pesado vuelo de algunos lepidópteros nocturnos en derredor de la lámpara y el sordo y acompasado ruido del torno de Ambrosina, que después de haber guardado la vajilla, se había puesto á hilar en la antecámara.

De cuando en cuando, las frescas ráfagas del viento traían juntamente con los aromas primaverales, los gorjeos de los ruiseñores, que festejaban á su modo sus breves horas de juventud. M. de Rosières les oía suspirando y, acaso por vez primera, aquel hombre alegre y despreocupado, positivista y poco tentado del idealismo, sentíase arrastrado por una corriente elegíaca.

Pero aquel estado de ánimo fué de corta duración, porque el marqués no era hombre dispuesto á dejarse zambullir en las aguas muertas de la melancolía; su aturdido carácter se sobrepuso á todo, empezó á abanicarse, como si quisiera ahuyentar la vaga tristeza que le envolvía y haciendo castañetear los dedos, dijo:

—¡Bah! ya sabeis, madrina, que no era la fidelidad mi virtud predilecta, y por consiguiente, hubiera hecho un marido deplorable... ¡No hablemos más de ello! Prefiero reanudar la partida de chaquete... ¿Me dais el desquite?

—Con mucho gusto—contestó la señorita Sebastiana, dejando á un lado su labor.

Volvieron á sentarse á la mesa de juego y tornaron á rodar los dados sobre el antiguo tablero de ébano con incrustaciones de marfil.

—¡Dos!—cantó la señorita de Pierbois—¡dos ases!

—¡Buen golpe!—contestó el marqués — *Ambes as!* (1) *in primis est signum perditionis...* Pero, ahora recuerdo, madrina, que no sabeis latín.

Al terminar esta frase, sonó en la puerta del patio un tímido campanillazo y empezaron á ladrar los perros desde su caseta.

—¡Hola!—dijo el marqués—parece que llaman.

Y añadió, abriendo la puerta del salón:

—Ambrosina, anda á ver qué visita nos llega.

En tanto que los perros seguían ladrando á más y mejor, la señorita Sebastiana había de jado el cubilete y el marqués se puso á pasear de arriba abajo por el salón. Al cabo de dos minutos, se dejó oír en el centro del patio la voz de falsete de Ambrosina.

—Señor,—decía—es un joven que desea hablaros.

—Pues ha escogido buena hora para ello—murmuró el marqués.

Y sacando la cabeza fuera de la ventana, gritó:

—¿Quién es?

A esta pregunta contestó desde el fondo del patio, totalmente á oscuras, una voz juvenil pero algo turbada:

—¡Soy yo, padrino!

(1) Dos ases.

—¡Eh!... ¿Quién eres tú?

—Lorenzo Husson.

M. de Rosieres se sobresaltó y quedóse con la boca abierta.

—Hacedle subir, Ambrosina — replicó con acento más dulce.

La señorita de Fierbois se había puesto en pie y miraba con ojos muy abiertos á M. de Rosieres, que había vuelto á emprender su paseo para disimular su turbación.

—¿De modo que tienes también un ahijado? — le dijo. — ¡Vaya una novedad!

El marqués no contestó y, sin aliojar el paso, daba resoplidos como un caballo nervioso.

Momentos después se abrió la puerta, y Ambrosina empujó hacia el salón al pobre Lorenzo, que no estaba muy sereno que digamos y estrujaba inconscientemente entre sus manos el sombrero de fieltro. Las ocho leguas que había andado habían puesto su equipo en el estado más lastimoso; traía los zapatos llenos de lodo, y el traje blanqueaba con el polvo del camino; parecía agobiado de fatiga y sus pálidos labios revelaban cansancio e inquietud. Sin embargo, bajo la capa de polvo que le cubría no presentaba del todo mal aspecto, y sus rasgados y lípidos ojos despedían un brillo que hacía olvidar el desorden de su traje.

La señorita de Fierbois, que le examinaba con

atención, no pudo menos de decir en alta voz á M. de Rosieres:

—¡Es un guapo muchacho! .. Se parece á ti cuando tenías su edad.

Lorenzo miró con sorpresa á aquella fornida persona, cuyo aspecto varonil así como el bigote, le hicieron acordarse de su tía Constanza; pero había tal expresión de bondad en los grandes ojos de la señorita Sebastiana, que se tranquilizó inmediatamente.

Cuando se hubo alejado Ambrosina, se armó Lorenzo de todo su valor, y dirigiéndose á M. de Rosieres, que le contemplaba sin desplegar los labios:

—Soy yo, padrino mio — repitió; — yo, que he venido á buscaros, porque ya no podía permanecer en nuestra casa, donde me maltrataban.

—¡Te maltrataban! — exclamó al fin el marqués. — ¿Supongo que no hablarás de tu tía Sofia?

—¡Oh! no; esa ha sido siempre buena para mí — exclamó Lorenzo, prorrumpiendo de pronto en sollozos. — Era mi madre...

El marqués ahogó á medias un terrible juramento en tanto que la señorita Sebastiana hacía sentar á Lorenzo en una butaca y le daba cariñosos golpecitos en la mejilla para tranquilizarle.

—¿Y te has acordado de mí espontáneamente? — preguntó M. de Rosieres. — Sin embargo, no me habías vuelto á ver desde...

—¡Desde el baile de la prefectura! — exclamó Lo-

renzo—pero no os había olvidado; me acordaba de lo que me dijisteis, y pensaba en vos muy á menudo.

—¡Ya, ya!—dijo el marques visiblemente satisfecho.—¿Y has venido á verme lleno de confianza?

—Sí... Tal vez he cometido un gran atrevimiento; pero tenía la esperanza de que me recibiríais con benevolencia y me daríais un buen consejo.

—¿Y si no me hubieras encontrado ó yo me hubiera negado á recibirte?

—Me hubiera vuelto lo mismo que he venido.

—Y sepamos, ¿cómo has venido?

—A pié, preguntando en cada pueblo cuál era el camino.

—¡A pié, ocho leguas!—exclamó la señorita de Pierbois.—¡Buenas piernas tienes!... ¿Y probablemente habrás comido con el pensamiento? Segura estoy de que se muere de hambre, en tanto que tú le abrumas á preguntas... ¡Así sois los hombres! Manda que le den de comer, que tiempo tendrás luego para examinarle.

—¡Ambrosinal!—gritó el marques con voz estentórea—un cubierto, jamón, ave; trae cuanto encuentres en la despensa... ¡Vamos, pronto!

A vergonzado de que no se le hubiese ocurrido á él tan luminosa idea, M. de Rosieres corrió en persona á la cocina y no tardó en volver, trayendo consigo un pastel apenas empezado, un pan y una botella de Burdeos. Una vez dispuesto el servicio en el velador,

puso el marques un buen trozo de pastel en el plato de su ahijado, en tanto que la señorita Sebastiana escanciaba el vino.

—Ahora, á la mesa, hijo mio—le dijo M. de Rosieres—que yo cuidaré de servirte.

En verdad que ya era tiempo, porque Lorenzo, que no había comido en toda la jornada más que el pedazo de pan que sacó de la panadería, empezaba á desfallecer en su asiento. No es, pues, de extrañar que con su apetito de los diecisiete años diese en breve buena cuenta del trozo de pastel. M. de Rosieres y la señorita Sebastiana, cada cual desde un lado del velador, veían sonriendo desaparecer los bocados en un abrir y cerrar de ojos y congratulábanse los dos viejos célibes de mimar y servir á aquel adolescente.

—De mauera—prosiguió el marques, llenando por su parte el vaso de Lorenzo—que te has largado de Juvigny sin decir ¡ahí queda eso?... Me hubiera gustado ver la cara que pondría el panadero al saber que su pájaro había volado... ¿Y por qué te maltrataba ese mozo de pala con cara de cuaresma?

—Porque me habían expulsado del colegio.

—¡Diablo!... ¡expulsado!... ¿Habrias hecho alguna travesura gorda, silbado á algun profesor ó cascado la liendre á algun pasante, ¿no es verdad, muchacho?

—No—contestó Lorenzo, poniéndose colorado—no fué por nada de eso...

—¡Diantre!—exclamó M. de Rosieres, frunciendo el

ceño.—¿pues por qué entónces?... Confíesalo sin vacilar. Puesto que vienes á mi casa, preciso es que sepa yo á qué atenerme tocante á tu conducta y honradez.

—¡Oh!—contestó Lorenzo, herido en su amor propio—no he cometido ninguna acción deshonrosa... pero, no sé cómo decirlo...—Y se puso todavía más encarnado.

—¡Vamos—prosiguió el marqués—¡nada de falsa vergüenza!... Mira, ahí va ese alón para que cobres ánimo.

—¡Poco á poco!—exclamó la señorita Sebastiana—no vayas ahora á atiferrarle, después de hacerle ayunar... Vaya, hijo mío, bebe y sostégate. ¿Es acaso algún secreto de Estado tu aventura?

—No es ningún secreto—contestó Lorenzo, á quien el vinillo de Burdeos empezaba á animar y fortalecer—pero...

Se enderezó con ademán de dignidad, y añadió en tono muy serio:

—No quisiera, por mi indiscreción, comprometer á una persona que se encuentra, sin saberlo, mezclada en el asunto... una joven que...

—¡Hola! ¡hola!—le interrumpió la señorita Sebastiana, levantando ante él un dedo con aire amenazador.—Mírame frente á frente... ¿Qué apostamos á que hay algún amorcillo en tu historia?

—Pues bien, sí—dijo en voz baja Lorenzo, rojo como una amapola.

Y con los ojos bajos, sin detenerse para tomar aliento, refirió brevemente la aventura de la carta dirigida á la pensionista de las señoritas Papillon.

El marqués se restregaba las manos y se desternillaba de risa.

—¡Ah! ¡bravo chico!—exclamó levantándose.

—¿Y por eso te han expulsado esos pedantes? Yo, por mi parte, te hubiera adjudicado una nota de sobresaliente...

—¡Te quieres callar, libertino!—le dijo la señorita Sebastiana, dándole un pellizco en el brazo.—¡Vaya unas máximas!

Llevóse á un lado á M. de Rosieres y añadió:

—¡Te parece si es precoz tu ahijado! ¡Se conoce que sigue tus huellas, tunante!

—Por eso, precisamente, me gusta—respondió M. de Rosieres, apoyándose de codos en la ventana.—¡Si al menos se pareciera á él el lloricón de mi sobrino! Pero, cá, ¡si ese Santa María tiene en las venas agua bendita en lugar de sangre..

—¡Calla, volteriano!—le interrumpió la señorita Sebastiana, escandalizada.

Durante este tiempo, el húmedo calorillo del Burdeos y el extremado cansancio habían blandamente adormecido á Lorenzo, cuya pesada cabeza se había ido dejando caer hacia atrás hasta apoyarse en el respaldo del sillón. Las largas pestañas caídas proyectaban su sombra en las sonrosadas mejillas, y los entre-

abiertos labios dejaban entrever sus finos y blancos dientes.

—¡Calla! se ha dormido, —dijo en voz baja el marqués, volviendo hacia el velador la cabeza.

—Es lindo como un ángel el chiquillo, —dijo la señorita Sebastiana, con acento de franca admiración.

—¿Qué vamos á hacer con él? —preguntó el marqués que se había puesto algo pensativo.

—Por el momento lo que hay que hacer, sin ningún género de duda, es meterle en la cama —contes-
tó la señorita Fierbois.

—Teneis mucha razón, madrina; voy á decir á Ambrosina que le disponga la cama en el gabinete azul...

M. de Rosieres salió del salón andando de puntillas para no hacer ruido. Volvió cuando ya estaba preparada la cama, y el marqués y la señorita Sebastiana concertaron, para no tener que despertar á Lorenzo, trasportarle á brazo entre los dos, sin moverle del sillón. A la primera sacudida, entreabrió los ojos el jovenzuelo, vió de una manera vaga, al resplandor de la lámpara, los rostros sonrientes de su padrino y de la vieja, murmuró una ó dos palabras inarticuladas, y dejó otra vez caer sobre el hombro la soñolienta cabeza.

Una vez instalado en el gabinete azul, la señorita de Fierbois dejó á M. de Rosieres ocupado en desnudar á su ahijado, se echó sobre la cabeza su capucha encendió la linterna, tomó en la antesala el palo de

acebo que la servía de bastón, y se encaminó sola á la fábrica de vidrios de Petites-Islettes.

VII

El siguiente día por la mañana, en tanto que Lorenzo dormía á pierna suelta en la gran cama de columnas del gabinete azul, M. de Rosieres, con la cabeza alta y las manos en los bolsillos, media á grandes pasos la glorieta, meditando en el incidente de la vispera.

Aquel ahijado que le caía de las nubes iba perturbar en gran manera la plácida quietud de su existencia celibataria. Por de pronto, tenía por seguro que la hermana del marqués, Mme. de Breuilles, exclusivamente preocupada de los intereses de su hijo Santa Maria, había de ver con muy malos ojos la intrusión de aquel joven huésped en la casa del Boisd-Penses. En segundo lugar, había que contar con los Husson, pues por más que Lorenzo no tuviera motivos para estar satisfecho del panadero, era todavía menor de edad; no podía ser arrancado de su familia sin obtener el previo consentimiento de Memmie Husson y para ello era preciso entablar con este último una correspondencia desagradable.

No era esto todo: aun suponiendo que el panadero

abiertos labios dejaban entrever sus finos y blancos dientes.

—¡Calla! se ha dormido, —dijo en voz baja el marqués, volviendo hacia el velador la cabeza.

—Es lindo como un ángel el chiquillo, —dijo la señorita Sebastiana, con acento de franca admiración.

—¿Qué vamos á hacer con él? —preguntó el marqués que se había puesto algo pensativo.

—Por el momento lo que hay que hacer, sin ningún género de duda, es meterle en la cama —contes-
tó la señorita Fierbois.

—Teneis mucha razón, madrina; voy á decir á Ambrosina que le disponga la cama en el gabinete azul...

M. de Rosieres salió del salón andando de puntillas para no hacer ruido. Volvió cuando ya estaba preparada la cama, y el marqués y la señorita Sebastiana concertaron, para no tener que despertar á Lorenzo, trasportarle á brazo entre los dos, sin moverle del sillón. A la primera sacudida, entreabrió los ojos el jovenzuelo, vió de una manera vaga, al resplandor de la lámpara, los rostros sonrientes de su padrino y de la vieja, murmuró una ó dos palabras inarticuladas, y dejó otra vez caer sobre el hombro la soñolienta cabeza.

Una vez instalado en el gabinete azul, la señorita de Fierbois dejó á M. de Rosieres ocupado en desnudar á su ahijado, se echó sobre la cabeza su capucha encendió la linterna, tomó en la antesala el palo de

acebo que la servía de bastón, y se encaminó sola á la fábrica de vidrios de Petites-Islettes.

VII

El siguiente día por la mañana, en tanto que Lorenzo dormía á pierna suelta en la gran cama de columnas del gabinete azul, M. de Rosieres, con la cabeza alta y las manos en los bolsillos, media á grandes pasos la glorieta, meditando en el incidente de la vispera.

Aquel ahijado que le caía de las nubes iba perturbar en gran manera la plácida quietud de su existencia celibataria. Por de pronto, tenía por seguro que la hermana del marqués, Mme. de Breuilles, exclusivamente preocupada de los intereses de su hijo Santa Maria, había de ver con muy malos ojos la intrusión de aquel joven huésped en la casa del Boisd-Penses. En segundo lugar, había que contar con los Husson, pues por más que Lorenzo no tuviera motivos para estar satisfecho del panadero, era todavía menor de edad; no podía ser arrancado de su familia sin obtener el previo consentimiento de Memmie Husson y para ello era preciso entablar con este último una correspondencia desagradable.

No era esto todo: aun suponiendo que el panadero

diese carta blanca al marqués para obrar por su cuenta, ¿qué partido se iba á tomar con Lorenzo? No era posible dejarle vivir entregado á la ociosidad en las Isletas, antes bien, se hacía preciso crearle una posición y ayudarle á hacer su camino en el mundo. Rebelábase algun tanto el marqués ante la idea de echar sobre sí todas aquellas responsabilidades que atemorizaban su egoismo de viejo solterón. Por otra parte, hacer regresar á Lorenzo á Juvigny, era cosa en que no había que pensar siquiera; aparte de que el chico no parecía dispuesto á acomodarse á tal solución, indignábase M. de Rosieres solo ante el pensamiento de semejante crueldad.

En el fondo de su conciencia considerábase el marqués obligado á prestar amparo y protección á aquel niño que había venido á refugiarse bajo su techo hospitalario. Además, Lorenzo le agradaba, y todo un encadenamiento de misteriosas causas le ligaba á aquel adolescente, cuya mirada y cuyo timbre de voz le habían desde el primer instante conmovido hasta en lo más hondo de sus entrañas.

—¡Vive Dios!—dijo hablando consigo mismo—tendría que ver que dejara yo escapar la mejor ocasión que ha podido presentármese para mostrarme hombre de corazón y de palabra... Ese niño ha creído en mis promesas, y no es justo que sea engañado como una alondra atraída por el reclamo. Nada, me quedo con él, y diga mi hermana lo que se le antoje.

Tras este monólogo, subió el marqués á su cuarto y se puso á escribir á la señorita Sofia Husson. Embarazosa y difícil debía ser para M. de Rosieres la redacción de aquella carta, porque tuvo que volverla á empezar varias veces, y apenas la había terminado, cuando entró Ambrosina á anunciarle que estaba servido el desayuno.

El marqués encontró á su ahijado en el comedor, entretenido en pasar revista á los retratos de los Rosieres, colgados en la pared.

—Que tal, hijo mío—le dijo tocándole cariñosamente en el hombro—¿has dormido bien? ¿tienes buen apetito? Ante todo, vamos á almorzar, que tiempo tendremos luego para hablar de cosas serias.

Terminado el desayuno, llevóse M. de Rosieres á su huésped hacia el jardín, cuyos florecidos banales y arriates dominaban el valle. Lorenzo no tenía ojos para admirar todo lo que á su contemplación se ofrecía: las platabandas donde exhibían sus brillantes colores el lirio, la peonía y el tulipán, los tejados y humeantes chimeneas de la aldea y los selváticos horizontes de la Argona ondulando hasta perderse de vista. Aspiraba con delicia aquel aire cargado de oxígeno y saturado del perfume de los bosques, y se extasiaba escuchando la música de los pájaros.

—¡Qué país tan hermoso!—exclamó entusiasmado.

—¿Te gusta? Ya te lo haré conocer más detalladamente otro día, mas, por ahora, tenemos asuntos

más urgentes en que ocuparnos. En primer lugar, te diré que he escrito á tu tía Sofía que te quedas aquí...

—¡Gracias, padrino!

—Eres ya un mocito, puesto que debes tener diecisiete años cumplidos, y es necesario pensar en tu porvenir... ¿Adónde llegas en tus estudios?

Lorenzo contestó que estaba terminando la asignatura de retórica y que contaba con presentarse al grado de bachiller el año próximo.

—¡Muy bien! Ante todo hay que ser bachiller; después me dirás qué profesión piensas elegir. Tan pronto como reciba la contestación de tu tía, te llevaré á un buen colegio de París y no volverás aquí hasta que seas un hombre hecho y derecho.

Lorenzo se arrojó al cuello del marqués, quien le abrazó con efusión, y después se fueron juntos á visitar á la señorita Sebastiana Pierbois.

Dos días más tarde se recibió la respuesta de la señorita Sofía. M. de Rosières no leyó la carta á Lorenzo, sino que le dijo lacónicamente que Memmie Husson se avenía á todo, y le entregó una esquelita, cuya tinta, lavada y blanquecida en algunos sitios, indicaba bien claramente la huella de lágrimas vertidas al escribirla.

La señorita Sofía recomendaba á Lorenzo que fuera juicioso, que se portase con honradez y delicadeza en todos sus actos y concluía enviándole mil cariñosos abrazos.

La señorita de Pierbois tomó á su cargo disponer y confeccionar el equipo del ahijado, y cuando estuvo todo corriente, el marqués y Lorenzo montaron en la diligencia de Chalons y el siguiente día por la mañana entraban en París.

A partir de aquel instante, comenzó para Lorenzo una existencia completamente nueva. Al principio las sorpresas y embelesos de París, el tumulto de las grandes calles populosas, el hormigueo y confusión de los bulevares resplandecientes de claridad á la caída de la noche, las febriles emociones del teatro y el sentimiento de la soledad en el centro mismo de la muchedumbre.

Después vinieron los días de estudio en el colegio de segunda enseñanza.

La inteligencia del joven provinciano adquirió en breve un sesgo distinto y unos vuelos desconocidos al ponerse en contacto con las imaginaciones parisienses, tan vivas, tan despiertas, tan bulliciosas y tan exquisitamente aguzadas. Mucho más pronto de lo que pensaba, se sintió dispuesto para optar al bachillerato, y tan luego como tuvo noticia de ello M. de Rosières, se presentó en París y se dedicó á dar los pasos y llenar las formalidades indispensables para los ejercicios de examen. Había cuidado de llevar consigo el acta de nacimiento de su ahijado, y fué personalmente á entregarla en la secretaría de la Sorbona.

Fecha memorable fué para Lorenzo el día del examen, y durante mucho tiempo después no podía menos de recordar la hora de angustia que había pasado entre el ejercicio de traducción y el examen oral, en aquel inmenso patio de la Sorbona, cuyas losas verdinegras había pisado con paso calenturiento.

Por fin fué aprobado, y su padrino le llevó con aire de triunfo al Luxemburgo, á la sazón bañado de sol. Comieron juntos en el café de Carón, y al llegar á los postres, M. de Rosières, después de acercar á los labios un vaso de pomard, de ese delicioso vino que se cosecha en el departamento de Côté d'Or, dijo á su ahijado.

—Hete aquí hecho todo un bachiller, lo cual ya es algo, pero sepamos ahora qué carrera vas á elegir. ¿Quieres ser abogado? Dicen que en los tiempos que corremos es una profesión que abre las puertas para todo. Por mi parte me gustan poco los habladores, pero no quiero influir absolutamente en tu resolución ni contrariar tus inclinaciones.

Y como Lorenzo le manifestara que no sentía gran afición á las anfractuosidades de la chicana y á las sutilezas del Código, prosiguió diciendo el marqués:

—¿Sabes lo que yo haría en tu lugar? Seguir la carrera de medicina. El viejo facultativo de las Isletas no tardará en ir á reunirse con sus enfermos; la plaza no es mal bocado, y por lo que á mi hace, no me dis-

gustaría verme asistido y cuidado por tí en mis achaques de la ancianidad.

—Sea la medicina—contestó alegremente Lorenzo;—más me gusta esa profesión.

Pocos días después se personó el marqués en la secretaría de la escuela de Medicina para llenar las formalidades exigidas; en seguida instaló á su ahijado en un gabinetito de la calle Madame, le entregó el primer trimestre de su asignación y regresó á las Isletas.

Transcurrieron cinco años, cinco años bien aprovechados, de constante aplicación durante el día y de fructuosas horas de estudio durante la noche. Lorenzo se había hecho un arrogante mozo, de viril y franca fisonomía, entendimiento vivo, sano y despejado y apostura desembarazada y elegante; sus negros ojos mostrábanse alegres y serenos, y sus labios, henchidos de juvenil y fresca sangre, aparecían como dos maduras cerezas á través de la rizada barba. Por más que no hiciera vida de cartujo y se le encontrase alguna vez con alegre compañía en Robinsón ó en el baile Bullier, tenía bastante fuerza de voluntad para acomodar sus apetitos de placer á los ingresos de su pensión metálica; sabía quedarse con hambre, y no consentía jamás que las aficiones callejeras le robaran sus horas de trabajo.

En virtud de un concurso, fué admitido como interno en la Caridad, y desde aquella fecha fué clasi-

ficado en el número de los estudiantes aplicados y laboriosos que ofrecían grandes esperanzas para el porvenir.

Durante el período de aquellos años de estudio, solo una vez volvió a Juvigny, con motivo de las quintas. Se apeó en el hotel, y cuando Memmie Husson recibió la noticia de su llegada, le envió á decir que no tenía el menor deseo de volverle á ver; pero la tía Sofia acudió inmediatamente á abrazarle y no se separaron durante todo el día. El beso matinal de la tía fué de feliz augurio para Lorenzo, que sacó un buen número en el sorteo y pudo volver, exento de toda preocupación, á sus estudios de medicina.

Durante aquel tiempo, en las Isletas corrían las semanas uniformes, lentas y monótonas como las gotas de agua que escurren de un tejado. El marqués cazaba, hacía sus cuatro comidas, echaba vientre, regañaba á Ambrosina y jugaba por las tardes al chaquete con la señorita Sebastiana. A fin de que su hermana le dejase en paz, había consentido en sermonear á su sobrino Santa Maria, y sus reprimendas, unidas á las súplicas de Mme. de Breuilles, habían decidido al joven á abandonar sus comezones de celibato eclesiástico. Regresó melancólicamente al Neufour, al lado de su madre, y el marqués se desvivía por buscarle mujer entre las herederas de aquellos contornos. Tarea poco grata y que ponía á duras pruebas la paciencia de M. de Rosieres, porque el joven San-

ta Maria se mostraba poco sociable y comunicativo, y su carácter taciturno no era el más á propósito para hacer de él un pretendiente fácil de colocar.

El marqués cifraba sus únicos consuelos en las cartas de su ahijado, de tal manera, que cuando recibía alguna, era día de expansión y de calma en el Bois-des-Penses, y Ambrosina, á quien más de cerca alcanzaban sus efectos bendecía la hora en que llegaba el peatón con la correspondencia. Por la tarde, antes de principiar la partida de chaquete, leía M. de Rosieres en alta voz á la señorita de Fierbois la epístola del ahijado, y la lectura terminaba invariablemente con esta ó parecida reflexión:

—¡Perfectamente! ¡esto es lo que se llama un hombre!... A fé que éste no contestaría con respingos de jumento á los arrumacos de una muchacha tan linda como Berta Fontenille... ¡Vayan al diablo los encogidos y cortos de genio!...

Cierta hermosa tarde de fines de verano de 1857, la señorita de Fierbois fué acogida, al entrar en la sala, con una exclamación de M. de Rosieres, que hacía cabriolas, agitando en la mano una carta.

—Madrina—la grito.—Lorenzo ha recibido el grado de doctor, y espero que le confiareis vuestra clientela. Le tendremos aquí dentro de tres ó cuatro días... ¡Viva la alegría!... Me siento con ganas de bailar...

Cogió por las manos á su vieja vecina, tarareando

los primeros compases del minué de Exaudet: ¡trá, la la!... ¡trá, la la!... ¡trá, la, la!... Y se dió tan buena maña, que aquella acabó por bailar seriamente con él, con gran embobamiento de Ambrosina.

Dos días después, á la puesta del sol, la diligencia de Châlons á Verdun hizo de pronto una parada antes de bajar la cuesta de Biesme, y saltó de la imperial un viajero, que no era otro que el mismísimo Lorenzo.

Eran los primeros días de Agosto, vispera precisamente de San Lorenzo, y queriendo dar una sorpresa á su padrino, había anticipado el joven su viaje, á fin de llegar á tiempo para la fiesta del marqués.

Sin detenerse á contemplar el soberbio espectáculo que ofrecía á tal hora la selva de Argonne, medio sumergida en las cálidas brumas del poniente, tomó á mano derecha una senda que descendía hacia la casa del Bois des-Penses y entró en la morada de M. de Rosières por la puerta del huerto. Contando con encontrar al marqués todavía sentado á la mesa, iba formando al paso un ramillete, á expensas de los rosales que encontraba por el trayecto, y llegó silencioso hasta una de las alas del vetusto edificio, cuando oyó rumor de voces en la sala de billar. Encontrábase precisamente tras una cortina de frambuesos que ocultaba una de las ventanas; se paró, aplicó el oído, y no tardó en sentir tan vivamente excitada su curiosidad, por lo que en el interior pasaba, que no pensó ya

en alejarse de aquel sitio. Lejos de eso, se adelantó con precaución hasta cerca de los frambuesos y por los intersticios de las hojas penetró su vista hasta el centro de la sala.

No lejos de la ventana, estaba sentada una joven en un estrecho canapé de cutí, y conversaba con un sujeto ocupado en hacer correr distraidamente las bolas de marfil sobre el paño verde de la mesa.

A juzgar por lo que Lorenzo alcanzaba á ver á través del follaje, aquella muchacha era verdaderamente encantadora, y en el aplomo de sus entonaciones de voz, en la graciosa soltura de sus movimientos, se adivinaba que ya no se hallaba en la edad de las colegialas tímidas y de las niñas cándidas y sencillotas.

Representaba unos veintitres ó veinticuatro años. Bastante alta, regordeta, sin ser demasiado gorda, tenía el cutis blanco, espesa cabellera negra, y ojos azules rasgados y como acostados bajo unos párpados zalameros. Sus labios rojos y un poco delgados, se mostraban frecuentemente propensos á la sonrisa, pero aquella sonrisa misteriosa y sardónica, acentuada por dos leves hoyuelos en las mejillas tenía un no sé qué de pérfida y maliciosa. Su falda de color claro caía en largos pliegues á su alrededor, y el descotado corpiño dejaba transparentar bajo un camisolín de gasa, unos hermosos hombros y un pecho bien modelado, cuya llamativa blancura hacía resaltar doble-

mente una rosa encarnada prendida en un sitio coquetamente elegido.

El jugador de billar formaba extraño contraste, tanto por su apostura como por su traje, con aquella linda muchacha. Pequeño, delgado, vestido de negro de pies a cabeza, á pesar de la estación, tenía las espaldas arqueadas, las maneras toscas y los movimientos indecisos y vacilantes. Su tez aceitunada, sus ojos húmedos y sus facciones marchitas le hacían aparecer más viejo de lo que era en realidad. El rostro afeitado, enjuto y melancólico carecía de atractivo, pero no de distinción; su frente, en que se reflejaba la inteligencia y su mirada, á la vez penetrante y lánguida, llamaban la atención y denotaban que bajo aquella fragil envoltura se ocultaba una personalidad nada vulgar y digna de interés.

La conversación entre los dos interlocutores se interrumpía por frecuentes parentesis de silencio. La joven dirigía á su compañero maliciosas preguntas, á las cuales contestaba éste de una manera breve y embarazosa.

En el momento de llegar Lorenzo detrás de los frambuesos, decía la joven agitando con impaciencia el abanico:

—¡Qué simpática persona es vuestro tío! Alegre y decidido como un joven, á pesar de sus cincuenta años cumplidos... ¿Por qué no se ha casado?

—Lo ignoro, señorita.

—No será seguramente porque le hayan faltado ocasiones, puesto que, según dicen, ha sido un hombre muy afortunado..

Las bolas chocaron con estrépito; el jugador se puso encendido y dirigió una melancólica mirada hacia el sofá.

—Verdad es,—prosiguió la joven plegando sus bur-lones labios—que vos no debéis saber esas historias, ocupado siempre en cosas santas y serias.

—Os parezco muy atrasado, ¿no es verdad, señorita Fontenille?—respondió el interpelado con una inflexión de voz, en cuya aspereza se confundían el despecho y la compasión.

—No tal; por el contrario, vos sois quien debe juzgarme demasiado adelantada para mi edad. Confesad poniendo la mano sobre vuestra conciencia, Sr. Santa María, que estais escandalizado de oirme.

—Ya que apelais á mi conciencia, permitidme os conteste que en ciertas materias debe ser una joven, á mi modo de entender, si no absolutamente ignorante, al menos discreta y reservada.

—¿Es decir, que la hipocresía nos sienta mejor que la franqueza?... ¿Es eso lo que habeis aprendido en vuestros libros de teología?

Santa María se mordió los labios.

—Perdonad—replicó—pero dais á mis palabras una intención y un alcance que no tienen. Se puede ser reservado sin ser hipócrita.

La señorita Fontenille disimuló un bostezo detrás de su abanico.

—Eso es demasiado metafísico para mí, y consultaré sobre ello á mi confesor.

Y añadió con una risita sonora, acompañada de notas agrídulces:

—Todo lo que puedo contestaros es que estamos sosteniendo una conversación impropia de nuestra edad, y que hubiéramos hecho mejor en ir á reunirnos en el jardín con nuestros parientes.

Santa María comprendió sin duda que había estado muy poco amable, porque repelió con viveza las bolas sobre el paño, y aproximándose á la señorita Fontenille, la dijo:

—Perdonadme.

Alzó ella sus largas pestañas y fijó en el joven una mirada á la par sorprendida é irónica.

—¿Por qué?—le preguntó.

—Porque os fastidio... He frecuentado muy poco el trato social y no sé hablar su lenguaje.

—Se habla bien y se habla fácilmente de las cosas que nos son gratas—repuso ella frunciendo las cejas—y vos, no sólo aborreceis al mundo, sino que le despreciáis.

—Estais equivocada—dijo su interlocutor con acento contristado;—por el contrario, aspiro á comprenderle, puesto que me es preciso vivir en su atmósfera... Quisiera identificarme con sus gustos y costum-

bres, y veo cuán difícil es ese estudio para aquellos que le emprenden demasiado tarde. Me desespero al considerarme extraño á todas las emociones y á todos los estímulos de los demás, y esto me hace padecer... Sí, sufro por esta causa y me vuelvo cada día más torpe.

En el brillo de sus ojos y en el timbre de su voz se adivinaba que hablaba con sinceridad, y la amarga rudeza con que se expresaba imprimía á sus poco agraciadas facciones cierta animación, no exenta de belleza.

La señorita Fontenille volvió á sonreír y volvió á dirigirle una mirada de asombro.

—¿Sabeis, Sr. Santa María, qué es lo que os perjudica? La falta de confianza en vos mismo... y —añadió con maligna intención—si me fuese lícito daros un consejo, sin incurrir en la censura de ser demasiada avanzada con relación á mi edad...

—Por favor—exclamó el joven con ademán contrariado,—no me hagais ruborizar de mi arranque pedantesco de hace un momento; sed indulgente, y aconsejadme.

—Con mucho gusto... Venid á sentaros.

Con un rápido movimiento recogió la falda que cubría gran parte del sofá y la aplastó contra la cadera, por mediode algunos golpes de abanico, de modo que quedase un sitio libre á su lado.

Santa María, indeciso y coartado, la miraba sin

contestar; parecía que calculaba con alarmados ojos el reducido espacio comprendido entre los brazos del sofá y la crujiente falda de la señorita Fontenille. Se ponía colorado y no se movía de supuesto.

—¡Si será tonto!—decía para sí Lorenzo, parapetado detrás de los frambuesos, y muy entretenido con las peripecias de aquella comedia íntima. —¡Qué salvaje! Veamos si lo entiende.

La señorita Fontenille, sin dejar de aplastar los pliegues de su vestido, miraba de soslayo al joven, como si quisiera decirle: —¿Acabareis de decidiros?

Santa María comprendió, por último, que de prolongarse aquella indecisión, se haría ridícula; tomó una silla y se sentó respetuosamente a dos pasos de la muchacha.

—¡Qué oso!—murmuraba Lorenzo, encogiéndose de hombros.

Tal vez pensaba lo mismo que Lorenzo la señorita Fontenille, pero se contentó con alzar un poco, en ademán burlón, las comisuras de los labios, y dijo cerrando bruscamente el abanico:

—En primer lugar, ¿por qué vestis de negro como un profesor ó un magistrado?

Santa María echó una rápida mirada á su traje, con poquisima gracia cortado, y balbuceó:

—Es ya una costumbre. ¿Qué inconveniente veis en ello?

—Os dá el aspecto de un viejo, y cuando os encon-

trais entre personas de trajes juveniles y alegres, desentona vuestra levita como una nota desafinada, y así lo conoceis vos mismo sin daros cuenta de ello. De ahí ese embarazo y encogimiento que, como decís, tanto os molestan.

—Seguramente teneis razón —dijo Santa María;— pero tengo, entre otras debilidades, la de no saber armonizar los colores, y si me metiera á combinarlos, produciría acaso una mescolanza aún más ridícula que mi inclinación á lo negro.

La señorita Fontenille se echó á reir.

—Pues es preciso aprender—replicó.

Y, como para unir el ejemplo al precepto, desprendió la rosa sujeta al corpiño y la aplicó un momento sobre su brazo desnudo, haciendo resaltar la satinada blancura de esta, merced á la oposición de los tonos de color.

Santa María bajó los ojos y se puso melancólico. Sentíase cada vez más contrariado, y á medida que declinaba el día, todo el buen deseo que había manifestado por escuchar los consejos de la joven, parecía irse borrando para ser reemplazado por una nerviosa inquietud. Por el contrario, su interlocutora aparentaba haber cobrado con las sombras del crepúsculo mayor audacia y exhuberancia de burlona locuacidad.

—Tomad—prosiguió—alargándole de pronto la rosa.—Puesto que ignorais el arte de armonizar los colores, vais á recibir la primera lección...

Aceptó Santa María la flor con aire encogido y desconfiado; tanto, que cualquiera hubiera dicho que su mano tenía miedo de rozar los dedos de la señorita Fontenille.

—Ahora—añadió ésta—colocadla en el ojal de la levita y vereis qué bien armonizan el rojo y el negro; un color aviva al otro...

Obedeció el joven, pero de una manera muy torpe y con cierto temblor de impaciencia nerviosa, hasta que el tallo se quebró y la rosa cayó al suelo.

—¡Sois poco diestro!—dijo ella levantándose con un movimiento de mal humor.

Santa María se inclinó para recoger la rosa, la hizo girar un momento entre los dedos, mientras que sus miradas, á la vez aburridas y confusas, interrogaban tímidamente á la señorita Fontenille, como para adivinar lo que debía hacer ahora con aquella malhadada flor.

—¡Dádmela!—dijo ella con sequedad.

Y poco menos que arrancándosela de las manos, la arrojó por la ventana y acto continuo salió majestuosamente sin mirar al pobre Santa María, que se quedó inmóvil y casi atontecido delante del solitario sofá.

—¡Diantre!—dijo para sí Lorenzo—ha llegado el caso de abandonar mi escondite, si no quiero ser sorprendido en flagrante delito de espionaje.

Metióse por una de las sendas del huerto echó á andar en busca de su padrino, pero no había dado una

veintena de pasos, cuando oyó un ruido como el que produce una falda de mujer al rozar los arriates de las platabandas y al dar la vuelta al sendero, se encontró de frente con la señorita Fontenille.

Esta alzó con expresión de sorpresa sus grandes ojos hacia aquel guapo mozo, que llevaba en una mano el ramillete y que con la otra se quitaba el sombrero para saludarla. La preguntó dónde podía encontrar á M. de Rosières, á lo que contestó la joven, haciendo una pequeña reverencia:

—Voy á reunirme con él, caballero; tened la bondad de seguirme.

Lorenzo echó á andar alegremente tras su linda conductora, cuyo vestido de muselina clara ondulaba como una tenue bruma en el crepúsculo, y llegaron á un cenador donde el marqués y sus huéspedes estaban tomando el fresco. La señorita Fontenille se apartó rápidamente á un lado y dejó de pronto al recién venido expuesto á las miradas de la sorprendida concurrencia.

—¡Lorenzo!—exclamó el marqués reconociendo á su ahijado.—¿Eres tú, hijo mío?... No te esperaba tan pronto...

—He querido hallarme aquí el día de vuestro santo, padrino mío—dijo Lorenzo, mostrando su ramillete y abrazando á M. de Rosières.

—¿Con que te has acordado de mí?—replicó el marqués, tanto más satisfecho, cuanto que en su condi-

ción de egoísta, jamás se le pasaban tales cosas por el pensamiento. — Eres un excelente muchacho... Pero, voy a presentarte á mis huéspedes.

Volvióse hacia las dos señoras, que examinaban con curiosidad al recién llegado, mientras cuchicheaban con un caballero alto, vestido de tela de hilo y con sombrero de paja. Una de ellas, delgada, derecha, de ojos saltones, perfil afilado y espesos bucles de cabellos grises á cada lado de las mejillas, miró al joven con expresión de altivez y desconfianza al mismo tiempo, y le hizo un rígido saludo con la cabeza.

— Madame de Briennes, mi hermana, — dijo el marqués. — A esta otra señora creo que ya la conoces, — añadió, empujándole de pronto hacia la señorita de Fierbois. — Ya veis, madrina, qué desarrollado y qué guapo viene.

Lorenzo estrechó afectuosamente la mano que le alargaba Sebastiana, mientras el marqués proseguía la presentación.

— Monsieur Fontenille, la señorita Berta, su hija... Verdad es que ya habeis debido trabar conocimiento, puesto que esta señorita es quien te ha conducido hasta aquí... — ¡Hola! ¿y dónde anda mi sobrino?

— Aquí estoy, tío — murmuró en la oscuridad una voz insegura.

— Pero, ¡sal aquí, donde te veamos! — gritó el marqués.

El estrecho perfil de Santa María se dibujó en el va-

cio luminoso que formaba la entrada del cenador. M. de Rosieres le cogió de la mano y le trajo enfrente de su ahijado:

— El doctor Lorenzo — repitió, — Santa María de Briennes, mi sobrino... Ambos sois jóvenes y solteros; espero que os vereis con frecuencia y que sereis dos buenos amigos.

VIII

Santa María de Briennes era poco expansivo y seguía sin dificultad el precepto de la *Imitación*: «No abras tu corazón al primero que llegue... Frecuenta poco el trato de los jóvenes y de los extraños.» Su infancia había sido solitaria, retraída y enfermiza. Después de comenzar sus estudios en el campo, bajo la dirección de un sacerdote, los terminó en un instituto religioso, donde los alumnos, en verdad muy pocos en número, tenían cada cual su celda independiente.

Aquella educación sedentaria y taciturna, unida á una delicada salud y á una extrema timidez, había desarrollado en él muy poca afición al trato con sus semejantes. Amigo del silencio y de la meditación, prefería á todo aquel recogimiento del retiro, cuya continuidad se le hacía cada vez más dulce y agradable.

ción de egoísta, jamás se le pasaban tales cosas por el pensamiento. — Eres un excelente muchacho... Pero, voy a presentarte á mis huéspedes.

Volvióse hacia las dos señoras, que examinaban con curiosidad al recién llegado, mientras cuchicheaban con un caballero alto, vestido de tela de hilo y con sombrero de paja. Una de ellas, delgada, derecha, de ojos saltones, perfil afilado y espesos bucles de cabellos grises á cada lado de las mejillas, miró al joven con expresión de altivez y desconfianza al mismo tiempo, y le hizo un rígido saludo con la cabeza.

— Madame de Briennes, mi hermana, — dijo el marqués. — A esta otra señora creo que ya la conoces, — añadió, empujándole de pronto hacia la señorita de Fierbois. — Ya veis, madrina, qué desarrollado y qué guapo viene.

Lorenzo estrechó afectuosamente la mano que le alargaba Sebastiana, mientras el marqués proseguía la presentación.

— Monsieur Fontenille, la señorita Berta, su hija... Verdad es que ya habeis debido trabar conocimiento, puesto que esta señorita es quien te ha conducido hasta aquí... — ¡Hola! ¿y dónde anda mi sobrino?

— Aquí estoy, tío — murmuró en la oscuridad una voz insegura.

— Pero, ¡sal aquí, donde te veamos! — gritó el marqués.

El estrecho perfil de Santa María se dibujó en el va-

cio luminoso que formaba la entrada del cenador. M. de Rosieres le cogió de la mano y le trajo enfrente de su ahijado:

— El doctor Lorenzo — repitió, — Santa María de Briennes, mi sobrino... Ambos sois jóvenes y solteros; espero que os vereis con frecuencia y que sereis dos buenos amigos.

VIII

Santa María de Briennes era poco expansivo y seguía sin dificultad el precepto de la *Imitación*: «No abras tu corazón al primero que llegue... Frecuenta poco el trato de los jóvenes y de los extraños.» Su infancia había sido solitaria, retraída y enfermiza. Después de comenzar sus estudios en el campo, bajo la dirección de un sacerdote, los terminó en un instituto religioso, donde los alumnos, en verdad muy pocos en número, tenían cada cual su celda independiente.

Aquella educación sedentaria y taciturna, unida á una delicada salud y á una extrema timidez, había desarrollado en él muy poca afición al trato con sus semejantes. Amigo del silencio y de la meditación, prefería á todo aquel recogimiento del retiro, cuya continuidad se le hacía cada vez más dulce y agradable.

Sin embargo, por obedecer á su tío, acogió á Lorenzo con afabilidad y haciendo violencia á su selvático carácter, se avino á servirle de guía en los alrededores. El fogoso temperamento, completamente franco y abierto, del joven Husson, que empezó por causarle miedo, fue poco á poco nfiltrando en él cierta corriente de simpatía, en virtud de la ley de atracción de los contrarios. Aquel carácter, á la vez dulce y energético, arrebatado y arrogante, expansivo y leal, le conquistó insensiblemente, y al cabo de pocas semanas se estableció cierta recíproca intimidad entre ambos jóvenes.

Santa María producía en Lorenzo el efecto de un extraño enigma, cuya solución se complacía en buscar el joven doctor con la curiosidad del observador y del fisiólogo. Aquel muchacho flaco, de ojos hundidos y penetrantes, de perfil ascético y con el pelo cortado á lo eclesiástico, parecía un hombre de otro mundo distinto del nuestro. Oyéndole hablar, imaginábase Lorenzo que estaba escuchando á un contemporáneo de Pascal que despertaba después de un sueño de doscientos años, aportando en pleno siglo XIX las creencias exaltadas, absolutas y austeras de la edad pasada.

Sus opiniones religiosas, su desconocimiento de los goces mundanos, su desdenosa indiferencia hacia los refinamientos del lujo, el atractivo y la belleza extrema de las cosas, asombraban profundamente á Loren-

zo, que, por su temperamento y cultura de espíritu, era un pagano imbuido de las alegrías mundanales, un apasionado de todo lo que canta armoniosamente en el gran coro de la naturaleza.

Consideraba á Santa María con la tierna compasión que inspira un ser enfermo. La manera de vivir del sobrino de M. de Rosières, le era muy poco simpática y, sin embargo, la sinceridad de las convicciones de su compañero, ciertas fases caballerescas de su carácter y el valor con que desdeñaba los respetos humanos, le inspiraban una carinosa estimación.

Una cosa principalmente asombraba á Lorenzo, y era la frialdad de Santa María en sus relaciones con la señorita Berta Fontenille. Había adivinado desde el primer momento que se trataba de casar á la muchacha con el sobrino del marqués. Esta unión convenía á ambas familias; lisonjeaba la vanidad de M. Fontenille que había hecho su fortuna en la trata de maderas, y era ardientemente deseada por madame de Breuilles, que soñaba desde hacía mucho tiempo con echar el guante á una nuera rica é hija única.

Santa María dejábase dirigir con resignación por su tío y su madre, pero no manifestaba la menor prisa ni entusiasmo. Su indiferencia no había escapado á la perspicacia de la señorita Fontenille y aunque ésta no experimentase un sentimiento demasiado vivo hacia Santa María, no dejaba de contrariarla en su amor propio aquella irrespetuosa frialdad.

La entrada de Lorenzo en el escenario donde se representaba aquella comedia íntima, hizo tomar á los acontecimientos un giro más animado, y no tardó en engendrar lo que en el lenguaje dramático llaman los críticos una peripecia. La hermosura y gracia zalamera de la señorita Berta produjeron su efecto en el joven doctor, y como éste era por temperamento extraordinariamente expansivo, no costó á la muchacha gran trabajo adivinar la impresión que había producido. Empezó por sentirse lisonjeada de la admiración del recién llegado, y bien faese por un sentimiento innato de coquetería, bien por la esperanza de fundir el hielo de Santa María poniéndole celoso, lo cierto es que puso diestramente en juego todas sus seducciones. Poco á poco engatusó á Lorenzo con sus halagadoras sonrisas, sus derretidas miradas, sus frases medio tiernas y medio burlonas, que son el preludio de la sinfonía del amor y que embriagan como el vino dulce.

Cierto día que los dos jóvenes habían comido juntos en casa de M. Fontenille, en la Neue-Saint-Vanne, y Berta había redoblado sus coqueterías con Lorenzo, quiso este acompañar á Santa María hasta el Nenfour. La noche era hermosa, y los dos amigos bajaron, atravesando los huertos, hasta llegar muy despacio al solitario camino. Entre las dos sombrías vertientes del monte no se percibía el más pequeño rumor, exceptuando el cri-cri de los grillos y de vez en cuando la

nota flautada y cristalina de los sapos esparcidos por el talud.

Lorenzo, que no podía reservar para sí solo las cosas que le preocupaban, fue el primero que rompió el silencio.

—La señorita Fontenille estaba esta tarde encantadora—dijo;—no hay como las morenas para saber llevar con desparpajo los colores llamativos... ¿No habéis notado qué bien la sienta el color rojo encendido?

—No he fijado en ello la atención—contestó lacónicamente Santa María,—y me maravilla, mi querido doctor, que un hombre formal como vos se fije en semejantes bagatelas.

—¡Bagatelas!—exclamó Lorenzo.—Nada de cuanto puede contribuir á realzar la hermosura de la mujer debe considerarse como fútil.

—La belleza de las cosas exteriores no es en sí misma más que una vana apariencia.

—Sin duda quereis chancearos. Pues, ¿y el amor? ¿Es también puramente ilusión y futilidad?

—¿El amor carnal?—murmuró Santa María—es algo peor que eso... Es una realidad grosera que nos coloca á nivel de los irracionales... Sabed—añadió, mientras brillaba su mirada en el fondo de los hundidos ojos, que—el Espíritu Santo nos lo dijo hace mucho tiempo en el libro del *Eclesiastes*: «Apartad vuestros ojos de la mujer ataviada... Muchos se han

perdido por la hermosura de la mujer, y solo á su vista arde la concupiscencia como un incendio »

—¡Diantre!—exclamó su compañero.—Y á pesar de todo, os casareis con alguna, porque creo que se trata de daros esposa...

—Posible es, suspiró Santa María.—Puesto que me he resignado á la vida del mundo, tendré también que resignarme á la idea del matrimonio; pero, ¿qué quereis que os diga? la mujer con sus ardides, su frivolidad y su anhelo de absorbente cariño, me asusta y tiemblo á su aproximación.

Lorenzo se paró y le miró con aire sorprendido.

—Os asombra mi lenguaje—prosiguió Santa María con amargo acento—y acaso os hagó el efecto de una especie de monstruo... ¿Qué sucedería si pudierais leer en mi interior?

Estas últimas palabras saltaron de sus labios como un doloroso grito; tanto, que el joven doctor no pudo menos de sentirse impresionado.

—Confieso—dijo—que me sorprendeis, y no acierto á comprender ese miedo de amar á una mujer hermosa, cuando se tiene la probabilidad de llegar á ser su marido.

—En efecto, es extraño, pero positivo... Entre la mujer y yo, se abre un abismo que no sé si me atreveré á salvar.

—Vamos, no lo comprendo—repitió Lorenzo.

—No podeis comprenderlo... ¡Hay en mí tan extra-

ña mezcla de contradicciones!... Me repugna el matrimonio y, sin embargo, conozco que si algún día llego á sentir amor, amaré con tal pasión que inundará mi alma y la extraviará de su verdadero camino... Seré atenuado por los deseos carnales más que ninguno de vosotros los hombres de mundo, y he aquí lo que me aterra... ¿Lo entendeis ahora?

Su voz vibraba de una manera extraña en medio del silencio de la noche. Habían llegado al Neufour; Santa María se detuvo, alargó la mano á Lorenzo y añadió con fatigado acento:

—He aquí mi casa. . ¡Buenas noches!

Separáronse los dos jóvenes.

—¡Qué hombre tan extraño!—dijo para sí Lorenzo, encendiendo un cigarro y emprendiendo su caminata á las Isletas.—Pero, en fin, si no está malferido de amor y muy dispuesto á casarse, mejor que mejor... Esto me quita escrúpulos y puedo enamorarme de Berta Fontenille sin temor de lastimar el corazón al pariente de mi padrino... ¡Vive Dios! ¿No sería una lástima que esa encantadora muchacha llegase á ser la esposa de semejante alambicador de ideas?

Esta reflexión dejó á Lorenzo más desembarazado de sus preocupaciones. Hasta entonces, habíase limitado al papel de discreto admirador de la hermosura de la señorita Fontenille, pero desde aquel momento se manifestó más abiertamente arrastrado por la seductora gracia de la joven, y se entregó, sin pensa-

miento ni cálculo de ninguna clase, al placer de amar, con tanta más vehemencia, cuanto que su amor no parecía desagradar á aquella á quien se dirigía.

Buscó con más ahinco las ocasiones de ver á Berta, sin el estorbo de la compañía de su amigo, y la casualidad le ayudó á las mil maravillas. Desde su llegada á las Isletas, había sido diversas veces llamado para asistir á varios enfermos, y tuvo la suerte de curarlos, lo cual le valió que sus clientes ensalzaran hasta el quinto cielo la pericia del nuevo médico. Ocurrió que por aquel mismo tiempo se vió M. Fontenille acometido de reumatismos agudos, y por más que el buen hombre se burlase, cuando se hallaba en plena salud, de la medicina y de los médicos, no sufría sus dolores muy estóicamente que digamos. Hizo, pues, avisar á toda prisa al joven doctor del Boisdess-Penses, que se presentó inmediatamente y recetó una medicina con la cual se alivió de una manera notable el enfermo. No escatimaba Lorenzo sus visitas, y bien puede afirmarse que no hubo jamás reumático más atendido, porque el ahijado del marqués hacía dos visitas diarias á La Nonne-Saint-Vaune.

Cierta mañana, al bajar de la habitación de M. Fontenille, oyó que le llamaba desde el jardín una voz harto conocida, cuyo juvenil y argentino timbre le hizo estremecer de alegría. Aquella voz partía de un cenador próximo á la pieza en que estaba situado el horno. Dirigióse hacia aquel sitio, y cuando llegó á

la entrada formada por los nudosos vástagos de las ramas caprichosamente entreteídas, no pudo menos de detenerse, maravillado del espectáculo que alegraba sus ojos.

Bajo la verdosa sombra del cenador, y sobre una mesa rústica, veíase una masa redonda y blanquecina de harina de flor; al lado un escalfador de cobre, una fuente de loza llena de crema y huevos recién batidos y un rollo de manteca medio envuelto en pámpanos de vid, formaban armónico y agradable acompañamiento al montón de harina, blanco como la nieve. Delante de la mesa, Blanca Fontenille, vestida con un peinador de listas color rosa y delantal alto, sujeto á la cintura, recogido el pelo en lo alto de la cabeza, desnudo el cuello, regazadas las mangas hasta el codo, se ocupaba en trabajar la masa. Un discreto rayo de sol que se filtraba por entre el follaje, caía oblicuamente sobre la mesa acariciando suavemente las mejillas y los desnudos brazos de la linda pastelera.

—¡Buenos días, doctor! — dijo saludando á Lorenzo con su sonrisa siempre un tanto sardónica. — ¿Cómo sigue mi padre?

—Mucho más aliviado—contestó el joven, paseando al mismo tiempo con delicia sus hechizadas miradas á lo largo de los rollizos brazos y del seno suavemente acusado por la pechera del delantal.

Los azules ojos de Berta Fontenille interrumpieron

aquella revista, fijándose severamente en los del visitante.

—Ya veis—prosiguió,—le estoy preparando su manjar favorito, una torta de ojalde al estilo de Lorena... Quedaos á almorzar con nosotros, la probareis y me direis luego si soy mujer de gobierno y hacendosa.

Tomó el escalfador y vertió un pequeño chorro de agua sobre la harina que, elevándose en blancas nubes, plateadas por el rayo de sol, tiñó en parte con su tamizado polvo el negro cabello y hasta las extremidades de las prolongadas pestañas de Berta. Púsose á amasar lentamente, mientras escuchaba las excusas de Lorenzo:—El marqués no gustaba de almorzar solo, y él, por su parte, le había ofrecido volver á casa temprano.

—¿A qué vienen esos melindres?—replicó ella, asesiándole á través de los párpados medio cerrados una mirada irónica, en que se leía claramente: «¡Si os estáis muriendo de gana!»—El marqués se consolará charlando con Ambrosina... ¡Quedaos! Mi padre se pondrá contentísimo y podremos reir á nuestro antojo, sin que sea turbada nuestra alegría por los gestos de ese agua-fiestas de M. de Brioules.

Mientras estaba hablando, retiró bruscamente las manos de la pasta.

—He olvidado quitarme la sortija—exclamó.—Doctor, si no teméis mancharos de harina, tened la bondad de sacármela con cuidado del dedo.

Y alargó hacia él su manita, ligeramente manchada de pasta.

Lorenzo se inclinó, la cogió la muñeca y dió principio á la operación de sacar la sortija, en cuyo centro centelleaba una esmeralda. Berta le miraba y prorrumplía en breves accesos de risa, mientras que el enamorado doctor, sumamente conmovido, estaba casi tentado á estampar un beso en aquel brazo tan blanco, tan apetitoso y tan al alcance de sus labios.

Berta debió adivinar el pensamiento que le turbaba, porque retiró con viveza la mano, bajó los ojos y volvió á su faena, diciendo:

—¡Gracias!... Ponedla lejos de la harina, no sea que vayamos á imitar á Piel-de Asno dejando caer mi sortija en la masa... El hijo del rey no ha de almorzar con nosotros.

—No, por cierto, repuso Lorenzo medio chancero y medio serio—porque esta mañana ha marchado á La Chalade.

Berta levantó la cabeza hacia su interlocutor, y sus ojos se oscurecieron.

—¿De quién habláis?—le preguntó.

—De Santa María de Brioules—contestó atrevidamente el joven.

Berta se encogió de hombros y siguió amasando su torta.

—¡Él!... si encontrase mi sortija en su trozo de pas-

tel, sería capaz de atragantarse con ella, antes que atreverse á enseñarla.

—Sin embargo—aventuró Lorenzo—yo me imaginaba...

Pero se contuvo ante una nueva y severa mirada de la señorita Fontenille.

—¿Que es lo que os imaginábais?

—Tal vez soy indiscreto al hablar de un asunto que no me concierne, pero he llegado á figurarme que deseaba casarse con vos.

Berta tomó un cilindro de madera y, sin contestar, se puso á aplastar con lentitud la masa. No se oía otro ruido que el roce del cilindro y del otro lado del cenador, el chisporroteo del horno, que se estaba caldeando.

—De todos modos—dijo de pronto Berta—M. de Brioules ha guardado sus deseos bajo triple llave en su pecho, porque yo jamás me he enterado de ellos.

—Habrá alguna palabra cabalística que pronunciar para abrir esa triple cerradura—replicó Lorenzo riendo.

Berta se volvió para tomar una tartera de hojadelata, y murmuró entre dientes:

—Pues en verdad que no he de ser yo quien pronuncie esa palabra.

—¿Qué? ¿no le amais?—preguntó él con voz sorda.

Berta se sonrió, espolvoreó con harina la tartera y extendió con destreza la masa, levantando los bor-

des; luego, fijando su mirada en la del joven doctor:

—Me es indiferente—contestó.

—¿De veras?

—Como os lo digo... ¿Creeis acaso que tengo tanta impaciencia por tomar marido?

Lorenzo movió la cabeza.

—Si no es ese—dijo—será otro... Estais destinada á tener esposo, porque no sois de las que se quedan para vestir imágenes, como vulgarmente se dice, y más pronto ó más tarde, os decidireis á casaros.

Berta alzó otra vez los hombros sin dejar de atender á la operación de cortar cuadraditos de manteca, que con su propia mano iba colocando en forma de juego de damas sobre la pasta.

—No diré que no—contestó con su indecifrable sonrisa.—Para nosotras es una necesidad social el matrimonio; se casa una como se adopta una moda nueva, y es probable que haga yo lo mismo que la generalidad de las martires.

Se inclinó para verter con precaución el contenido de la fuente en el molde ó tartera, y volviéndose hacia Lorenzo con una voluptuosa torsión del busto y cuello, le dirigió una delicadísima mirada.

—¡Esto se ha concluido!—exclamó.—Falta saber si he tenido buena mano... Voy á decir que se puede meter en el horno... Es cosa resuelta que os quedais á almorzar con nosotros, ¿no es así?

Excusado es decir que se quedó.

Estas familiares entrevistas, estos coloquios semi-joviales, semi-serios, en que ambos jóvenes se divertían, corriendo por las escarpadas pendientes de la pasión, á manera de esos caballos montañeses que parecen complacerse en costear las orillas de un precipicio; todos esos preliminares del amor, que los ingleses han bautizado con el bello nombre de *flirtation* se renovaban con frecuencia. Berta Fontenille se encontró á su vez insensiblemente envuelta en las mismas redes que ella había tendido; porque no se coquetea impunemente durante semanas enteras con un muchacho amable, de talento y atrevido, como lo era el ahijado del marqués.

De día en día iba perdiendo Berta su sangre fría y su presencia de ánimo. Su corazón, que había permanecido hasta los veintitres años tranquilo y adormecido, como un armiño bajo la nieve, comenzaba á latir de una manera más irregular y casi alarmante. La vigorosa y expansiva juventud de Lorenzo había despertado la suya; el calor comunicativo y la efervescencia del joven doctor la habían sojuzgado, y ya no era dueña de sí misma. Se había vuelto nerviosa y antojadiza.

Mme. de Brioules, que era observadora y cuya suspicacia se aguzaba bajo el influjo de sus preocupaciones maternas, estudiaba con inquietud la transformación que se iba operando en el carácter de Berta. El marqués, con su habitual aturdimiento, no ad-

vertía nada y consideraba cosa muy natural y corriente que su ahijado se mostrase galante con una muchacha bonita. Por lo que toca á la señorita de Pierbois, que profesaba á Lorenzo un sincero afecto y á quien nada se le escapaba del amoroso drama que se representaba en su vecindad, tenía demasiado buen sentido para no alarmarse del giro que tomaban los acontecimientos.

—Hijo mío—dijo á Lorenzo un día que le encontró en el camino de La Noue-Saint-Vanne,—mariposeas demasiado en derredor de la casa de la señorita Fontenille; ten cuidado, no sea que tengas el fin de las mariposas y te quemes las alas en la llama.

El joven se contentó con sonreír, aparentando no entender la alusión. Lanzábase en pos del amor con toda la fogosidad de los veinticuatro años, sin pararse á meditar adónde iría á parar por aquella pendiente ni qué encontraría al llegar al fondo. En la que puede llamarse estación de verano de la juventud, se camina como por una senda en que el solda siempre de cara; los destellos de la pasión nos deslumbran y nos lanzan al rostro un polvo de oro que nos impide ver los accidentes del camino.

Algunas veces, durante sus cortos intervalos de reflexión, solía decirse á sí propio Lorenzo:—Después de todo, tengo una carrera, Berta es libre y mayor de edad, y si ambos nos queremos, nada nos impedirá casarnos.

Este razonamiento bastaba para aplacar su conciencia y se encaminaba á La Noue-Saint-Vanne más apasionado y más decidido que nunca á bajar, con los ojos cerrados, la pendiente por donde le empujaban su temperamento enamorado y los trastornadores hechizos de la señorita Fontenille.

La libertad de la vida campestre y la mayor familiaridad que ésta autoriza contribuían más y más al desarrollo de aquella pasión nacida en pleno sol de Agosto.

Durante la estación de las vacaciones, en aquel país montuoso de la Argona, la gente se disemina por los bosques, que tantos motivos de distracción ofrecen á las personas desocupadas. Partidas de caza tendaderos de redes contra los pájaros, recolección de avellanas ó de setas, todo sirve de pretexto á las expediciones de los ociosos. Se sale en grupo desde por la mañanita, llevando los criados la comida en cestos; se elige, no lejos de alguna fuente, un sitio protegido por las hojas contra los rayos del sol y alfombrado de hierba seca, allí se instalan con su labor las señoras, en tanto que los niños se dedican á la caza de insectos y los hombres van á tirar á una liebre ó á recoger cestadas de esas gordas *cepas*, especie de setas color de humo, que en Argona se conocen con el nombre de *negrillos*.

Una mañana, á fines de Septiembre, M. Fontenille, con propósito de examinar en el monte de Beaulieu

una corta que se proponía adquirir en las próximas ventas de madera, mandó enganchar su charabán, cuyas arcas habían sido previsoriamente atestadas de municiones de boca, y llevó consigo á Mme. de Brenilles y á la señorita Sebastiana, para que almorzasen con su hija en los estanques de Saint-Rouin. El marqués, acompañado de su sobrino y de Lorenzo, debía unirse á las señoras, atravesando á pié el monte.

El día era delicioso: no se movía un soplo de viento; el cielo azul estaba sembrado de blancas nubecillas, por entre las cuales se filtraba la precisa cantidad de sol para hacer resaltar las ricas tintas de oro y granate de la espesura. La tierra húmeda y cálida exhalaba ese olor indefinible propio del otoño, al paso que en los sitios despoblados de árboles, los altos helechos despedían su penetrante perfume.

Cada cual acudió con puntualidad á la cita, y á medio día se arrojaron todos sobre las provisiones con el soberbio apetito que se desarrolla después de una caminata de tres horas, aspirando la atmósfera de los bosques.

Terminado el almuerzo, M. Fontenille se llevó consigo al marqués para enseñarle la corta de maderas, objeto de su codicia; las señoras se sentaron bajo los árboles y sacaron de sus cabás las respectivas labores; Santa María echó mano á un número del *Univers* que llevaba en el bolsillo, y se engolfó hasta la

nariz en su devota lectura. Lorenzo se había puesto a fumar; tendido sobre los brezos, a respetuosa distancia de las señoras, apoyado el codo en el musgo y la cabeza en la mano, parecía absorto en la contemplación de su cigarro; pero, en realidad, á través de las espirales del humo azulado, no perdía de vista ninguno de los movimientos de Berta Fontenille.

Esta, recostada en una haya, con una pierna replegada bajo las sayas y dejando asomar por el extremo de su vestido de tela de hilo un pié lindísimo, trabajaba en una tira de cañamazo. Tenía la cabeza descubierta, con una cinta escarlata en el cabello, y en el pecho un lazo del mismo color, en el cual había sujetado un ramillete de hojas verdes y de bayas maduras de serbál. Bajo la sombra de los árboles, aquellas notas rojas, destacándose en el fondo negro de la cabellera y en el matiz claro del vestido, contribuían á realzar la blancura de su cutis y el azul obscuro de sus ojos.

Sin dejar de manejar la aguja, escuchaba, ó aparentaba escuchar por lo menos, la conversación, no muy interesante á la verdad, de Mme. de Brioules y de la señorita Sebastiana, pero su pensamiento estaba en otra parte: su distraída mirada seguía maquinalmente el vuelo de las mariposas entre las ramas de los arbustos, y se detenía á hurtadillas en los dos jóvenes, medio hundidos en los brezos. En una de estas ocasiones, encontráronse sus ojos con los de Lo-

renzo, y por espacio de algunos segundos establecióse entre ambos, á través de la tenue neblina producida por el humo de cigarro, una corriente magnética de fluido amoroso. Berta bajó de pronto los párpados; una maliciosa sonrisa replegó las comisuras de sus labios, y guardando la tira de cañamazo, se levantó bruscamente.

—Paréceme—dijo con acento algo mordaz—que no hemos venido al bosque para permanecer gravemente sentados como en una sala de recepción, y lo que es yo, por mi parte, siento hormigueo en los piés y necesito andar...

Recogió su sombrero de paja anudando las cintas al brazo, y en seguida, paseando una mirada circular en su derredor, añadió:

—Me voy á la caza de setas; quien me quiera que me siga.

Lorenzo estaba ya en pié.

—Estoy á vuestras órdenes, señorita—dijo arrojando el cigarro.

Mme. de Brioules arrugó el entrecejo.

—¡Santa María!—dijo, lanzando á su hijo una mirada.

Alzó el joven la cabeza, suspendiendo la lectura del periódico, é interrogó con inquieto ojos á su madre.

—Deja ya de leer—continuó esta—y acompaña á la señorita Fontenille.

Obedeció silenciosamente, metió el *Univers* en el

bolsillo de su larga levita, y con ademán resignado, echó á andar tras de Berta, que se alejaba con Lorenzo.

La joven abría la marcha con aire resuelto, cambiando por encima del hombro algunas palabras con el doctor y sin dignarse siquiera volver la cabeza para mirar á Santa María, que iba siguiendo los pasos de los dos.

De cuando en cuando, Berta se bajaba para recoger una gruesa seta que arrojaba en el fondo del sombrero, convertido en canastillo para el caso. A veces descubría un sitio donde pululaban las setas, y entonces daba un grito de alegría, llamaba en su auxilio á Lorenzo, y arrodillados ambos en el musgo, escudriñaban el terreno en competencia, y en aquella faena, entre los brezos, ocurría á menudo que se tropezaran las manos de los recolectores.

La tibia temperatura del aire, el anisado y penetrante olor de las setas y la familiaridad, mucho más íntima que aquella ocupación, establecía entre ellos por necesidad, les trastornaba y enardecía. Los ojos de Berta tenían un brillo casi fosforescente; Lorenzo reía y hablaba con una vivacidad comunicativa y espontánea; solamente Santa María, pensativo y taciturno, se contentaba con mirarlos sin abandonar su actitud rígida y contrariada.

—¡Mirad qué seta tan hermosa!—le gritó el doctor, volviéndose hacia él para enseñarle una que acaba-

ba de arrancar.—¿No os gustan las setas, querido Santa María?

—No las conozco bien y las miro con recelo—contestó.

—M. de Briulles desconfía de la naturaleza entera—dijo irónicamente la señorita de Fontenille.—Considera las flores, las frutas y los árboles como otros tantos venenos diabólicos esparcidos por la tierra para hacer caer en tentación á las criaturas.

Santa María no contestó.

Habían llegado al ribazo de un lago alimentado por el Biesme, y de donde sale el riachuelo para seguir otra vez su curso hacia las Isletas. Con su cañidor de monte tallar matizado de tintas bronceadas y sus tranquilas aguas, cuya superficie se veía á trechos cubierta de hojas desprendidas de los árboles, ofrecía el lago un encantador aspecto iluminado por los rayos del sol poniente.

—¡Qué sitio tan hermoso!—exclamó Berta, metiendo en el agua sus dedos, embadurnados de arena.

—El sol va bajando, y creo que es tiempo de volver,—se atrevió á decir Santa María, siempre previsor y meticoloso.

Aquella insinuación fué bastante para despertar el espíritu de contradicción de la señorita Fontenille.

—¡Que siempre hayais de ser un agua fiestas!—replicó aquella con impaciencia.

Al propio tiempo, su vista, que recorría las orillas del lago, alcanzó á descubrir hacia la embocadura del Biesme una estrecha barca que se balanceaba entre los juncos.

—En fin,—prosiguió,—volvámonos, pero no por el mismo camino que hemos traído.

Y saltando á la barca, se instaló en ella.

—¿Creeis que podríamos bajar por el río, doctor?

—¡Perfectamente! —contestó Lorenzo, sin estar muy seguro de lo que decía.

Arrancó unas cuantas brazadas de hierba que arrojó al fondo de la fragil embarcación, se apoderó de un bichero, y se puso á desatar la barca, después de haberse metido en ella.

Santa María permanecía inmóvil en el ribazo.

—¿Qué es eso?—le dijo Lorenzo.—¿No venis?

—Es sumamente estrecha la barca, y sería peligroso que se colocasen en ella tres personas; ya me parece harto imprudente por vuestra parte aventurarse sobre tablas podridas á merced de un río lleno de troncos y raíces á flor de agua...

—Ni una palabra más, ¡hombre prudente!—le interrumpió Berta.—Nosotros arrostramos las eventualidades de esta excursión, y vos seguiréis el camino trillado... ¡Buen viaje!

Lorenzo dió impulso al bichero, desatracóse la barca, y empezó á deslizarse por el riachuelo, sobre el cual se entremezclaban confusamente las ramas de

los árboles. Berta se había sentado á la parte anterior, en las tablas alfoinbradas de brezos, y echada atrás la cabeza, medio cerrados los ojos, se abandonaba á las suaves ondulaciones del agua, sin dejar su actitud indolente más que para alargar la mano cuando se ponía á su alcance algún manojo de senrosada almaria vulgar, y más poéticamente llamada *Reina de los valles*, ó una mata de odorífera madreselva. Entonces, á riesgo de hacer zozobrar la barca, arrancaba las floridas ramas, y las arrojaba á sus piés.

Lorenzo, en pié, hacía funcionar de cuando en cuando el bichero, sin dejar de contemplar á la joven y de admirar la gracia de sus ondulosas é indolentes actitudes.

A intervalos, se dejaba ver entre la espesura de los árboles la levita negra y el austero perfil de Santa María, caminando solitario por el sendero que seguía la orilla del Biesme. Vieronle detenerse de pronto y agitar el sombrero con ademán alarmado.

—¡Alto!—exclamó.—El sendero tuerce á la izquierda y el río se mete entre la maleza; es preciso abordar.

—Sí, eso es más fácil de decir que de hacer—murmuró Lorenzo, examinando el agua cubierta de hojas y ramas, y consultando con los ojos á la señorita Fontenille.

Esta contestó con una de sus habituales sonrisas de

hurla, y de pronto, poniéndose en pie y erguida en medio de la barca, gritó á Santa María.

—No es posible abordar... Además, se está muy bien aquí, y aquí nos quedamos... Avisad á esas señoras que volveremos por agua hasta los Senades.

Lorenzo, muy contento y temiendo que Berta cambiase de opinión, dió un vigoroso impulso al bichero y la barca se deslizó como una trucha por entre los nenúfares. Oyéronse confusamente las protestas é intimaciones de Santa María perdidas entre el sordo rumor del oleaje, y no tardaron los navegantes en encontrarse lejos del sendero.

Berta había vuelto á sentarse con negligencia en el montón de brezos; Lorenzo abandonó el bichero, se arrodilló en la popa, y la barca siguió lentamente á merced de las aguas, ó como se dice entre marinos, á la derivada.

El crepúsculo de la tarde iba extendiéndose sobre el río, encajonado entre altos ribazos, y finísimas gotas de rocío destiladas de la alta bóveda vegetal, caían con cristalino ruido en las aguas soñolientas. Las nymfarias y madreselvas cogidas por la señorita Fontenille y amontonadas á su alrededor, esparcían un olor á vainilla y almendra amarga. La joven levantó á medias la cabeza, aspiró con delicia el perfume de las campestres flores y dió un suspiro.

—¡Qué bien se está aquí!—exclamó—se figura una en su lecho, mecida á compás de una canción infan-

til, y quisiera continuar así mucho tiempo... ¡Siempre!

—Si—dijo Lorenzo con voz algo alterada—vivir así, cerca de vos, por toda una eternidad, sería el verdadero paraíso.

Berta alzó una de sus manos, y apoyándola en el brazo de su compañero, dijo:

—¡Chist!... no habéis, porque eso destruiría el encanto...

Lorenzo tomó silenciosamente aquella mano tentadora y la estrechó en la suya. Tras una tentativa de resistencia, la diminuta mano de la señorita Fontenille se abandonó, y ambos permanecieron sin moverse, sin desplegar los labios, sumergidos en una especie de delicioso adormecimiento, en tanto que la barca se deslizaba á lo largo de los ribazos. Apenas se distinguía el semblante de Berta, pero aún se notaba el centelleo de sus luminosas pupilas, sobre las cuales estaba fija la mirada de Lorenzo, sin apartarse de ellas un instante. Uno y otro, cediendo al movimiento adormecedor del agua y al encanto de aquella silenciosa intimidad, se dejaban arrastrar por la corriente, sin preguntarse á dónde irían á parar, ó si la barca zozobraría de repente chocando contra alguna raíz ó tronco de árbol. Sus ojos se miraban, sus manos se oprimían, y esto bastaba.

Los árboles de una de las orillas iban poco á poco aclarándose, y á través de los juncos y espadañas,

alcazábanse á ver las ondulaciones de los prados y las oscuras líneas de los bosques aparecían como recortadas sobre el fondo de un cielo vaporoso. Empezáronse á distinguir á lo lejos sucesivamente las luces esparcidas de Bellefontaine, las vidrieras de Futeau iluminadas por el reflejo de la leña encendida para la cena, y después las cintas de fuego y la ardiente reverberación de la fábrica de vidrio de los Senades, lanzando sus resplandores en medio de la noche...

Lorenzo había ido acercando insensiblemente la cabeza á la mano de la señorita Fontenille, y sus labios, arrastrados por la tentación, estaban á punto de apoyarse en ella, cuando de pronto un choque violento lanzó á los jóvenes uno contra otro. La barca acababa de tropezar con el tronco de un árbol. Berta dió un grito; Lorenzo se puso en pié, cogió el bichero y enganchó rápidamente uno de los sauces de la orilla. En menos de un segundo, la embarcación, que ya empezaba á hacer agua, atracó á la orilla, y la señorita Fontenille pudo saltar al ribazo. Lorenzo, de un brinco, dejando la barca á merced de Dios, se arrojó detrás de la muchacha, cuyos piés se escurrían en la tierra gredosa del talud; la cogió por la cintura y la llevó de un solo impulso hasta la pradera. Una vez allí, y ya en terreno firme, no pudieron sin embargo, sus manos, decidirse á abandonar aquel talle, cuyos contornos sentía apoyados suavemente en su brazo.

Trastornada la cabeza, no fué dueño de sí, y estampó bruscamente un beso en el hombro de Berta, articulando al mismo tiempo á nied'a voz:

—¡Os amo!

Durante un momento, se quedó la joven como aturdida, y luego de pronto se desasíó de los brazos del atrevido mozo.

—Marchemos — exclamó con voz algun tanto conmovida.

Poco á poco fué reponiéndose, y á medida que recobraba su presencia de ánimo, reflexionaba y reconocía que se había dejado llevar un poco lejos.

—¡Salgamos al camino! — prosiguió, emprendiendo una rápida carrera.

—¿Por qué? — repuso Lorenzo, todavía dominado por los trastornadores effluvijs de amor que le habían embriagado en la barca.

—Porque Santa María habrá avisado á mi padre que le esperaríamos en los Senades; no tardará en pasar el charabán y montaremos en él.

Lorenzo la siguió por medio de los húmedos prados, y cuando llegaron cerca del camino, se detuvieron á escuchar. En efecto, hacia la parte de Futeau, oíase en el silencio de la noche el trote de un caballo y el rápido rodar de un carruaje. Como en aquel sitio torcía el camino, subiendo insensiblemente hasta los Senades, no tardaron en comprender, por el ruido, que el caballo se había puesto al paso para subir la

cuesta, y poco después llegaron á sus oídos las voces de los viajeros.

—¡Ellos son!—exclamó Berta—conozco al marqués en su modo de reir.

Y con su penetrante voz lanzó un ¡eh! al que contestaron ruidosamente los gritos de la gente del coche.

Lorenzo no se sentía muy dispuesto á conversar; así es que dijo á media voz, estrechando rápidamente la mano de Berta:

—Os dejo; decidles que he ido á recoger y amarrar la barca, y que regresaré más tarde...

Volvió la espalda, bajó en dirección al río, y se sentó cerca de los sauces.

Llegó el coche á lo alto del repecho, donde se detuvo; cruzáronse exclamaciones y frases alegres entre los recién llegados y Berta, volvió á emprender el trote el caballo, y poco después recobró su silenciosa soledad el camino.

Lorenzo sentíase aún calenturiento: latía con fuerza las sienes y le parecía que en el interior de su cerebro se celebraba una fiesta y que todas sus ideas bailaban una especie de galop arrebatadora. Dejó caer hacia atrás la cabeza sobre la mojada hierba y clavó los ojos en el cielo sembrado de estrellas. Por encima de él mostraba el Carro sus siete clavos de oro; al Oeste centelleaban los joyeles del tahalí de Orion; más lejos, las Pléyadas se arremolinaban sobre

los bosques, á modo de un enjambre de abejas celestes, y la vía láctea, cruzando de un extremo á otro del horizonte, derramaba su nebuloso polvillo de plata en medio de todas aquellas luces titilantes. No parecía sino que en el firmamento, lo mismo que en el cerebro de Lorenzo, se daba un sarao para celebrar aquella primera florecencia de un amor afortunado.

IX

—¡Señor Husson, buenos días!—¿tan preocupado andáis que ya no conocéis á las gentes?

Lorenzo caminaba, en efecto, blandamente sumergido en el voluptuoso recuerdo de su feliz excursión de la vispera. Levantó la cabeza y pareció medianamente satisfecho al examinar la estrecha frente, los grandes ojos saltones y los bucles grisáceos de mada de Briennes, que venia de oír la misa matinal en las isletas y llevaba como una reliquia, en sus manos enguantadas de filadiz, su devocionario de tapas florde-lisadas.

Y añadió con una repulgada sonrisa:

—¡Cuánto me alegro, señor mío, de haberos encontrado!

—No podría yo decir otro tanto—pensó el joven, que detestaba á la madre de Santa María.

cuesta, y poco después llegaron á sus oídos las voces de los viajeros.

—¡Ellos son!—exclamó Berta—conozco al marqués en su modo de reir.

Y con su penetrante voz lanzó un ¡eh! al que contestaron ruidosamente los gritos de la gente del coche.

Lorenzo no se sentía muy dispuesto á conversar; así es que dijo á media voz, estrechando rápidamente la mano de Berta:

—Os dejo; decidles que he ido á recoger y amarrar la barca, y que regresaré más tarde...

Volvió la espalda, bajó en dirección al río, y se sentó cerca de los sauces.

Llegó el coche á lo alto del repecho, donde se detuvo; cruzáronse exclamaciones y frases alegres entre los recién llegados y Berta, volvió á emprender el trote el caballo, y poco después recobró su silenciosa soledad el camino.

Lorenzo sentíase aún calenturiento: latía con fuerza las sienes y le parecía que en el interior de su cerebro se celebraba una fiesta y que todas sus ideas bailaban una especie de galop arrebatadora. Dejó caer hacia atrás la cabeza sobre la mojada hierba y clavó los ojos en el cielo sembrado de estrellas. Por encima de él mostraba el Carro sus siete clavos de oro; al Oeste centelleaban los joyeles del tahalí de Orion; más lejos, las Pléyadas se arremolinaban sobre

los bosques, á modo de un enjambre de abejas celestes, y la vía láctea, cruzando de un extremo á otro del horizonte, derramaba su nebuloso polvillo de plata en medio de todas aquellas luces titilantes. No parecía sino que en el firmamento, lo mismo que en el cerebro de Lorenzo, se daba un sarao para celebrar aquella primera florescencia de un amor afortunado.

IX

—¡Señor Husson, buenos días!—¿tan preocupado andáis que ya no conocéis á las gentes?

Lorenzo caminaba, en efecto, blandamente sumergido en el voluptuoso recuerdo de su feliz excursión de la vispera. Levantó la cabeza y pareció medianamente satisfecho al examinar la estrecha frente, los grandes ojos saltones y los bucles grisáceos de mada de Briennes, que venia de oír la misa matinal en las isletas y llevaba como una reliquia, en sus manos enguantadas de filadiz, su devocionario de tapas florde-lisadas.

Y añadió con una repulgada sonrisa:

—¡Cuánto me alegro, señor mío, de haberos encontrado!

—No podría yo decir otro tanto—pensó el joven, que detestaba á la madre de Santa María.

Acortó, no obstante, el paso y se puso á caminar al lado de Mme. de Briouilles.

—¿No os sentís cansado de la expedición de anoche —prosiguió ésta.— Ya nos ha contado Berta Fontenille que os visteis expuestos á zozobrar en aquella barca donde os metisteis... ¿De quién de los dos surgió tan descabellada idea?

—La señorita Fontenille—contestó en tono seco Lorenzo—manifestó deseos de dar aquel paseo y la acompañé.

—¡Ah! ¡menos mal!—dijo dando un suspiro Madame de Briouilles.—Yo me temía que hubiese partido de vos la iniciativa para semejante calaverada, y veía en ello una falta de tacto y de delicadeza que no podía menos de asombrarme.

—¿Por qué habría incurrido en una falta de delicadeza—replicó algo exasperado Lorenzo—si hubiera propuesto yo mismo aquel paseo?

—¿Y me lo preguntáis?... ¡Bah! ¿No sabéis cuán frágil es la reputación de una joven? ¿Y por ventura ignoráis que un hombre bien educado debe cuidar esmeradamente de no comprometerla?... Sobre todo, cuando...

Aquí se detuvo.

—Por favor, señora—exclamó Lorenzo, que comenzaba á irritarse—nada de reticencias, hablad claro.

—A la verdad—dijo ella con aire contrito—me

obligáis á insistir en cosas que, por lo común, se comprenden con media palabra... Digo que en sus relaciones con una señorita, debe todo caballero medir el alcance de sus actos, sobre todo, cuando su situación personal no le da los medios de reparar el daño que puede causar...

—¿Y por qué—exclamó ya arrebatado Lorenzo—no había de permitirme mi situación reparar la imprudencia cometida, en la hipótesis de que yo hubiese cometido una imprudencia?... ¿No soy un hombre honrado y no tengo una posición decorosa? ¿No puedo como cualquier otro, casarme con la señorita Fontenille, si ella consiente en aceptarme por marido?

—Discurris como un niño—replicó con acento meloso de conmiseración Mme. de Briouilles,—y os aseguro que me causa pena vuestro desconocimiento de las leyes del mundo, porque os profeso una sincera estimación. No niego que es honrosísima vuestra profesión de médico, por más que solo puede ofreceros problemáticos beneficios; mas dejando aparte la cuestión de intereses, queda la cuestión de consideraciones sociales, por encima de la cual no es capaz de saltar á ojos cerrados el padre de Berta.

—¡Las consideraciones sociales!—exclamó Lorenzo, que en el calor de la controversia dejaba al descubierto todo su juego.—No alcanzo cómo pudieran ser obstáculo á mi amor hacia la señorita Fontenille.

—¡Bah! demasiado sé que en París se hace la vis-

ta gorda á estas cosas. . . Pero nosotros, los provincianos, conservamos aún ciertas preocupaciones; damos seria importancia á las condiciones de nacimiento y de familia .

—Comprendería semejante objeción —dijo Lorenzo —tratándose de una familia aristocrática como la vuestra, señora; pero M. Fontenille es tan plebeyo como yo, y por más que yo sea hijo de un panadero...

Una extraña sonrisa pasó por los labios de Mme. de Brioules.

—Os suplico —le interrumpió éste —que no me repitais á mí esas cosas. . . Sé muy bien qué atenerme respecto de semejante fábula.

—¿Qué es eso de fábula? —preguntó muy sofocado Lorenzo.

—Tal vez os sorprenda verme tan bien enterada de vuestros secretos de familia. . . ¿Qué quereis? Esos secretos son en parte también nuestros, desgraciadamente, y sé desde hace mucho tiempo, por qué vuestro tío Memmie Husson ha echado sobre sí una paternidad cuyo verdadero origen no puede confesarse. . . Se ha sacrificado por salvar la reputación de su hermana Sofía, vuestra madre, á su vez comprometida por un hombre que no podía casarse con ella.

Lorenzo se había puesto pálido, y sentía que se le trastornaba la cabeza, balbuceando como en una pesadilla:

—Memmie Husson... ¡mi tío!... Sofía... ¡mi madre!

Mme. de Brioules conoció inmediatamente que la turbación del joven no era en manera alguna fingida y que ella había sido la primera persona que le había revelado el secreto de su nacimiento.

—¿Pues qué? —le dijo con acento zalamero —¿no sabíais nada?... ¡Pobre muchacho! ¿Qué pesares tengo de haberos hablado de esto!...

Lorenzo interrumpió con energía aquellas hipócritas frases de pésame.

—¡No —exclamó, —no es posible, eso es una calumnia!

—¿No me quereis creer? —replicó con sequedad Mme. de Brioules. — Pues, en ese caso, podeis ir á preguntárselo al que llamais vuestro *padrino* y quedareis enterado y satisfecho.

Lorenzo ya no la escuchaba. Se había separado bruscamente de ella y corría como un loco en dirección á las Isletas. Llegó jadeante á la casa del Boisdessens, y Ambrosina no pudo contener un grito al ver su rostro descompuesto.

El marqués no había salido aún de su habitación. Lorenzo se lanzó de un brinco á la escalera y entró como una bomba en el cuarto de su padrino.

—¡Hola! ¿qué hay? —exclamó M. de Rosieres. — Entrás como un torbellino.

—Señor —comenzó á decir el joven médico ahogándose — tened la bondad de contestar francamente á una pregunta...

—¿Señor? —dijo el marqués, sorprendido de aquel

tono tan ceremonioso. —¿Qué mala hierba has pisado y qué significa esa catadura de juez de instrucción?

—¡Responded!—repitió Lorenzo con creciente exasperación—¿será cierto que Memmie Husson no es mi padre y que la que yo llamaba tía?...

No pudo completar la frase, porque la emoción anudaba su voz en la garganta.

Al escuchar la pregunta, dió un salto en su asiento el marqués, un rápido gesto de enojo contra su boca y sus cejas dibujaron dos acentos circunflejos.

—¡Tá, tá, tá!—farfulló con ademán contrariado—¿quién te ha contado esas bachillerías?

—Vuestra hermana, Mme. Brioules.

La nariz del marqués pareció alargarse.

—¡Mala peste con la lengua de las mujeres!—gruñó entre dientes.

Su rostro revelaba vergüenza y confusión, y apenas se atrevía a mirar a Lorenzo, que, en pie, a dos pasos de la butaca, esperaba una respuesta. El marqués estuvo un instante haciendo girar uno alrededor de otro los dedos pulgares, cruzó y descruzó las piernas, y por último, levantó la cabeza y dijo suspirando:

—Pues bien, sí, hijo mío; Sofía es tu madre, y tu verdadero padre soy yo.

Al pronunciar estas frases, se levantó y abrió los brazos para recibir en ellos a su hijo; mas éste retrocedió bruscamente y fué a sentarse cerca del bu-

fete, donde permaneció un rato con la cabeza apoyada en las manos.

—De modo—murmuró con acento de amargura—que no me habían engañado; soy bastardo... No mentía Memmie Husson cuando me lanzaba al rostro que era la vergüenza de la familia... ¡Soy bastardo!

El marqués iba y venía por la habitación con el ceño fruncido, soplando como una foca y muy disgustado de aquella explicación que había llegado a ser inevitable.

—¡Hum!—comenzó a decir—no hay que tomar las cosas por lo trágico... ¿Qué quieres que te diga? Sofía y yo éramos jóvenes cuando cometimos la falta, que yo tenía la sana intención de reparar por medio de un casamiento; pero mi familia puso el grito en el cielo en cuanto abrí la boca para proponerlo... Y luego, tu madre lo hizo cuestión de amor propio, y su hermano el panadero se mostró conmigo algo insolente... En esa casa son todos orgullosos como dukes... En una palabra, tu madre se alejó, después de rechazar los ofrecimientos que la hice en beneficio tuyo...

—Hizo muy bien—exclamó Lorenzo—puesto que no podíais darla la única reparación posible: ¡un nombre para su hijo!

Y de pronto, ante los recuerdos de su infancia, agolpáronse los sollozos a su garganta y las lágrimas humedecieron sus ojos.

—¡Pobre tía Sofia!—murmuró—¡pobre mujer abandonada! ¡Ah! si lo hubiera sabido entonces, ¿cómo te hubiera amado, cuánto te habría adorado, para consolarte de todo lo que te han hecho sufrir!

El marques no pudo menos de conmoverse hasta el fondo de su corazón, al escuchar los sollozos de aquel hombre de veinticinco años. En su carácter ligero é irreflexivo, había tratado muchas veces de alejar el recuerdo de aquella época de su vida; pero, de cuando en cuando, reprochábale su conciencia no haber hecho por su parte todos los esfuerzos debidos para remediar el daño. Desde que vivía más íntimamente con Lorenzo, habíanse sobreexcitado sus remordimientos en razón directa de las vivas simpatías que el joven doctor le inspiraba. Enorgulleciase con su gallardía y con sus éxitos, y había momentos en que un ademán, una inflexión de voz, una mirada de Lorenzo le henchían el alma de paternal cariño. Veía reflejarse en las facciones del joven su propia juventud, como en un espejo, y aquella semejanza avivaba más y más sus sentimientos de ternura.

Por eso experimentó ante el dolor de su hijo tan honda conmoción; sintió por su parte que se le apretaba la garganta, y acercándose á la silla en que se había apoyado Lorenzo, le tocó cariñosamente en el hombro.

—Vaya—le dijo—¡no te desespere!... Sí, he obrado

mal, es cierto; no debí abandonarte á los bárbaros tratamientos del panadero, sino traerte más pronto á mi lado para hacer tu infancia más agradable... Me arrepiento de ello y te pido perdón. . . Vamos, ¿estás ahora contento?

—¡Dejadme!—contestó Lorenzo, sacudiendo de su hombro la mano del marqués.—¡No os perdonaré jamás!... No os acrimino por los golpes que he recibido ni por las afrentas sufridas, sino porque habeis sido la causa de todos los pesares de mi madre; porque, por culpa vuestra, he vivido diecisiete años á su lado sin sospechar que era su hijo; al lado de aquella excelente mujer que ni siquiera se atrevía á demostrarme su cariño por miedo de verlo recaer como un oprobio sobre mí y sobre sus hermanos... ¡Y pensar que yo la hubiera querido tanto, la hubiera prodigado mis caricias y mis besos, la hubiera colmado de consuelos y habríamos vivido tan dichosos!...

¡Mucho ha sufrido, mucho debe sufrir aun, y no estoy á su lado!... todo por culpa vuestra... Cuando supe por vuestra hermana hace un momento toda la verdad, mi primer movimiento fué un impulso de estúpida vergüenza; sí, he llegado á avergonzarme de mi madre; verdad es que aquello pasó como un relámpago; pero ya era bastante, y este indigno sentimiento también á vos os lo debo... ¡Por eso os rechazo y por eso no os perdonaré jamás!

Mientras así hablaba, se había levantado y miraba con ojos irritados á M. de Rosieres.

—¡Eres harto severo conmigo!—balbuceó el marqués, aturdido bajo aquella granizada de reconven-
ciones.—He sido culpable, no lo niego; pero tu cólera te lleva demasiado lejos y me juzgas con excesiva dureza... Cuando has venido á mí, ¿no te he acogido como á un hijo? ¿No eras aquí, por ventura, el niño mimado de la casa?

—Soy vuestro bastardo—replicó ásperamente Lorenzo—y nada más que eso... ¡Bien pronto me lo ha hecho entender vuestra hermana! Durante este tiempo de permanencia en vuestra casa, la desdichada que se ha sacrificado por mí y que ha devorado sus lágrimas sin exhalar una queja, sin dirigiros la menor acusación, se consumía en su triste soledad entre las cuatro paredes de la panadería de Juvingny... ¡Y mientras ella lloraba allí, yo la abandonaba, yo me divertía aquí! Vos lo sabíais, y sin embargo, me dejábais entregado á mis pasatiempos. Aquel recuerdo no os hacía sofocar una carcajada ni perder una hora de placer ó de sueño. Creíais solventar vuestra deuda de honor educándome por caridad y facilitándome una cama en que dormir y una mesa en que comer... ¡Ah! ¡vuestros favores me pesan como una losa de plomo, y quisiera ganar bastante dinero para poder arrojarlos á la cara!... Pero, paciencia, ya llegará ese día; yo sabré trabajar como

un negro para reembolsaros, no sólo el capital, sino también los intereses... ¡No quiero nada vuestro!

—¡Ea, ya basta!—exclamó el marqués con voz furibunda.—Estás loco y abusas de mi paciencia...

—Sí, estoy loco... No se necesitaría tanto para perder el juicio... Pero, tranquilizaos, ya he concluido y no daré ningún escándalo en esta casa; nadie se enterará aquí de lo que me pasa, y sabré arreglarme para que no dé que hablar mi partida.

—¡Tu partida!... ¿Quieres dejarme?

—Sí... ¿Creeis, por ventura, que podría permanecer un minuto más en vuestra casa?—contestó Lorenzo, poniendo la mano en el pasador de la puerta.

—¡Adios! Me voy de aquí.

—¿Y adónde irás, desventurado?—dijo el marqués, que se había puesto muy pálido.

—¡A reunirme con mi madre!

Lorenzo abrió la puerta y, sin volver la cara, se lanzó á la escalera. Quiso el marqués correr tras él, pero le acometió una especie de vahído, dobláronsele las piernas, y se vió obligado á sentarse.

—¡Lorenzo!—gritó con acento suplicante.

Pero Lorenzo bajaba de cuatro en cuatro los escalones.

M. de Rosieres oyó resonar sus pasos precipitados en la escalera y sucesivamente abrirse y cerrarse las puertas, quedando á poco la casa en profundo silencio

tan solo interrumpido por el cacareo de las gallinas y el canto de los gallos en el corral.

Una vez fuera de la casa, cruzó Lorenzo rápidamente el pueblo en dirección al camino que conduce á Juvigny, mas cuando vió extenderse ante sí aquella larga cinta blanquecina, encajada entre dos hileras de olmos amarillentos, vaciló y se metió de prou en un sendero que culebreaba por entre los sembrados de La Neve Saint-Vanne.

A pesar de la desencadenada borrasca que desde aquella mañana agitaba sus pensamientos, había conservado una ilusión, que sobrenadaba en medio de los restos del naufragio: el amor de Berta Fontenille. Tenía fe en aquel amor, y esta idea bastaba para endulzar la amargura de todos sus pesares. Cuando uno es joven, se puede recibir de lleno sobre las espaldas el chaparrón de la adversa fortuna, porque basta para secarse por completo un solo rayo de esperanza, al modo que la tierra tarda poco en secarse en la primavera. Los jóvenes tienen siempre prontas las lágrimas, pero corren por la superficie sin penetrar en el fondo: solo los hombres maduros disfrutan el triste privilegio de conservar durante largo tiempo las huellas de la lluvia, como los senderos bajo los árboles seculares del bosque.

Lorenzo se sentó en el borde de una zanja, desde donde se alcanzaba á ver el pueblo con sus vidrieras en que se reflejaba la luz del sol, los prados, las tie-

rras labradas y el monte matizado de oro y violeta. Un ligero viento arrollaba las blancas nubes en el cielo y las hojas secas formando remolinos en la carretera. Era la época en que principia la sementera, y oíanse de cuando en cuando el chasquido del látigo y las voces de los labradores que dirigian el arado, y por entre los espinos desprovistos de hoja, veíanse en los oscuros surcos el movimiento lento y acompasado del sembrador lanzando puñados de grano.

Lorenzo pensaba en Berta Fontenille. Si ella le amaba, no se había perdido todo, porque se sentía con fuerzas para dominar todas las contrariedades y emprender la lucha por la existencia, hasta alcanzar el triunfo. Por medio del trabajo se crearía una posición, se llevaría consigo á su madre y vendría á buscar á Berta para casarse con ella; logrado esto, viviría contento y feliz en medio de aquellos dos seres queridos y se burlaría del resto del mundo.

Pero, ¿le amaría lo bastante la señorita Fontenille para resignarse á aguardar la época, todavía incierta, en que Lorenzo podría pensar en el casamiento?...

Se levantó resuelto á provocar una conferencia decisiva con la joven, y se encaminó hacia La Neve-Saint-Vanne. Sabía que á aquella hora de la mañana se hallaba en el bosque M. Fontenille, y el corazón le decía que Berta, después del paseo de la víspera, debía esperar su visita.

En menos de un cuarto de hora llegó al seto vivo

que cercaba la posesión de Fontenille, y empujando la valla de madera, empezó á subir la pendiente que conducía al jardín.

No le habían engañado sus presentimientos: entre la espesura de crisantemos amarillos, veíase flotar la falda clara de la señorita Fontenille, Berta, por su parte, había divisado al joven doctor, á pesar de lo cual, no parecía muy solícita por salir á su encuentro, antes por el contrario, su primer movimiento fué tratar de ocultarse detrás de los arriates y entrar en la casa; pero ya Lorenzo desembocaba en la avenida de crisantemos, y conoció que era imposible la retirada. Nubláronse un tanto sus azules ojos y su rostro adquirió una expresión inquieta y enojada. Tal vez se arrepentía de la entrevista demasiado familiar de la víspera, ó quién sabe si Mme. de Brieuilles, que no perdía el tiempo, la habría deslizado al oído alguna frase relacionada con el nacimiento irregular de Lorenzo... Esta última suposición parecía la más verosímil, porque á medida que avanzaba el joven, los rasgos de la fisonomía de Berta aparecían mas severos, y jamás, hasta entonces, había tomado un aire tan glacial y altanero para recibir al doctor.

Ambiciosa y ávida de brillar en el mundo, sobre todo; soportando con desdén la vida campestre y oscura que llevaba en casa de su padre, la señorita Fontenille había soñado siempre respirar una atmósfera más adecuada á sus apetitos de lujo y de place-

res, y aquel sueño solo podía realizarse por medio de un casamiento brillante. Ahora bien, Lorenzo, á pesar de su fogosidad, de su gracia y de su talento, no era el marido que la convenía. Berta era demasiado calculadora y reflexiva para caer en la tentación de dar su mano al hijo natural de una costurera de Juvigny. Si al menos hubiera sido huérfano ó hubiera venido de un país bastante lejano para que pudiera permanecer ignorada la historia de su nacimiento, tal vez la señorita Fontenille hubiera tenido valor y resolución para lanzarse en tal aventura. No podía desconocer que aquel gallardo y enamorado mozo de veinticinco años poseía atractivos seductores; pero casarse con Lorenzo, sacrificar á una mera satisfacción sentimental y á un problemático porvenir sus aficiones mundanales, su vanidad, sus sueños y concupiscencias de vida aristocrática; arrostrar el *qué dirán* de las gentes de provincia, exponerse á oír murmurar en torno suyo: «La señorita Fontenille ha hecho un casamiento descabellado» era cosa muy superior á sus fuerzas. Era preferible resignarse á aceptar el matrimonio con Santa María y comprar á este precio el prestigio y la importancia que dan un título y una familia bien emparentada.

Tales eran las reflexiones que su cálculo la inspiraba, y ya hemos dicho que el cálculo hablaba en ella más alto que el corazón. Era, pues, indispensable cerrar resueltamente, y desde las primeras pá-

ginas, aquel lindo capítulo de novela, olvidar aquel fugitivo sueño de una noche de verano.

Todo esto había pasado por su cerebro y se lo había dicho a sí misma mientras Lorenzo se adelantaba pisando el césped del huerto, y cuando llegó cerca de ella, su determinación estaba tomada.

Aparentó no reparar en la mano que Lorenzo la alargaba y se limitó a hacerle un leve saludo, en tanto que una sonrisa enigmática vagaba por sus labios.

—Mi padre está ausente—le dijo, como si se hubiese equivocado en cuanto al objeto de su visita—y tal vez no esté de vuelta hasta medio día.

—No vengo a ver a M. Fontenille, sino a vos—contestó el algo picado de tan extraño recibimiento;—tengo que hablaros de asuntos muy serios.

Berta dejó caer con dignidad los párpados ante sus ojos.

—¿De veras?—dijo en tono de glacial sorpresa.—¿Qué asuntos graves y perentorios puede haber entre nosotros que exijan esa conferencia?

Lorenzo retrocedió, cual si hubiera recibido un rudo choque en mitad del pecho.

—Perdonad—balbuceó desconcertado,—pero me parecía natural... después de lo que pasó ayer...

Berta alzó los ojos, mirando fijamente en el vacío, cual si buscara en las ramas de los árboles la explicación de lo que hubiera podido, en efecto, pasar la

vispera de aquel día; luego volvieron a caer sus largas pestañas, como una careta, ante su mirada, y dijo con negligencia:

—¿Ayer?... ¡Ah! sí, os referís a nuestra excursión acuática. Creo que ambos anduvimos un poco atardidos... Si yo fuese hipócrita y mojigata, aún añadiría que estuvisteis un tanto irrespetuosos; pero debo mostrarme indulgente, puesto que fui la primera que fomentó aquella broma.

—¿Broma?—repitió Lorenzo estupefacto.

—Por lo menos una niñería.

—¡Y yo que llegué a creer en esa niñería!—exclamó con voz colérica Lorenzo.—Yo, que creí en vuestras palabras, en vuestras miradas, en vuestra mano que apretaba la mía!... ¡todo aquello era mentira, nada más que mentira!

Berta volvió la cabeza, mientras sus dedos mutilaban distraídamente los tallos de los crisantemos.

—Demos por supuesto—replicó con sequedad—que fué un sueño, y no hablemos más del asunto.

Lorenzo miró con expresión de profunda pena los árboles que dejaban caer sus hojas amarillentas, las flores que agonizaban, los cuadros que exhalaban un melancólico perfume de otoño, todas aquellas manifestaciones de la naturaleza que hablaban con mudo lenguaje de desfallecimiento y abandono.

—¡Os amo—dijo con sordo acento—y había concentrado todas mis ilusiones, todas mis esperanzas y

toda mi energía en este amor que vos rechazais ahora!

Berta movió la cabeza y volvió su misteriosa sonrisa á juguetear entre sus labios.

—A la verdad—murmuró—no acierto á comprender... Estoy discurrendo qué palabras pude pronunciar para alentaros á dar pábulo á semejantes ideas. Me he mostrado amable con vos, como lo soy con todo el mundo... Vuelvo á deciros que no soy gazmón y, á pesar de ese... error, me hallaréis siempre dispuesta á trataros como amigo de la casa.. Si,—añadió alargando la mano en dirección á la de Lorenzo—podeis estar persuadido de que os profesaré siempre una carísimísima estimación...

—¡Berta!—exclamó él con impaciencia.

Y sin tocar la mano que se le tendía, volvió la espalda y echó á andar apresuradamente hacia la salida del huerto.

Berta permaneció inmóvil, apretados los labios, viéndole desaparecer entre los árboles; y en tanto que le perdía de vista tras el enmarañado ramaje, no podía menos de considerar que con él huían la juventud y el amor sincero, al propio tiempo que se alzaba ante su imaginación la figura austera y enclenque de Santa María, á manera de importuno y desagradable fantasma. Sintió una especie de escalofrío é hizo un ligero movimiento de hombros.

—¡Se concluyó!—dijo dando un suspiro.

Y recogiendo con el extremo de los dedos la falda, que se mojaba al rozar la hierba de la avenida, echó á andar muy despacio, inclinada la cabeza y fruncidas las cejas, hacia la casa de su padre.

Entretanto, huía Lorenzo, sin abandonar la línea recta, atravesando las tierras labradas, las malezas y los tallares. Parecía completamente insensible á los objetos exteriores, sin notar el efecto del sol que se hacía de momento en momento más ardiente, ni las espinas que le acribillaban las piernas, ni los extremos de las ramas que le azotaban el rostro.

Impelido por una imperiosa necesidad de fatigar su cuerpo y ensordecen sus oídos con el monótono susurro de las hojas secas y el crujido de las ramas agitadas por su paso; cerrados los ojos, embotado el corazón y sintiendo una especie de zumbido en el cerebro, andaba y andaba, internándose cada vez más en el bosque.

Por último, sus piernas y sus pulmones le hicieron traición y, jadeante y sin fuerzas, se dejó caer como un plomo sobre los rojizos helechos, hundiéndose en ellos la cabeza.

—¡Un sueño... un sueño... un sueño!—Tales eran las únicas palabras que martilleaban con doloroso é implacable tic-tac su cerebro.

¡Un sueño! Esto era todo lo que Berta había encontrado que decirle, y le había despedido, dándole, como limosna, una promesa de vulgar amistad, á la ma-

nera que se arroja un mendrugo de pan á un pordiosero. Después de las amarguras devoradas por la mañana, aquella era la última y más sangrienta injuria.

El, cuyo amor propio era tan susceptible; él, que desde su infancia se había dejado arrullar por tantos sueños orgullosos, había tenido que apurar trago á trago, hasta las heces, el cáliz de la humillación. ¡Haber edificado en el aire tanto castillos de gloria y de fortuna, para venir á caer por último en la clase más ínfima de la sociedad, en la categoría de los hombres sin posición, sin tener siquiera un nacimiento legal, sin poder llevar el nombre de su padre!

Todo se le desvanecía al mismo tiempo: sus ilusiones juveniles, su admiración hacia el marqués, su amor á Berta, y hasta la confianza en sí mismo. Abandonado de los demás, y faltó ya de valor, ¿qué suerte le estaba reservada? ¿Qué hacer en una sociedad donde hasta la misma ley, solo le toleraba por favor y de mala gana? ¡Si al menos hubiera tenido, como Santa María, el consuelo y el sostén de la fe religiosa! Pero, lejos de eso, era un hijo del siglo hasta la médula de los huesos, y concentraba todas sus aspiraciones en la posesión de los goces terrenales. No veía nada más allá, y al sentir que en un día se desplomaban simultáneamente todos los ideales de que había hecho sus puntos de apoyo, permanecía tendido en el suelo, como un pájaro arrojado de su nido y que carece de alas para alzar el vuelo.

El sitio donde se hallaba era una de esas gargantas arenosas que se encuentran con tanta frecuencia en la Argona. A derecha é izquierda alzábanse, como cortadas á pico, las escarpas; por encima entrecruzaban sus ramas los álamos y los serbales, y por todos lados los espesos bosques ceñían el desfiladero, por cuyo centro se extendía un sendero de cabras.

El sol estaba ya bastante alto y caía á plomo sobre los helechos, donde sus todavía calurosos rayos hacían zumbar á los insectos. Resonaron de pronto estallidos de tralla en la estrecha garganta, luego repiqueteo de cascabeles y campanillas, y una reata de mulas cargadas de madera empezó á bajar lentamente el sendero. Hundida la cabeza en los helechos, apenas se dió cuenta Lorenzo de su paso, y ni siquiera se movió de su sitio. La última mula del convoy había pasado casi rozándole, y ya iba debilitándose el ruido de las campanillas, cuando el regatón de hierro de un bastón tocó ligeramente las piernas del joven, al mismo tiempo que una voz femenina, casi tan áspera y hombruna como la de un arriero, exclamó:

—¡Voto á bríos! ¡si es Lorenzo!... ¡Ph, muchacho! ¿qué diablos haces ahí, metidas las narices en la arena?...

Alzó Lorenzo muy despacio la cabeza y vió en medio del sendero á la señorita Sebastiana de Fierbois, remangada hasta la pierna, calzada con polainas de cazador, cubierta la cabeza con un sombrero de hom-

bre sujeto por un pañuelo que hacía las veces de barboquejo, y blandiendo su soberbio garrote de acebo. Había ido á inspeccionar el cargamento de la manera procedente de la corta, y regresaba con el convoy.

Mirábala Lorenzo con aire espantado, y por su parte, la señorita Sebastiana, haciendo girar bajo las espesas cejas sus negros ojos, examinaba con curiosidad las descompuestas facciones del joven doctor.

—Pero, ¿qué es eso?—continuó ella—¿por qué tienes esa cara patibularia? ¿Qué diablos sucede?

—¡Nada!—contestó bruscamente Lorenzo, volviendo á sumergir el rostro en los hierbajos.

—¡Nada! ¡Eso se dice muy pronto!—replicó la señorita Sebastiana, plantándose ante él, apoyada en su garrote.—Algo será, cuando tienes esa cara de desenterrado... Ten al menos la cortesía de alzar los morros y responderme.

—¡Dejadme!—dijo él con voz débil y sin moverse.

—¡Testarudo eres!—gritó la vieja—pero mucho tienes que hacer para serlo tanto como Sebastiana de Fierbois... No esperes que me vaya de aquí hasta que me expliques por qué te encuentro en pleno medio día, tendido ahí como un becerro sobre la hierba, en lugar de estar almorzando con tu padrino.

Al oír esta última frase, hizo el joven un súbito movimiento, se puso en pié, y mirando confijeza á la señorita de Fierbois, exclamó:

—¡Mi padrino!... Ese á quien llamais así, por más que sepais seguramente á qué ateneros respecto de ese punto, como lo saben los demás, no volverá á verme á su mesa ni bajo su techo.

—¡Por fin, eso ya es decir algo!—gruñó la señorita Sebastiana, moviendo la cabeza. ¿A lo que voy entendiendo, te han contado cosas que hubieran sido mejores para calladas, y que te han indispuerto con el marqués?

—Sí, lo sé todo—repuso Lorenzo con exaltación—y vos, que según decís, me profesais alguna amistad, debíais haberme enterado de mi situación, en vez de exponerme á ser humillado por Mme. de Briulles y menospreciado por la señorita Fontenille.

—¡Ah! ¿con que la señorita Fontenille anda mezclada en el asunto? ¡Ya te había yo advertido que por esa parte no ibas ganando nada!... En fin, ya está hecho el daño, y puesto que tú lo sufres, pobre muchacho, no es esta ocasión oportuna de sermonearle... Ea, vente conmigo, hablaremos por el camino y trataremos de buscar un remedio para tus penas.

Púsole suavemente la mano sobre el brazo y trató de llevárselo de allí, pero Lorenzo opuso una resistencia inesperada.

—No—dijo—no hay remedio; estoy profundamente hastiado de todo, soy una carga para los demás y para mí mismo, un ser inútil en el mundo, y no quiero ya más que buscar el medio de salir de él.

—¿Quieres morir, no es eso?— repuso la señorita Sebastiana alzando los hombros. — ¡La tecla de siempre!... Dime, ¿y tu madre?

Lorenzo se estremeció.

—¡Ah!— dijo— ¡mi madre!...

Sus ojos se llenaron de lágrimas al recuerdo de la pobre tía Sofía, á quien sus egoístas preocupaciones amorosas le habían hecho olvidar por un momento.

—¡Sí, tu madre!— prosiguió cariñosamente la señorita de Pierbois. —¿Crees, por ventura, que eres un ser inútil ó una carga para ella?... Conozco una buena parte de tu historia y adivino el resto... En todo ese desgraciado episodio, tu madre es la que más ha sufrido y la que más cruelmente sufre todavía. ¿Quieres aumentar sus penas cometiendo algún desatino?... Comprendo que no puedes quedarte aquí, pero serías un desalmado y un loco si no sacrificases ahora todas esas pamplinas y desvaríos amorosos á la que tanto se ha sacrificado por tí.

Lorenzo tomó la mano de la señorita Sebastiana y la estrechó fuertemente.

—Teneis razón, señora— dijo con acento conmovido —gracias, y adios; iré á reunirme con mi madre.

Sebastiana le detuvo por el brazo.

—¡Un instante, polvorilla!— exclamó— ¿te propones andar á pie las ocho leguas y llegar aspeado y cari-acontecido á casa del panadero, después de haberle abandonado sin decir ahí queda eso? ¡Buen recibi-

miento te esperaba, ybonita manera de consolar á tu madre!... Reflexiona un poco y no te alborotes ni te subas á la parra... ¿Cómo vivirás allí sin dinero? porque supongo que no tienes un céntimo, y no creo que sea el mejor medio de inspirar confianza á los enfermos, presentarse en Juvigny hecho un mendigo. ¿Supongo también que no se te ocurrirá ni á cien leguas la idea de acudir al bolsillo de tu madre ni vivir á expensas del tío Husson?

—Lorenzo hizo un gesto de enérgica negativa, y miró á la señorita Sebastiana con expresión desesperada.

—Mira, hijo mío,— continuó ella— tú podrás ser un sabio en medicina, pero te falta la práctica... Es preciso discurrir otra cosa, y en eso precisamente es en lo que vamos á pensar los dos por el camino que tenemos que andar hasta llegar á mi casa. Tranquilízate porque no verás á nadie, nadie te verá, y esta tarde, al oscurecer, haré que te lleven en carruaje hasta Clermont.

Cogióle Sebastiana de un brazo, y ya entonces se dejó conducir á las Petites-Islettes.

La caminata se hizo silenciosamente, y cuando llegaron, encerró la señorita Sebastiana á Lorenzo en su despacho, atestado de papelotes y de muestras de botellas. Por su propia mano le preparó y sirvió un excelente almuerzo que le obligó á tomar, y cuando hubo restaurado sus fuerzas, le dejó en compañía de una

taza de café puro, y se subió á su habitación, de donde no volvió á bajar hasta después de pasada una hora larga.

—Hijo mío—le dijo—he examinado con calma tu negocio, y he aquí lo que saco en limpio: Tengo un sobrino, Noirel de Pierbois, establecido en Sermaize... Ya conoces la localidad, un pueblo grande á mitad de camino de Juvigny y de Vitry-le-François... Allí hay montada una gran fábrica [de vidrio, alimentada por el carbón de piedra, que hoy se halla en plena actividad y en la cual tienen ocupación infinitos operarios. En una fábrica de tales condiciones es indispensable un buen médico para atender á todo el personal, y he oído á mi sobrino Noirel lamentarse de que no hubiese por aquellos contornos sino detestables empíricos y zafios practicantes... Allá te envío eficazmente recomendado. Ahora mismo va Nicolás á enganchar la yegua al carricoche para llevarte á Clermont. Mañana estarás en Sermaize, y entregarás de mi parte este papel á mi sobrino, á quien darás también mis recuerdos.

Y sacó del bolsillo una carta de gran tamaño, doblada á la antigua usanza, cerrada con lacre y escrito el sobre en gruesos caracteres de letra bastarda.

—Cuando estés ya establecido—prosiguió entregando el pliego á Lorenzo,—te enviaré la ropa y libros que dejas aquí, y después que hayas fijado tu situación, podrás ir á buscar á tu madre... Tendrás siquiera un

abrigo que ofrecerla en tu propia casa... ¿Entiendes?

—¡Teneis un corazón de oro! —exclamó Lorenzo, arrojándose al cuello de la señorita Sebastiana, quien le aplicó sendos besos en las mejillas.

Cuando empezaba á anochecer, avisaron que estaba dispuesto el vehículo. La señorita de Pierbois acompañó al joven hasta el patio, le abrazó por segunda vez, y metiéndole en el bolsillo un paquete, le dijo:

—No hagas caso, son provisiones para el viaje... ¡Ahora, hijo mío, á trabajar!... Es el mejor remedio contra las penas. ¡Escribeme de cuando en cuando, y que Dios te acompañe!.. Adios.

Subió Lorenzo al carricoche, sacudió Nicolás á la yegua, y echó ésta á andar al trote corto. Cuando llegaron al recodo del camino, volvió Lorenzo la cabeza para saludar por última vez á la señorita Sebastiana. Esta se hallaba parada en lo alto del talud, su abultada sombra se dibujaba fuertemente en negro sobre el fondo claro del horizonte; distinguíanse las botas de caza, la falda recogida de cualquier modo, el sombrero de hombre, y veíanse dos largos brazos agitándose á modo de telegrafo aéreo en dirección al carruaje, que desaparecía entre las brumas del Biesma.

SEGUNDA PARTE

Son las ocho.

Hacia mediados de Abril, el sol se pone temprano, y el crepúsculo llega pronto.

El valle del Saulx se ve ya invadido por la noche que va avanzando. Apenas se divisa allá hacia la izquierda, y de trecho en trecho, el débil reflejo de las aguas del canal entre los ribazos cubiertos de hierba, y en el horizonte la masa confusa de la selva.

Dos ó tres luces encarnadas indican el emplazamiento de la estación del ferrocarril, á la sazón desierta, y donde interrumpe solamente el silencio la aguda y precipitada vibración de un timbre eléctrico.

Al otro lado de la ría, se alcanza á ver en la falda de la colina el vago perfil de las casas de Sermaize, en cuya sombra centellean algunos puntos luminosos. Pero volviendo hacia la derecha, encuentra la vista un repliegue del terreno, cuya iluminación forma extraño contraste con estas tranquilas tinieblas. A medida que avanza la noche, va escapándose de aquel sitio un rojizo resplandor, que se prolonga á lo lejos

en la llanura, como la cola de un resplandeciente cometa. Es la reverberación de la fábrica de vidrio de M. de Noirel.

Desde que se llega cerca de los edificios situados detrás de los árboles del antiguo Paquis, la intensidad de la luz deslumbra los ojos. La negra fachada aparece de trecho en trecho como horadada por rojizos fuegos incandescentes, y en el centro, la ancha puerta, abierta de par en par, semeja la enorme boca de un horno ciclópeo. En el interior, bajo una armadura de hierro elevada como una nave de iglesia, se alza una maciza construcción de ladrillo, perforada en toda su extensión de agujeros, por donde sale una luz de color blanco y en donde ruje y produce bruscas detonaciones el vidrio en estado de fusión. Delante de cada una de estas canales de ventilación, y á lo largo de un estrecho balcón de piedra, bullen y se agitan infinidad de operarios de extraño aspecto, con los piés y los brazos desnudos, sin más vestido que una especie de falda de algodón listado, y moviendo incesantemente al extremo de sus tubos de hierro masas de vidrio inflamado que describen luminosos círculos. Los maestros *forjadores* hinchán de un soplo el vidrio fundido, y los otros operarios se van pasando de mano en mano las botellas todavía abrasando y adheridas á los sopletes.

La reverberación de los crisoles recorta fantásticas sombras en las paredes fuertemente iluminadas, y

en medio de aquella inmensa hornilla flameante, los extravagantes grupos que se revuelven, traen á la memoria las diabólicas figuras que llenan ciertos grabados de Callot.

De cuando en cuando, alguno de los forjadores ó insufladores, inundado en sudor y achicharrado hasta la médula de los huesos por el hálito abrasador de los respiraderos, se pone una camisa de lana y sale á aspirar en el exterior un poco de aire fresco. No lejos de la puerta grande está sentado el doctor Lorenzo Husson en un banco del patio, fumando un cigarro. Sabe muy bien que durante la operación de la forja ó soplete, suelen ocurrir con frecuencia graves accidentes, y antes de irse á acostar ha querido asegurarse por sí mismo de que ningún operario necesitaba sus auxilios médicos.

—Buenas noches, Sr. Husson—dijo un trabajador al pasar por su lado;—es de agradecer que no os olvidéis de vuestros vidrieros, á pesar de tener ahora enfermos en todos los ámbitos de la comarca... De todos modos, no se os vé al presente con tanta frecuencia como hace tres años; pero sabemos que os encontraremos siempre á tiempo en caso de alguna desgracia, y esto nos basta.

El forjador se aleja, y Lorenzo, cruzadas las piernas, echada atrás la cabeza, reanuda el hilo de sus meditaciones, siguiendo con la vista el haz de rayos luminosos que proyecta á lo lejos el fuego de los hor-

nos... Cuanto más avanza la noche, más se vá alargando por la superficie de la campiña aquella irradiación fosforescente, cual si quisiera traspasar el horizonte y filtrarse más allá de los montes, por regiones desconocidas.

Por asociación de ideas, y contemplando aquella fugitiva luminaria, empieza á divagar la fantasía de Lorenzo, y recuerda que pronto hará tres años y medio que llegó á Sermaize con la carta de recomendación de la señorita de Fierbois en el bolsillo. Durante aquel lapso de tiempo, ¡cuántas cosas inesperadas, cuántas metamorfosis! ¡qué de días trabajosos y bien aprovechados! Parece increíble que hayan transcurrido tan pocos años desde su salida de Las Islettes hasta aquella noche de Abril, en que se encuentra allí fumando tranquilamente recostado en el banco de la fábrica de vidrio. Se considera como un viajero ya viejo, que vuelve la cabeza para mirar la larga cinta de camino que ha dejado á su espalda; y en los fantásticos escarceos de aquella luz que la fábrica pasea por los campos, experimenta una vaga voluptuosidad, viendo sucederse como otras tantas visiones vaporosas, los variados incidentes de su nueva existencia.

Primero su llegada á la fábrica. Era el comienzo de la noche. Cubierto de polvo y todavía aturdido por el ruido del tren, es introducido en el despacho de M. de Noirel. Un fuego de carbón de cok arde

chisporroteando en la chimenea; una lámpara con pantalla verde alumbra la mesa-escritorio, atestada de facturas y muestras de cristales. En la pared, entre dos cabezas de ciervo, un retrato del conde de Chambord alterna con una litografía que representa la muerte del duque de Berry. M. de Noirel, un hombre rubio y sonrosado, desdobra la carta de su tía, se inclina para leerla bajo la pantalla, y al resplandor de la lámpara, su prominente nariz, su frente aplastada y su barba hundi-*da*, se dibujan en negro, dándole el aspecto de un pájaro enorme con un pico monumental.

Lorenzo, delante de la chimenea, nublado el rostro por la inquietud, escudriña las facciones del fabricante de vidrio, tratando de adivinar por ellas su decisión. Por último, levanta su cabeza de pájaro M. de Noirel, se guarda en el bolsillo la misiva de la señorita Sebastiana, y fijando en el joven médico sus redondos ojos, le pregunta:

—Doctor Husson, ¿habeis comido?... No, seguramente... Pues bien, venid a comer conmigo, que me estoy muriendo de hambre.

Y viendo que el joven le mira con cierto asombro, añade M. de Noirel:

—En la mesa hablaremos; de todos modos, si habeis agrado a la señorita de Fierbois, también me agradareis a mí... Tiene un gran olfato la tía Sebastiana... ¿Supongo que seguirá calzando sus botas de siete leguas?...

El inmenso haz luminoso se va prolongando en forma de abanico, y ya casi alcanza al límite del bosque; mas al llegar allí, parece como que se replega sobre sí mismo y le cuesta trabajo atravesar la espesura de la selva... También para Lorenzo ha sido trabajoso evocar aquel primer recuerdo. Se vé instalado en la fábrica de vidrio, con una asignación de cincuenta escudos mensuales, habitación y permiso para dedicar sus ratos desocupados a crearse una clientela en aquellos contornos. Los primeros pasos son rudos y difíciles; no abundan los clientes, porque los campesinos desconfían y al médico joven prefieren los viejos practicones del cantón. Mal curado de las heridas de amor propio recibidas en las Islettes, Lorenzo se siente moralmente dolorido y aniquilado, como un hombre que hubiese caído en el fondo de una profunda sima. Los primeros meses le parecen mortalmente largos, tristes y monótonos. Por fortuna, la señorita Sebastiana le envía sus libros; se dedica al estudio y, como la anciana le había pronosticado, encuentra en el trabajo una pederosa panacea. Al mismo tiempo que los libros, le ha remitido la señorita Sebastiana una carta, en que le da cuenta de los acontecimientos ocurridos después de su partida. M. de Rosieres se ha mostrado al principio desconsolado, y durante ocho días ha tenido Ambrosina que sufrir lo que no es decible; pero luego, el aturdido carácter del marqués ha triunfado de todo,

ha vuelto á sus cacerías, y á la sazón se ocupa con empeño en los preliminares del casamiento de su sobrino Santa María, quien por fin se ha decidido á pedir la mano de la señorita Fontenille, que acaba de concedérsele.

Lorenzo apura con resignación este último cáliz y se concentra en los libros, á fin de ocupar su imaginación, que vaga aún con harta frecuencia por los alrededores de La Noue-Saint-Vanne.

Poco á poco van afluyendo los clientes. Sermaize posee un manantial ferruginoso y un establecimiento termal en estado naciente. Hacia mediados de Julio, las posadas del pueblo se ven concurridas por medio centenar de bebedores de agua: chiquillos anémicos, mujeres linfáticas y nerviosas, ancianos debilitados que van al *manantial de los Sarracenos* en demanda de un poco de tono para sus desarreglados nervios. Precisamente, Lorenzo ha hecho durante su periodo de alumno interno un estudio especial de esas oscuras y pérfidas afecciones que atacan al organismo femenino y que van haciéndose de día en día más frecuentes, merced á las condiciones de la existencia moderna. Dos ó tres tratamientos coronados de feliz éxito, le ponen de pronto en boga entre los concurrentes al establecimiento. Dotado de un excelente ojo clínico, seguro en el diagnóstico, de finos y amables modales y con esa vivacidad y calor que tanto aprecian las mujeres, posee las cualidades que se re-

quieren para agradar á una clientela casi exclusivamente femenina. Así es que sus medicamentos curan se le solicita para consultas en los pueblecillos colindantes, y desde el segundo año de su estancia se encuentra en situación de alquilar y amueblar cómodamente una casa del pueblo y poner en planta un proyecto que trae en mientes desde hace diez y ocho meses...

El resplandor de los hornillos aumenta en intensidad, y exparece por el llano una luz algosemejante á la de la aurora. — Cambia la escena y Lorenzo se vé con los ojos del pensamiento, cruzando con agitado paso aquella plaza de la Corona, donde no ha vuelto á poner los piés desde su escapatoria de Juvigny. Ya está todo dispuesto en la casa de Sermaize; los muebles han llegado, y el gabinete destinado á Sofia Husson está completamente en regla. Lorenzo la ha escrito que iría á verla y que deseaba que aquella primera entrevista se verificase sin testigos, á lo cual le ha contestado Sofia indicándole un día en que Memmie Husson tendría que salir con precisión de casa y la tía Constanza, por su parte, estaría ocupada en la iglesia, ejerciendo sus funciones de hermana mayor del Rosario.

Lorenzo ha tomado el tren por la mañana y llega á Juvigny á la hora de itinerario. El aspecto de la plaza no ha cambiado en nada. En el escaparate de la panadería se exhiben, como en tiempos pasados,

los panecillos y hogazas entre los botes de galleta, y en la ventana del taller se ven los consabidos tientos de balsamina. Lorenzo sube apresuradamente la escalera y empuja la puerta de la tienda, cuya campanilla deja oír sus agudas vibraciones. Al ruido acude Sofía y dá un grito de júbilo. Lorenzo la coje por la mano y la lleva hacia la trastienda, diciendo con voz ahogada:

—Subamos a tu cuarto.

Sofía le obedece, y le precede temblorosa hasta la habitación del primer piso. Una vez allí, y después de cerrar la puerta, exclama Lorenzo con acento de infinita ternura:

—¡Madre mía!

Sofía se vuelve, palidece, y Lorenzo la recibe desfallecida en sus brazos. Hácela sentar cariñosamente en un antiguo sillón de paja, se arrodilla, la besa las manos, los brazos, las mejillas, y murmura de nuevo con expresión de dicha inefable:

—¡Madre mía!

Sofía se pone muy encarnada, dilátase su pecho y vierten sus ojos copiosas lágrimas, en tanto que su cabeza se apoya en el hombro de su hijo, á través de los sollozos, articulan débilmente sus labios:

—¡Perdóname!

—Perdonarte!—responde él cubriéndola de besos.—

Antes al contrario, ¡yo te bendigo! Lo sé todo, todo

cuanto por causa mía has sufrido, y te considero como la mujer más santa de la tierra.

A esta exclamación sigue un prolongado abrazo, pero se encuentran ambos tan conmovidos, que no tienen ni aun fuerza para hablar, y además tienen que saldar una cuenta atrasada de dulces caricias. Desenlázanse por fin los brazos, enjúgase los ojos Sofía, y exclama mirando con orgullo á su hijo:

—¡Qué guapo estás!

—¡Pues y tú, querida madre? Tú sí que estás hermosa—contesta Lorenzo, contemplando enternecido el rostro de Sofía, la tersa frente sobre la que caen en bandós los plateados cabellos, los ojos castaños que brillan al lado de aquel pelo gris como violetas abiertas bajo la nieve, las mejillas color rosa pálido y los labios rejuvenecidos por una sonrisa.

—¡Yo!—dijo Sofía moviendo la cabeza—soy ya una vieja... Mira, mis cabellos están casi blancos.

—¡Y te sientan admirablemente, y me encantan!—replicó Lorenzo, besando otra vez las bandas de pelo gris.

Sientase al lado de su madre y empieza á hablar á media voz en la tranquila habitación, donde solo á intervalos es turbado el silencio por el agudo timbre del reloj del colegio, que anuncia las horas y los cuartos.

Sofía habla muy poco, pero devora con delicia las frases de su hijo, que la cuenta minuciosamente su

vida de estudiante, su estancia en las Islettes y su nueva existencia en Sermaize.

Suena de pronto la campanilla de la tienda, y oyes la voz de la tía Constanza que entra en la casa.

Un velo de melancolía se extiende sobre el rostro de Sofía Husson y sus ojos se ven empañados por las lágrimas.

—¡Tan pronto!—exclama suspirando.—¡Qué desgracia que no puedas vivir á mi lado!... Sería demasiada dicha, y va á ser preciso separarnos.

—¡Separarnos!—repite Lorenzo.—Ya no nos separaremos jamás.

Entonces explica á la pobre madre asombrada que ya tiene su habitación dispuesta en Sermaize, que todo está arreglado para que de hoy más viva constantemente en su compañía, y que viene decidido á no regresar al pueblo sin llevársela consigo. Sofía principia á derramar dulces lágrimas, en tanto que resuena á más y mejor el estallido de los besos.

El resplandor de la fábrica de vidrio sigue arrojando sus oleadas blanquecinas sobre silenciosa campiña hasta perderse en el horizonte; mas ahora, lo que Lorenzo ve reflejarse en la reverberación de los hornillos, es una nueva y más reciente fase de su vida. Han transcurrido algunos meses; la señorita Husson se halla instalada á su lado y dirige la casa. A pesar de su deseo de presentarla en todas partes como

su madre, ha tenido que transigir con las objeciones de la tímida y escrupulosa Sofía. Juvigny dista poco de Sermaize, y la hermana de Memmie Husson ha tenido miedo de escandalizar á la gente y no ha querido verse obligada á ruborizarse delante de las personas que la conocieron en otro tiempo. Para el mundo sigue siendo la tía Sofía; pero en la intimidad y una vez cerradas las puertas, desquítanse madre e hijo de su obligada reserva y dan ardiente expansión á sus sentimientos de recíproca ternura.

La clientela del doctor aumenta de día en día y su reputación es algo más que una fama de campanario, porque ha salvado los límites del cantón y el joven médico es con frecuencia llamado en consulta á Chalons y Saint-Dizier. Durante la epidemia de fiebre tifoidea que ha azotado á la comarca, ha desplegado Lorenzo tal abnegación y tanta inteligencia, que su nombre ha llegado á hacerse popular.

A la sazón es médico director de las aguas y con tal motivo, un alto funcionario á quien ha curado la laringe, ha hecho que se le incluya en la última hornada de condecoraciones. Excusado es decir que la buena Sofía ha estado á punto de morir de júbilo. Lorenzo es el niño mimado de la suerte; prospera su peculio, realizanse sus ambiciosos deseos, siéntese dulcemente halagado en su orgullo y su madre le adora. A pesar de todo, no se considera feliz y siente en su corazón un vacío que nada ha podido llenar, después

del desengaño causado por los desdenes de la señorita Fontenille.

Cierto que el antiguo amor, helado en plena florecencia, está muerto y bien muerto, y hace ya largo tiempo que el doctor ni siquiera siente enojo ó indignación contra la que lleva hoy el nombre de señora de Santa María de Briouilles; pero aquella decepción ha herido las más delicadas fibras del corazón, que no han vuelto á producir verdes retoños. Desde entonces ninguna mujer ha hecho experimentar á Lorenzo esos entusiastas arranques, esas expansiones de sencilla ternura, que son como el fragante ramillete de la juventud. Y sin embargo, apenas cuenta veintiocho años y no ha pasado la estación de los amores... ¿Por qué, pues, se ha roto el antiguo encanto? ¿por qué no puede recordar el aire y el estribillo de aquella alegre canción que con tanta frecuencia tarareaban sus labios cuando tenía veinte años?... ¿Será que la poesía del amor no brota verdaderamente sino en las almas faltas de experiencia y se extingue en nosotros tan luego como la razón nos inunda con su luz más viva, á la manera que esa fantástica iluminación de la fábrica de vidrios, que derrama sus resplandores por toda la campiña y que se borrará mañana ante la cruda claridad del día?

Estas últimas reflexiones han puesto melancólico á Lorenzo, que exhala un suspiro, abandona su banco,

arroja una postrer mirada al interior de la fábrica y emprende á paso lento el camino de su casa. Hállase ésta situada á la entrada del pueblo sobre el camino que conduce al manantial de los Sarracenos. Desde larga distancia, y á través de los verdes árboles de jardinito que la precede, se ve brillar una luz en las ventanas de la planta baja, y al entrar el joven médico en la salita locutorio donde recibe á sus clientes, es cariñosamente acogido por Sofía Husson, que se halla sentada delante de una gran cesta atestada de ropa blanca.

La dicha que disfruta y el aire sano del campo han producido en ella cierto rejuvenecimiento, y por más que haya cumplido ya cuarenta y ocho años, aún conserva su rostro un gracioso atractivo bajo la blanquísima cofia, muéstranse más llenas y sonrosadas sus mejillas y límpidos y serenos sus castaños ojos como el puro manantial de una fuente.

—No he querido acostarme antes de que volviésemos á casa—dijo, contestando al abrazo de Lorenzo.—Mira, esta tarjeta han traído para ti.

Acercóse Lorenzo á la lámpara y leyó en una cartulina litografiada: «Eustaquio Lapasque, alguacil de Robert-Espagne.» y debajo, en letra manuscrita: «ofrece sus respetos al doctor Husson y le estimaría se tomase la molestia de visitar á un niño enfermo.»

—¡Eustaquio Lapasque!—murmuró Lorenzo.—Yo he oído este nombre en otro tiempo.

Es posible—contestó Sofía, quien después de arreglar la ropa en el cesto, había encendido la bujía;—en Juvigny había Lapasques... Vaya, buenas noches, hijo mío.

Una vez en su cuarto, volvió Lorenzo á mirar la tarjeta del alguacil, y poco á poco fueron aclarándose sus recuerdos.

—Este Lapasque—pensó—debe ser el flautista de la escribanía de Derónis...

E inmediatamente fueron acudiendo y lesfilando por su memoria, como las cuentas de un rosario, todas las impresiones de otros tiempos. Recordó la empolvada y ennegrecida oficina, las expansiones de la romántica Lucrecia, el jardín del colegio Papillón y á Valentina, su primer amor, brotando entre las flores de los altares del Córpus. Y al dormirse, vió pasar ante sus cerrados ojos á la pensionista de la señorita Papillón con su vestido blanco, su crugiente velo de tul y sus párpados entornados...

Al día siguiente, después del desayuno, y viendo que el tiempo estaba hermoso, se decidió á ir á pié, atravesando el bosque, hasta Robert-Espagne.

La mañana es serena y soleada; los bosques no tienen hojas todavía, pero los tallares se ven ya animados por verdes y delicados brotes, y el suelo florecido de primaveras y anémonas; silban por doquiera los mirlos en honor de la aproximación del buen tiempo. Lorenzo cruza con ligero paso el largo trayecto alfom-

brado de corta y espesa hierba, y no han sonado las doce cuando llega á Robert-Espagne.

La casa que habita su nuevo cliente está situada en el centro del pueblo, y ostenta, incrustada en la pared, una plancha de madera, donde se lee en bonitas letras doradas:

LAPASQUE, ALGUACIL

Después de llamar sin obtener respuesta, hizo girar Lorenzo el pestillo de una puerta y entró en una amplia habitación, mitad cocina y mitad comedor, en cuyo centro y alrededor de una mesa redonda, cubierta por un hule, cuatro chicuelos no muy bien lavados y que apenas se llevarían entre sí un año de edad, estaban encaramados en altas sillas de las que se emplean para los niños, contemplando con impacientes ojos una fuente de patatas que se disponía á distribuir entre ellos una mujer con chambra blanca y refajo corto.

Al ruido de la puerta, se vuelve la señora de la chambra blanca, prorrumpe en una exclamación y deja caer la cuchara, en tanto que Lorenzo exclama por su parte:

—¡Lucrecia Derónis!

—¡Monsieur Lorenzo!—balbuceó Lucrecia sin volver de su asombro.—¡Cómo! ¿Sois vos ese famoso doctor Husson de quien tanto se habla?

—El mismo seguramente—respondió Lorenzo riendo.—¿Y cómo está M. Derónis?

—Muy bien, y continúa en Juvigny, ocupado en su grande obra.

Lucrecia se encuentra muy turbada, como se echa de ver en la manera poco equitativa con que llena las tazas, lo cual provoca casi una insurrección entre los chiquillos. Les impone silencio, y poniéndose colorada, pide perdón por su descuidado traje.

—Ya veis, cuando se tienen hijos, hay que sacrificarse por ellos.

—De modo, que M. Lapasque es vuestro marido?—dijo Lorenzo, mordiendo el bigote para disimular la risa.

—Sí—contestó Lucrecia, bajando pudorosamente los ojos...—Pronto hará diez años que soy su mujer; como que nos casamos cinco meses después... de vuestra salida de Juvigny.

Exhaló un suspiro, y añadió bajando la voz:

—No era la posición que yo había soñado, pero ¡qué remedio! Hay que conformarse con lo que la suerte nos depara... Además, Eustaquio es un hombre excelente, de vida muy arreglada, y si no fuera porque los chicos se dan tanta prisa en venir al mundo...

—¿Los cuatro son vuestros?

—Sí, por cierto... Esta es la mayor—añadió, poniendo la mano sobre la cabeza de una rubita de ocho

años.—Isaura, envía un beso á este señor!... Luego siguen por orden de edad, Arturo, Amaury, Palmira, y por último...

—¿Hay más todavía?

—Falta el quinto—contestó la fecunda madre algo confusa.—Cayetano, que tiene seis meses; es el que está enfermo y para el cual habeis sido molestado.

Lucrecia condujo á Lorenzo á la alcoba donde se hallaba el niño postrado en la cuna.

—Tiene convulsiones y ha dicho el médico de la localidad que no puede vivir. Este pronóstico ha asustado á Eustaquio, y por lo mismo se decidió á dirigirse al doctor de Sermaize.

—Tranquilizaos,—dijo éste después de reconocer al niño;—bien asistido y con un cambio de régimen, le sacaremos adelante.

Extendió una receta, dió las convenientes instrucciones á Mme. Lapasque, y se disponía á retirarse, cuando la joven, mirándole con ademán perplejo y arrollando distraídamente el extremo de la chambre, balbuceó:

—Monsieur Lorenzo, es medio día y no tardará Lapasque en volver; me proporcionaríais un gran placer si os quedáseis á comer con él.

—Con mucho gusto—contestó Lorenzo, á quien el largo paseo había abierto el apetito;—pero, ¿tendrá M. Lapasque por su parte el mismo gusto en com-

partir su comida conmigo?... Allá, en otros tiempos, era bastante celoso.

—¡Oh!—replicó Lucrecia bajando los ojos—aquello ya se le ha pasado.

—¿Y sigue tocando la flauta?

—Todos los días, pero únicamente para dormir á los niños.

Este diálogo fué interrumpido por una explosión de gritos que partían de la cocina; los pequeños anunciaban á su modo el regreso de Eustaquio, y Lucrecia bajó con Lorenzo Husson, á quien presentó su marido. Este se queda absorto al conocer á su antiguo rival; pero la vista de la cinta encarnada que adorna la solapa del doctor, le impone cierto respetuoso temor; se decide á alargar la mano á Lorenzo, y le dice que le encuentra tan cambiado, que le hubiera costado trabajo reconocerle.

—No puedo decir otro tanto de vos—contestó Lorenzo estrechando la mano al alguacil,—porque os encuentro muy poco variado.

Eustaquio Lapasque, ya desmesuradamente alto, parece que ha crecido más después de su casamiento; sus largas y enjutas piernas, aprisionadas en unas polainas de tela azul; su cuerpo enteco, embutido en una chaqueta de caza que sus grandes dedos abrochan y desabrochan nerviosamente, y su cabeza puntiaguda, en mangada en un largo pescuezo, le dan el aspecto de una gigantesca flauta.

En tanto que Eustaquio y Lorenzo conversan, Lucrecia se escapa, á fin de reparar algún tanto el desorden de su traje, y no tarda en reaparecer ataviada con un vestido de cuadros verdes y una gorrita guarnecida de cintas de color rojo naranjado. Se conoce que la pobre Lucrecia sigue condenada á tener tan perverso gusto como en los tiempos en que habitaba la escribanía de la calle de las Sœurs-Clares, pero al menos ha adquirido alguna más robustez; sus hombros y brazos se presentan menos afilados, el pecho ofrece respetables convexidades, tiene sonrosadas las mejillas y refléjanse el buen humor y la satisfacción en sus grandes ojos.

Saca un jamón del fondo del arca, confecciona una tortilla, agrega un cubierto más á la mesa, y los Lapasquillos, ante la perspectiva de aquel nuevo banquete, expresan su alegría con sonoros y agudos gritos.

Se come alegre y opíparamente; Eustaquio, confortado por la esperanza de que su último vástago saldrá sano y salvo de aquella crisis que se creía mortal, se deshíela poco á poco, y encuentra en el vino clarete un cachito de animación.

Lucrecia parece rejuvenecida por la presencia del héroe de su breve y única novela de la juventud, y hasta el mismo Lorenzo experimenta un gran placer en hablar del tiempo pasado con los contemporáneos de su época estudiantil. La conversación vá saltando

de unas en otras personas y cosas; se habla de M. Derónis, de los libros viejos de la escribanía, del patio por donde trepaban las aristoloquias, y así, de recuerdo en recuerdo, se llega al jardín de las señoritas Papillón...

—A propósito—dijo Lucrecia, dirigiendo una maliciosa mirada á Lorenzo—¿sabeis que vuestra antigua pasión?...

—¿Qué pasión?—la interrumpió Eustaquio, mirando alternativamente á su mujer y al doctor.

—Una educanda del colegio Papillón—contestó Mme. Lapasque...—¡Oh! demasiado sabe M. Husson á quien me refiero... La escribía cartas incendiarias y solo venía á nuestra casa para atisbarla desde la ventana.

—¿Cómo?—exclamó Eustaquio, cuyo rostro larguirucho pareció animarse.—¿Por eso ibais tan á menudo á la oficina?... Venga esa mano, doctor y concededme vuestro perdón... ¡Habeis de saber que estuve celoso de vos!

Madame Lapasque se puso encarnada como una amapola, y Lorenzo, para cortar la conversación, preguntó á Lucrecia si sabía qué había sido de Valentina.

—Mucho que sí—contestó la esposa de Lapasque—como que vive aquí, á dos pasos de nosotros... Es la hija de nuestro recaudador.

—¡La hija del recaudador!—exclamó respetuosa-

mente el marido.—¡Ya lo creo!.. Es lo que llamamos los campesinos un buen acomodo. Ya podrá darse con un canto en los pechos el que se case con la señorita Valentina Maurin.

II

Robert-Espagne y Sermaize están separados por el bosque de Trois-Fontaines, y esta circunstancia parece aumentar la distancia entre los dos pueblos, que por otra parte, corresponden cada cual á un departamento diferente. Para ellos, aquellas tres leguas de monte vienen á ser una especie de muralla de la China, rara vez franqueada por los habitantes de ambas localidades.

En el centro del bosque, y en una plazoleta próxima á la casa-guardería, se alzan los edificios de la abadía de Trois-Fontaines. Hacia este sitio se dirigía Lorenzo Husson una tarde de fines de regreso de Mayo, de una visita facultativa hecha á una de las aldeas enclavadas en los bosques.

El tiempo era calurosísimo, y aunque las hayas proyectasen abundante sombra sobre el césped de las trincheras, anhelaba con impaciencia el doctor ver asomar el techado de encarnadas tejas de la casa de guardas, donde esperaba encontrar una botella de li-

de unas en otras personas y cosas; se habla de M. Derónis, de los libros viejos de la escribanía, del patio por donde trepaban las aristoloquias, y así, de recuerdo en recuerdo, se llega al jardín de las señoritas Papillón...

—A propósito—dijo Lucrecia, dirigiendo una maliciosa mirada á Lorenzo—¿sabeis que vuestra antigua pasión?...

—¿Qué pasión?—la interrumpió Eustaquio, mirando alternativamente á su mujer y al doctor.

—Una educanda del colegio Papillón—contestó Mme. Lapasque...—¡Oh! demasiado sabe M. Husson á quien me refiero... La escribía cartas incendiarias y solo venía á nuestra casa para atisbarla desde la ventana.

—¿Cómo?—exclamó Eustaquio, cuyo rostro larguirucho pareció animarse.—¿Por eso ibais tan á menudo á la oficina?... Venga esa mano, doctor y concededme vuestro perdón... ¡Habeis de saber que estuve celoso de vos!

Madame Lapasque se puso encarnada como una amapola, y Lorenzo, para cortar la conversación, preguntó á Lucrecia si sabía qué había sido de Valentina.

—Mucho que sí—contestó la esposa de Lapasque—como que vive aquí, á dos pasos de nosotros... Es la hija de nuestro recaudador.

—¡La hija del recaudador!—exclamó respetuosa-

mente el marido.—¡Ya lo creo!.. Es lo que llamamos los campesinos un buen acomodo. Ya podrá darse con un canto en los pechos el que se case con la señorita Valentina Maurin.

II

Robert-Espagne y Sermaize están separados por el bosque de Trois-Fontaines, y esta circunstancia parece aumentar la distancia entre los dos pueblos, que por otra parte, corresponden cada cual á un departamento diferente. Para ellos, aquellas tres leguas de monte vienen á ser una especie de muralla de la China, rara vez franqueada por los habitantes de ambas localidades.

En el centro del bosque, y en una plazoleta próxima á la casa-guardería, se alzan los edificios de la abadía de Trois-Fontaines. Hacia este sitio se dirigía Lorenzo Husson una tarde de fines de regreso de Mayo, de una visita facultativa hecha á una de las aldeas enclavadas en los bosques.

El tiempo era calurosísimo, y aunque las hayas proyectasen abundante sombra sobre el césped de las trincheras, anhelaba con impaciencia el doctor ver asomar el techado de encarnadas tejas de la casa de guardas, donde esperaba encontrar una botella de li-

monada fresca. Para acortar camino, había tenido la idea de echar por una vereda que se abría por entre espesos matorrales, cuando al volver un brusco recodo de la senda, cayó, por decirlo así, en medio de una alegre y bulliciosa reunión, instalada bajo los árboles, á orillas de un manantial conocido en el país con el nombre de la fuente de los Petits-Acquêts. Pareció-le oír pronunciar su nombre, y antes de que tuviese tiempo de ocultarse tras la espesura, gritó una voz de mujer:

—¡Sí, es él; es M. Lorenzo Husson!

Y casi al mismo tiempo, dos niños se abrazaban á sus piernas y vió inclinarse ante él, á manera de un delgado vástago agitado por el viento, el largo cuerpo de Eustaquio Lapasque. Lorenzo alcanzó á ver confusamente un grupo de señoras sentadas á la sombra, y sobre el césped una exposición de vajilla y de comestibles, en tanto que Eustaquio le apretaba afectuosamente la mano.

—Mirad—le dijo el honrado alguacil—hoy es lunes de Pentecostés, y hemos aprovechado el día para organizar una merienda á escote con el Sr. Maurín y sus hijas...

Al oír el nombre del padre de Valentina, echó Lorenzo una mirada hacia el grupo mujeril, deseoso de encontrar en él á su hada del día del Corpus; pero no necesitó emplear un detenido examen porque en aquel mismo momento gritó uno de los niños Lapasque:

—Valentina, ven, ven y verás qué flores tan bonitas.

Y acto continuo se separó del grupo una joven como de veinticinco años y echó á andar apresuradamente en la dirección indicada por el chicuelo.

Era de mediana estatura, vivaracha y graciosísima, con hermosos cabellos castaños, cuyos bucles jugueteaban en las sienes y en la nuca. La sombrilla, que agitaba por encima de su cabeza desnuda, envolvía en una media tinta sus delicadas facciones y sus grandes ojos color de avellana. Mientras que Lorenzo seguía atentamente su rápida marcha bajo el ramaje, proseguía Eustaquio Lapasque detallando el programa de la gira.

—Cada cual ha contribuido con su contingente,—decía:—el señor recaudador se ha encargado del vino, y por cierto que es inteligente en el asunto; mi mujer ha confeccionado un gran pastel con jamón y yo me he traído la flauta para hacer bailar á todo el mundo después de los postres.

En tanto, Lucrecia sostenía misteriosos coloquios con Valentina y el recaudador, hasta que, por fin, se aproximó á Lorenzo, acompañada de M. Maurín, grave personaje, subido de color, rígido en sus movimientos, cual si fuese de una sola pieza, y al cual daban cierto aspecto de solemne afectación la cabeza echada atrás y el correctísimo lazo de su corbata. Saludó ceremoniosamente al doctor, y empezó á hablar

en el tono declamatorio y campanudo de un hombre que se escucha:

—Caballero, la señora de Lapasque me asegura que, si yo os lo rogase, no tendríais inconveniente en participar de nuestro modesto refrigerio; sería un verdadero placer para todos nosotros, y añadiré, por mi parte, que me consideraría altamente honrado al entrar en relación con el sabio facultativo cuyo mérito y habilidad he oído elogiar millares de veces.

Satisfecho de su arenga, cruzó el recaudador sus manos sobre el vientre, algún tanto abultado, y esperó con ademán lleno de dignidad la respuesta de Lorenzo.

Al propio tiempo, Eustaquio, á quien su mujer empujaba con el codo, unía sus instancias á las de M. Maurín, y Lorenzo, halagado por la perspectiva de trabar conocimiento con Valentina, contestó que aceptaba el convite con mucho gusto.

Entonces empezó un ruidoso movimiento de vajilla, se desenvolvieron las vituallas, y el recaudador, con aparentes precauciones, fué colocando y sumergiendo las botellas en el agua fresca del manantial.

Durante estos preparativos, propuso Eustaquio á las jóvenes y á Lorenzo enseñarles las ruinas de la abadía. Valentina llamó á sus hermanitas, dos muchachas de doce á catorce años, para quienes hacía las veces de madre, puesto que Mme. Maurín había

muerto hacía diez años, y todos se pusieron en marcha.

Rodeado de bosque por todas partes, álzase el lugar de Trois-Fontaines, en semicírculo, en derredor de los restos de la opulenta abadía cisterciense, cuyo postrer abad comendatorio fué el galante cardenal de Bernis. Los aldeanos se han acomodado en las construcciones en otro tiempo ocupadas por las alquerías y dependencias del convento. En las salas abovedadas de la antigua bodega de los monjes se ha establecido una posada; entre los fustes de las rotas columnas merodean las gallinas, y las vacas acuden á beber al verdoso pilón de una fuente del siglo XVIII. Frente á la entrada de la aldea, se levantan, unidos por las arcadas de un pórtico á la italiana, los dos cuerpos del edificio abacial. Por aquel sitio se dirigieron los expedicionarios hacia las ruinas de la iglesia, cuyas paredes grises se destacaban en plena luz sobre un fondo de verdura. El frontispicio carecía de campanario; pero la nave, bien conservada, se ostentaba elevada y silenciosa, con sus haces de delgadas columnitas, sus elegantes arcos y estrechas ojivas, donde los pintorescos vidrios de colores habían sido reemplazados por cortinajes de hiedra, que velaban la luz exterior, manteniendo una misteriosa sombra. El ábside estaba desmoronado, y por la abierta brecha se veía un pedazo de cielo azul, y en el fondo, como en cuadro lejano, los manzanos y

cerezos del huerto, medio sumergidos en las altas y florecidas hierbas. Las palomas torcaces habían hecho sus nidos en las hornacinas de los santos, y de cuando en cuando oíanse monótonos arrullos y melodiosos rumores de alas bajo la sonora bóveda.

Mientras que las jóvenes hermanitas se alzaban sobre la punta de los pies para alcanzar á ver los nidos, Valentina se había quedado cerca de la entrada, y su lindo perfil se dibujaba correctamente en el vacío luminoso del pórtico. Lorenzo se acercó á ella. Aún no había cruzado la palabra con Valentina, porque temeroso de que conociese la historia de aquella malhadada carta, experimentaba cierta vergüenza que le impedía entablar conversación con ella. Sin embargo, aquella misteriosa y azulada sombra de la nave le dió aliento, y preguntó á la joven qué le parecían las ruinas.

—Me dan frío—contestó con un leve estremecimiento—y me ponen triste. Me gustan más las casas del pueblecito con sus montones de heno odorífero y sus pelotones de gallinas... Soy extremadamente aficionada al campo y tengo sangre labradora en las venas.

Lejos de disgustar á Lorenzo, le encantó esta franqueza, que contrastaba con el falso sentimentalismo de que suelen estar poseídas las muchachas. La sinceridad de Valentina le llegó al corazón, porque aquella sencilla respuesta le revelaba un carácter rec-

to, franco y sano, que le ganó inmediatamente todas sus simpatías, y cuando salieron de las ruinas para volver cerca de la fuente, habíase duplicado el interés que Valentina le inspiraba. Allí encontraron á Mme. Lapasque, púdicamente velada por una servilleta extendida sobre el pecho, dando de mamar á su último retoño, Cayetano, que estaba hecho un ternero de gordo. Estaba ya tendido el mantel sobre la hierba, se destaparon las botellas y todo el mundo se sentó en el césped, formando círculo. El encanto de aquella comida improvisada al aire libre, el vinillo del recaudador, el cielo azul que parecía sonreír á través del ramaje, acabaron de establecer entre los convidados una alegre familiaridad.

A los postres sacó Eustaquio la flauta, con la pretensión de hacer bailar á la concurrencia.

—No, no,—exclamó Valentina;—las niñas han comido más que de costumbre y el bailoteo podría perturbar su digestión. Propongo un entretenimiento más apacible: juguemos á los acertijos, como en las veladas del pueblo, y así demostraremos al señor doctor Husson que también nosotros, los campesinos, tenemos ingenio cuando queremos. Cada cual expondrá el suyo, y M. Lapasque obsequiará con una serenata al que lo acierte... Empieza tú, papá.

M. Maurin se enjugó la frente, meditó un instante con aire grave, y volviéndose hacia el doctor, declamó en tono solemne:

En campo blanco
 simiente negra;
 tres que trabajan
 y dos que huelgan;
 á más un ave
 siempre sedienta,
 que bebe y bebe y vuelve á beber...
 ¿qué cosita, cosita es?

—¡Oh!—contestó Lorenzo, que recordaba aquel juego de su infancia.—¡Eso es muy fácil!... El papel, la tinta, los dedos que escriben y la pluma que bebe... en el tintero.

—¡Bravo!—gritó Eustaquio, poniéndose inmediatamente á tocar la marcha de *Ladoiska*, al paso que el recaudador parecía desconcertado ante la idea de no haber hecho discurrir más tiempo á sus oyentes.

Lucrecia tomó la palabra y preguntó al corro:

—¿Qué cosa es la que vá al agua cantando y vuelve llorando?

—¡El cántaro! ¡el cántaro!—exclamaron en coro los niños, que habían oído el acertijo lo menos diez veces.

—¡Ahora me toca á mí la vez!—dijo Valentina.—Veremos si M. Husson sigue siendo tan perspicaz.

Púsose de codos enfrente de Lorenzo, en actitud de la esfinge que interroga á Edipo, y mirándole con risueños ojos, dijo:

—Allá vá:

Vengo de padres cantores
 y eso que no soy cantor;
 tengo los hábitos blancos
 y amarillo el corazón...

Entretenido Lorenzo en contemplar los bellos ojos y la graciosa figura de la muchacha, en lo que menos pensaba era en buscar la respuesta.

—¿Os dais por vencido?—prosiguió ella con aire de triunfo.—Pues bien, yo os lo diré: es el huevo acabado de poner por la gallina... Ya veis que lo entendemos.

Las preguntas y problemas se cruzaron en parecida forma durante largo rato, con intermedios de risas infantiles y tocatas de flauta. Lorenzo estaba encantado de aquella partida campestre. Tendido sobre la espesa hierba, contemplaba, á través de las matas de salvia y de avena loca, el rostro de Valentina, al cual servía de delicado marco su cabellera castaña naturalmente rizada. Estaba maravillado del buen humor de la muchacha, de su viveza y de la solicitud completamente maternal que empleaba para entretener á los niños. Escuchaba con delicia revolotear en sus labios aquellos sencillos enigmas en que se ejercita la fecunda imaginación y la observación ingeniosa de los campesinos. Aquellos acertijos, de que la tía Sofia conservaba un abundante repertorio, le trasladaban á la época de su infancia y se asociaban en su pensamiento á aquellos días en que encontró

por primera vez á Valentina, haciéndole recordar de pronto todas las fases de sus infantiles amores.

Cuando empezó á ocultarse el sol detrás de las grandes masas de árboles, calóse el recaudador su ancho sombrero de paja y anunció á la concurrencia que era ya hora de regresar á sus respectivos hogares. Se dejaron los residuos de las provisiones á la mujer del guarda, y echaron todos á andar muy despacio por una larga calle, ya bañada completamente de sombra, donde empezaba á florecer la madre selva silvestre.

Abría la marcha Lucrecia, acompañada de M. Maurín; las dos hermanas jóvenes y los niños, se habían agrupado en torno de Eustaquio que les construía silbatos de corteza de sauco; por último, caminaban Lorenzo y Valentina, apoyada esta última en el brazo del doctor. De cuando en cuando se inclinaba la joven para cojer alguna flor que se ofrecía al paso, y mientras confeccionaba su ramillete, exponía alguna breve y original observación referente á las plantas que encontraba.

—Esta, con su collarcito verde, es la *retna de los bosques*, que sirve para hacer el *cíno de Mayo*... Mirad este pipirigallo color de rosa; hay una leyenda acerca de él. ¿La conocéis? No; pues bien, cuando el niño Jesús estaba en el pesebre, había entre las hierbas secas que le servían de almohada, una rama de pipirigallo, y de repente, en pleno invierno, em-

pezó á abrir sus lindas florecitas sonrosadas en derredor de la cabeza del niño...

Abandonó bruscamente el brazo del doctor y echó á correr hacia el talud.

—¡Ah!—exclamó—he aquí la *hierba de leche*, que hincha las ubres de las vacas, y la *hierba de las perlas*, que hace fecundas á las gallinas.

—¡Cuántas cosas sabeis!—la interrumpió Lorenzo sonriendo.

—No muchas más que la última de nuestras campesinas—contestó la muchacha.—Lo que hay es que me gustan las cosas del campo, y eso es todo... Cuando paso aunque no sea más que un día en la ciudad, me siento con la cabeza pesada y se me hacen eternas las horas; aquí, por el contrario, jamás me aburro; en medio de mis animalitos y de mis flores, estoy en mi elemento.

—¿Os gustan los animales?

—Sí, por cierto; les quiero con locura y ellos me corresponden... Gallinas calzadas, gallinas moñudas, gallinas de Guinea, toda la colonia del corral se viene á festejarme cuando me presento... Ya os daré ese espectáculo cuando vayais á vernos.

—Con muchísimo gusto, pero debo manifestaros que todavía ignoro dónde vivís.

—¡Oh! nuestra casa no es difícil de encontrar—exclamó Valentina.—Cuando salgáis del bosque, la alcanzareis á ver desde lejos, con sus dos nogales que

llegan hasta el tejado y el jardín que prolonga hasta el río sus calles de tilos.

Ya apuntaban en el cielo las primeras estrellas cuando llegó la comitiva á la plazoleta donde arrancan en opuestas direcciones los caminos de Robert-Espagne y de Sermaize. Despidióse Lorenzo de sus comensales, reservando su último saludo para Valentina, cuyo rostro estaba medio oculto por las hierbas y flores de su monumental ramillete, de modo que solo se distinguían sus ojos brillantes entre las floridas ramas.

— Buenas noches, señor — le dijo alegremente — no olvideis que debéis una visita á mi colección de bichos.

Lorenzo llevaba de aquella gira una impresión sana, embalsamada y fortificante, como la que se recibe al cruzar una pradera en la época de la siega del heno. Dos días después emprendía de nuevo el camino de Robert-Espagne. Descubrió desde lejos las redondas copas de los nogales, la doble hilera de tilos, y no tardó en orientarse, gracias á las señas que le había dado Valentina.

Tan luego como hubo franqueado la verja del patio, tropezó de manos á boca con M. Maurin, sentado al fresco bajo los nogales y leyendo un periódico. La visita del médico halagó grandemente la vanidad del recaudador, que se deshizo en cumplidos y frases ceremoniosas.

M. Maurin era en todos sus actos el reverso de la

medalla de su hija mayor; ceremonioso, hueco y formalista hasta la exageración, parecía que oficiaba de pontifical desde la mañana hasta la noche. Era el hombre de la corrección etiquetera y del aparato escénico, tendiendo siempre á imbuir en el ánimo de sus «administrados» la noción de su importancia personal. No dejaba jamás de llevar por sí mismo al correo sus pliegos oficiales, con los párpados entornados y el semblante grave, como una persona agobiada bajo el peso de sus funciones. En la iglesia, en donde no faltaba á la misa mayor, siempre de corbata blanca, se inclinaba y levantaba con afectación, y durante la plática sagrada, no apartaba su vista del predicador, á quien de cuando en cuando expresaba su aprobación con leves movimientos de cabeza. Profesaba, sobre todo, el respeto á la autoridad y al bien parecer. «Correcto» era la palabra que tenía constantemente en los labios; para él, el hombre debía ser siempre *correcto*, es decir, mantenerse «en su esfera» — otra de sus frases favoritas — votar la candidatura del gobierno, pagar religiosamente los impuestos y venerar al recaudador; debía levantarse, comer y acostarse invariablemente á las mismas horas, esmerarse los domingos en el vestir, más que en los otros días de la semana, sacar el paraguas en días lluviosos, no chocar de frente con las opiniones más admitidas; casarse pronto, y á ser posible, con la hija de un recaudador.

M. Maurín condujo á su huésped al jardín, un buen jardín con arriates de fresas y minutas, platabandas donde alternaban las azucenas con las floxias, las cruces de Jerusalem con las violas, y al extremo de cada calle, los bojes recortados en forma de urnas, constituían el encanto y orgullo del recaudador. Había un sitio donde los romeros, los citisos y las acacias crecían confundidos, y donde, desde tiempo inmemorial, los bancales de reseda florecían sin cultivo, desbordándose exuberantes hasta la arena de la avenida. Allí comenzaba el enverjado del corral, y allí encontraron á Valentina. Con la cabeza y brazos desnudos, recogidas las puntas de su delantal lleno de trigo, distribuía á cada volátil la acostumbrada ración. Las gallinas habían acudido las primeras á paso acelerado, y se empujaban unas á otras para picotear el grano, mientras que el gallo, á fuer de galante caballero, les abandonaba las primicias del festín. Las palomas volaban circularmente por encima de la cabeza de la joven, y luego se posaban á sus pies y giraban lentamente sobre sí mismas dilatando el cuello; las gallinas de Guinea, más discretas, manteníanse á alguna distancia, y sobre una cerca de poca altura, un pavo real se esponjaba, haciendo la rueda en pleno sol. Todo aquel pueblo de bípedos plumas, piaba, cacareaba; arrullaba, á cual más podía, y de la copa de las acacias desprendíase al menor soplo de la brisa una lluvia de flores, que recor-

daba á Lorenzo aquella mañana del Córpus en que vió por vez primera á Valentina. Cuando esta hubo arrojado su último puñado de grano, volvióse hacia su padre y el doctor con ojos sonrientes:

—Ahora que mis avecillas tienen ya su almuerzo— dijo —estoy enteramente á vuestra disposición.

III

A medida que iba penetrando en la intimidad de aquel hogar, mostrábase Lorenzo más encantado de Valentina, porque una á una se revelaban ante él las cualidades de aquel carácter recto y sencillo. Era una mezcla de seriedad y jovialidad, de gracia espontánea y de natural elegancia; ingeniosa sin esfuerzo, casta sin gazmoñería, familiar sin asomos de vulgaridad, tenía sobre todo esos arranques de bondad que brotan de una frase, de un gesto, de una mirada, y que cautivan los corazones.

Lorenzo pasó con ella y sus hermanitas un largo rato de paseo y de conversación; por la tarde comieron en familia, y después regresó muy satisfecho á Sermaize. Durante todo el camino, no dejó de pensar en Valentina, comparándola mentalmente á la flor de la vid, á ese racimillo verde pálido, de tan modestas apariencias, y que exhala ese precioso olor tan suave, tan virginal y tan enervante.

Poco á poco, alentado por la simpática acogida de

M. Maurin condujo á su huésped al jardín, un buen jardín con arriates de fresas y minutasas, platabandas donde alternaban las azucenas con las floxias, las cruces de Jerusalem con las violas, y al extremo de cada calle, los bojes recortados en forma de urnas, constituían el encanto y orgullo del recaudador. Había un sitio donde los romeros, los citisos y las acacias crecían confundidos, y donde, desde tiempo inmemorial, los bancales de reseda florecían sin cultivo, desbordándose exuberantes hasta la arena de la avenida. Allí comenzaba el enverjado del corral, y allí encontraron á Valentina. Con la cabeza y brazos desnudos, recogidas las puntas de su delantal lleno de trigo, distribuía á cada volátil la acostumbrada ración. Las gallinas habían acudido las primeras á paso acelerado, y se empujaban unas á otras para picotear el grano, mientras que el gallo, á fuer de galante caballero, les abandonaba las primicias del festín. Las palomas volaban circularmente por encima de la cabeza de la joven, y luego se posaban á sus pies y giraban lentamente sobre sí mismas dilatando el cuello; las gallinas de Guinea, más discretas, manteníanse á alguna distancia, y sobre una cerca de poca altura, un pavo real se esponjaba, haciendo la rueda en pleno sol. Todo aquel pueblo de bípedos plumas, piaba, cacareaba; arrullaba, á cual más podía, y de la copa de las acacias desprendíase al menor soplo de la brisa una lluvia de flores, que recor-

daba á Lorenzo aquella mañana del Córpus en que vió por vez primera á Valentina. Cuando esta hubo arrojado su último puñado de grano, volvióse hacia su padre y el doctor con ojos sonrientes:

—Ahora que mis avecillas tienen ya su almuerzo— dijo —estoy enteramente á vuestra disposición.

III

A medida que iba penetrando en la intimidad de aquel hogar, mostrábase Lorenzo más encantado de Valentina, porque una á una se revelaban ante él las cualidades de aquel carácter recto y sencillo. Era una mezcla de seriedad y jovialidad, de gracia espontánea y de natural elegancia; ingeniosa sin esfuerzo, casta sin gazmoñería, familiar sin asomos de vulgaridad, tenía sobre todo esos arranques de bondad que brotan de una frase, de un gesto, de una mirada, y que cautivan los corazones.

Lorenzo pasó con ella y sus hermanitas un largo rato de paseo y de conversación; por la tarde comieron en familia, y después regresó muy satisfecho á Sermaize. Durante todo el camino, no dejó de pensar en Valentina, comparándola mentalmente á la flor de la vid, á ese racimillo verde pálido, de tan modestas apariencias, y que exhala ese precioso olor tan suave, tan virginal y tan enervante.

Poco á poco, alentado por la simpática acogida de

la joven y por las manifestaciones de afecto de M. Maurin, se hizo uno de los más asiduos visitantes de la casa, y no tardó en comprender que entraba en una nueva fase su existencia, que el vacío de su corazón era menos profundo, y que la verde planta de otros tiempos brotaba juveniles retoños.

El amor en un hombre que frisa en los treinta años y que tiene la experiencia del mundo, no es ya un amor fulminante. Dormita algún tiempo antes de despuntar, como la crisálida en su delicado capullo de seda, y no se manifiesta al exterior sino por ligeros estremecimientos. Poco á poco van haciéndose más sensibles los signos de vitalidad, la tela del capullo se rompe, y la mariposa, saliendo de su envoltura, despliega lentamente en el aire libre sus alas, todavía temblorosas. Esto fué lo que le pasó á Lorenzo: no quiso confesarse á sí propio que estaba enamorado, hasta después de haber hecho el décimo viaje de Sermaize á Robert-Espagne, y sin embargo, hacia ya semanas que su amor se desarrollaba interiormente y trascendía al exterior como un perfume oculto.

El doctor escribía á la señorita Sebastiana cartas entusiastas, donde casi no hablaba de otra cosa que de la linda «flor de vid» descubierta á orillas del Saulx. Abusaba de la paciencia de la indulgente Sofía, elogiando en sus conversaciones el huerto del recaudador, el corral del recaudador y las extraor-

dinarias dotes de domesticadora de la hija del recaudador.

—¿Quieres que te diga una cosa? — exclamó una tarde Sofía Husson, interrumpiendo una larga conferencia sobre la manera cómo aderezaba las fresas Valentina — Estás enamorado de esa muchacha.

Lorenzo se echó á reír, pero no por eso dejó de encontrar al día siguiente un nuevo pretexto para volver á Robert-Espagne.

Era cabalmente el día de la fiesta del Córpus, y se cumplían diez años, día por día, desde que vió por vez primera á Valentina á la sombra del altarcito de la plaza de la Corona. Mientras cruzaba el bosque, traía el viento á sus oídos la música de las campanas echadas á vuelo, cuyos ecos parecían difundir la alegría en los aires. Hasta Lorenzo se sentía más ligero y como rejuvenecido por un filtro prodigioso. El carillón de las campanas tan pronto se debilitaba hasta casi apagarse por completo, tan pronto volvía en alas del viento estallando en alegres notas, y según que huía ó se acercaba, parecía al doctor que la sombra ó el sol cruzaban sobre su cabeza.

—¿Será que la amo de veras? — se decía — Y suponiendo que yo la ame, ¿me amará ella también?

Y entonces se complacía en repasar en su memoria los síntomas que parecían indicar que Valentina no le miraba con ojos indiferentes. ¿Por qué se ponía tan ruborosa cuando él entraba, y por qué una de

las últimas tardes había atrasado el reloj, á fin de que Lorenzo permaneciese una hora más en Robert-Espagne?

— ¡Bah! — exclamaba: — ¡Niñerías, y nada más que niñerías!... ¿Qué prueba todo eso?...

Y de este modo pasaba alternativamente de la duda á la esperanza, de la audacia á la timidez, con arreglo á las ondulaciones de sonoridad de la música aérea.

Cuando llegó al pueblo había terminado ya la procesión; pero las calles, todavía salpicadas de despojos de flores, exhalaban aromática fragancia. En el patio del recaudador se acababa de desmontar el altar construido bajo los nogales, y el vestíbulo estaba lleno de arbustos, de velas y de ornamentos sagrados.

Lorenzo buscaba por todas partes á Valentina, y al fin la halló en un pabellón situado á orillas del Saulx, al extremo del jardín. Sentada delante de la ventana, medio velada por las colgantes ramas de un sauce llorón, estaba entretenida en doblar las colgaduras blancas que habían servido para el paso de la procesión.

— La casa está toda revuelta — le dijo ella riendo — y me he refugiado aquí para recibirlos.

— ¿Es decir, que habías contado con que vendría hoy? — exclamó Lorenzo.

Valentina se puso colorada y se mostró harto confusa al querer explicar aquel raro presentimiento.

— ¡Como hacía un tiempo tan hermoso! — balbuceó. — Y además — añadió, dejando asomar á los labios una picaresca sonrisa. — Mad. Lapasque, que conoce vuestra afición á las procesiones del Córpus, aseguraba que no dejaríais de venir á admirar nuestro altarcito.

— ¿No os ha dicho Lucrecia más que eso? — replicó él sonriendo y mirándola con fijeza. — ¿No os ha explicado la causa de mi predilección?

— No... — contestó Valentina, cada vez más turbada.

— Pues bien, — prosiguió Lorenzo con acento algo conmovido — voy á deciroslo... Es porque hace doce años os vi en Juvigny por primera vez un día del Córpus.

Valentina bajó la cabeza y aparentó hallarse muy atareada doblando la colgadura.

— Entonces era yo una niña — dijo en voz algo baja.

— ¡Estabais encantadora!... Yo, que era un simple colegial, me enamoré de vos, tan sólo por haberos visto arrodillada en medio de las flores... ¿Lo sabíais?

Valentina se echó á reír para disimular su turbación.

— ¡Hola! ¿os reis? — continuó Lorenzo. — Confesad que Mme. Lapasque os ha contado la historia de la carta que os escribí en aquel tiempo y envié al colegio de la señorita Papillon.

— En efecto — repuso Valentina, procurando tomar

un tono gozoso—y sabed por vuestra parte que os he guardado por ello rencor durante mucho tiempo, porque la dichosa carta me atrajo una de las más soberanas reprimendas por parte de la señorita Pa-pillón.

—¿Os la enseñaron por ventura?

—¿Vuestra carta? ¡Bah! ni por asomo!

—¿Quereis que os la recite?

—¡No! ¡no!—exclamó ella precipitadamente, dando vuelta entre sus manos á la pila de lienzo.

—Todavía la sé—añadió Lorenzo—y mi corazón no ha cambiado.

Al escuchar esta frase, púsose pálida Valentina, y no se atrevía á levantar los ojos ni á respirar. En medio del silencio que siguió á esta confesión, oíase el fresco rumor del agua que corría al pié del pabellón y el sordo estrépido de la presa de la fábrica de hilados que resonaba á un cuarto de legua del jardín.

—Señorita Valentina—prosiguió Lorenzo con animación—lo que acabo de deciros es la pura verdad, y es seguro que desde el momento en que he vuelto á veros, la niñería de otro tiempo se ha trocado en un vivo y serio cariño. Os amo, y mi mayor dicha en este mundo, sería verme amado por vos y llegar á teneros por compañera de mi vida. ¿Os parece acaso un sueño demasiado ambicioso el mío, ó tal vez vais á considerarme tan osado como en aquel tiempo?... ¿No me contestais?—añadió con acento de inquietud.

—¡Perdonadme!—contestó la muchacha con un encogimiento en que se transparentaba la alegría.—Estaba tan lejos de esperar lo que acabais de decirme... ¿Teneis la seguridad de haber hablado seriamente?... ¡Hace tan poco tiempo que me conocéis!... Además, no puedo contraer un compromiso de esta naturaleza sin el consentimiento de mi padre... ¡Si se negara, sería para mí una gran desgracia!

Lorenzo la cogió la mano con un movimiento de alegría.

—¡Será cierto!—la dijo.—¿Sentís algún amor por mí? ¡Oh! entónces voy inmediatamente á ver á M. Maurín.

Valentina le confuvo, ruborizándose, y le obligó á volver á sentarse.

—Esperad—le contestó;—vuestro apresuramiento podría trastornarlo todo. Mi padre os estima mucho, pero es excesivamente rigorista en punto á las fórmulas sociales, y si creyera que me habíais hablado de vuestros propósitos antes de consultarle, sería muy capaz de rechazaros sin rodeos por respeto á las formas. Escuchadme: de hoy en quince días es la festividad de San Juan, día de su santo, que celebraremos en familia, porque es muy afecto á estas solemnidades, y por más que aparente sorprenderse cuando le ofrezcamos los ramilletes, se sentiría bastante contrariado si no se le felicitara con toda ceremonia y aparato... Aquel día comereis con nosotros,

y por la tarde, cuando nuestras flores y obsequios le hayan preparado favorablemente, le presentareis vuestra demanda en toda regla. Hasta tanto, prometedme ser circunspecto y reservado... Tened paciencia por amor hacia mí.

Lorenzo la estrechó nuevamente la mano, jurando obedecer y disimular su contento, y salieron ambos a reunirse con la familia Lapasque, que acababa de invadir ruidosamente el jardín.

Los quince días que siguieron parecieron al doctor interminables. No desconfiaba en verdad del recambio que haría M. Maurin á su petición, porque el recaudador le acogía cada día con mayor afabilidad, dejando ver ostensiblemente lo mucho que le lisonjaban sus visitas. Todo hacía, pues, suponer que su contestación sería afirmativa; pero Lorenzo, como todos los caracteres impetuosos, tenía horror á la indecisión y sentía gran impaciencia por saber á qué atenerse.

Para distraer su intranquilidad, hablaba de sus proyectos para el porvenir con la buena Sofia, que le escuchaba con ademán á la vez satisfecho, ansioso y melancólico.

Escribió asimismo una extensa carta á Sebastiana, para participarle que estaba resueltamente enamorado de la linda «flor de vid» que ésta le amaba y que esperaba casarse con ella.—Cuanto más pronto, mejor, decía; y se guramente la boda tendría

efecto antes del otoño.—Invitaba desde luego á la señorita de Pierbois á asistir al solemne acto, y se complacía en fabricar castillos en el aire, que en punto á elevación no tenían nada que envidiar á la bíblica torre de Babel.

Llegó por fin la gran fiesta de San Juan. Por la mañana dió Sofia la última mano, con el más minucioso esmero, al atavío de su Lorenzo y renovó la cintita roja del ojal; poco después, fortalecido por dos sonoros besos maternos, emprendió el doctor el camino de Robert-Espagne.

Tan luego como empujó la verja del patio del recaudador, halló á Valentina, que le esperaba á la sombra de los nogales. M. Maurin había salido disimuladamente de casa desde el amanecer, á fin de no dificultar los preparativos de fiesta que estaba obligado á ignorar.

La joven tomó alegremente la mano del doctor, y llevándole acto continuo á una repostería próxima al comedor, donde descansaban al fresco los ramilletes, le señaló uno de ellos dispuesto para el convidado. Después se trasladaron, mientras llegaba la hora de la comida, al pabellón inmediato al río, donde ya se hallaban las hermanas menores trabajando. Allí permanecieron largo rato escuchando el rumor melodioso de las aguas del Saulx, casi sin hablarse, satisfechos con encontrarse uno cerca de otro y con mirarse.

¡Cuán hermosas son esas entrevistas de dos verdaderos enamorados que se aman con la franqueza y serenidad de las almas honradas y sinceras! Es un espectáculo tan delicioso de contemplar como el más bello amanecer. Las pupilas iluminadas por una límpida llama, cambian sus destellos con tierna y alegre confianza; una pura y leve sonrisa entreabre los labios y anima las fisonomías; las palabras vuelan y se cruzan amigablemente como abejas que van de una flor á otra. Nada hay allí que refleje ardores calenturientos de pasión culpable ó puramente sensual; es el plácido duo de dos almas seguras de sí mismas, la apacible luz del alba en un cielo de estío, una emanación de gracia y de ternura parecida á la que se exhala de la música de Mozart...

La comida fué verdaderamente de familia, sin que asistiese á ella más convidado que Lorenzo. M. Maurín estaba de excelente humor, y á los postres, cuando hicieron su aparición los ramilletes, expresó como de costumbre su sorpresa; lleno de emoción, abrazó sucesivamente á todos, se levantó calladito, escurrió el bulto, y momentos después reapareció por la puerta de la sala, abierta de par en par, con la cabeza alta, el ademán misterioso y sosteniendo en sus manos como un viril, una botella de champagne reservada desde la mañana para este caso.

Se bebió á la salud del anfitrión, que contestó brin-

dando por su joven amigo. La criada trajo café, y las jóvenes abandonaron el comedor, bajo pretexto de dejar á los dos hombres en libertad para fumar tranquilamente.

Valentina salió la última, después de dirigir á Lorenzo una mirada para infundirle aliento, pero en vez de seguir á sus hermanas al jardín, fué á sentarse muy agitada en la repostería, desde donde podía oír lo que se hablase en el comedor. Estaba demasiado interesada en lo que iba á pasar, y harto impaciente para pensar en alejarse.

Era llegado el momento decisivo. El recaudador, dando vueltas en derredor de la mesa, olfateaba los ramilletes, uno después de otro, con ruidosas aspiraciones, en tanto que Lorenzo mascullaba nerviosamente su cigarro.

—Los días del santo y los aniversarios—dijo con tono sentencioso M. Maurín, interrumpiéndose para tomar á pequeños sorbos el café, fortifican y estrechan los lazos de familia. No hay nada que se parezca á los puros goces de la familia, ¡creedlo, amigo mío!... Casarse al debido tiempo y en su esfera, educar á los hijos en los buenos principios; he aquí el tributo que todo individuo debe á la sociedad... ¿No sois de la misma opinión, doctor?

—Completamente—contestó Lorenzo, satisfecho del giro que tomaba la conversación—y en eso precisamente era en lo que yo estaba pensando... De algún

tiempo á esta parte pienso con toda seriedad en el matrimonio.

—Teneis mucha razón—replicó el recaudador, cuyas formas ceremoniosas adquirieron una ingenuidad conciliadora—y es necesario (dispensadme esta vulgar comparación) machacar el hierro en caliente. Sois joven, teneis una posición decorosa y un brillante porvenir; con tales circunstancias, eminentemente ventajosas, se os abrirán todas las puertas.

—Lo que me estais diciendo, M. Maurin, me da valor y confianza, porque tengo que dirigiros una petición.

—¿A mí?—exclamó M. Maurin, quien esforzándose en mantenerse digno é impasible, no pudo disimular un movimiento de alegría.—Podeis hablar, amigo mio.

—Señor—prosiguió el joven—amo á la señorita Valentina, y puesto que me juzgais tan favorablemente, os ruego me autorizéis para dar á conocer mis sentimientos y deseos á la señorita vuestra hija.

El recaudador se habia puesto colorado y aspiraba á más y mejor el aroma de los ramilletes de que estaba sembrado el mantel. Poco faltó para que se arrojase al cuello de Lorenzo, pero reflexionó que su dignidad le imponia el deber de reprimir aquel acceso de intemperante alegría. Se sonó, dió una mano al lazo de la corbata y con solemne acento comenzó á decir:

—Monsieur Husson, vuestra petición me honra en

extremo: creo tener bastante conocimiento del mundo y de los hombres para abrigar la seguridad de que sois capaz de hacer la felicidad de mi hija... Perdonadme si la emoción me impide expresarme de una manera más... más adecuada; pero en tales casos, la emoción de un padre es una cosa legítima y digna de respeto... Monsieur Husson, os otorgo la mano de mi hija.

—¡Muchas gracias, monsieur Maurin!—exclamó Lorenzo lleno de júbilo.

En el oscuro rincón de la repostería, Valentina, cuyo corazón palpitaba con violencia, estuvo también á pique de dar un grito de alegría, é iba ya á salir para poder dar libre curso á la satisfacción que la ahogaba, cuando algunas palabras añadidas por el amado de su corazón la mantuvieron inmóvil en su asiento.

—Os doy mil gracias—continuaba el doctor—pero antes de que podais contraer un formal compromiso, quiero explicar mi situación de familia y ponerlos al corriente de ciertos pormenores, que espero no os harán variar de propósito, pero que estoy en el deber de exponeros...

—Muy bien, muy bien—replicó el recaudador—por más que creo ya adivinar lo que me vais á decir: no teneis patrimonio, ya lo sé; pero vuestra profesión os reporta pingües utilidades, que habrán de ser aún mayores andando el tiempo: por lo que toca á la

familia... ¿qué? ¿que vuestro padre es panadero? Pues bien, el mío era labrador. No es mal oficio el que da beneficio...

—En la situación á que hemos llegado—le interrumpió Lorenzo—no debo tener secretos para vos: habeis de saber que el panadero Husson es únicamente mi padre adoptivo y yo soy un hijo natural; la persona que vive conmigo y que pasa por mi tía, es sencillamente mi madre; en cuanto á mi verdadero padre, no debo decir más sino que no tengo el derecho de llevar su nombre.

Hubo un momento de terrible silencio en el comedor, ya medio invadido por el crepúsculo vespertino. El recaudador, consternado, había dado un salto en su silla, su rostro se había alargado y su frente se iba oscureciendo.

—¡A la verdad—murmuró—es un estado absolutamente irregular el vuestro!

—Sí—contestó Lorenzo—y por lo mismo he querido manifestároslo previamente, porque si abrigais en este punto ciertas preocupaciones...

M. Maurin se volvió bruscamente hacia su interlocutor.

—¡No se trata de preocupaciones—exclamó con severidad!—porque hasta la ley asigna una categoría inferior al hijo nacido fuera de matrimonio... ¡Si al menos habiéseis sido legitimado! pero no, vuestra situación es la más irregular de todas... Lo siento

mucho, caballero, y no podeis extrañar que esta circunstancia modifique mi resolución.

—Sin embargo—objetó Lorenzo, intentando un nuevo esfuerzo—mi situación personal permanece intacta y habreis de convenir conmigo en que es honrosísima. Me he conquistado un nombre que vale, cuando menos, tanto como el que las leyes hubieran podido darme.

—¡Acabais de plantear una tesis subversiva, joven!... ¿Qué sería de la sociedad si se pudiera así saltar por encima de las prescripciones de la ley y de la opinión pública?... No, caballero, lo deploro muy de veras, pero soy un funcionario público y debo dar á mis administrados el ejemplo de una conducta completamente correcta... No tomeis á mal que retire mi palabra.

—Pero, en último caso—exclamó algo irritado Lorenzo—amo á vuestra hija; suponed que ella me ama también, y decidme si querriais labrar su infelicidad y la mía por consideración ó no sé qué preocupaciones añejas, inficuas y absurdas.

—¡Doctor!—contestó M. Maurin abrochándose con grave ademán—no puedo tolerar que se acuse de inficua é injusta á la ley... Valentina es una hija bien educada que se someterá á mi voluntad, y por lo que respecta á vos, M. Husson, os tengo por hombre de honor y abrigo por esta misma razón la seguridad de que no traspasareis los límites de la reserva y del

respeto que vuestra misma situación os impone... Basta ya; dejemos esto, y no volvamos jamás a hablar de ello.

—¡Basta, caballero, he comprendido!

Y Lorenzo, abriendo bruscamente la puerta, se lanzó fuera de la habitación.

Cuando M. Maurin se encontró solo, en medio de los ramilletes de fiesta diseminados, se puso á pasear con ademán agitado, murmurando de tiempo en tiempo una exclamación de censura, indignado cual si contestase á misteriosos argumentos presentados por su propia conciencia.

Detávase de pronto, porque le pareció haber oído convulsivos sollozos al otro lado del tabique. Abrió la puerta de la repostería y tratando de orientarse en la obscuridad, exclamó con tono áspero:

—¿Quién está ahí?

Nadie contestó; únicamente una forma confusa se levantó con precipitación y á través del hueco de una puerta rápidamente abierta y vuelta á cerrar, creyó M. Maurin conocer á Valentina, que huía sofocando sus lágrimas.

IV

Hacia mediados de Julio empiezan á afluir á Sermaize los bebedores de agua mineral, pero lo que se llama la estación no entra en pleno periodo hasta

el mes de Agosto. Entonces aquel apacible pueblo campesino, cuya monótona regularidad no es de ordinario turbada más que por los martillos de forja y la campana de las fábricas, adquiere de repente apariencias de movimiento social y de animación. El camino nuevo que costea el Laume y conduce al manantial de los Sarracenos se vé cruzado cinco ó seis veces al día por un ómnibus al servicio del establecimiento, del que se halla distante el pueblo próximamente como Cauterets lo está de la Raillere. Los bebedores ágiles de piernas hacen á pié el trayecto, y este paseo dá ocasión á las damas para exhibir trajes especiales, que parecerían excéntricos y arriesgados en sus habituales residencias, pero que están tolerados en Sermaize, donde gusta remedar los procedimientos empleados en las poblaciones bañistas.

Los enfermos ricos alquilan en el pueblo habitaciones amuebladas, ó se acomodan en las dos fondas próximas al manantial; las cuatro ó cinco posadas de la población se transforman en mesa redonda para servicio de los bañistas de clase más modesta. Como Sermaize no es todavía un punto ó estación de moda, no suelen verse allí sino enfermos *formales* ó familias de los alrededores, que toman pretexto de la eficacia terapéutica del manantial para hacer una excursión veraniega á precio módico; por esta razón no abundan las distracciones. El casino se vé casi siempre desierto durante la noche, porque los bañistas, des-

respeto que vuestra misma situación os impone... Basta ya; dejemos esto, y no volvamos jamás a hablar de ello.

—¡Basta, caballero, he comprendido!

Y Lorenzo, abriendo bruscamente la puerta, se lanzó fuera de la habitación.

Cuando M. Maurin se encontró solo, en medio de los ramilletes de fiesta diseminados, se puso á pasear con ademán agitado, murmurando de tiempo en tiempo una exclamación de censura, indignado cual si contestase á misteriosos argumentos presentados por su propia conciencia.

Detávase de pronto, porque le pareció haber oído convulsivos sollozos al otro lado del tabique. Abrió la puerta de la repostería y tratando de orientarse en la obscuridad, exclamó con tono áspero:

—¿Quién está ahí?

Nadie contestó; únicamente una forma confusa se levantó con precipitación y á través del hueco de una puerta rápidamente abierta y vuelta á cerrar, creyó M. Maurin conocer á Valentina, que huía sofocando sus lágrimas.

IV

Hacia mediados de Julio empiezan á afluir á Sermaize los bebedores de agua mineral, pero lo que se llama la estación no entra en pleno periodo hasta

el mes de Agosto. Entonces aquel apacible pueblo campesino, cuya monótona regularidad no es de ordinario turbada más que por los martillos de forja y la campana de las fábricas, adquiere de repente apariencias de movimiento social y de animación. El camino nuevo que costea el Laume y conduce al manantial de los Sarracenos se vé cruzado cinco ó seis veces al día por un ómnibus al servicio del establecimiento, del que se halla distante el pueblo próximamente como Cauterets lo está de la Raillere. Los bebedores ágiles de piernas hacen á pié el trayecto, y este paseo dá ocasión á las damas para exhibir trajes especiales, que parecerían excéntricos y arriesgados en sus habituales residencias, pero que están tolerados en Sermaize, donde gusta remedar los procedimientos empleados en las poblaciones bañistas.

Los enfermos ricos alquilan en el pueblo habitaciones amuebladas, ó se acomodan en las dos fondas próximas al manantial; las cuatro ó cinco posadas de la población se transforman en mesa redonda para servicio de los bañistas de clase más modesta. Como Sermaize no es todavía un punto ó estación de moda, no suelen verse allí sino enfermos *formales* ó familias de los alrededores, que toman pretexto de la eficacia terapéutica del manantial para hacer una excursión veraniega á precio módico; por esta razón no abundan las distracciones. El casino se vé casi siempre desierto durante la noche, porque los bañistas, des-

pués de comer, no tienen otro placer que el de pasearse por la campiña, que es por cierto encantadora, ó bien sentados delante de la puerta de su alojamiento, departen familiarmente al son de la música de un organillo de Berbería.

De cuando en cuando, alguna sociedad filarmónica de los centornos ó algunos artistas ambulantes se detienen para dar un concierto en el casino; especie de ganga que es siempre acogida con entusiasmo por todos los ociosos en buen estado de salud y que trae consigo la necesidad de vestirse con más esmero para acudir á la fiesta, cuyo término es ordinariamente en baile, que se prolonga hasta muy entrada la noche.

Ocurrió aquel año que los baños se vieron mucho más animados que de costumbre. El elemento joven estaba en mayoría entre los bebedores, y se bailaba en el manantial cuando menos una vez por semana; pero mientras el vallecito del Laume se animaba con la música de los valeses, el doctor Lorenzo Husson permanecía obstinadamente encerrado en su morada. No se le veía más que á las horas de la consulta, y los clientes se lamentaban de su despego y retraimiento. Su buen humor y su amabilidad tan decantada habían desaparecido por completo, y tan brusco cambio era objeto de conversación y de comentarios en la mesa redonda. Los enfermos convenían en que su médico favorito estaba desconocido; cada cual se esforzaba en investigar las causas de la misteriosa

metamorfosis, pero perdían completamente el tiempo los curiosos. Solo Sofia Husson, que había visto á su hijo la noche de San Juan volver á casa pálido, descompuesto, sombría la mirada y contraidas las facciones, solo ella habría podido revelar el secreto de su negra melancolía. Por de pronto, no quiso decir la otra cosa sino que había sido rechazada su proposición; pero tales instancias le hizo Sofia, tanto rogó y lloró abrazándole, que Lorenzo no tuvo más remedio que dejarse vencer, y entonces su dolor se desbordó con violencia á manera del agua agitada que hierve al salir de una esclusa. Lo confesó todo, y desde aquel momento, desapareció de la casa la alegría; Lorenzo no desplegaba sus labios, y Sofia permanecía durante largos intervalos con la aguja en el aire sin poder coser, porque sus ojos se inundaban de lágrimas.

Hallábanse aún bajo la impresión del estupor que había seguido á aquel golpe fulminante, cuando una carta de Memmie Husson reclamó la presencia de Sofia en Juvigny. La tía Constanza sufría una enfermedad bastante grave, y el panadero, muy enfadado, insistía en que fuera su hermana á asistir á la paciente y hacerse provisionalmente cargo de la dirección del obrador. Vacilaba Sofia en abandonar á Lorenzo, pero este la decidió á marchar. La soledad no le espantaba; por el contrario, en la disposición de ánimo en que se hallaba, sentía cierta acre voluptuo-

sidad en alzar en su derredor un muro de aislamiento y de silencio. Sofia partió, pues, con el corazón angustiado, y el doctor se quedó solo, entregado á sus penas y amarguras.

No era la primera vez que se hallaba de frente con la adversa fortuna; había ya sentido pesar sobre su frente el rudo puño del desencanto, y parecía por lo mismo que debiera encontrarse ya algo más abroquelado tras el estoicismo; pero todo le había salido tan perfectamente durante tres años, que poco á poco se había ido desacostumbrando á la lucha y al sufrimiento; bien así como esos pueblos enervados por la prosperidad y el reposo, que ya no saben batirse cuando se ven de pronto lanzados en plena guerra.

El amor de Valentina se le había aparecido como el delicioso coronamiento de su vida juvenil. La linda «flor de vid» era para él el símbolo de la felicidad tranquila y apacible, bajo la cual se sueña cobijarse en la edad madura. Casarse con Valentina, pasar con ella el resto de su vida en la casita de Sermaize, ¡era una dicha á la vez tan dulce y en apariencia tan asequible!. Y he aquí que aquel sueño de ventura se había convertido en polvo, á manera de una bola de jabón que se quiebra en el ángulo de una pared.

La suerte adversa había querido que aquella joven de tan recto juicio, tan generosa y tan discreta, tuviese por padre á un hombre sentencioso, atiforrado de huecas frases y de necias preocupaciones. Este

obstáculo ridículo suscitado en el camino de su dicha, había exasperado á Lorenzo; menos docil y acomodaticio que en otros tiempos, rebelábase furioso contra tan inicua resistencia, y una sorda cólera bullía en el fondo de su alma. Hacía á la sociedad entera responsable de sus amarguras, y alzabase contra la injusticia de ese vulgar rebaño de inteligencias limitadas que constituyen lo que se llama opinión pública. Las humaredas de su rabia eran tan espesas, que obscurecían hasta la imagen querida de aquella cuya pérdida había producido en Lorenzo tal explosión de cólera. Había momentos en que su amor á Valentina parecía menos intenso que el odio que abrigaba hacia el resto de las gentes.

Y á medida que se debilitaba en apariencia el encanto fascinador de la hada de claros ojos, sentía Lorenzo desarrollarse dentro de su ser, á modo de brote de venenosas hierbas, todos los gérmenes de perversidad que anidan en estado latente en el fondo recóndito de la bestia humana. Los pensamientos elevados y generosos dejaban el puesto á indefinidos deseos insanos de venganza.

Resueltamente, Sofia había hecho muy mal en ausentarse, abandonando á Lorenzo á la soledad, que se convertía para él en mala consejera y le hacía pensar nada menos que en hacer pagar ojo por ojo y diente por diente á aquella sociedad exclusivista y mezquina que le trataba como á un pária.

—¡Ah!—murmuraba entre dientes— ¡ah! señores burgueses, ¿me poneis fuera de la ley?... ¡sea pues! pero que no se me pongan al alcance vuestras esposas y vuestras hijas, porque yo os aseguro que, de hoy más, he de divertirme cuanto pueda a costa vuestra; no rezan conmigo vuestras leyes y me rio de vuestra moral acomodaticia!...

Bajo tan excelentes disposiciones de ánimo, salió cierta mañana a visitar a sus enfermos, marchando a lo largo del camino del manantial. La noche había sido lluviosa, y so'o de vez en cuando alcanzábase a ver de lejos alguno que otro bebedor matinal perdiéndose paulatinamente entre la bruma. Absorto en sus amargos pensamientos, caminaba el doctor muy despacio, cuando oyó a su espalda el crujir de una falda sobre la mojada hierba, y antes de que se le ocurriese alzar los ojos, pasó rozando con él una bañista, que le miró casi a hurtadillas y siguió rápidamente su camino. Tan breve fué aquella indiscreta mirada, que no tuvo tiempo siquiera Lorenzo para entrever las facciones de la persona que acababa de mirarle tan de cerca y de una manera tan poco ceremoniosa. Llevaba ya ella una delantera de veinte pasos, y todo lo que podía ya ver Lorenzo era una capucha encarnada, cayendo en largos pliegues sobre un elegantísimo talle, y una ancha falda blanca que rozaba la húmeda arena. La mujer se alejaba con paso ligero y armoniosamente acompasado.

La brisa levantaba apenas los extremos del abrigo, que la humedad hacía más pesado; el vestido dibujaba suavemente el flexible talle; sobre las redondeadas caderas ahuecábase la falda y se elevaba con movimientos voluptuosos, y la vista podía seguir por detrás la curva sinuosa de una correcta línea serpentina partiendo de lo alto de la cabeza hasta el extremo de la falda. Había en el conjunto de aquella fugitiva paseante cierto tono de imperiosa belleza, cierto misterio altivo y provocador que arrancó al doctor de sus hondas reflexiones y despertó su adormecida curiosidad, a la manera que el picante sabor de ciertas salsas estimula el apetito de un comensal satisfecho.

Mirábala atentamente alejarse bajo los plátanos, y la vió detenerse de pronto ante una casa de campo conocida en la comarca con el nombre de la *Espaillette*, y comunmente alquilada durante la temporada a alguna rica familia de bañistas. La desconocida sacudió los pliegues de la mojada falda, volvió otra vez con ademán de curiosidad hacia Lorenzo el rostro, cuyos rasgos no podían distinguirse a causa de la niebla, y desapareció tras de la verja.

Al regresar el doctor a su vivienda a la caída de la tarde, volvió a pasar por delante de la *Espaillette*. La casa estaba medio oculta por las madreselvas de la verja y los macizos de un jardín a la inglesa que la rodeaba. Estaban las persianas; más echadas por una

de las ventanas entreabiertas, percibíanse al exterior los armoniosos sonidos de un piano. Alguien (la desconocida sin duda) ejecutaba el vals de las *Rosas*, muy en boga por aquel tiempo.

Alojó el paso Lorenzo y, durante largo rato, las notas de aquel vals, unas veces ruidosas, otras lánguidas, le persiguieron en su marcha. Cuando llegó a su casa caía el crepúsculo, el cielo continuaba lluvioso y apenas se veía en su gabinete de trabajo. Entretanto que se le preparaba la comida, sentóse en el poyo de la ventana abierta, y permaneció allí de nuevo entregado a sus amargos pensamientos y escuchando el melancólico ruido de las gotas de agua al resbalar por las hojas de los árboles.

Pensó primero en Valentina y en aquel tiempo en que próximamente a la misma hora volvía de Robert-Espagne halagado por sus recuerdos y formando propósitos de un porvenir dichoso; parecía que mediaban años enteros entre aquellos felices tiempos y los actuales. Robert-Espagne le hacía al presente el efecto de un paraíso perdido, y no se atrevía a cruzar el bosque que de él le separaba...

Mientras se burlaba de sí propio por el empeño de traer a la memoria asuntos que no le producían ya sino accesos de amarga melancolía, hirió su olfato un extraño perfume de vainilla y almendra, que despertaba en su mente una vaga sensación de pasados tiempos. ¿Dónde había él aspirado otras veces aquel

aroma, á la vez suave é irritante? ¿Y de dónde procedía á tal hora aquel misterioso perfume? Asomó la cabeza á la parte exterior de la ventana, pero allí no había más que árboles verdes y flores inodoras; no era, pues, del jardín de donde procedía aquel olor penetrante.

Púsose á pasear por el gabinete, casi totalmente sumergido en tinieblas, y el olor parecía seguirle, saturando la atmósfera de la habitación. Encendió rápidamente un fósforo y con él una bujía, y entonces vió sobre su mesa escritorio, en una gran jarra, un abultado ramillete de madreselvas y reinas de los prados. No era, seguramente, una alucinación. Allí estaban, en efecto, las flores ostentando á la trémula luz de la bujía sus sonrosados racimos y pálidos penachos, y al lado de la jarra se veía un sobre cerrado. Lorenzo lo desgarró con mano impaciente, creyendo encontrar allí la solución del enigma; pero vió que solo contenía el programa impreso de un concierto que debía celebrarse aquella misma noche en el casino. Entonces llamó á su sirvienta, y solo pudo averiguar de ella que, tanto el ramillete como el pliego cerrado, habían sido traídos «para el señor doctor» por un joven campesino.

El asombro de Lorenzo iba aumentando por grados. Hizose servir apresuradamente la comida, cambió de traje y echó á andar hacia el casino, suponiendo desde luego que entre el envío del ramo y el pro-

grama del concierto había alguna misteriosa relación y que allí sabría á qué atenerse en punto á tan singular aventura.

No tuvo que aguardar mucho tiempo, y desde el momento en que pisó la sala del concierto descubrió lo que buscaba. En la primera fila de sillas, destacándose del grupo de trajes burgueses, á la manera de una aristocrática flor de invernadero en medio de un macizo de amapolas y clavelinas, Berta Fontenille—ó hablando más propiamente, la señora de Santa María de Brioules—hallábase negligentemente sentada.

Lorenzo la conoció inmediatamente de entrar y un súbito carmín tiñó sus mejillas. Fué, sin embargo, bastante dueño de sí mismo para disimular su agitación; pasó por delante de ella aparentando no haberla visto, distribuyó acá y allá algunos apretones de manos, y se dió prisa á retirarse á la balastrada del balcón que corría á todo lo largo de los huecos de la sala. Una vez allí, y protegido por la obscuridad, no pudo resistir á la tentación y se volvió para mirar á la recién llegada. Vestida con un traje de faya blanca de larga cola, llevaba por único adorno una alta peineta de coral, cuyas bolitas formaban una especie de diadema sobre sus negros cabellos, y en uno de los ángulos del escote cuadrado de su peto, un ramo de geranios encarnados destacaba su brillante nota de color. Estaba blanca como una azucena; sus azules ojos aparecían, como siempre, pèrfidamente velados

por las espesas pestañas caídas, y en sus rojos labios vagaba la eterna sonrisa, con expresión aún más sardónica que en los pasados tiempos. Por más que hubiese ya cumplido los veintisiete años y estuviese en toda la plenitud de su belleza, conservaba su rostro cierto tinte virginal y esa expresión de cándida ignorancia que no suele encontrarse con frecuencia en la fisonomía de las mujeres casadas.

Parecíale á Lorenzo que no había transcurrido el tiempo y que volvía á encontrar á Berta Fontenille exactamente lo mismo que aquella mañana en que se alejó de ella y cuando no se llamaba aún madama de Brioules.

¿Qué objeto la traía á Sermaize? ¿Qué significaba el envío de aquel ramillete, cuyo perfume le recordaba su paseo en barca por el Biesme? ¿Era tal vez una atrevida burla? ¿Con qué derecho osaba venir á insultarle en el fondo del retiro que él había elegido?

Volvió la espalda al salón, y apoyándose de codos en la balastrada del balcón, frente á la campiña silenciosa, trató de coordinar algún tanto sus ideas.

Dentro de la sala tocaba la orquesta el *brindis* de la *Traviata*, y aquella música de Verdi, sensual, apasionada y malsana aumentaba, lejos de aplacar, su agitación. Las vibrantes notas de aquella melodía del amor insaciable, despertaban en él un cúmulo de ardientes y no satisfechos deseos. Mientras permanecía inmóvil y como sumergido en las notas sonoras de

aquella música, oyó á su espalda el roce de una tela de seda al atravesar el hueco de una de las aberturas que daban á la balastrada, y de pronto una forma blanca de mujer llegó con ondulados movimientos á ponerse de codos al balcón. En seguida oyó Lorenzo agitarse, á modo de un ruido de alas, un abanico impulsado por nerviosa mano.

—Buenas noches, Sr. Husson—dijo al mismo tiempo una voz algún tanto mordaz.—¿Por qué no queréis conocer á vuestros antiguos amigos?

Lorenzo levantó bruscamente la cabeza.

Los ojos de Berta brillaban en medio de la obscuridad de la noche, mirándole con expresión burlona. El doctor, desconcertado, se inclinó balbuceando algunas palabras de disculpa.

—No trateis de fingir que no me habíais visto—prosiguió Berta—porque estoy perfectamente persuadida de lo contrario... Esperaba que os acercáseis siquiera para pedirme noticias de las Islettes.

—No espero noticias de allí—contestó lacónicamente el doctor.

—Verdad es que, en último caso, la señorita Sebastiana debe teneros al corriente de los sucesos, porque me figuro que os escribiréis con frecuencia.

El acento de Berta tenía una inflexión de burla que excitó la irritabilidad de Lorenzo.

—Es cierto, señora—repuso éste—y eso podrá explicar por qué he creído inútil molestaros.

—No es, en verdad, muy galante lo que me estáis diciéndo... Por mi parte, pienso que no abundan tanto en el mundo los amigos para desdeñarlos cuando se les vuelve á encontrar, y «esto podrá explicar por qué he cometido la indiscreción de molestaros»... Ya veis que tengo mejor genio que vos—añadió—apoyando la enguantada mano en la balastrada del balcón al lado de la de Lorenzo.

Vaya usted á explicar por qué la vista de aquella diminuta y aristocrática mano obró como un calmante sobre la irritación del doctor... Lo cierto es que sus nervios se aflojaron como por arte de encantamiento y que se avergonzó de su grosería.

—¡Amigos!—repitió como quien despierta de un sueño.—Hubo un momento en que creímos serlo... Pero, ¿podríamos serlo todavía?

—He ahí una pregunta que deberíais dirigiros á vos mismo—repuso Berta con maligna inflexión de voz:—yo, por mi parte, sigo siendo la que era cuando me conocisteis en las Islettes, y no acierto á comprender por qué habeis cambiado.

—¡Y me lo preguntais!—exclamó Lorenzo estupefacto.—¿Como si no hubiera pasado nada desde entonces!

—¡Nada!—murmuró ella encogiéndose ligeramente de hombros.—Nada, por lo menos, que haya podido alterar mi afectuosa estimación hacia vos.

Lorenzo movió la cabeza.

—¿Habeis venido sola á Sermaize?— la preguntó con cierto tonillo de ironía.

—Sola... con mi doncella.

—¿Y M. de Briulles?

—M. de Briulles se ha quedado en Argonne con sus libros de teología... ¡Oh! lo que es ese tampoco ha cambiado, no haya miedo!... Le es del todo indiferente que yo esté en el Neufour ó en Sermaize.

—¡Ah! ¿y ¿por qué en Sermaize? ¿Estáis enferma?

—Sí y no... Mi enfermedad más grave es el fastidio... En cuanto á eso, sí, me fastidio soberanamente!

Y tendió hacia adelante los brazos y luego los dejó caer sobre el pasamanos del balcón con expresión de cansancio que no tenía nada de afectada. Aquella queja, que contra la costumbre de Berta, había subido del corazón á los labios, sin ser prudentemente modificada en el camino, se exhaló con tal acento de verdad, que Lorenzo no pudo menos de impresionarse. Aplacáronse sus desconfianzas y se sintió más dispuesto á dejarse ablandar. Aquel doloroso grito, lanzado de pronto en medio de la noche, hablaba harto elocuentemente con relación á aquella mujer que solo llevaba tres años de matrimonio. A la dudosa luz de la luna, que se alzaba en el horizonte, parecióle al joven doctor leer en los burlones labios y en los errantes ojos de Berta la melancólica historia de aquellos tres años, formados de tristes noches y de monótonos días.

—Si algo me es dado hacer personalmente—dijo—para que sea menos enojosa vuestra permanencia aquí, me pongo por completo á vuestra disposición.

—¿De veras?—contestó Berta.—Está bien y os doy por ello las gracias... Seré discreta y no abusaré de vuestra bondad; pero, vendreis á verme de cuando en cuando, ¿no es así?

Lorenzo se inclinó en señal de asentimiento.

—¿Cuándo ireis?—prosiguió ella apresuradamente y bajando la voz.—Sabeis que vivo en la Espaille-raie?...

Preguntóle Lorenzo si estaría en casa al día siguiente por la tarde. Berta apoyó en sus labios el extremo del abanico y pareció reflexionar.

—No—contestó por fin;—id más tarde, despues de haber comido; de ese modo no temeré tanto robaros el tiempo.

Le tendió la mano desenguantada, y añadió:

—Ahora que hemos hecho las paces, me voy...

Lorenzo retuvo en la suya la linda mano de la señora de Briulles.

—Aún no es muy tarde—dijo—¿por qué os marchais tan pronto?

—Mi doncella me estará esperando... Y además—añadió con burlona sonrisa—no quiero comprometeros á los ojos de vuestros clientes. ¿Quién sabe si podrá haber por ahí alguna dama ó alguna señorita

á quien parezca sospechosa esta entrevista en un balcón?... ¡Buenas noches!

Y sin volver á entrar en la sala, se alejó rápidamente cruzando á lo largo del balcón, uno de cuyos extremos comunicaba con la antesala. Inmóvil, apoyado en los hierros de la balaustrada, la siguió Lorenzo con la vista hasta que se perdió en la obscuridad, en tanto que la orquesta volvía á dejarse oír en el interior. Poco tiempo después abandonó también el casino y regresó á su casa en una situación de ánimo que no acertaba á explicarse.

En el centro del gabinete seguía exhalando su enervante perfume el ramo de madreselvas y reinas de los prados, y en el cerebro del doctor continuaban también su elaboración confusa y perturbadora las impresiones de aquella noche.

—He sido muy debil—se decía Lorenzo—no he debido prometer que volvería á verla.

Y acto continuo, una voz interior le replicaba:

—¿Por qué no has de volver á verla? ¿Qué tienes que temer? ¿A qué vienen esos escrúpulos?

De pronto la linda imagen de Valentina se le representó, en medio de la noche, é inconscientemente se estableció en su pensamiento una comparación entre las dos formas femeninas: la una con su enigmático rostro y su pérfida sonrisa, la otra con su purísima mirada y sus frescos labios sonrientes.

—¿A qué volver á pensar en ella?—dijo para sí Lo-

renzo con amargura.—¿No me ha rechazado su padre, y no se ha sometido dócilmente á los mandatos de M. Maurin? ¿No ha concluido ya todo entre nosotros?

Y poco á poco la imagen de la hermosa «flor de vid» se borró en su cerebro, á la manera que un cuadro al pastel sobre cuyos colores, todavía frescos, hubiese bruscamente pasado una mano colérica, y la altiva figura de Berta quedó sola en la imaginación del doctor y allí se conservó victoriosa durante toda la noche.

Sin embargo, todavía vaciló el día siguiente en volver á ver á Mad. de Brieculles, y hasta hubo un momento en que tuvo tentaciones de huir al interior de los bosques y no regresar hasta ya entrada la noche. Se conocía y presentía con la clara intuición que dá la experiencia de la vida, que si volvía á hablar á Berta, volvería á sentirse enamorado de ella, y esta vez no trataría de refrenar su pasión, antes bien la dejaría crecer sin escrúpulos hasta alcanzar la meta. Ciertó que Berta era la esposa de Santa María de Brieculles...

—¿Y á mí qué?—se contestaba á sí propio con despecho—Tanto peor para ese infeliz marido que no ha sabido hacerse amar... Esa mujer está á disgusto casada y busca quien la consuele; ¿prefieres acaso que otro se encargue de esa tarea? ¿No la encuentras bastante bella, ó es sencillamente que te repugna acep-

tar la mujer de Santa María?... Valiente escrúpulo, en verdad! A fe que él ha venido á usurparte tu puesto en la familia; M. de Rosieres le legará la fortuna y el nombre que debían corresponderte en buena ley, ¿y te vienes ahora con delicadezas!... Bascabas una ocasión de vengarte, la casualidad te la pone delante, ¿y vacilas?... ¡Eres un necio!

Aquella misma tarde, á la hora en que el sol se escondía tras los edificios de Sermatze, caminaba Lorenzo lentamente á lo largo del Laume. Los bañistas estaban á la sazón comiendo en las mesas redondas del pueblo y, por lo tanto, el camino estaba solitario.

Lorenzo se sentía algo calenturiento, la sangre circulaba con desusada energía por sus venas, y por más que deseaba presentarse ante madame de Briennes tranquilo y dueño de sí mismo, no pudo evitar un estremecimiento nervioso al hacer sonar la campanilla de la verja de la Espalleraie. Un paso ligero, acompañado del frú-frú de una falda de cola, hizo crugir la arena del jardín, y Berta en persona abrió la puerta.

Una sonrisa, mitad burlona, mitad halagüena, apareció en sus labios á la vista del doctor.

—Habeis sido bastante amable para no olvidarme —murmuró;—venid, os enseñaré el camino.

Y echó á andar delante por la avenida de ligustros. En medio de aquel verdor sombrío, su larga falda color maíz pálido, guarnecida de terciopelo negro, la

hacía parecer más alta y comunicaba cierto soberbio encanto á su precioso y flexible tallo y á sus soberanos hombros. Por un refinamiento de coquetería, había prendido una rosa amarilla en sus espesos cabellos negros.

Al llegar al vestíbulo, se volvió sonriendo, alzó un *portiere*, é introdujo á Lorenzo en una salita que daba al jardín y en la cual reinaba una semi-oscureidad. Las cortinas estaban levantadas, y un ramillete de madreselvas impregnaba la atmósfera de penetrantes aromas. Aquel perfume recordó á Lorenzo el misterioso regalo de la víspera.

—A propósito—dijo,—ayer nos separamos tan bruscamente, que olvidé daros las gracias por vuestras flores.

El rostro de Berta tomó una expresión de asombro y de burla.

—¿Qué flores?—preguntó.

—Madreselvas que encontré ayer tarde en mi casa; supuse que era á vos á quien debía tal sorpresa...

Berta alzó ligeramente los hombros, volvió la cabeza con un gesto que podía traducirse: «No os entiendo,» y se sentó después de señalar una silla á Lorenzo.

—Su aroma—prosiguió—me ha recordado cierto paseo por agua que dimos juntos, pronto hará cuatro años.

—Debeis confesar que no os acordabais mucho,

cuando ha sido preciso que ese ramo venga á refrescar vuestra memoria.

—Y vos tendreis que reconocer por vuestra parte, que habeis hecho todo lo posible para que yo lo olvide.

Berta bajó los párpados, puso un dedo en los labios y, mirando á Lorenzo á través de las pestañas, dijo á media voz:

—¡Chist! no hablemos de eso... Si entonces me mostré harto severa, ó, más bien, excesivamente razonable, habreis de convenir en que no por ello han dejado de marchar bien las cosas... para vos al menos.

—¿Y para vos?—preguntó Lorenzo en tono sarcástico.

Berta se recostó un tanto sobre los almohadones de su canapé y se cubrió los ojos con una de las manos.

—Yo—contestó dando un suspiro—me he casado, y el matrimonio sin mancomunidad de gustos y de sentimientos, sin expansión, sin hijos, no es cosa demasiado alegre, podeis creerlo.

Detúvose, y luego añadió:

—Os pido perdón por haber entrado en estos detalles y molestaros con mis sinsabores.

—Nada de eso; por el contrario, os ruego que prosigais—dijo Lorenzo acercando más su silla.—¿Es decir, que Santa María no os ha amado cual mereciais?

—¡Amado!—repitió ella con irónica sonrisa.—Esa

palabra no desempeña ningún papel en nuestra historia... ¿Por ventura, doctor, creéis que los devotos sepan lo que es amar? Para ellos el amor es la obra de la carne, como dicen en su bonito lenguaje; eso es, una debilidad grosera.

Volvió á detenerse, su rostro tomó una expresión de disgusto y añadió luego:

—Solo de pensar en esto me avergüenzo, y vos sois la primer persona á quien hablo de ello.

Lorenzo insistía afectuosamente para que continuase.

—Los médicos—insinuó—somos casi lo mismo que los confesores.

Berta se levantó, dió una vuelta por la sala, se inclinó hacia el ramo de madreselvas y aspiró repetidamente su fuerte perfume, cual si quisiera encontrar en él cierta excitación que la alentase á proseguir sus confidencias. En seguida volvió á sentarse cerca del doctor.

—Sí—replicó,—vuestra profesión os hace testigo de muchas miserias; pero no sois casado y no podeis saber, por consiguiente, lo que tiene de insoportable la vida común de dos seres que habitan bajo el mismo techo, se sientan á la misma mesa y se hallan desde el primer día separados por rozamientos interiores que ya no tienen remedio... Al menos, M. de Brioules tenía el recurso de sus estudios predilectos; mas para mí, ociosa de corazón y de entendi-

miente, se hacían interminables las horas, podeis creerlo!... ¡Oh! esas noches de invierno en la tétrica vivienda del Neufour, con mi bordado y mis penas por toda compañía... me causan un horror invencible!

Se detuvo y pasó suavemente la mano por sus lustrosos cabellos.

Lorenzo la escuchaba, la contemplaba y experimentaba de nuevo la fascinación que en otro tiempo había ejercido sobre él.

Se oyó llamar pausadamente á la puerta, y entró la doncella trayendo una lámpara, cuya bomba mate dejaba filtrar una luz debilitada; la puso sobre la mesa, echó las cortinas y se retiró con las mismas formas discretas y silenciosas con que había entrado.

Nuestros dos personajes, cual si se sintiesen intimidados por la luz, guardaban silencio.

Lorenzo contemplaba con un asombro no exento de ternura á aquella mujer á quien había amado en otro tiempo, y á la cuál, las veladas confidencias que acababa de hacerle, daban un incitante atractivo, en el que el encanto de la muchacha que desconoce el amor se unía á las seducciones prácticas de la mujer completamente formada. Sus miradas vagaban del tranquilo y misterioso rostro de Berta á su seno suavemente agitado, en que el escote del vestido dejaba entrever el blanco cutis, sumergido en una nube de blondas. Seguía los movimientos de su bien modelada mano alisando los bandós de su negra cabellera y

trataba de adivinar los mórbidos contornos de su flexible cuerpo, bajo las ondulaciones de la tela. Estaban tan próximos el uno al otro, que los pliegues de la ampulosa falda de Mme. de Briculles caían sobre las rodillas del doctor. Sentía en sus piernas el roce del sedoso vestido y de momento en momento iba perdiendo algo de su aplomo, cerrábanse sus ojos le daba vueltas la cabeza y ya ni aun se atrevía á hablar, temeroso de que la opresión de su voz revelase la turbación que le dominaba.

—Estoy cierta de que os fastidio hablándoos tanto tiempo de mis cuitas—dijo de pronto Berta con voz cecita zalamera,—pero ya que habeis consentido en venir á verme, he querido ante todo abriros en parte mi corazón, á fin de que juzgueis si aún os parezco digna de vuestra amistad... ¿Verdad que no me guardais rencor?

La joven había puesto las manos sobre el almohadón, próximas á Lorenzo, en actitud de súplica.

Él, por toda respuesta, las oprimió entre las suyas.

—¿Seremos tan buenos amigos como en otro tiempo?—prosiguió ella, mirándole por entre las caídas pestañas.

—Como en otro tiempo—replicó él docilmente, apretando un poco más las dos manos cautivas.

—Amigos sin miras interesadas, sin exigencias imposibles—dijo ella con insistencia.

—Sí,—contestó Lorenzo con voz sorda.

Y acto continuo, sin considerar que daba el primer tajo á aquel tratado de pura amistad, apoyó sus labios en las dos manos que se le abandonaban y las cubrió de besos.

Berta le dejaba hacer sin manifestarse ofendida; bajaba los ojos y su sonrisa de esfinje continuaba vagando por sus labios.

Hubo un largo intervalo de silencio, durante el cual, solo se oía la caída lenta y acompasada del aceite en la lámpara, el movimiento de las cortinas acariciadas por la brisa de la noche y el sordo rodar de una carreta en el campo.

Los labios de Lorenzo no acertaban á desprenderse de los brazos de Berta. En aque instante se oyó el sonido del reloj de Sermaize que daba las diez, y madama de Brieulles retiró bruscamente sus manos aprisionadas.

—Es tarde, murmuró—y no quiero escandalizar á mi doncella... Es fuerza que partais. . . Saldreis por el jardín.

Salieron ambos de la habitación, y Berta condujo á Lorenzo, sirviéndole de guía, por las oscuras calles del jardín, hasta una puertecilla que daba al campo. Llegados allí, quiso Berta acompañarle algunos minutos más, y casi sin hablar caminaron un rato uno al lado de otro, bajo el cielo tachonado de estrellas. Cuando llegaron al sendero que desembocaba en la carretera, Berta le alargó la mano.

—¡Buenas noches!—murmuró con cierto tonillo en que podía traslucirse una intención irónica.

Y seguidamente echó á andar para volver al jardín, en tanto que Lorenzo entraba en el sendero, tambaleándose como un borracho.

V

Era el día 9 de Agosto, víspera de San Lorenzo, festividad que el marqués de Rosieres acostumbraba á celebrar, alegremente, en honor de su santo patrono; pero que este año amenazaba concluir de una manera harto desapacible. Exceptuando Ambrosina, que á la hora de la comida se presentó ante el marqués con un abultado ramo de espuelas de caballero, nadie había ido á felicitarle, y había comido solo, sin otra compañía que su mal humor. Su hermana la señora de Brieulles se hallaba visitando á algunos amigos al otro extremo del departamento; Berta tomaba las aguas de Sermaize; Santa Maria, recluso en el Neufour y absorto en sus meditaciones como Simeón Stilita en su columna, ignoraba hasta el mes y el día de la semana en que vivía.

Abandonado á sí propio, saboreaba melancólicamente el marqués una copita de kirsch, y suspiraba recordando los jubilosos aniversarios de otros tiempos. A lo largo de las paredes revestidas de maderas

Y acto continuo, sin considerar que daba el primer tajo á aquel tratado de pura amistad, apoyó sus labios en las dos manos que se le abandonaban y las cubrió de besos.

Berta le dejaba hacer sin manifestarse ofendida; bajaba los ojos y su sonrisa de esfinje continuaba vagando por sus labios.

Hubo un largo intervalo de silencio, durante el cual, solo se oía la caída lenta y acompasada del aceite en la lámpara, el movimiento de las cortinas acariciadas por la brisa de la noche y el sordo rodar de una carreta en el campo.

Los labios de Lorenzo no acertaban á desprenderse de los brazos de Berta. En aque instante se oyó el sonido del reloj de Sermaize que daba las diez, y madama de Briennes retiró bruscamente sus manos aprisionadas.

—Es tarde, murmuró—y no quiero escandalizar á mi doncella... Es fuerza que partais. . . Saldreis por el jardín.

Salieron ambos de la habitación, y Berta condujo á Lorenzo, sirviéndole de guía, por las oscuras calles del jardín, hasta una puertecilla que daba al campo. Llegados allí, quiso Berta acompañarle algunos minutos más, y casi sin hablar caminaron un rato uno al lado de otro, bajo el cielo tachonado de estrellas. Cuando llegaron al sendero que desembocaba en la carretera, Berta le alargó la mano.

—¡Buenas noches!—murmuró con cierto tonillo en que podía traslucirse una intención irónica.

Y seguidamente echó á andar para volver al jardín, en tanto que Lorenzo entraba en el sendero, tambaleándose como un borracho.

V

Era el día 9 de Agosto, víspera de San Lorenzo, festividad que el marqués de Rosieres acostumbraba á celebrar, alegremente, en honor de su santo patrono; pero que este año amenazaba concluir de una manera harto desapacible. Exceptuando Ambrosina, que á la hora de la comida se presentó ante el marqués con un abultado ramo de espuelas de caballero, nadie había ido á felicitarle, y había comido solo, sin otra compañía que su mal humor. Su hermana la señora de Briennes se hallaba visitando á algunos amigos al otro extremo del departamento; Berta tomaba las aguas de Sermaize; Santa Maria, recluso en el Neufour y absorto en sus meditaciones como Simeón Stilita en su columna, ignoraba hasta el mes y el día de la semana en que vivía.

Abandonado á sí propio, saboreaba melancólicamente el marqués una copita de kirsch, y suspiraba recordando los jubilosos aniversarios de otros tiempos. A lo largo de las paredes revestidas de maderas

ensambladas, los retratos de los Rosieres, senescales de Lorena y caballeros de San Huberto, en traje de gala, canonesas de Poulangy y abadesas de Saint-Hoult parecían apiadarse con su mirada inmóvil de la tristeza de su postrer vástago.

—¡Hasta Sebastiana me abandona!—gruñó M. de Rosieres, moviendo la cabeza, ya completamente gris.

Como para obligar al marqués á arrepentirse de aquella acusación algo precipitada, abrióse la puerta y apareció en el dintel la señorita de Fierbois, calzada con sus gruesas botas, cubierta la cabeza con un ancho sombrero de paja y trayendo en la mano tres rosas campestres, atadas con un hilo grueso.

—¡Buenos días, ahijado!—exclamó con su voz varonil—¡Que los tengas muy felices!... A pesar de que hoy estamos en lo más apremiante del vaciado, me he escapado de la fábrica para venir á traerte mi ramo.

Aplicó dos sonoros besos á las mejillas del marqués, é introduciendo las rosas en el ojal de su solapa, añadió:

—Ya está bien... Y ahora, ¿qué tal va?

—¡Mal!—contestó M. de Rosieres moviendo la cabeza.—Santa María cada vez más loco y sumujer corriendo por esos mundos de Dios... Ya hace quince días que se fué á las aguas de Sermaize.

—¡Qué diablo! ¡es tan fastidiosa la compañía de tu

sobrinol... Y debe agradecer que no se la haya antojado prolongar el viaje é irse á los baños de mar.

—Más me hubiera gustado eso... Encuentro ridículo que haya elegido precisamente á Sermaize, donde reside ese tarambana de Lorenzo. Ambos tuvieron sus amoreillos en otro tiempo, y no faltarán malas lenguas que digan que la cabra tira al monte...

—¡No digas desatinos!—le interrumpió bruscamente Sebastiana.—Valiente caso hace Lorenzo de tu linda sobrina, cuando está enamorado de una excelente muchacha, con quien se casará este otoño y para cuya boda estoy convidada... Y además, aunque no me merezca Berta la más alta opinión, la tengo por harto egoísta para meterse en la tracamundana de una pasión ilícita, y demasiado lista para ir á comprometerse por meras ligerezas.

—Discurrís sobre este particular como lo haría un ciego tratándose de colores, respetable madrina—exclamó M. de Rosieres, sacando una carta del bolsillo.—La verdad, porque ya podreis suponer que he tratado de caminar sobre seguro, y que no se engaña así como se quiera á un zorro viejo como yo; la verdad es, según me escribe un amigo que ha pasado allí una temporada, que mi sobrinita dá bastante que hablar en aquel criadero de ranas... Se comentan sus trajes llamativos, sus maneras demasiado libres, y sin formular una acusación concreta, se percibe en la atmósfera que la rodea cierto tufillo de amores...

¿Por lo visto esto os proveca la risa, señora madrina?... ¡Muchas gracias!

—Me reía—contestó Sebastiana—porque encuentro muy chistoso que un libertino como tú, que ha comprometido á docenas de mujeres, se convierta en predicador de virtud, cuando se ha hecho viejo.

—¡No se trata de virtud!—exclamó el marqués incomodado—y me importarian un comino las travesuras de la dama, si no se llamara la señora de Briulles; pero por anchas tragaderas que yo tenga, no me hace maldita la gracia que mi futuro heredero esté siendo... un marido grotesco, y no estoy de humor para consentir que mi fortuna y mi nombre vayan á parar á chicuelos que no tengan de Briulles más que la etiqueta.

—Ahijado, estás dando por las paredes.

—¡No, voto á bríos! Conozco bien á las mujeres, y sé que hay momentos en que su virtud está pendiente de un cabello.

—¡Descarado!

El marqués solo contestó con un movimiento de hombros, y volvió á otro lado la cabeza. Los ojazos burlones de la señorita Sebastiana le molestaban extraordinariamente, y huyendo de ellos, fué su mirada á caer sobre los retratos de familia, pendientes de las paredes; pero tampoco allí encontró sino maliciosas sonrisas e irónicas jeadas; parecía como que los senescales de amplias pelucas, y las canonesas

tiasas en sus corpiños atacados, se le mostraban unos á otros con ademán de conmiseración. Púsose á redoblar sobre el tablero de la mesa con movimientos nerviosos y dijo, por último, con acento burlón:

—En fin, el vino está escanciado y no hay más remedio que beberlo; pero al menos cuidaré de que no le echen agua.

—Hijo mío—dijo la señorita de Fierbois, levantándose para marchar—hay una Providencia que nos obliga á paladear el mismo vino que hemos servido á los demás, y, aguado ó puro, no hay más remedio que apurar hasta la última gota... ¡Ea, buenas noches!

Al siguiente día, muy temprano, fué M. de Rosieres al Neufour. La única sirviente que tenía á su cargo el cuidado de la casa y persona de Santa María en ausencia de su mujer, le dijo que M. de Briulles se encontraba ya en su despacho. Subió el marqués la fría escalera de piedra que conducía al primer piso, atravesó un pasadizo húmedo y entró sin llamar en la habitación donde trabajaba su sobrino. Este, enfrascado hasta las orejas en la lectura del *Antiguo y Nuevo Testamento* del padre Calmet, no oyó si quiera acercarse á su tío, ni levantó la cabeza hasta que M. de Rosieres, cerrando bruscamente el in-folio colocado sobre el pupitre, exclamó:

—Basta por hoy de libroles: tengo que hablarte de cosas serias.

Santa María, que era excesivamente nervioso, dió un salto en la silla y miró al marqués con gesto asustado.

En los tres años que habían pasado había envejecido mucho; algunas hebras grises asomaban ya en su descuidada cabellera, tenía hundidos los ojos, y su escualido rostro, adornado de una barba de tres días, ofrecía una expresión aún más apenada y enfermiza que en otros tiempos.

—¡Ah! querido tío—balbuceó—me habeis asustado. ¿Qué es lo que pasa?

—¡Buenos días!—prosiguió M. de Rosieres, desembarazando un banquillo cubierto de libros y sentándose en él.—¿Tienes noticias de tu mujer?

Volvióse á medias Santa María en su silla, y dirigiendo á su tío una nueva mirada de miedo, contestó:

—No, desde hace quince días... Verdad es que tampoco las esperaba.

—¡Ah!... ¿y cuándo piensa volver al Neufour?

—No lo sé... ó por lo menos, nada se había acordado sobre el particular.

—¿Y por lo visto, te agrada esta situación de marido *in partibus*?

—Tío—replicó Santa María poniéndose colorado,—ya conocéis mis gustos y mis ocupaciones... La soledad no me asusta.

—Sí, ya lo sé, los maridos todos sois iguales; os figurais que hay para vosotros un privilegio de inmunidad.

—¿Qué quereis decir?

—Digo, ¡voto al diablo! que tu género de vida con Berta es ridículo... Digo que corres grave riesgo abandonando de ese modo á una mujer joven, bonita, y muy apetitosa á fé mia.

—Querido tío, Mme. de Briailles conoce sus deberes.

—En tal caso, está más adelantada que tú, puesto que no conoces los tuyos... Andate con mucho tiento. La mujer es fragil, el diablo astuto y no hay que chancearse con estas cosas, hijo mio.

—Explicaos—murmuró con voz sorda Santa María.—¿Juzgais capaz á Mme. de Briailles de alguna incorrección en su conducta?

—No digo tanto—se apresuró á contestar prudentemente el marqués;—me pareces demasiado filósofo, y eso es todo.

Dió dos ó tres vueltas por la habitación, se rascó la frente y, volviendo luego á la carga, añadió:

—Lo que digo es que si tú te encuentras bien con esta manera de vivir, á mí por mi parte no me sale la cuenta. Cuando te casaste, llegué á abrigar la esperanza de que, tanto tu mujer como tú, me serviríais de compañía en mi vejez, y es lo cierto que me encuentro más solo que nunca... Ayer fué mi santo y no he visto alma viviente á mi lado... ¿te parece esto razonable y grato?

—¡Ah! querido tío—exclamó avergonzado Santa

María—debí recordar ese aniversario y acudir á felicitaros, cumpliendo mis deberes... No tengo disculpa y mi pícaro genio distraído me hace incurrir á cada paso en faltas parecidas.

—Sí, en cuanto te pones de narices sobre tus libros, el resto del mundo es para tí como si no existiese... Por lo que á mi toca, puede pasar; pero, ¿y tu mujer? tienes á tu lado una criatura encantadora y la olvidas por amor á tus mamotreos. ¡Vive Dios! cuando un hombre se encuentra casado, debe pensar un poco menos en los padres de la Iglesia y un poco más en su mujer... ¿Te parece que después de tres años, no debía yo tener á mi alrededor un par de nietecillos vocingleros y alegres, que dieran un poco de animación á mi casa del Boisdés-Penses?

—Teneis razón—dijo con un suspiro Santa María, cuyo rostro adquirió una sombría expresión;—pero no ha dependido de mí.

—¿Cómo?—exclamó el marqués.—¿Pues de quién diablos quereis que haya dependido? ¿Del Gran Turco?

—Me explicaré—repuso Santa María, bajando los ojos y ruborizándose.—Desde los primeros días de nuestro matrimonio, y sin que, en rigor, ninguno de nosotros pueda culpar al otro, ciertas disparidades de carácter han ocasionado entre Mme. de Brioules y yo una frialdad que ha ido aumentando con el tiempo...

—¡Estoy aplanado, vive Dios!—murmuró el mar-

qués, al oír tan extraña confesión.—¿Y habeis pasado tres años en esa vida insoportable?

—¿Qué quereis que os diga? Ella es altanera y poco expansiva, yo receloso y montaráz como las personas tímidas; ni uno ni otro hemos sabido olvidar ciertas suspicacias, y en lugar de disminuir con el tiempo, el vacío se ha ido ensanchando más cada día.

—¡Eres un torpe!—exclamó M. de Rosieres.—Fuerza es que esto concluya ó yo también me enfadaré, y muy de veras.

—Bien sabe Dios que desearía de todo corazón que terminase tal estado de cosas, pero temo que sea ya demasiado tarde.

—¡Quita, allá! ¿Qué entiendes tú del genio de las mujeres? .. Dios me libre de gentes que llegan al matrimonio con la túnica de la inocencia... ¿Quieres apostar á que en un par de días hago entrar en razón á Berta y te reconcilio con ella? Ea, ¿me das plenos poderes?

—Lo que hagais bien hecho estará, querido tío—contestó evasivamente Santa María.

—¡Enhorabuena!... Mañana por la tarde estaré en Sermaize y repararé tus torpezas... Te escribiré cuando esté arreglado el asunto, pero vas á prometerme montar en el coche tan pronto como recibas mi carta y marchar volando á reunirme con tu mujer.

—Os lo prometo.

—Pues en ese caso, hasta la vista!... Y sobre todo,

basta de distracciones ó, de lo contrario, te desheredo.

Al amanecer del siguiente día, como lo había anunciado, salía el marqués en dirección á Sermaize.

VI

En tanto que esto ocurría en las Islettes, iba Lorenzo experimentando gradualmente los efectos de la perturbadora fascinación de Berta de Brioules, que empleaba para encantarle y retenerle en procedimiento de infalibles resultados, pero cuya aplicación exige una sangre fría y refinamientos de coquetería, que no están al alcance de todas las mujeres. El secreto consistía en soplar alternativamente, ya calor, ya frío, en el amor de Lorenzo, y en calcular matemáticamente el momento psicológico en que la más severa resistencia debe suceder á las más comprometidas concesiones.

Berta estaba maravillosamente organizada para este género de intriga; provocadora y fría á la vez, falaz y atractiva, sabía adelantarse hasta el borde mismo del precipicio y detenerse á tiempo. Tenía miradas, movimientos y frases de adorable mimo para arrastrar á Lorenzo en pleno torbellino de pasión, y luego, cuando se hallaba sumergido en ese

voluptuoso baño de seducciones y cuando creía que le bastaba alargar los brazos para ser dichoso, escapábasele diestramente la sirena de entre las manos y le arrojaba magullado contra la playa. Esta maniobra se renovaba todos los días, y siempre se retiraba el doctor dejando las cosas en el mismo ser y estado, pero más enardecido y más resuelto á proseguir la conquista de aquella felicidad siempre prometida y siempre rehusada.

Algunas veces, cuando regresaba despechado, avergonzado del papel que desempeñaba, operábase cierta reacción en su interior, y de pronto, alzábase ante él, como un blanco fantasma, la imagen de Valentina, de aquella Valentina tan pura, tan sincera, tan naturalmente casta; y entonces se juzgaba tan indigno de ella, que se ruborizaba de asociar aquel honesto recuerdo á los deseos que le asediaban, y antes que profanarlo, se imponía la prohibición de detener en él su pensamiento. El día siguiente, una sonrisa de Berta, una semi-promesa que dejaba vislumbrar diestramente á través de una malla de reservas y reticencias, le arrastraban á la Espailleraie, lleno de esperanzas y animado de audaces propósitos. Berta, por su parte, le halagaba, hiriendo las fibras débiles de su temperamento sensualista y cándidamente prendado de todo lo que se relaciona con el lujo, la elegancia y la comodidad. Bajo este punto de vista, Lorenzo seguía siendo un verdadero niño; siem-

pre se encontraba en el fondo de su organismo al colegial enamorado de las ricas telas de seda y ávido de conocer todos los refinamientos de la vida social. Berta le seducía, no solamente por su gracia zalamera y su belleza, sino también por sus modales aristocráticos, por el arte de su atavío cuidadosamente estudiado, por su esmeradísima pulcritud y por la embalsamada atmósfera en que vivía y en la que se respiraba cierto perfume de distinción y de hábitos patricios.

Lorenzo había formado el decidido propósito de poseer aquella caprichosa criatura, cuya resistencia, hábilmente calculada, era un cebo cada vez más atractivo y á la que prestaba un extraño encanto aquella cuasi-virginidad conservada después de tres años de matrimonio.

Hallábase una tarde á solas con Mme. de Brieffles en el gabinete, donde reinaba una semi-oscuridad misteriosa, y emprendía por décima vez aquel asedio que Berta sabía siempre hacer levantar á tiempo. Aquel día empleaba Lorenzo un empeño desesperado en el ataque; la joven, algo enervada por el sofocante calor de Agosto, y acaso en parte por la arrebatadora elocuencia de Lorenzo, parecía ya medio vencida, cuando sonó un campanillazo en la verja, oyóse luego el murmullo de un animado diálogo en el vestíbulo, y, por último, la doncella, llamando discretamente antes de entrar, vino á anunciar á su ama

que el señor marqués de Rosieres estaba con su equipaje á la puerta.

Al oír el nombre de M. de Rosieres, Lorenzo se puso pálido y se levantó bruscamente. Su situación era harto embarazosa: no podía salir sin tropezar cara á cara con su padre, y si se quedaba, corría el riesgo de ver entrar de manos á boca en el gabinete al impetuoso marqués.

Berta, tras un rápido fruncimiento de cejas, recobró inmediatamente su sangre fría; con un ademán y una mirada intimó á Lorenzo la orden de no moverse, y cerrando en pos de sí la puerta, salió con prontitud al encuentro de M. de Rosieres. Ya era tiempo, porque se oía en la antesala el pesado paso y la voz jovial del marqués.

—Buenas tardes, hermosa sobrina—exclamó—¿He venido á sorprenderos, no es cierto?.. No he querido pasar por Sermaize sin abrazaros y daros noticias de Santa María... ¿Podeis tenerme aquí dos ó tres días?... A mi edad esto no puede en modo alguno comprometeros, y, por mi parte, os prometo no ser un tío fastidioso.

Berta le había hecho entrar en la sala contigua al gabinete, en tanto que daba órdenes para que se le preparase una habitación. Lorenzo oía hasta los menores movimientos de M. de Rosieres: el sonido de los dijes de su reloj cuando andaba por el cuarto y el ruido argentino de la cuchara en el vaso, donde se

disponía un grog. El doctor se mantenía inmóvil en su silla, sin atreverse siquiera á estirar las piernas, á pesar de la nerviosa impaciencia que le agitaba. En cuanto á su propia persona, no le preocupaba extraordinariamente la eventualidad de un encuentro y una explicación con su padre; pero harto comprendía que, en interés de Mad. de Brioules, era preciso que permaneciese ignorada su presencia, y por lo mismo, esforzabase en contener hasta la respiración y permanecía en su asiento, rígido como una estatua de cera. La necesidad de ocultarse como un malhechor, aquel tapujo concertado con la tácita complicidad de la doncella, tenían un colorido de superchería que le humillaba y avergonzaba.

Por fin, anunciaron al marqués que su cuarto estaba dispuesto, y subió al primer piso. Tan luego como estuvo instalado, bajó apresuradamente Mad. de Brioules.

—Es preciso que salgais— dijo á Lorenzo en voz baja.—Venid.

Le cogió una mano, le llevó atravesando su gabinete de vestir y le hizo entrar en una escalera interior que daba á la cocina, situada en el sótano.

—Escapareis por el jardín—continuó;—daos prisa, y una vez en vuestra casa, no os dejes ver de nadie, mientras permanezca aquí el marqués... Todo ello será cosa de tres días y yo cuidaré de avisaros cuando se vaya... Hasta la vista, y sed prudente.

Berta volvió á entrar precipitadamente, y Lorenzo se alejó con la mayor cautela posible... Sin embargo, la retirada no se efectuó con bastante rapidez para dejar de ser notada. El marqués, que había ido á casa de su sobrina para poder estudiar de cerca las cosas, había empezado ya á desempeñar su papel fiscalizador, y estaba en acecho detrás de las persianas de su ventana que dominaban el jardín. Pudo, pues, distinguir huyendo por entre los cuadros del jardín á un desconocido, al parecer joven, y cuidadosamente vestido.

—¡Caramba!—dijo para sí—¿de dónde sale ese peregrino? La cosa es un tanto equívoca y trasciende á fruto prohibido... En fin, ya estoy dentro de la plaza, y bien astuto será quien logre echarme tierra en los ojos.

Su primer pensamiento fué hacer hablar á la doncella, pero reflexionó cuerdamente que sin perjuicio de dejarse sobornar, no vacilaría la muchacha (que tenía toda la traza de una taimada socarrona) en prevenir á su señora. Resolvió, pues, no hacer partícipe del secreto á tercera persona, y concretarse á sus particulares observaciones. No introdujo alteración alguna en sus maneras francas y joviales, pero desde aquel momento no se separó de su sobrina ni perdió de vista ninguno de sus movimientos.

Durante dos días no descubrió nada irregular en la conducta de Berta, que no salía de casa sino en su compañía y no recibía á nadie. Ni en el paseo, ni en

el manantial, ni en el casino alcanzó el marqués a descubrir un rostro sospechoso; los bañistas eran, en su inmensa mayoría, hombres maduros y poco peligrosos, y Lorenzo permanecía invisible.

Entonces apeló el marqués a una astucia que casi siempre da resultados: una mañana anunció que al día siguiente saldría para Châlons en el tren de las doce de la tarde.

—Si hay algún enamorado por medio—pensaba—y estoy seguro de que le hay... no dejaré mi sobrina de escribirle, anunciándole la marcha del tío agnafiastas. Ahora lo que hace falta es tener mucho ojo y saber el contenido de la carta...

Redobló, en efecto, su vigilancia. Después del desayuno pidióle Berta permiso para abandonarle por un rato, mientras se ocupaba en su tocador.

—No os molesteis, querida sobrina—la dijo el marqués con la mayor naturalidad del mundo;—entretanto, voy tenderme en el diván de la sala y a echar una magnífica siesta.

La sala no estaba separada del tocador más que por una puerta que permanecía abierta, y cuyos cortinones estaban echados.

Al cabo de algunos minutos, M. de Rosieres, que tenía excelente oído, creyó escuchar el ligero chirrido de una pluma sobre papel satinado.

—¡Bueno!—dijo para sí.—Ya la tenemos escribiendo un tierno billete al enamorado.

Se arrodilló con precaución en el diván, alargó el cuello, y por una abertura de las cortinas vió a su sobrina sentada, con una carpeta sobre las rodillas y ocupada en escribir apresuradamente.

Entonces M. de Rosieres se acurrucó de nuevo en el diván y con cariñoso acento, gritó:

—¡Ay! querida Berta, el sueño anda algo rebelde... ¿No tendríais en vuestra biblioteca algún libro que me ayudase a dormir?

Los libros estaban en el piso principal, y deseosa más que nunca Mme. de Brioules de complacer a su tío, se apresuró a subir para buscar lo que se la pedía. Tan pronto como salió del tocador, se metió en él el marqués. La carpeta estaba colocada encima de un velador; M. de Rosieres la abrió sin el menor escrúpulo, encontró la carta no terminada y recorrió de una ojeada su contenido. Era lacónica, pero le enseñaba todo lo que quería saber.—Por fin—escribía Berta—mañana parte el marqués en el tren del medio día y va a cesar vuestra reclusión. Os espero mañana a las ocho de la noche... «Venid como de costumbre, por la puerta chica del jardín...»

El marqués ahogó un juramento, volvió a colocar cuidadosamente la carta entre las hojas de la carpeta que dejó cerrada en su sitio, y regresó a la sala, tendiéndose hipócritamente sobre los almohadones, donde le halló Berta medio adormilado. Le llevaba el Werther.

—¡Una novela alemana! —murmuró su tío.— Esto es precisamente lo que necesitaba y ahora sí que voy á dormir á pierna suelta...

Cuando estuvo seguro de que su sobrina se hallaba completamente entregada á su *toilette*, dejó su observatorio, subió á su cuarto y escribió á su vez á Santa María:

«Inmediatamente que recibas esta carta prepara tu saco de noche sin perder un minuto, hazte conducir sobre la marcha á Sermaize y ven á dar una sorpresa á tu mujer, que tendrá un especialísimo gusto en recibirte.»

En seguida bajó sin ruido y echó á andar hacia el pueblo. Diez minutos después estaba en la oficina de Correos y depositaba su carta en el buzón, después de haberse informado de que llegaría con seguridad á su destino al día siguiente por la mañana.

—Y ahora, tortolitos míos—dijo para sí,—yo haré de modo que se sequen en flor vuestros amoreillos.

El resto del día no se separó de Berta, estuvo decididor y amable, y desempeñó tan perfectamente su papel, que no se le pasó siquiera por el pensamiento á la joven que aquel aturdido marqués tuviese la menor sospecha de su intriga.

Al siguiente día por la mañana la acompañó al manantial, almorzó alegremente, y después de darla un cariñoso abrazo, se dirigió á la estación, donde tomó billete para la de Blesmes, que es la segunda entre

Sermaize y Vitry. Una vez allí, aguardó cachazudamente el tren de la tarde, tendido en el sofá del buffet, leyendo un periódico, y preparándose un grogr. De cuando en cuando sacaba el reloj y hacía cálculos sobre la hora probable de llegada de Santa María.

—Hay diez leguas—decía—de las Islettes á Sermaize; Santa María ha recibido esta mañana mi carta, y aun suponiendo que no se haya puesto en camino hasta después de las doce del día, no necesita más de seis horas para hacer el viaje; pongamos una hora más para dar algún descanso al caballo, y podrá estar entre ocho y nueve de esta noche al lado de su mujer... Durante ese tiempo, yo me encargaré del enamorado.

¿Quién podría ser aquel galanteador que con tanto cuidado se ocultaba? ¿Lorenzo acaso?... Pero, según la señorita Sebastiana, Lorenzo estaba en vísperas de casarse. Por de contado que á los ojos del marqués, esta objeción no tenía gran peso; sin embargo, era tan desagradable la hipótesis de una aventura entre su sobrina y su hijo natural, que se esforzaba M. de Rosieres en rechazarla lo más lejos posible.

—¡En fin, allá veremos!—exclamó cuando, después de volver á tomar el tren de las siete, se apeó una hora más tarde en Sermaize.

Empezaba á caer la tarde, y el marqués, siguiendo una senda por medio de los sembrados, fué á colocarse de centinela en el centro de la hilera de sauces

que bordeaba por aquel lado la pared de la Esparaille. La noche se presentaba tranquila, un poco húmeda, y dejábase oír de cuando en cuando el áspero canto de las ranas que saltaban entre las hierbas de los taludes.

El reloj de Sermaize sonó lentamente las ocho.

—¡Atención!—dijo para sí el marqués...

Lorenzo había pasado aquellos tres días de reclusión en un estado de desasosiego físico y moral á la vez; se hallaba taciturno, sobreexcitado, dormía mal y comía peor. Aquella agitación acabó por afectar directamente á su salud; padecía frecuentes dolores de cabeza y experimentaba repentinas hemorragias por la nariz, que en otra ocasión le hubieran inquietado; pero su pensamiento estaba tan tenazmente preocupado con la ansiosa impaciencia de volver á ver á Berta, que ni siquiera prestaba atención á tan prosaicos detalles.

La alegría que sintió al recibir la carta de Mme. de Briouilles, le hizo olvidar todo lo de más. A la hora indicada salió de su casa. Había caído por completo la noche, y el joven doctor caminaba con rápido paso por el estrecho sendero que llegaba, serpenteando, hasta la puerta chica del jardín; y mientras su nerviosa planta tronchaba las matas de hierbabuena, que exhalaban al romperse un penetrante aroma, iba pensando que aquella vez no saldría de la Esparaille sin haber triunfado de las resistencias de Berta.

Harto tiempo había estado burlándose de él, y bien merecía el paciente enamorado una indemnización por aquellos tres mortales días, durante los cuales había tascado silenciosamente el freno.

Había llegado cerca de la hilera de saucos, y buscaba á tientas el picaporte de la puertecita enrejada, cuando del centro del verde ramaje salió una vaga forma masculina que se interpuso entre él y la tapia, al mismo tiempo que una voz sonora, cuyas familiares inflexiones reconoció Lorenzo inmediatamente, le dijo:

—Un instante, señor mío; tenemos antes que hablar los dos, si no lo lleváis á mal.

Lorenzo se estremeció y dió algunos pasos atrás, de manera que su rostro, saliendo de la oscuridad, apareció bajo un cielo más claro, y se destacó lo bastante para permitir al marqués conocer á la persona que tenía delante.

—¡Lorenzo!—exclamó—¡Vive el cielo!—¿Y eres tú quien me obliga á desempeñar semejante papel? .. Vete, ¡aquí no tienes nada que hacer!

—¿Qué sabeis vos, y por qué os mezclais en mis asuntos?—contestó el joven con voz sorda y colérica.

—Soy médico, la señora de Briouilles me ha llamado y voy á verla... ¿O es que pretendéis impedirme el ejercicio de mi profesión?

—¿Quieres burlarte de mí?—replicó M. de Rosieras.

—Sé que estás enamorado de mi sobrina y que acudes á una cita.

—Y aun suponiendo que así fuese—repuso irónicamente el doctor,—vos, que habeis tenido una juventud borrascosa, debíais mostraros más caritativo con el prójimo y recordar que no es de buen tono molestar á las gentes en tales circunstancias.

—¡Vive Dios! No se trata de bromas... No me tengo por un angel, y hasta comprendo perfectamente que trates de divertirme; pero así y todo, hay cosas que merecen algun respeto... Vamos, habla de buena fé: ¿no hay en el mundo bastantes mujeres guapas, sin necesidad de que vayas precisamente á introducir la perturbación en el hogar de mi sobrino, es decir, en el seno de tu propia familia?

—¡Mi familia!—respondió Lorenzo con acento de amargura.—¡Vos si que os chanceais, caballero! Habeis olvidado que vuestra familia no es la mia.

—Pero, en último termino—repuso M. de Rosieres desconcertado.—Santa María fué tu amigo, le has estrechada la mano. ¿No sientes ningún escrúpulo en quitarle su mujer?

—¿Teniais vos esos mismos escrúpulos cuando contabais mi edad?

—¡Sí, señor!...—exclamó el marqués.—He cometido locuras, no digo lo contrario; pero respeté á las mujeres casadas, y no turbé jamás la paz de los matrimonios...

—Preferíais trastornar el corazón de las muchachas crédulas, envenenando para siempre su existencia.

¿Os parece eso más moral?... Pero no es este momento oportuno para recriminaciones, y puesto que yo no me mezclo en vuestros asuntos, no os ocupéis en los míos... Y dicho esto por última vez, tened la bondad de dejarme el paso, porque se hace tarde y tengo prisa.

—¡Estás loco! ¿Olvidas que soy el tío de Santa María?...

—¡Bah! señor, vuestro sobrino es bastante talludito para defenderse á sí mismo... Ya veré lo que he de hacer cuando me lo encuentre cara á cara.

Y al decir esto, Lorenzo había cogido el picaporte de la puerta y se disponía á levantarlo. Sus últimas palabras recordaron al marqués que Santa María debía llegar de un momento á otro, y que, una vez dentro de la Esparaille Lorenzo, aquel marido, á quien él mismo había sacado de sus casillas y héchole venir apresuradamente desde el Neufour, sorprendería á Berta y al enamorado doctor en flagrante entrevista. ¡Y sería él quien hubiera puesto frente á frente á su sobrino y á su propio hijo! Instantáneamente se presentó á grandes rasgos á su imaginación el escándalo que se originaría y ¿quién sabe? acaso el deshonroso drama que sería su término. Lanzóse, pues, sobre Lorenzo, y cogiéndole por un brazo, exclamó:

—¡Mil demonios! no entrarás, te lo prohibo; ¡quieras ó no quieras, tu soy padre!

—¡Mi padre!—replicó Lorenzo.—¿Os habeis mostrado jamás digno de ese nombre?... ¿Es necesario que se pongan en juego el honor de vuestra familia y vuestro interés personal, para que os digneis recordar que sois mi padre. Pues bien, os habeis acordado demasiado tarde y no os conozco. ¡Dejadme!

Y rechazando energicamente á M. de Rosieres, abrió la puerta, la volvió á cerrar cuando estuvo dentro, echando cuidadosamente el cerrojo, y en seguida se perdió de vista entre el follaje del jardín.

Después de sacudir en vano los barrotes de la verja implacablemente cerrada, el marqués, algo confuso y avergonzado, vió desaparecer á Lorenzo en la oscuridad. A pesar de su mal humor, no podía menos de admirar la fogosidad con que el joven doctor se lanzaba en aquella aventura. El apasionado arrebatado de aquel mozo de veintiocho años, había hecho recordar al marqués sus tiempos juveniles, y casi se sentía orgulloso al descubrir su sangre de libertino en las venas de su hijo.

—¡Qué loco!—dijo entre dientes con tono á la vez furioso y entusiasmado.—Y es mi propio retrato. ¡vive Cristo!... ¡A su edad hubiera yo hecho absolutamente lo mismo!...

De pronto se dió una palmada en la frente:

—¡Voto á mil diablos!... Y el simplón de mi sobrino que á estas horas viene trotando por el camino de

Sermaize. ¡Es preciso impedir á todo trance que llegue hasta su mujer!...

Y se alejó rápidamente en dirección á la carretera.

VII

Después de cruzar el jardín de la Espalleraie dando vuelta á los arriates, y al llegar delante de la fachada principal donde se hallaba la escalinata de entrada, se detuvo Lorenzo un instante para tomar aliento.

Medio alumbrada por un tenue rayo de luna, alzabase ante sus ojos la casa con su techado á la italiana, sus oscuras ventanas con las persianas discretamente echadas y la pared por cuya superficie trepaban jazmines y madreselvas. Hasta el aspecto de la vivienda tenía un no se qué de misterioso y como un vago perfume de amores.

Subió Lorenzo con ligereza las gradas de la escalinata, quiso abrir la puerta, pero quedó asombrado al notar que estaba cerrada por la parte de adentro. Supuso que Mme. de Briulles, para desembarazarse de su doncella, la había enviado al pueblo; volvió piés atrás, consumido por la impaciencia, y acordándose de que la cocina comunicaba con el jardín al mismo

—¡Mi padre!—replicó Lorenzo.—¿Os habeis mostrado jamás digno de ese nombre?... ¿Es necesario que se pongan en juego el honor de vuestra familia y vuestro interés personal, para que os digneis recordar que sois mi padre. Pues bien, os habeis acordado demasiado tarde y no os conozco. ¡Dejadme!

Y rechazando energicamente á M. de Rosieres, abrió la puerta, la volvió á cerrar cuando estuvo dentro, echando cuidadosamente el cerrojo, y en seguida se perdió de vista entre el follaje del jardín.

Después de sacudir en vano los barrotes de la verja implacablemente cerrada, el marqués, algo confuso y avergonzado, vió desaparecer á Lorenzo en la oscuridad. A pesar de su mal humor, no podía menos de admirar la fogosidad con que el joven doctor se lanzaba en aquella aventura. El apasionado arrebatado de aquel mozo de veintiocho años, había hecho recordar al marqués sus tiempos juveniles, y casi se sentía orgulloso al descubrir su sangre de libertino en las venas de su hijo.

—¡Qué loco!—dijo entre dientes con tono á la vez furioso y entusiasmado.—Y es mi propio retrato. ¡vive Cristo!... ¡A su edad hubiera yo hecho absolutamente lo mismo!...

De pronto se dió una palmada en la frente:

—¡Voto á mil diablos!... Y el simplón de mi sobrino que á estas horas viene trotando por el camino de

Sermaize. ¡Es preciso impedir á todo trance que llegue hasta su mujer!...

Y se alejó rápidamente en dirección á la carretera.

VII

Después de cruzar el jardín de la Espalleraie dando vuelta á los arriates, y al llegar delante de la fachada principal donde se hallaba la escalinata de entrada, se detuvo Lorenzo un instante para tomar aliento.

Medio alumbrada por un tenue rayo de luna, alzabase ante sus ojos la casa con su techado á la italiana, sus oscuras ventanas con las persianas discretamente echadas y la pared por cuya superficie trepaban jazmines y madreselvas. Hasta el aspecto de la vivienda tenía un no se qué de misterioso y como un vago perfume de amores.

Subió Lorenzo con ligereza las gradas de la escalinata, quiso abrir la puerta, pero quedó asombrado al notar que estaba cerrada por la parte de adentro. Supuso que Mme. de Briulles, para desembarazarse de su doncella, la había enviado al pueblo; volvió piés atrás, consumido por la impaciencia, y acordándose de que la cocina comunicaba con el jardín al mismo

nivel de éste, no titubeó en emprender el mismo camino que Berta le había hecho seguir pocos días antes al llegar inopinadamente el marqués. Entró, pues, en el vestíbulo por el sótano y escalera de servicio, débilmente alumbrada por una vacilante lámpara de cocina. Toda aquella parte de la casa estaba desierta y silenciosa, y hasta la antesala misma se hallaba completamente á oscuras; sin embargo, dibujábase en la alfombra á lo largo de la puerta del gabinete-tocador una línea luminosa, por lo cual no tuvo ya duda Lorenzo de que allí se había instalado Berta para recibirle. Llamó ligeramente á aquella puerta, la abrió sin esperar respuesta... pero en el dintel mismo se de tuvo estupefacto.

A través de la opaca bomba, bañaba la lámpara con una claridad cenicienta la reducida habitación, cuya ventana se hallaba cerrada y caídas las cortinas; en el sofá estaba sentada Berta, envuelta en una bata blanca de cachemir, y á su lado, cubierto aún de polvo el traje de camino, se veía á Santa María de Brieulles.

No era, no, una alucinación; era el mismísimo marido en carne y hueso, con sus gruesos brodequines de campo, su levita negra de corte poco elegante, sus mal peinados cabellos y su fisonomía enfermiza, en la que relucían los hundidos ojos.

Lorenzo seguía en el umbral, inmóvil y casi petrificado.

A vista de aquel inesperado visitante, Santa María se enderezó, dirigiendo á su mujer una mirada atónita e inquieta.

Levantóse Berta, sin que se alterase un solo músculo de su rostro; solo Lorenzo adivinó la embarazosa situación en que se hallaba al sentir la mirada dura y penetrante que le lanzaron sus ojos y que casi instantáneamente fué amortiguada por la discreta caída de los párpados.

—Pasad, doctor—dijo con voz perfectamente tranquila.—M. de Brieulles tendrá muchísimo gusto en volveros á ver...

Y volviéndose luego á Santa María, añadió:

—Amigo mío, estais entre gente conocida; M. Lorenzo Husson es médico inspector de las aguas de Sermaize.

Señaló con el ademán una silla al recién llegado, y prosiguió sonriendo:

—Os agradezco, doctor, que hayais acudido á mi llamamiento... El baño de la mañana me había debilitado, pero la sorpresa que esta noche me ha proporcionado M. de Brieulles ha influido en mis nervios y me siento mejor.

Y acompañó esta frase con una mirada de halago dirigida á Santa María.

Este se levantó á su vez y alargó con poca soltura la mano al doctor.

—Tomad asiento, M. Husson—dijo.—Mucho tiempo

hacia que no nos veíamos... Sin embargo, he tenido noticias vuestras y he celebrado vuestros triunfos... Habeis llegado á ser un médico de moda, lo cual es bastante en unos tiempos en que no se cree demasiado en la ciencia.

Lorenzo contestó casi con monosílabos, y las palabras laboriosamente arrancadas [de su laringe, parecía que le quemaban la boca al pasar. A la verdad, sufría un intolerable suplicio. Estar ardientemente enamorado; correr después de cuatro días de concentrados deseos al lado de la mujer amada, calenturiento y con los labios engolosinados de besos; soñar, por vía de compensación, con tesoros de ternura, y caer en medio de una entrevista conyugal... era más que suficiente para desconcertar á un hombre aún más estóico y paciente que Lorenzo Husson. Para colmar la medida, veíase obligado á aceptar el apretón de manos y los cumplidos del mismo marido á quien iba á suplantar. Aquello era ya demasiado; semejante golpe irónico y brutal de la suerte le dejó paralizado, y creyó que se volvía estúpido.

Sentáronse los dos hombres, y Mme. de Brioules ocupó de nuevo su puesto en el sofá, al lado de su marido. Durante algunos minutos reinó en el gabinete un penoso silencio, percibiéndose únicamente el zumbido de una mosca aprisionada entre los cristales y la cortinilla de la ventana. De los tres personajes, Santa María era indudablemente, á pesar de su poco

trato de gentes y su encogimiento, el más tranquilo y menos nervioso. Blandamente recostado en los almohadones, saboreaba en calma y á sorbitos un vaso de jarabe de frambuesa que su mujer acababa de prepararle.

Berta apelaba á toda su sangre fría para aparentar una serenidad que estaba muy lejos de sentir; la repentina presentación de Santa María en la Espailletaie, á modo de una aparición prodigiosa, la había producido una turbación indefinible, presintiendo en aquella insólita circunstancia cierto misterio alarmante. En medio de la confusión producida por semejante visita, solo tuvo tiempo para hacer una seña á su doncella á fin de que corriese á casa del doctor, para darle contraorden; pero desgraciadamente la camarista llegó demasiado tarde, y vino Lorenzo á complicar la situación con su ineportuna visita.

Berta adivinaba que había sido juguete de M. de Rosieres y que al presente toda su astucia sería poca para alejar las sospechas de Santa María. Así es que se manifestaba con él atenta, previsora, solícita, casi carmota, y Lorenzo, que observaba el juego, se sentía por ello interiormente humillado y colérico. Por su parte, M. de Brioules, persuadido de que la feliz intervención del marqués había determinado aquella metamorfosis y traído á Berta al buen camino, recibía todas aquellas monerías con grave y agradecida benevolencia.

—Amigo mío—le dijo Berta retirando el vaso que acababa de vaciar,—estoy segura de que os estáis muriendo de hambre.

Santa María confesó que los vaivenes del coche le habían debilitado extraordinariamente el estómago.

—Anita no debe ya tardar; la he enviado á la fonda y espero que habrá encontrado allí algo con que improvisar una cena... El viaje ha debido fatigaros; apoyaos sobre este taburete, que el doctor os lo permite...

Y diciendo esto, acercó el mueble, y sus delicadas y hermosas manos se dignaron ayudar á Santa María á colocar en él los pies. Al mismo tiempo dirigía una mirada oblicua á Lorenzo, como para decirle:—Resignaos y poned, como yo, á mal tiempo buena cara.

—¡Sois una esposa perfecta, mi querida Berta!—exclamó Santa María, conmovido por aquella prueba de atención.

Y para demostrarla su gratitud la tomó una mano, llevósela á los labios y se la oprimió afectuosamente.

Berta permanecía en pie á su lado, y la dorada luz de la lámpara iluminaba de arriba abajo su hermosa y blanca figura, sus párpados inclinados y sus labios rojos, en que jugueteaba su pérfida sonrisa. No se movía ni manifestaba apresuramiento por eludir aquella caricia conyugal.

Sentado en su silla, como sobre un manojo de espinas, experimentaba Lorenzo en su interior extre-

mecimientos de repugnancia y de cólera. Aquella comedia le parecía tanto más odiosa, cuanto que había podido previamente sondear el corazón y recoger las confidencias de Mme de Brioules, que veinte veces le había hablado de sus antipatías y desdenes hacia el marido á quien la habían encadenado, y al verla ahora embaucar á Santa María con tan jovial naturalidad y aparente dulzura, sentíase Lorenzo herido en sus más íntimos sentimientos de delicadeza. Tanta falsía sublevaba su leal carácter; aquellas mentidas caricias le hacían subir al rostro el carmin de la vergüenza.

Las gentes extragadas por esta clase de aventuras dirán seguramente que tenía hartó quisquillosa la conciencia y manifestaba escrúpulos demasiado nimios, pero Lorenzo era novicio en tal materia y no alcanzaba á comprender las falsedades del amor prohibido. Aunque contaba veintiocho años, era la primera vez que hacía la corte á una mujer casada; las pequeñas perfidias, los humillantes compromisos que trae consigo esta clase de relaciones, eran para él otros tantos frutos desconocidos del árbol del pecado y no podía menos de encontrarle un sabor extraordinariamente amargo y nauseabundo. Aquella blanca mano que él había cubierto de besos se apoyaba en los labios de un hombre á quien Berta despreciaba, y esto en presencia del mismo á quien suponía amar... Y aquella mujer no se desmayaba de vergüenza al

solo contacto de tal caricia; lejos de eso, permanecía impasible, desplegando para engañar al marido la misma gracia felina, las mismas dulces miradas, las mismas provocadoras sonrisas que había prodigado para embriagar al amante...

Hasta entonces no había visto Lorenzo el adulterio sino bajo sus formas poéticas. A solas con Berta, en terreno neutral, lejos de la casa conyugal, había hecho lo posible por alejar de su pensamiento á aquel marido que se le aparecía á través de una bruma lejana, como una especie de abstracción; pero aquella noche no había ilusión posible, el marido estaba allí, á dos pasos, y el adulterio ridículo y vulgar se destacaba con sus mentiras, su impudor, sus situaciones ambiguas, sus brutales apetitos, y todo esto le producía náuseas.

Santa María se decidió por fin á abandonar la mano de su mujer, que dejó suavemente sobre el borde de un almohadón.

—¡Me parece que oigo á Anita!—murmuró Mme. de Brioules.—Os dejo un momento en conferencia.

Salió apresuradamente, en tanto que Santa María preguntaba acerca de las propiedades medicinales de las aguas de Sermaize al joven doctor, que contestaba lacónicamente y de una manera distraída.

Al cabo de un cuarto de hora volvió Berta, acompañada de su doncella, que traía en una bandeja un pollo fiambre, frutas y una botella de Burdeos.

—He aquí—dijo—todo lo que ha podido encontrar Anita... Mañana os trataremos un poco mejor.

—Es más que suficiente—contestó Santa María, acomodándose delante del velador.—No estoy acostumbrado en el Neufour á tanto regalo para mi comida ordinaria, de modo que esto es mimarme como á un niño...

Y se puso á comer con ese apresuramiento glotón que suele verse entre gentes que hacen gala de despreciar las delicadezas y refinamientos de la vida material.

—Ya veis, Sr. Husson—prosiguió con la boca llena—¡ya veis cómo se cuida á los maridos! Un soltero regresando á su casa, se habría visto en el caso de acostarse sin cenar... El matrimonio tiene sus pequeños goces que no son de despreciar... Ya lo vereis muy pronto de cerca, porque si he de dar crédito á lo que en las Islettes se cuenta, estais á punto de contraer matrimonio.

—¡Hola!—dijo Berta, lanzando á Lorenzo una mirada tan afilada y penetrante como la hoja de un puñal.—No me habíais dicho nada de eso, doctor.

—No os he hablado de ello, señora, porque ese casamiento no se llevará á cabo, desgraciadamente—repuso Lorenzo con extraño acento de amargura.

Habíase puesto en pié y tomado el sombrero, en tanto que Santa María le miraba con expresión amedrentada.

—¡Perdonadme!—balbuceó M. de Biéulles.—Es una lástima... Lo siento...

—¡No tanto como yo—os lo juro!—exclamó Lorenzo con cierto arrebató mal contenido.

Acto continuo saludó y salió.

Berta le acompañó hasta la entrada de la antesala: sin proferir una palabra le deslizó entre los dedos una cartita que había logrado garrapatear durante su breve ausencia, y en seguida volvió rápidamente al gabinete-tocador, donde Santa María continuaba su cena.

Una vez fuera de la casa, estrujó Lorenzo con disgusto aquel papel que le quemaba los dedos, y sin mirarle siquiera, le hizo menudos pedazos que esparció por el suelo. Su pasión por Berta había concluido bruscamente, anonadada por el desprecio. Por muy violento que sea el amor que no tiene más raíces que el deseo de la posesión y se desarrolla en una atmósfera artificial, no resiste á la primera corriente de aire puro con que se pone en contacto: un soplo ardiente le dió vida y un soplo helado le mata. Se parece á esas magníficas flores de estufa que se abren bajo la influencia de un calor ficticio y que caen marchitas tan pronto como se la expone al aire libre.

Lorenzo seguía su marcha con tardo paso, arrastrando consigo el cadáver de aquel amor tan exuberante de vida una hora antes. Cuando alcanzó á descubrir detrás de los árboles la sombría masa de

su vivienda, varió de pronto de dirección, porque la idea de entrar en aquel hogar silencioso y pasar allí una noche sin sueño, le producía una especie de vago temor. ¡Si al menos hubiera estado allí Sofia! ¡si hubiera podido abrazarla y abrirla su corazón!... Pero ir á encerrarse entre cuatro paredes, sin otra compañía que la propia conciencia, y cuando ésta no tiene nada halagüeño que decirnos, es una entrevista poco apetecible.

Lorenzo volvió, pues, la espalda á su morada, y cruzando por entre las calles del pueblo dormido, se metió en el bosque.

Sentía la necesidad de movimiento para aturdirse, y entró en la larga avenida verdosa que se abre en dirección á Trois-Fontaines. El cielo estaba cubierto: los árboles del lindero, apretados unos contra otros, formaban á cada lado una oscura muralla, y entre aquella espesa sombra se destacaban apenas la indecisa blancura del camino y la estrecha franja de cielo gris que huían paralelamente. No se escuchaba el menor ruido; tan solo de cuando en cuando el prolongado silbido de una locomotora y el sordo rumor de un tren en marcha salían del fondo de la llanura á romper la monotonía del solemne silencio de los bosques.

Lorenzo caminaba hacia adelante sin vacilar. Jamás se había considerado tan infeliz; sentía un profundo vacío en su corazón, vacío á la vez pesado y dolo-

roso. Después del naufragio de su amor á Valentina, habíase empeñado desesperadamente en la pasión que Berta había tenido la habilidad de encender en su pecho, y aquella pasión acababa de disiparse por sí misma como una ráfaga de humo, no dejando tras sí más que un nuevo remordimiento y amargo disgusto. Volvía á encontrarse solo como antes, pero con un sentimiento de decadencia, con una sensación de hastío que le hacían insupportable la vida. Hasta entonces, si había sufrido, era por culpas ajenas, y al menos en su fuero interno conservaba, como un fresco manantial de consuelo, la estimación de sí propio; mas ahora aquel manantial se había agotado; sentía vergüenza de su conducta; se había envilecido y rebajado voluntariamente, y no hallaba dentro de sí nada que no estuviese seco y árido como un desierto.

En tanto que iba andando maquinalmente, habiendo dejado á su espalda la plazoleta donde la ruinoso nave de la abadía dibujaba su perfil sobre el fondo gris del cielo, semejante al casco desarbolado de un buque naufrago, había ido arreciando el viento, estremecíanse las hojas y empezaban á caer algunas gotas de agua. Sin advertirlo siquiera, prosiguió caminando de igual modo por espacio de una hora. La lluvia, cernida al principio en menudas gotas por el viento, llegó á convertirse en un verdadero aguacero, produciendo en el bosque un murmullo sordo, monótono y continuo.

Poco á poco iban aclarándose á derecha é izquierda los árboles y la trinchera se convirtió en un camino despejado, á cuya revuelta entrevió Lorenzo, á través de una bruma oscura, el diseño de un estrecho valle, de donde partía el hervor de una presa ó esclusa. Entonces reconoció el valle del Saulx y Robert-Espagne.

No había vuelto por aquel camino desde la noche de San Juan, y sintió oprimirsele dolorosamente el corazón al distinguir, á través de las ráfagas de lluvia, la masa confusa de las casas y huertos que bordean el río. — Allí estaba Valentina. — Tal vez alguna de aquellas luces que oscilaban en la oscuridad partía de la ventana misma de su cuarto. Aquella era la hora en que tenía Valentina por costumbre subir á su cuarto y disponerse para entregarse al descanso. En tanto que él vagaba por los linderos del bosque vacío el corazón, vacía la cabeza, no sabiendo ya qué hacer de su desencantada existencia, tal vez velaba Valentina recordando la tarde de la última festividad del Córpus... Tan indigno de ella se consideraba Lorenzo, que había llegado hasta el extremo de desear que le hubiera olvidado. ¿No era esto cien veces mejor? Suponiendo que, por un milagro, le hubiera dicho hoy el recaudador: — «Consiento en daros á Valentina,» ¿habría podido en conciencia Lorenzo aceptar semejante dicha? ¿Habría tenido valor para sostener la mirada serena y pura de la honrada muchacha?

cha á quien habia hecho traición y de quien habia renegado á las plantas de Mad. de Briouilles?

Y súbitamente se trasladó con el pensamiento al primer día en que vió á Valentina á través de las flores del altar portátil, mientras lanzaban al viento sus alegres sonidos las campanas de Jouvigny. Recordó aquellos claros días de su vida estudiantil, cuando se entusiasmaba con la lectura de los idilios de Teócrita, cuando el mundo se abría á sus ojos á manera de un jardín encantado. Y el mundo no habia sufrido de entonces acá ninguna metamorfosis; la tierra tenia flores, pájaros, libros llenos de poesía, mañanas apacibles pobladas de sonos armoniosos y de cristalinos susurros; Lorenzo, sí, Lorenzo, era quien habia cambiado. Las regiones donde habia sonado y amado se habian desvanecido, y ya no alcanzaba á ver sino páramos tristes y descoloridos.

Contempló todavía un instante aquel vallecito del Saulx, que habia conocido bañado de sol, cubierto de verdor y de flores, y que aquella noche estaba sombrío y agitado como su mismo corazón. Parecíale que hasta la naturaleza, compadeciéndole, se deshacia en lágrimas al verle tan desdichado, y entonces volvió la espalda á aquel paraíso perdido y volvió á meterse en el bosque inundado de agua.

Caminaba con tardo paso sobre aquel terreno rojizo y empapado; la lluvia habia calado sus ropas, que se le ceñían al cuerpo, dificultando sus movi-

mientos, y sentíase horriblemente fatigado. Al pasar cerca de un sitio donde se habia hecho recientemente una corta de leñas, vió no lejos de sí una choza de leñadores abandonada y se refugió en ella. El techado de musgo habia preservado de la humedad el piso de la cabaña, y en uno de los rincones habia algunos helechos secos amontonados; dejóse caer sobre ellos sin aliento, y no sintiéndose ni siquiera con fuerzas para discurrir, se puso á escuchar maquinalmente el ruido del aguacero. Sentía oprimidas las sienes, y parecía que le descargaban fuertes martillazos en la cabeza. De cuando en cuando quedábase como adormecido, pero sueños calenturientos le hacían despertar sobresaltado, y con los ojos medio abiertos aplicaba el oído al rumor incesante de la lluvia. Hacia la conclusión de la noche se quedó dormido y perdió por completo la noción de las cosas.

Cuando volvió en sí clareaba el alba, habia cesado la lluvia y piaban los pájaros sacudiéndose las plumas. Se despertó completamente embotado y tiritando; castañeteábanle los dientes, sentía pesadísima la cabeza y como paralizados los miembros. A costa de un violento esfuerzo se puso en pie tambaleándose, y salió de la choza para disipar su malestar al contacto del aire libre; mas apenas trató de dar unos pasos en dirección al camino, cuando experimentó un vahido, dobláronsele las piernas, se arrastró hasta el talud de la zanja, y allí se dejó caer...

Aquel mismo día, Eustaquio Lapasque, que tenía que hacer una larga caminata, se levantó antes de amanecer, mientras todo el mundo dormía en su casa; bajó de puntillas á la cocina, todavía á oscuras, y encendió fuego para calentar su desayuno de todas las mañanas, que consistía en una taza de café puro. Acto continuo calzóse sus gruesos borceguies, bien engrasados, se abrochó las polainas de tela azul sobre sus delgadas piernas de cigüeña, é introdujo cuidadosamente en la cartera las copias de notificaciones ejecutivas, el estuche que contenía tintero y plumas, un gran zoquete de pan y el frasco del aguardiente. Confortado por dentro con el café caliente, minuciosamente ataviado y abotinado, empuñó su bastón de boj, y alzando sin ruido el picaporte de la puerta del jardín para no despertar á Lucrecia, salió á campo raso.

Sereno el espíritu y tranquila la conciencia, caminaba Eustaquio á largo paso; abríanse sus piernas como las ramas de un inmenso compás, y pisaba los rastrojos sin miedo al abundante rocío. En un cuarto de hora llegó á la colina, y acortando el paso á la subida, se metió en el bosque rumiando sus pensamientos; pensamientos honrados, breves y metódicos, excesivamente humildes y tan poco absorbentes como los que pueden anidarse en el cerebro de un alguacil de genio dulce y condición apacible. ¿Si estarían todas las notificaciones extendidas en orden en su li-

breta?... ¿Si habría enviado Lucrecia al registro los protestos de la víspera?... ¿Si habría quedado su flauta bien escondida y resguardada de las pesquisas de Amaury, que tenía, como su padre, decidida vocación á tañirla?... ¿Si acabaría sus correrías á tiempo de llegar á su casa á la hora de comer?...

—¡Bondad divina! ¡un hombre asesinado!— exclamó el buen Eustaquio, cuya imaginación nutrida de causas criminales no veía por do quiera sino golpes y heridas.

Se acercó con precaución, apartó con mano temblorosa los hipéricos y avenas locas que cubrían en parte la cabeza de la víctima, y dejó escapar un grito al reconocer el pálido rostro de Lorenzo Husson.

La exclamación de Eustaquio se escapó de su larga laringe con un sonido de flautín tan agudo y penetrante, que imprimió cierto sacudimiento á los nervios del doctor, haciéndole volver de su desmayo. Entreabrió los ojos, separó los labios, é incorporándose un poco sobre el codo, dijo suspirando:

—¡Ah! ¿dónde estoy?

—En la zanja de Robert-Espagne— Sr. Husson— contestó el alguacil— y aquí tenéis, para servirlos, á Eustaquio Lapasque... ¿Qué os ha ocurrido? ¿Habeis sido asaltado por algunos malhechores?

Lorenzo abrió por completo los ojos, conoció á su interlocutor, y volvió poco á poco en su acuerdo.

—No—dijo con voz débil;—esta noche me ha acometido un extraño desfallecimiento, no he tenido fuerzas para moverme de aquí... y aquí me he quedado.

—¡Cómo! ¿Con esta lluvia torrencial?... ¡Pobre señor! Están empapados vuestros vestidos y fácilmente hubierais podido perecer sin auxilio alguno... ¡Esperad!

Metió Eustaquio la mano en su cartera, sacó y destapó el frasco, y dijo aproximándole á los labios de Lorenzo:

—Es aguardiente; tomad un sorbito, que esto os confortará.

—Obedeció Lorenzo y trató de levantarse.

—¡Estoy deshecho!—exclamó—Parece que se me abre la cabeza.

—No podeis permanecer aquí—prosiguió Eustaquio—y tampoco hay que pensar en volver á Sermaize... Tomad mi brazo y haced un esfuerzo para andar hasta que lleguemos á Robert Espagne; os llevaré á mi casa y allí podreis secaros.

Hizo Lorenzo un signo afirmativo y, con el auxilio de Eustaquio, consiguió ponerse en pié. El aguardiente que había bebido le entonó algun tanto y, agarrándose al brazo del alguacil, pudo echar á andar casi á rastras. Bajaron lentamente y llegaron á los prados resplandecientes de rocío y de luz. Aunque el trayecto era corto, se hizo con mucho trabajo y tardando casi una hora.

Lorenzo no cesaba de tiritar y el horrible dolor de cabeza que experimentaba le oscurecía casi por completo la vista. Para librarse de la curiosidad de las gentes del pueblo, le condujo Lapasque á su casa atravesando por los huertos. Cuando llegaron á duras penas hasta la cocina, vieron que la casa estaba desierta, y la campesina que arreglaba la vivienda del alguacil le participó que Lucrecia y los niños habían marchado al jardín del recaudador.

Lapasque colocó á su enfermo en un gran sillón, encendió una buena fogata, y confiándole á la custodia de la sirvienta, corrió á buscar á Lucrecia.

Hallóla, en efecto, en el fondo del jardín de M. Maurin, ayudando á Valentina y sus hermanas á la recolección de ciruelas destinadas á la compota. Madame Lapasque y las jóvenes hermanas, armadas de largas pértigas, sacudían con fuerza las ramas de los crucos y hacían caer al suelo, á modo de granizo, las doradas mirabelas y las endrinas rojas y violáceas, con gran contentamiento de los niños Lapasque, que piaban como tiernos polluelos y se empujaban para recoger la fruta y llevarla á las canastillas donde Valentina hacía el apartado.

Desde el día de San Juan, la linda «flor de vida» había padecido mucho; sus ojos castaños, siempre limpidos, estaban orlados de un círculo sombrío, y su fisonomía, de ordinario tan animada, tenía una expresión lánguida y meditabunda.

—¡Esposa mía!—gritó Lapasque al llegar á aquel sitio.

—¡Virgen santa! ¡Lapasque!—exclamó Lucrecia.—
¡Vaya un susto que me has dado! .. Pero vienes pálido como la cera... ¿Qué sucede?... ¿Por qué te has vuelto?

—Sucede—contestó Eustaquio sofocado—que me he encontrado al doctor Husson sin sentido en la zanja de Robert-Espagne y lo he traído á nuestra casa.

—¡Ah! Dios mío!

Al oír el nombre de Lorenzo, habíase levantado de pronto Valentina; sucesivamente se había puesto encarnada y pálida, y, por último, con los ojos desmesuradamente abiertos por la ansiedad, estaba inmóvil cerca de Lucrecia y de Eustaquio. Este refirió brevemente lo que sabía.

—Yo le creo seriamente enfermo—continuó.—Ya veis, acostarse sobre el santo suelo en una noche tan empecatada como la última... No basta ser médico para librarse de atrapar una enfermedad... Tiene la cabeza y las manos abrasando, y al propio tiempo tiritita con todo su cuerpo como en el rigor del invierno... Es preciso acordar lo que hemos de hacer con él. ¿Le llevaremos á Sermaize, ó le dejaremos en nuestra casa?

Valentina volvió sus ojos hacia los de Lucrecia con tan elocuente expresión de súplica, que su amiga la

comprendió inmediatamente, y como tenía buen corazón, contestó con tono resuelto:

—Hay que dejarle con nosotros.

—Pero—objetó el previsor Eustaquio—si se declarase, por desgracia, alguna calentura maligna... ¡Piensa en nuestros hijos!...

—Es preciso dejarle—repitió Lucrecia con decisión.—Los niños dormirán abajo y á monsieur Lorenzo le pondremos en la alcoba de arriba... Sería falta de conciencia obligarle á ponerse en camino en semejante estado, y harto acreedor es á nuestra consideración, siquiera por el interés con que asistió á nuestro Cayetano. Ea, vámonos á casa inmediatamente... Os dejo los niños, Valentina; ya me los enviareis más tarde.

Los ojos de la señorita Maurin, que se hallaban humedecidos, dirigieron una ardiente manifestación de gratitud á Lucrecia, y los esposos Lapasque se alejaron.

Encontraron á Lorenzo amodorrado y calenturiento en el sillón: la pobre Lucrecia prorrumpió en un gemido á vista de las facciones descompuestas y los vestidos empapados de agua del doctor; sin perder un instante, corrió á la alcoba alta y lo dispuso todo para instalar allí al enfermo, en tanto que por orden suya tendía Eustaquio las ropas de cama delante del fuego y llenaba de brasas de carbón el antiguo calentador de cobre amarillo.

Una vez hecha la cama y bien calentada, Lucrecia y Eustaquio lograron, con cariñosas frases, sacar a Lorenzo de su sopor y le ayudaron a subir la escalera. Sin desplegar los labios, con la cabeza oscilante y los ojos medio cerrados, contentábase Lorenzo con responder por señas, esforzándose por hacer asomar una ligera sonrisa a su rostro.

Eustaquio le desnudó, le puso una camisa bien caliente y le metió en el lecho.

—Ahora—dijo Lucrecia cuando el alguacil estuvo abajo—es preciso que tomes un coche en la posada y vayas a Sermaize para avisar a su tía de lo que ocurre.

—¿Y mis notificaciones?—exclamó Eustaquio alarmado.

—Las haré esta tarde... Yo, entretanto, enviaré a buscar al anciano médico de Jean d'heures.

Eustaquio era un dechado de obediencia. Volvió a coger su cartera, abrazó a Lucrecia, tomó su bastón de boj y echó a andar, no sin que le arrancase un suspiro el pensamiento de su comida de mediodía, que se iba haciendo por momentos más problemática.

La señora Lapasque se quedó a la cabecera de Lorenzo. Este, todavía muy tembloroso, pero algo confortado con el suave calor del lecho, parecía respirar con menos trabajo. Su rostro expresaba una especie de beatífica laxitud; aspiraba con placer el olor de las sábanas que trascendían a raíz de lirio;

sus ojos contemplaban con infantil curiosidad las cortinas amarillas bordadas de encarnado, el papel gris salpicado de ramos de rosas, la corona de flores de azahar de Lucrecia colocada bajo un fanal en el centro de la chimenea, los redondeles en mosaico de paño multicolor tendidos en el respaldo de cada silla... Enseguida volvieron a cerrarse sus párpados bajo el peso del fuerte dolor de cabeza. Su cerebro estaba lo mismo que el cuerpo, calenturiento y embotado. De cuando en cuando pensaba: «Estoy muy malo;» pero su debilidad de espíritu era tal, que no se preocupaba demasiado con tal idea. Cerraba los ojos sin pararse a reflexionar si volvería a abrirlos; solo pensaba en una cosa, a saber: que después de la pesadilla de la noche última, era una delicia descansar en aquella ancha cama calentita, y olvidarse de todo...

—¿Os sentís bien?—preguntó a media voz Lucrecia, apoyando cariñosamente su fresca mano en la ardorosa frente del enfermo.

Este movió los párpados y contestó débilmente.

—Sí... muchas gracias.

Enseguida echó hacia atrás la cabeza en la almohada, y volvió a quedar sumido en un profundo letargo.

VIII

Dejamos a M. de Rosieres de centinela en el cami-

Una vez hecha la cama y bien calentada, Lucrecia y Eustaquio lograron, con cariñosas frases, sacar a Lorenzo de su sopor y le ayudaron a subir la escalera. Sin desplegar los labios, con la cabeza oscilante y los ojos medio cerrados, contentábase Lorenzo con responder por señas, esforzándose por hacer asomar una ligera sonrisa a su rostro.

Eustaquio le desnudó, le puso una camisa bien caliente y le metió en el lecho.

—Ahora—dijo Lucrecia cuando el alguacil estuvo abajo—es preciso que tomes un coche en la posada y vayas a Sermaize para avisar a su tía de lo que ocurre.

—¿Y mis notificaciones?—exclamó Eustaquio alarmado.

—Las haré esta tarde... Yo, entretanto, enviaré a buscar al anciano médico de Jean d'heures.

Eustaquio era un dechado de obediencia. Volvió a coger su cartera, abrazó a Lucrecia, tomó su bastón de boj y echó a andar, no sin que le arrancase un suspiro el pensamiento de su comida de mediodía, que se iba haciendo por momentos más problemática.

La señora Lapasque se quedó a la cabecera de Lorenzo. Este, todavía muy tembloroso, pero algo confortado con el suave calor del lecho, parecía respirar con menos trabajo. Su rostro expresaba una especie de beatífica laxitud; aspiraba con placer el olor de las sábanas que trascendían a raíz de lirio;

sus ojos contemplaban con infantil curiosidad las cortinas amarillas bordadas de encarnado, el papel gris salpicado de ramos de rosas, la corona de flores de azahar de Lucrecia colocada bajo un fanal en el centro de la chimenea, los redondeles en mosaico de paño multicolor tendidos en el respaldo de cada silla... Enseguida volvieron a cerrarse sus párpados bajo el peso del fuerte dolor de cabeza. Su cerebro estaba lo mismo que el cuerpo, calenturiento y embotado. De cuando en cuando pensaba: «Estoy muy malo;» pero su debilidad de espíritu era tal, que no se preocupaba demasiado con tal idea. Cerraba los ojos sin pararse a reflexionar si volvería a abrirlos; solo pensaba en una cosa, a saber: que después de la pesadilla de la noche última, era una delicia descansar en aquella ancha cama calentita, y olvidarse de todo...

—¿Os sentís bien?—preguntó a media voz Lucrecia, apoyando cariñosamente su fresca mano en la ardorosa frente del enfermo.

Este movió los párpados y contestó débilmente.

—Sí... muchas gracias.

Enseguida echó hacia atrás la cabeza en la almohada, y volvió a quedar sumido en un profundo letargo.

VIII

Dejamos a M. de Rosieres de centinela en el cami-

no por donde debía venir Santa María para llegar á Sermaize. Allí estuvo de plantón durante una hora larga, unas veces andando, para hacer algun ejercicio, otras recostado en un árbol, abriendo desmesuradamente los ojos y aplicando el oído al menor rumor y sin ver llegar al que esperaba.

Dieron las nueve. Habíanse retirado los últimos paseantes temiendo á la lluvia que amenazaba; el camino había quedado totalmente desierto, y hasta en el pueblo iban poco á poco extinguiéndose los ruidos. Solo á intervalos se oían las notas lejanas de un piano en un cuarto de alguna fonda, y el balido de algunas ovejas dentro del aprisco.

El marqués aguantó el poste durante otra media hora, y luego, perdida la paciencia, echó á andar hacia la Espailleraie.

—¡Vive Dios! —gruñía.—¡Si ese visionario de Santa María habrá tenido el capricho de faltar á su palabra!

Siguió andando hasta llegar á la puerta de la Espailleraie. La casa estaba oscura, silenciosa y como sepultada en profundo sueño.

¿Estaría allí aún Lorenzo, ó habría tenido Berta siquiera la prudencia, sabiendo que había regresado el tío agua-fiestas, de despedir temprano á su amante?

M. de Rosieres quiso á todo trance saber á qué atenerse, y desandando el camino hasta la primera posada, preguntó las señas de la casa del doctor

Husson. Era incapaz de soportar durante largo tiempo la incertidumbre, y aun á riesgo de encontrarse con Sofia, estaba decidido á esperar á Lorenzo en su propia morada.

Había luz en las ventanas de la planta baja. El marqués llamó y preguntó á la sirvienta.—No, el doctor Husson no había vuelto todavía pero no podía tardar, y si el caballero visitante quería tomarse la molestia de entrar, hallaría en la sala á una dama que ya estaba esperando al médico.

El marqués venía ya cansado de sus paseos en la carretera; además, empezaba á lloviznar, y se resignó á seguir á la doméstica; pero al poner el pie en el dintel de la sala, no pudo contener un grito de sorpresa al ver á la visitante que le había precedido.

Tiesa en una silla y desnuda la cabeza, la señorita Sebastiana de Pierbois estaba cerca de la lámpara haciendo media, tan pacíficamente y tan á sus anchas como si se encontrara en su propio gabinete de las Petites-Islettes.

—¡Diablo! —exclamó M. de Rosieres.—¡Vos también aquí, madrina! Por lo visto esta noche es la noche de los encuentros... ¿Y qué diantres hacéis en Sermaize?

—¡Buenas noches! —contestó con su voz hombruna la señorita Sebastiana.—Ya lo estás viendo, aguardando á Lorenzo. Por espacio de dos meses me ha

estado barrenando los oídos con la cantilena de que iba á casarse, y despues ni una palabra. Entonces me he acordado de tus augurios de la otra tarde, me he escamado, y como me intereso por ese chico y ha concluido la cocción en la fábrica y se suspenden los trabajos durante quince dias, he caido esta tarde, sin decir agua va, en casa de mi sobrino Noirel, y aquí me tienes... Y ahora, ¿haces el favor de decirme dónde está Lorenzo y qué es lo que pasa?

—Lo que pasa, ¿eh?—contestó el marqués dejándose caer en una silla.—Preparad, excelente madrina, vuestros castos oídos, porque vais á oír lindezas. Lo mismo piensa ese tuno de Lorenzo en casarse que yo en hacerme fraile cartujo; yo adiviné la verdad, corteja á mi sobrina de Brieuilles.

—¿Tienes pruebas de ello?—preguntó la señorita de Fierbois, encogiéndose de hombros y clavando la aguja en sus cabellos alborotados.

—¡Pruebas!... Sois, madrina, tan incrédula como Santo Tomás... ¿Qué más prueba que acabar de ver por mis propios ojos al camarada entrar nocturnamente y de tapadillo en la casa de mi sobrina por la puerta del jardín? Traté de detenerle el paso, echándole una buena reprimenda... ¡Que si quieres! Estaba furioso... ¡Vive Dios que tiene sangre caliente!... Mi sermón y yo nos hemos quedado á la puerta, en tanto que vuestro Benjamín corría á su cita.

Refirió brevemente á Sebastiana lo ocurrido desde

su llegada á Sermaize, y la vieja fruncía las cejas, hacia girar sus grandes ojos dentro de las órbitas y prorrumplía en sordos gruñidos á medida que se acentuaba la escandalosa relación de M. de Rosieres. Este, por su parte, encontraba tan graciosa la ave-natura, que al contarla, había recuperado su buen humor y sus maneras atolondradas.

—Vamos á ver, madrina—la preguntó por último, cruzándose de brazos y extendiendo las piernas en ademán triunfal,—¿qué decis de esto?

—Digo que los hombres son unos tunos rematados—gruñó la señorita de Fierbois—y que tu Lorenzo vale tan poco como tú mismo... ¡Ah! ¡tiene á quien parecerse el pícaro y no puedes renegar de él, á fé mia!

—Al contrario, él es quien reniega de mí, y hasta me ha espetado en mis barbas verdades bastante duras durante nuestra conferencia entre la hilera de saucos y aquella maldita puerta.

—¡La tal Berta Fontenille!—prosiguió furiosa la señorita Sebastiana.—¡Fíate en esas remilgadas con su traza de armiños confitados en nieve!... Pero, ¿qué tienen en el cuerpo esas criaturas para embrujar así á los jóvenes honrados? ¡Merecía esa ser azotada y chamuscada en la plaza pública!

—¡Diablo! no vais poco lejos—la interrumpió el marqués.—¿Qué sería entonces de este pobre mundo?... ¿Veis, madrina, como no entendeis una pala-

bra de estas cosas?... Esa melindrosa Berta es seductora y gatita hasta la punta de los dedos. Es una engatusadora, yo os lo aseguro, y entiendo de estas cosas... Las mujeres de pupilas azules, cutis blanco y cabello negro—continuó guiñando un ojo y haciendo castañetear la lengua—son lo más... Basta, yo me entiendo... ¡Ah! Lorenzo es un tunante afortunado, y quedese entre nosotros, madrina, al mismo tiempo que le reprendía con dureza, os aseguro que me interesaba esa mala cabeza... Tenía que violentarme para no darle un abrazo, y hasta me arrepentía de haber prevenido á ese inocentón de marido... ¡Las once!—dijo interrumpiéndose para escuchar el reloj de Sermaize.—¡Y ese Lorenzo no parece!... ¡Sabeis que la cosa empieza á ser alarmante? Si al menos tuviese yo la seguridad de que mi sobrino había retardado su marcha...

En aquel momento entreabrió la sirvienta la puerta de la sala. También ella empezaba á inquietarse por la ausencia de su amo y la persistencia de aquellos dos desconocidos en esperarle á hora tan descompensada.

—No vuelve M. Husson—dijo—y ya va haciéndose tarde... El caballero y la señora deberían regresar á su hotel, si no quieren encontrarse después con la puerta cerrada.

—Hija mia—contestó la señorita Sebastiana, volviendo á tomar su media—somos amigos de vuestro

amo y le esperaremos hasta mañana por la mañana... Avisad á mi sobrino M. de Noirel que pasará aquí la noche.

Esta contestación, formulada con enérgico acento intimidó á la sirvienta, quien abriendo desmesuradamente los ojos y la boca, se quedó un rato contemplando á aquella mujer resuelta que disponía y obraba como si estuviese en su casa.

—Sí, hija mia—añadió por su parte el marqués—haced lo que se os dice y acostaos en seguida; nosotros esperaremos al doctor tendidos cada uno en un sillón... Una mala noche pronto se pasa.

Una hora después reinaba en la casa profundo silencio. M. de Rosieres, que no aguantaba las luces demasiado vivas, había bajado la mecha de la lámpara, y la señorita Sebastiana, envuelta la cabeza en un pañuelo, procuraba dormirse. De cuando en cuando se despertaban los dos, escuchaban la lluvia que azotaba los cristales y el viento que gemía en los árboles, y volvían á caer en una vaga somnolencia.

El marqués, á quien no satisfacía gran cosa aquella manera de dormir, era el que se mostraba más agitado; sentía hormiguillo en los pies, y se volvía y revolvió en su asiento como una carpa sobre la hierba. Hacia el amanecer, oyóse el canto de un gallo en el corral, y M. de Rosieres se incorporó sobresaltado, profiriendoun juramento. Habíase apagado la lám-

para, despidiendo un olor nauseabundo, que hizo estornudar á Sebastiana.

—¿Qué hora es?—preguntó ésta estirándose y bostezando.

El marqués hizo sonar su reloj de repetición.

—¡Las tres!—dijo—Se conoce que el muy tuno, se encuentra á gusto... A su edad no se tiene tiempo para contar las horas...

—¡Esto es insufrible!—gruñó la señorita Sebastiana.—¡Oh! ¡qué canallas de hombres!

—No participa Mme. Berta de vuestra opinión, por lo visto...

—Haz favor de no provocarme y de dejarme en paz.

Volvieron ambos á acurrucarse en su sillón, y esta vez, vencidos por la fatiga, se durmieron completamente.

Era ya entrado el día cuando la llegada de la sirviente les despertó azorados.

—¿Ha vuelto vuestro amo?—preguntó la señorita de Fierbois, despojándose de su pañuelo.

—¡Ay! no, señora; yo no sé lo que puede haberle ocurrido—contestó la pobre moza, aturdida.

Cuando se alejó, murmuró el marqués:

—Por quien soy que me arriesgo á efectuar un reconocimiento hacia la Espailleraie.

Se levantó dando resoplidos, se arregló el traje y echó á andar hacia la casa de Mme. de Brieuilles.

Al cabo de un cuarto de hora regresó medio ape-

sadumbrado, medio satisfecho, ofreciendo la complicada expresión de su semblante un insólito aspecto, pues al paso que su mirada burlona chispeaba y sonreía, el labio inferior alargado y mohino anunciaba algun contratiempo.

—¿Qué hay?—exclamó la señorita Sebastiana.

—No vuelvo de mi asombro, y sería cosa de morir-se de risa, si no fuese porque debe haber en todo esto algun misterio. Figuraos, madrina, que cuando Lorenzo entró en la Espailleraie ya estaba allí Santa María. Mi buen sobrino había entrado por la puerta de la verja, en tanto que yo sermonéaba á nuestro enamorado á la puertecilla del jardín. La doncella, que es una ladina, me lo ha contado todo... El pobre Lorenzo, que se relamía pensando en la hora de los amores, no ha oído sonar más que la hora de los maridos. ¿No ha pasado tanto tiempo como os figurais en la Espailleraie, porque á las nueve se despidió de los dos cónyuges. ¿Y sabeis, madrina, cómo ha terminado la comedia?

El rostro del marqués tomó un aire picaresco, sus labios se aproximaron al oído de la señorita Sebastiana, y la refirió en voz baja el resto de la aventura de Mme. Berta.

—No ha hecho más que cumplir con su deber!

—dijo con tono seco la señorita de Fierbois.

—Vaya, madrina, si no fuésemos novicia en ciertas materias, sabríais que hay circunstancias en que el

cumplimiento del deber constituye por sí solo un acto heroico... De todos modos, me siento orgulloso cuando considero que yo he sido quien ha operado esa reconciliación... Si en el cielo han llevado la cuenta de mis pecados, espero se me tomará en descargo esta buena acción, que compensa todas las faltas que he podido cometer.

—Pero, ¡Lorenzo, Lorenzo! ¿qué ha sido de él?—exclamó la vieja con impaciencia.

—¡Ah! ¡mil diablos! aquí es donde comienza el misterio... ¿Queréis que os diga una cosa?... Pues me figuró que el tunante tiene más de un trapicheo, y habrá ido á consolarse en otra parte con alguna linda cliente menos vigilada. A falta de pan, buenas son tortas; por lo menos, eso es lo que hubiera yo hecho á su edad.

—¡Tú!—exclamó indignada la señorita Sebastiana—tú fuiste siempre un licenciado, sin fe y sin ley; pero Lorenzo no tiene, á Dios gracias, tu versatilidad y ligereza, y mucho me temo que haya tomado la cosa más á pecho de lo que tú te figuras.

—¡Bah!—repuso el marqués, cuya móvil fisonomía reveló cierta especie de inquietud,—teneis la fatalidad de verlo todo negro...

A este punto llegaban de sus reflexiones, cuando un coche se detuvo delante de la puerta; oyóse en seguida un campanillazo, y simultáneamente se estremecieron los dos interlocutores, agitados por idéntico

presentimiento, en tanto que la sirvienta introducía á Eustaquio Lapasque y anunciaba éste que traía noticias del doctor.

—¿Le habeis visto? ¿dónde está?—exclamó impetuosamente la señorita de Fierbois.

—En mi casa, en Robert-Espagne... Le hemos acostado entre mi mujer y yo—contestó Eustaquio con timidez.

Y refirió la lamentable situación en que había encontrado á Lorenzo.

—¿Qué te decía yo?—exclamó severamente la señorita Sebastiana, volviéndose hacia el marqués, cuyo rostro se había alargado al escuchar el relato del alguacil.—¿Habeis traído un carruaje, no es verdad? Pues partiremos en vuestra compañía... Mi sobrino Noirel enviará un despacho telegráfico á la señorita Sofía... ¡Pobre mujer! ¡Qué ajena está de lo que la espera!... Ea, pronto, ahijado, muévete... Antes de diez minutos estaré dispuesta y echaremos á andar.

Con su habitual viveza, no tardó en llegar á la fábrica de vidrios. M. de Noirel se encargó de ir inmediatamente á la estación y expedir un telegrama á Sofía llamándola á Sermaize, sin hacer mención de la enfermedad de Lorenzo. Acto continuo, la señorita de Fierbois, provista de su ancho sombrero de paja y de un monumental paraguas, que la servía de sombrilla, se acomodó en el carruaje al lado de

M. de Rosieres. Eustaquio Lapasque, cuyas largas zancas rebasaban la tarima del pescante y rozaban la grupa del caballo, fustigó vigorosamente al animal, y el charabán echó á rodar en dirección al bosque.

IX

El charabán no se distinguía por la elasticidad de sus muelles; casi apoyado sobre su eje, daba saltos con un estrépito de hierro viejo, y á cada revolución de las ruedas, tanto el marqués como Sebastiana botaban en la banqueta como pelotas de goma. El movimiento de trepidación era tal, que hacía toda conversación imposible. Así, pues, cada cual de los viajeros permanecía absorto en sus propios pensamientos. La vieja contemplaba con aire distraído el centelleo de las avenas heridas por los rayos del sol; el marqués miraba la nariz y la barbilla erizada de cerdas de la señorita Sebastiana, que se estremecía al menor vaivén del vehículo; después exhalaba un suspiro, y se agarraba á la barandilla del carruaje, para no perder por su parte el centro de gravedad...

El charabán enfiló la gran trinchera de Trois-Fontaines. Hacía un tiempo hermosísimo, á propósito para las personas que no estaban enfermas. El cielo ostentaba un purísimo azul, apenas salpicado á lo

lejos por algunas nobecillas blancas. La lluvia había refrescado los bosques y lavado el verde ramaje, que reflejaba más vivamente la luz solar.

La naturaleza toda ofrecía un aspecto de salud y vida exuberante; las hayas lanzaban atrevidamente al espacio su opulento ramaje; los taludes ostentaban la roja alfombra de las digitales en flor, y á distancia los cascabeles de los carros de carbón dejaban oír sus argentinos sonidos.—¡Magnífico tiempo para los sanos!—se repetía maquinalmente el marqués, y su ansioso pensamiento se trasladaba al lado de aquel joven de veintiocho años, á quien había visto la noche antes rebosando de vida y de fogosa pasión y que ahora yacía enfermo en casa extraña.

A pesar de su frivolidad y fuerte dosis de egoísmo, la noticia de la enfermedad de Lorenzo le había impresionado. Concentrado en sí mismo, había sentido reavivarse la fibra del amor paternal. Lorenzo era su hijo, después de todo, y merecía haber sido mejor tratado.

Recordaba M. de Rosieres aquella tarde en que recibió en el Bois des-Penses al bello adolescente rebasando de juventud y de inteligencia, y acusábase de no haberse conducido con él como hubiera debido. Si, en vez de acogerle como á un niño á quien se alberga por caridad, le hubiera valerosamente reconocido como hijo suyo, otro giro hubieran tomado los acontecimientos. Considerábase responsable de aque-

lla serie de pruebas, sinsabores y desdichas que habían concluido por obligar á Lorenzo á vagar la noche anterior, como una alma en pena, por el bosque, bajo una lluvia torrencial. A la verdad, no acertaba el marqués á comprender tamaño dolor por causa de un capricho amoroso contrariado, pero el hecho era incontestable; Lorenzo debía haber sufrido horriblemente para entregarse á semejante desesperación; se encontraba gravemente enfermo, y si, por desdicha, aquella enfermedad se hacía mortal, M de Rosieres reflexionaba que suya, exclusivamente suya sería la culpa. Entonces su labio inferior se alargaba desmesuradamente, juntábanse sus cejas y miraba á Sebastiana con expresión humilde y contrita.

La madrina, cobijada bajo su amplio paraguas de cetonia azul, no cesaba de agitarse, hallaba excesivamente largo el camino y á cada momento tocaba en el hombro á Eustaquio, gritando:

—¡Pero no se acaba nunca este camino! ¡Llegaremos ya pronto?

—Sí, señora—contestó por fin Lapasque—no tardaremos... ¡Mirad, allí está Robert-Espagne!

Y con el extremo del látigo señalaba al fondo del valle y á los álamos, entre los cuales veíanse blanquear las casas. En el centro del pueblo divisábanse los dos grandes nogales del recaudador, y luego el huerto con sus dos hileras de tilos y su pabellón que dominaba el río Saulx. La presa parecía un hervide-

ro de agua, y de la concavidad del valle subía un animado ruido formado por el ronquido de los batanes, el vigoroso golpear de las lavanderas, el canto de los gallos y el mujido de las vacas.

El charabán empezó á bajar la cuesta con su estridente traqueteo. Todo respiraba alegría en aquella atmósfera: los leñadores encaminándose al bosque con sus hachas al hombro, los chicos que derribaban nueces á pedradas, las mujeres que tendían ropa lavada en la pradera, todos tenían semblantes alegres y satisfechos. Los ciruelos doblando sus ramas bajo el peso del fruto, los vallados llenos de encarnados escaramujos, de entre los que salían ruidosamente bandadas de chorlitos; todo, objetos, animales y personas, formaba una especie de concierto para celebrar el sol espléndido, el buen humor y la salud...

¡Tiempo deplorable para los enfermos!... Porque el sol arde en el exterior, y á pesar de las ventanas cerradas, el calor de la alcoba se hace irresistible para aquellos á quienes la fiebre tiene clavados en el lecho. La alegría y el ruido tumultuoso de la calle les irritan y les fatigan, todo se convierte para ellos en objeto de malestar y de fastidio, desde el rayo de luz que penetra por la juntura de las ventanas y en el que revelotea un polvillo dorado, hasta el zumbido de las moscas entre los pliegues de las cortinas.

Durante aquel período de subida de la fiebre, en cuyos sentidos permanecen despejados, el cerebro

solo está medio afectado y el entendimiento tiene conciencia todavía de los objetos exteriores, fíjase la atención en los más insignificantes fenómenos con infantil tenacidad. Los menores detalles, los dibujos del papel de las paredes, el tic-tac del reloj, el estridor de una sierra en la calle, adquieren una importancia anómala á medida que el enfermo les vá percibiendo. Desenvuélvense entonces en el cerebro extraños fenómenos de espejismo y de alocución; los sonidos, los colores, las emanaciones odoríferas parecen materializarse y gravitar con insoportable peso sobre los sentidos debilitados.

Lorenzo, tendido en el lecho, con la piel seca, abrasada la garganta y turbada la cabeza, se encontraba bajo la influencia de esta serie de fenómenos. Las sensaciones pesaban sobre su cerebro como potentes radillos compresores, y las ideas que engendraba parecían pasar por el laminador y desarrollarse sucesivamente con una lentitud y persistencia irritantes; le producían el efecto de interminables tiras de plomo, prolongándose hasta el infinito. A las impresiones del momento se amalgamaban los recuerdos de la víspera: la lucha con el marqués delante del jardín de la Espalleraie, la aparición de Santa María en el gabinete tocador de Mme. de Briculles, el copioso aguacero en medio del bosque. Su atención impotente ponía tenaz empeño en seguir aquellos lentos y monótonos desarrollos de ideas fijas, fatigá-

base en aquel trabajo, extraviábase en aquel laberinto, y parecía de pronto que aquellos largos hilos paralelos se enmarañaban y enredaban como una madeja desordenada, en que se hallaba aprisionado su entendimiento... Era que, en efecto, el delirio se apoderaba de su cerebro.

El anciano médico de Jeand'heurs llegó, examinó la lengua del enfermo, palpó el vientre y acercó á él el oído, como para apreciar misteriosos ruidos interiores, y en seguida, haciendo un gesto enigmático, dijo á media voz y moviendo la cabeza que la cosa iba para largo y que nada podía decirse todavía. Y se retiró después de recetar algunos medicamentos expectantes, que Lucrecia se apresuró á ir á buscar á la botica del lugar.

Valentina se había quedado con los niños de Lapasque, á los que hizo almorzar en su compañía, y después de las doce, aprovechó el pretexto de acompañarles para ir á casa de Lucrecia. Desde la mañana sentíase devorada por una horrible inquietud, y ansiaba saber cómo se encontraba Lorenzo y qué había dicho el médico. La señora de Lapasque, que tenía una alma excelente, sabía comprender y tomar parte en las inquietudes ajenas y adivinar los pensamientos, sin necesidad de ponerla los puntos sobre las íes.

—Ya que habeis venido—dijo á Valentina,—aprovecharé la ocasión para ir á casa del farmacéutico;

lleveremos á los niños al cenador, para que sus juegos y gritos no molesten al enfermo, y vos me hareis el favor de permanecer al lado de éste hasta mi regreso... No os dará miedo, ¿verdad?—añadió dirigiendo una mirada casi maliciosa á la joven.

En seguida, avergonzada de su pequeña perfidia, la buena Lucrecia se arrojó al cuello de su amiga y la besó con efusión.

Tan luego como estuvo sola Valentina, sin vacilar un momento y sin falsa gazmoñería, se fué derecha á la cabecera de Lorenzo.

Valentina no había olvidado á su antiguo novio, y su amor se mantenía tan vivo y profundo como el primer día. Pertenecía á esa fuerte raza del Este, que adquiere en el ambiente natal de sus bosques un temple parecido al que da el agua de aquellos rios al acero que allí se forja. Es digno de estudio el carácter de esas hijas del Meuse. Dificiles de impresionar, pero conservando hasta la muerte la impresión, una vez recibida; poco sentimentales, poco nerviosas, con más voluntad que imaginación, pero sanas, valerosas, sensatas y, una vez influidas por el amor, capaces de grandes arranques y de heroicos sacrificios. Cuando M. Maurin la hizo entender que no podía casarse con Lorenzo, Valentina bajó la cabeza en silencio, porque contaba en el número de sus deberes la obediencia á la paterna autoridad; pero pensó interiormente permanecer fiel al hombre á quien

había entregado su corazón. Encerró su amor en el fondo del pecho, pero al hacerlo no trató de sofocarlo, antes bien, le conservó vivo y ardiente, encendido como una lámpara en un subterráneo.

Desde el momento en que supo que Lorenzo estaba enfermo y tal vez de peligro, formó el propósito, á despecho de todos los poderes de la tierra, de correr á su lado para prodigarle sus cuidados. Ningun falso respeto humano ni temor al qué dirán ó á la murmuración de las gentes del lugar, hizo vacilar su resolución. Así como había considerado una obligación someterse á los mandatos de su padre sin discutirlos, así también se encaminaba ahora hacia el lecho del enfermo con el convencimiento de que cumplía con su deber.

A la alcoba donde se encontraba Lorenzo precedía una sala bastante espaciosa, donde había establecido Lapasque su despacho. Una especie de gabinete oscuro separaba ambas piezas, cuyas puertas había dejado Lucrecia abiertas, á fin de que el aire pudiese renovarse más fácilmente. Valentina se adelantó de puntillas hasta el umbral de la alcoba, y desde allí trató de distinguir á favor de la dudosa claridad que dejaba penetrar en la pieza los cerrados postigos de las ventanas, el rostro del hombre á quien amaba.

Lorenzo tenía echada atrás la cabeza sobre la almohada; sus ojos estaban entreabiertos, y la fisono-

mía, enrojecida por la fiebre y encajada entre su barba y cabellos negros, se destacaba vigorosamente sobre el fondo blanco del lecho. El delirio empezaba á enseñorearse de él, y sus labios pronunciaban frases incoherentes. Avanzando con precaución en la pieza oscura y silenciosa, pudo Valentina percibir esta palabra, que el enfermo pronunciaba lentamente y con un acento de indecible angustia:

—¡Abandonado!... ¡abandonado!

Valentina sintió oprimírsela el corazón, humedeciéronse los ojos, se aproximó á la cabecera de la cama y cayó de rodillas.

Una de las manos de Lorenzo descansaba sobre la colcha de la cama; Valentina la cogió suavemente entre las suyas, y luego, alentada por la oscuridad de la habitación, inclinó la cabeza, oprimió bajo su fresca mejilla aquella mano ardorosa, y permaneció así, encorvada, en una actitud de casto y tierno abandono. Conocida es la magnética influencia que sobre el organismo de un enfermo ejerce la proximidad y la cordial caricia de una persona querida, parece que se exhala de ellas un misterioso fluido que envuelve y tranquiliza al paciente. Tan pronto como la mano del joven doctor se puso en contacto con las manos y la mejilla de Valentina, calmóse un tanto su agitación, se disiparon las pertinaces visiones que oprimían su cerebro, y una calma relativa reemplazó á las pesadillas; era como una música pausada y

melodiosa tras una explosión tumultuosa de discordantes sonidos. El enfermo acabó por abrir los ojos y alcanzó á ver aquella figura arrodillada á su cabecera. ¿Seguía siendo juguete de un sueño, ó era, en efecto, la «linda flor de la vida» quien estaba á su lado y exhalaba en torno su virginai y suave perfume?

—¡Valentina!—exclamó con voz débil.

Levantó ella su graciosa cabeza coronada por los ligeros bucles de su cabellera castaña y llevó el dedo á los labios.

—¡Chist!—contestó.—No os movais... ¿Cómo os sentís?

—¡Mejor, mucho mejor!

La contempló con la indecisa expresión del que despierta de un penoso sueño y no acaba de comprender dónde se encuentra, y en seguida volvieron á cerrarse sus ojos y sus labios se movieron casi imperceptiblemente. Murmuraba sílabas confusas, entre las cuales únicamente á modo de melancólicos sonidos de campana, destacándose de entre el ruidoso estruendo de un repique lejano, se articulaban ciertas palabras con acento de penetrante tristeza:—¡Perdón!... ¡Culpa!... ¡Olvidol!...

De repente alzó la cabeza, clavó en Valentina sus pupilas fijas y dilatadas, y dijo con más energía:

—¡Cuán indigno soy de vos!... ¡Si supierais!...

—¡Calmaos!—contestó ella alarmada por aquella súbita exaltación.

Creyó comprender que Lorenzo, aludiendo á su nacimiento, quería hablar del secreto que había confiado á M. Maurin la tarde de San Juan, y replicó con voz dulce:

—Sí, lo sé todo, porque me lo ha contado mi padre; pero no os atormentéis, porque nada de lo que me ha dicho puede impedir que os ame muy de veras. No tengo más que una palabra, como no tengo más que un corazón. Lorenzo; ambos os los he dado, y no volveré á recuperarlos...

En tanto que se esforzaba por tranquilizarle, el marqués y Sebastiana, que acababan de apearse del carruaje, subían la escalera con las mismas precauciones que se emplean para andar por la habitación de un enfermo de peligro. Al llegar al centro de la primera pieza, percibieron el rumor de una voz á la cabecera de Lorenzo. La señorita Sebastiana, que iba delante, oyó las últimas palabras de Valentina, y asiendo bruscamente el brazo del marqués, se paró de pronto, y obligó á éste á detenerse también...

En la alcoba seguía el murmullo de la conversación, perceptible unas veces, otras confuso. El marqués y la señorita de Fierbois, inmóviles en medio del despacho de Eustaquio Lapasque, aplicaban el oído, con ademán de asombro, para coger al vuelo las exclamaciones del enfermo y las frases más claras y distintas de la muchacha.

—¡Perdón! ¡perdón!—se obstinaba en repetir Lorenzo, siempre acosado por su idea fija.

—No teneis nada que haceros perdonar—replicaba Valentina, hablando con cariñosas inflexiones de voz como cuando se quiere hacer entrar en razón á un niño.—Nada teneis que echaros en cara... Sois tan irresponsable de las faltas ajenas como yo lo soy de las preocupaciones de mi padre... Os amo tal como sois, con el nombre que llevais, y antes de ser esposa de otro, preferiré permanecer soltera toda la vida.

En un delicioso arranque de ternura, cogió la mano de Lorenzo y la oprimió contra su pecho.

—Sabedlo de una vez—añadió,—no puedo amar á nadie más que á vos... Antes de lo que acaba de ocurrir, jamás me hubiera permitido deciros nada de esto; pero os veo sufrir, y si mis palabras pueden servir de algún lenitivo, no me arrepentiré de haberlas pronunciado. Os amé desde el primer momento en que os vi en Trois-Fontaines. Os acordais, ¿no es verdad?... ¿La tarde de los acertijos?

El enfermo dió muestras de haber comprendido, y se sonrió ligeramente.

—Sí—dijo dando un suspiro,—los acertijos... ¡bien me acuerdol... «Tengo los hábitos blancos y amarillo el corazón»... En aquel tiempo el sol bañaba los bosques de Trois-Fontaines, y era yo dichoso... ¡Ah!—exclamó tratando de incorporarse con ademanes agitados.—¡Si yo pudiera! pero es imposible.

—¿Qué es lo que quisiérais?—murmuró Valentina con voz llorosa.—¡Decid, decid, amado mío!

—Si pudiera... cambiar mi vida.

Se agitó con mayor violencia bajo las ropas de la cama, y apoyando la cabeza en el brazo, dirigió en derredor una mirada escudriñadora. Aumentábase por grados su exaltación, y ya ni aun parecía darse cuenta de la presencia de Valentina ni de los esfuerzos que ésta hacía para calmarle.

—Ya lo oís—prosiguió dirigiéndose á no sé qué seres imaginarios—¡es necesario que se me cambie la vida! Quiero ser un hijo como los demás, y entonces me casaré con Valentina... ¡Decís que en algún tiempo me mostraba orgulloso de ser ahijado de un marqués?—Y se echó á reír nerviosamente.—¡Ahijado no, os equivocáis! Bastardo de un marqués... Sofia no está aquí, ¿verdad? y podemos hablar en voz alta... Pues bien, ¡soy bastardo!... Es un oprobio que ha amargado mi existencia y la suya... ¡Pobre tía Sofia!...

Se detuvo farto de aliento... Sus frases iban haciéndose menos perceptibles, hasta convertirse en un murmullo ininteligible, una especie de balbuceo infantil, y volvió á caer la cabeza sobre la almohada.

La señorita Sebastiana, en la vecina habitación, seguía oprimiendo cada vez con más fuerza el brazo del marqués, pero éste no pestañeaba; solamente un temblor nervioso agitaba su nariz y su barba, sus ojos

estaban humedecidos, y adivinábase por ciertas contracciones de sus labios el combate que en su interior se libraba.

La señorita de Fierbois clavó la mirada en los ojos del marqués, moviendo la cabeza.

—Madrina—murmuró M. de Rosieres—ese pobre muchacho me traspasa el corazón... Me voy.

—¿A dónde vas?—le dijo por lo bajo Sebastiana.

—¿A dónde?—contestó él con un brusco movimiento de hombros y con ademán á la vez furioso y enternecido.—Voy á buscar á Sofia, ¡voto al diablo!

X

Tendido en una butaca en el fondo del gabinete de estudio de Lorenzo, aguardaba el marqués de Rosieres á la señorita Husson, quien, según había calculado el marqués, debía llegar en el tren de las ocho.

Aunque poco impresionable por temperamento, no podía menos de sentirse hondamente preocupado ante la idea de volver á ver á Sofia, despues de un intervalo de dieciocho años, y pensando lo que tenía que decirle.

Había enviado á la sirvienta á buscar á su ama, con orden expresa de no decirle una palabra acerca de la enfermedad de Lorenzo, y completamente solo en la casita silenciosa, aguardaba, con el corazón agitado, el momento en que el prolongado silbido de

—¿Qué es lo que quisiérais?—murmuró Valentina con voz llorosa.—¡Decid, decid, amado mío!

—Si pudiera... cambiar mi vida.

Se agitó con mayor violencia bajo las ropas de la cama, y apoyando la cabeza en el brazo, dirigió en derredor una mirada escudriñadora. Aumentábase por grados su exaltación, y ya ni aun parecía darse cuenta de la presencia de Valentina ni de los esfuerzos que ésta hacía para calmarle.

—Ya lo oís—prosiguió dirigiéndose á no sé qué seres imaginarios—¡es necesario que se me cambie la vida! Quiero ser un hijo como los demás, y entonces me casaré con Valentina... ¡Decís que en algún tiempo me mostraba orgulloso de ser ahijado de un marqués?—Y se echó á reír nerviosamente.—¡Ahijado no, os equivocáis! Bastardo de un marqués... Sofia no está aquí, ¿verdad? y podemos hablar en voz alta... Pues bien, ¡soy bastardo!... Es un oprobio que ha amargado mi existencia y la suya... ¡Pobre tía Sofia!...

Se detuvo farto de aliento... Sus frases iban haciéndose menos perceptibles, hasta convertirse en un murmullo ininteligible, una especie de balbuceo infantil, y volvió á caer la cabeza sobre la almohada.

La señorita Sebastiana, en la vecina habitación, seguía oprimiendo cada vez con más fuerza el brazo del marqués, pero éste no pestañeaba; solamente un temblor nervioso agitaba su nariz y su barba, sus ojos

estaban humedecidos, y adivinábase por ciertas contracciones de sus labios el combate que en su interior se libraba.

La señorita de Fierbois clavó la mirada en los ojos del marqués, moviendo la cabeza.

—Madrina—murmuró M. de Rosieres—ese pobre muchacho me traspasa el corazón... Me voy.

—¿A dónde vas?—le dijo por lo bajo Sebastiana.

—¿A dónde?—contestó él con un brusco movimiento de hombros y con ademán á la vez furioso y enternecido.—Voy á buscar á Sofia, ¡voto al diablo!

X

Tendido en una butaca en el fondo del gabinete de estudio de Lorenzo, aguardaba el marqués de Rosieres á la señorita Husson, quien, según había calculado el marqués, debía llegar en el tren de las ocho.

Aunque poco impresionable por temperamento, no podía menos de sentirse hondamente preocupado ante la idea de volver á ver á Sofia, despues de un intervalo de dieciocho años, y pensando lo que tenía que decirle.

Había enviado á la sirvienta á buscar á su ama, con orden expresa de no decirle una palabra acerca de la enfermedad de Lorenzo, y completamente solo en la casita silenciosa, aguardaba, con el corazón agitado, el momento en que el prolongado silbido de

la locomotora anunciase desde el fondo del valle la próxima llegada del tren.

Iba descendiendo el crepúsculo; los gorriones picaban ruidosamente entre las ramas de los castaños del jardín, y el marqués, cerrando los ojos, recordaba aquellos remotos tiempos en que, joven y enardecido de amor y de impaciencia, acechaba en un cuartito parecido á aquel la llegada de Sofia á la cita de la noche.

Todos los recuerdos de su juventud, evocados melancólicamente, iban desfilando ante su memoria. Veía de nuevo la fiesta de Saint-Hoult y el baile campesino donde encontró por primera vez á la señorita Husson, que contaba entonces veinte años. Habíase instalado el salón de baile en una alquería, á través de cuya puerta carretera se alcanzaban á ver la verde pradera y los ribazos blanqueados por los ciruelos en flor, porque era un lunes de Pascua. Sofia llevaba un vestido de muselina de lana, manteleta blanca y un gorrito adornado de cintas color de rosa. Habían bailado toda la tarde juntos, y al anochecer habían regresado á pié por los bosques, donde aún no brotaba el follaje pero empezaban ya á cantar los ruiseñores. Al entrar en la ciudad, en plena noche, la joven permitió al marqués que le besase la mano. Aquel beso tuvo sucesores, y sucesores a trevidos, insaciables, que ya no se contentaban con el roce de una mano, sino que se extraviaban á los ojos,

á los cabellos y hasta á los labios de la temblorosa Sofia. Más tarde alquiló el marqués una pequeña habitación en una calle poco concurrida que daba á los huertos, y después de alguna resistencia, Sofia se dejó conducir á ella y volvió muchas veces... ¡Qué dicha entonces para M. de Rosieres espiar su llegada al oscurecer, oír á lo lejos su acelerado paso haciendo crugir el casquijo de la calle, escuchar en la escalera la tos nerviosa de una mujer tímida, y verla entrar de pronto, agitada, temblorosa y figurándose siempre que alguien la había seguido!...

Tan hondamente absorto se hallaba el marqués ante aquella evocación del pasado, que ni oyó el silbato de la locomotora ni la campana de la estación anunciando la llegada del tren. Solo pudo sacarle de su ensimismamiento el ramor de un paso ligero sobre la arena del jardín y el sonido, harto familiar para él en otro tiempo, de aquella misma tosecilla nerviosa que le anunciaba la llegada de Sofia. Hizo un movimiento de sobresalto en su asiento y se puso en pié, cuando la voz dulce y algun tanto alarmada de la señorita Husson resonaba en el vestíbulo.

—¿Y decís que ese caballero espera en el gabinete de Lorenzo?... Encended en seguida la lámpara, Catalina, y dádmela.

Transcurrió todavía un minuto, que parecía tan largo como una hora, y se abrió la puerta del gabinete.

Sofía entró con la lámpara, cuya blanca luz iluminó de arriba abajo la figura del marqués.

A la vista de M. de Rosieres, á quien conoció inmediatamente, recibió la infeliz Sofía un golpe tremendo en mitad del corazón. Temblaban sus manos y rodillas, y apenas tuvo tiempo de dejar la lámpara sobre la mesa-escriptorio y apoyarse, para no caer, en el respaldo de una silla.

—¡M. de Rosieres!—exclamó á media voz.—Ah! Dios mío, ¿qué es lo que pasa? ¿Dónde está Lorenzo?

—Tranquilizaos, Sofía—contestó el marqués con un tono que quería ser amistoso, pero que resultaba, por cierto tinte de preocupación embarazosa, agitado y casi áspero;—tranquilizaos, Lorenzo está en Robert-Espagne, con mi antigua amiga la señorita de Fierbois... Si os he obligado á regresar algo bruscamente esta noche es porque deseo hablaros á solas.

—¿A mí?... vos, ¿M. de Rosieres?

Sofía se había sentado. La luz la daba de lleno y sus manos, apoyadas en los brazos de la butaca, seguían temblando. El marqués, mientras se paseaba por la habitación, examinaba con curiosidad el rostro de su antigua querida; el óvalo puro y prolongado, al cual servían de marco los cabellos grises; los labios pálidos y los ojos brillantes y animados bajo la oscura línea de las cejas. No era, en verdad, la Sofía de otro tiempo, pero aún flotaba en torno de su persona algo de su belleza pasada. Bajo los mechones

grises volvía á ver el marqués las trenzas castañas de aquella espesa cabellera, donde en otro tiempo apenas podía penetrar el peine; á través de las pestañas inclinadas, sorprendía la irradiación de aquellos ojos tan dulces y que tan fuertemente le habían fascinado... Los rostros de nuestros contemporáneos vienen á ser melancólicos y fieles espejos donde podemos adivinar los cambios que ha sufrido nuestra propia fisonomía. Por eso, al contemplar los efectos que una treintena de años había operado en la hermosura de Sofía Husson, reflexionaba M. de Rosieres que también él había cambiado, y veíase obligado á reconocer que la comparación le favorecía muy poco. Su andar se había hecho más pesado, habíasele abultado la cara y ensanchado la cintura, al paso que Sofía parecía haberse afinado y adquirido mayor flexibilidad con los años. Siempre había manifestado maneras, gustos é inclinaciones propias de una mujer superior á su condición, pero desde su permanencia en Sermaize al lado de Lorenzo, la atmósfera más culta en que vivía había impreso en ella un sello de dignidad y de distinción que asombraba al marqués. Admiraba éste la facilidad con que la obrera de Jouvigny se había casi transformado en una gran señora, y reflexionaba que, después de todo, no habría hecho un papel desairado en su residencia de Bois des-Penses, y que acaso le hubiera valido más tomarla por esposa que condenarse á ver

perpetuamente delante de sus ojos al ama de gobierno Ambrosina. Harto indeciso y preocupado con lo que tenía que decir, seguía midiendo con pasos desiguales la habitación, cuando un movimiento de Sofía le hizo volver á su objeto. La madre de Lorenzo había levantado la cabeza, y parecía interrogar al marqués con la mirada.

—¿Quereis saber—principió á decir éste—á qué he venido?... Pues bien, os lo contaré en dos palabras: me siento inquieto por el porvenir de Lorenzo y disgustado por la falsa situación en que nos hallamos... He cometido faltas respecto á vos, Sofía, y quiero repararlas.

Al escuchar este preámbulo, habíase puesto Sofía encarnada como la grana.

—No hablemos de esto, señor marqués—contestó;—si habeis cometido faltas, las he olvidado... Creo haberóslo ya dicho y escrito: no tengo ninguna reparación que exigir.

—Lo sé, lo sé... habeis mostrado siempre conmigo una discreción y una delicadeza exagerada... Pero se trata de Lorenzo; quiero á ese muchacho y no soy tan egoísta como parezco. Le he creado una situación difícil y penosa y estoy dispuesto á toda clase de sacrificios para...

Habíase levantado Sofía, y sus ojos animados, en los que centelleaba un relámpago de altivez, se habían clavado severamente en su interlocutor.

—Perdonad—le interrumpió—y permitid que os conteste en nombre de Lorenzo y en nombre mio... Os damos las gracias, señor marqués, pero no aceptamos vuestros sacrificios.

—¡Sois harto orgullosa, Sofía!—exclamó él, poniéndose también colorado—y yo soy un torpe... Os he ofendido por haberme explicado mal, y trataré ahora de hacerme comprender con más exactitud... ¿Sabeis que Lorenzo está perdidamente enamorado de una muchacha que le ha sido negada á pretexto de ser hijo natural? ¿Sabeis que esta negativa le ha causado hondísima pena?

Los ojos de Sofía se llenaron de lágrimas.

—Sí—dijo con voz ahogada—y esa pena de mi hijo es la cruz más pesada que el cielo ha podido imponerme en castigo de mi falta.

—Falta que es tanto mía como vuestra y que ambos tenemos que reparar... Se le echa en cara que no tiene apellido; pues bien, yo se le daré... Para eso he venido á buscaros.

Sofía se había puesto pálida y la emoción le había obligado á volverse á sentar.

—¡Cómo!—balbuceó, al propio tiempo que un destello de alegría iluminaba de súbito su semblante.—¿Quereis?... ¿Me proponeis?...

La emoción no la dejó concluir.

—Sí—dijo bruscamente el marqués,—quiero daros mi nombre á vos y á él, si quereis aceptarlo.

Sofía volvió hacia él sus húmedos ojos y con testó con digna sencillez que encantó á su interlocutor:

—Puesto que se trata del porvenir de mi hijo, haré cuanto querais, M. de Rosieres.

Quedóse un momento reflexionando, con los ojos bajos, y añadió luego con voz grave:

—Pero ¿conoce Lorenzo vuestras intenciones? ¿Teneis la seguridad de que se avendrá ahora á aceptar un nombre distinto de aquel por el cual es conocido?

—¿Por qué habría de dudar? Y además, ¿s cosa que solo nos incumbe á nosotros dos, sin que él tenga voto en este asunto.

Sofía replicó moviendo la cabeza:

—No conoceis á Lorenzo; es más altivo y obstinado que yo, y si rechaza vuestra proposición, yo por mi parte me conformaré con su voluntad... Habladle esta misma noche, puesto que ya no puede tardar en volver.

—Es posible que no venga esta noche—murmuró con aire embarazado el marqués.

—¿Por qué?—preguntó ella, fijando en M. de Rosieres una mirada de asombro y de inquietud.—No tiene costumbre de pasar la noche fuera de casa... De todos modos, sea esta noche, sea mañana, es indispensable que le hableis, y yo nada resolveré sin saber su parecer.

—¿Háse visto jamás familia tan terca como esta?—exclamó el marqués malhumorado.—

¿Os parece que si yo hubiese tenido medio de hablar con él, no lo habría hecho á estas fechas?... Pero no me ha sido posible, porque..

Detúvose, no sabiendo cómo formular la infausta noticia. Sofía no apartaba de él los ojos, y cuanto más le miraba, más la chocaban su aspecto perplejo y su actitud embarazosa. Una dolorosa sospecha la asaltó de repente, y abalanzándose á M. de Rosieres, exclamó asiéndole del brazo:

—¿Cómo es que no le habeis visto? ¿Por qué no ha vuelto á casa?.. Todo esto es muy extraño, y estoy segura de que me ocultais algo... Alguna desgracia ha ocurrido. ¡Hablad, por Dios! ¿No veis que me estais matando?

—Vaya—balbuceó,—no os alarmeis, porque no será nada... Se ha quedado en Robert-Espagne porque se sintió un poco enfermo...

—¡Enfermo!... Sofía lanzó al marqués dos miradas coléricas.—Lorenzo está enfermo y no me lo decís antes que todo!... Estamos aquí perdiendo el tiempo, en tanto que él puede tal vez morir en una casa extraña sin los cuidados de su madre!... Quiero marchar inmediatamente!

Sofía estaba transfigurada y sublime en medio de su indignación; aquel arranque de natural ternura la daba una grandeza salvaje y una belleza extrañas,

que llenaron de admiración y de sorpresa á M. de Rosieres. No era aquella la dulce Sofia de modales discretos y reservados, de ojos bajos y de voz tímida; su rostro habia adquirido una expresión enérgica, era firme y vehemente su mirada, imperiosa su actitud, severo su acento. La idea de que su hijo podia hallarse en peligro habia despertado en ella toda la pasión y todas las osadías que sintiera en otro tiempo cuando adoraba al marqués. Este la habia cogido las manos y se esforzaba por tranquilizarla.

—Perdonadme—la dijo—y calmaos. Lorenzo tiene una calentura bastante fuerte, es cierto; pero se halla entre personas que le quieren y tiene á su lado, para atenderle, á la señorita de Pierbois y á esa joven, esa señorita Valentina, con quien debia casarse...

—Pero no me tiene á mí, á mí que debia estar allí la primera—exclamó Sofia con desesperación.—¡Marchemos!

—En la posada inmediata está el coche que me ha traído—contestó humildemente el marqués;—voy á mandar que lo enganchen y dentro de una hora estaremos al lado de Lorenzo. No me guardéis rencor, querida Sofia, porque al obrar como lo he hecho, he creído adoptar la determinación más prudente... La enfermedad de Lorenzo viene precisamente de los obstáculos puestos á su casamiento, y una vez entrado en razón el recaudador, se disipará la fiebre inmediatamente... He aquí la razón que he tenido para

procurar el remedio antes de hablaros de la enfermedad... Perdonadme, y decidme que consentis en todo por amor á vuestro hijo.

Al decir estas palabras la besaba las manos, y faltábale muy poco para caer á sus plantas de rodillas. Las lágrimas de Sofia cayeron de pronto sobre las manos del marqués.

—¡Marchemos!—repitió ella con voz suplicante.—Curémosle ante todo, y despues haré cuanto querais.

El coche estuvo muy pronto dispuesto, y veinte minutos despues rodaba en dirección á Robert-Espagne.

Durante el camino refirió á Sofia M. de Rosieres cuanto sabia con respecto á la enfermedad de Lorenzo.

Cuando llegaron al pueblo, todos estaban aún levantados en casa de Lapasque. Lucrecia condujo inmediatamente á la señorita Husson á la alcoba del enfermo, cuya cabecera no habia abandonado la señorita Sebastiana, que muy tiesa en su sillón, movia silenciosamente las agujas de su media y solo las abandonaba para renovar las compresas de agua fria, que se aplicaban á Lorenzo en la frente, ó para hacer tragar á éste algunas gotas de limonada.

A la entrada de la noche se habia exasperado la fiebre y reproducíase con mayor intensidad el delirio. A la vista de su hijo, cuya cabeza se volvía y revolvía sin cesar sobre la almohada, cuyos labios mur-

muraban frases confusas y cuyas dilatadas pupilas parecían seguir la huella de una visión extraña por el ámbito de la alcoba, no pudo la pobre Sofia reprimir un sollozo, y se dejó caer de rodillas al pie de la cama. La señorita Sebastiana abandonó la media, se arrodilló al lado de la madre de Lorenzo y la besó en la frente.

—Valor, querida mía, dijo en voz baja.—Hay aquí tantas personas que le quieren, que no es posible deje el Señor de compadecerse de él.

Se convino en que Sofia y la señorita de Fierbois velarian juntas al enfermo. Por su parte el marqués, despues de dar varias vueltas alrededor de la cama, con la torpe y ruidosa solicitud que caracteriza á los hombres en general y á los célibes en particular, conociendo que más servía de estorbo que de utilidad tomó la determinación de irse á acostar á la posada. Durmió muy mal, y al día siguiente, antes de rayar el alba, estaba ya levantado y volvía á casa de Lapasque.

Lorenzo había pasado una noche fatal y agitadísima. Hacia las ocho de la mañana llegó el médico, examinó al paciente, frunció los labios con un movimiento de cabeza, y dispuso sinapismos para combatir el aplanamiento comatoso que había sucedido al delirio. Retirábase despues de escribir la receta, cuando el marqués le siguió hasta la escalera, y le cerró el paso.

—Decidme, doctor—le preguntó con voz temblorosa—¿está grave?

Los labios del anciano médico se alargaron de nuevo, diseñando un gesto sibilitico.

—Estas afecciones son siempre graves—contestó.—En el caso del doctor Husson, que es vigoroso y sanguíneo, la fiebre ha tomado un caracter cerebral algo alarmante... Nada puedo aventurar antes del octavo día, sin que esto sea decir que la cosa sea desesperada... Un incidente imprevisto, un azar cualquiera, una influencia exterior pueden determinar una crisis favorable ó funesta... Volveré esta tarde.

—¡Uf!—gruñó el marqués.—todos estos galenos hablan en el mismo tono de oráculo...

De todo el discurso del médico, no había sacado en limpio más que una cosa: que podía sobrevenir una crisis favorable, y se preguntaba á sí mismo si no tenía en su mano el resorte para hacer surgir el incidente feliz que debía provocar esa crisis.

No era M. de Rosieres hombre muy fecundo en ideas, pero en cambio, cuando le ocurría alguna, se aferraba tercamente á ella y no la soltaba á tres tiros. El recuerdo de su conferencia de la víspera rodaba sin cesar por su cerebro, y bajo esta influencia salió á la calle, olfateó el viento como un jabalí que va en demanda de su pasto, y despues de interrogar á un campesino que canturreaba á su puerta, se encaminó á la casa del recaudador.

XI

Al estrépito que produjo agitando la campanilla de la verja, alzaronse los visillos de una ventana, y aparecieron un instante tras los cristales dos cabezas rubias, que espían curiosamente á aquel final y desconocido visitante.

Salió á abrir la criada, y el marqués fué recibido en el vestíbulo por Valentina en persona.

—Señorita—la dijo M. de Rosieres,—soy un amigo del doctor Husson y quisiera hablar á M. Maurin. ¿Tendría la bondad de pasarme mi tarjeta?

Al oír el nombre de Lorenzo Husson, Valentina, que estaba muy pálida, se ruborizó de una manera visible, volvió hacia el marqués sus limpidos ojos castaños, llenos de inquietud, y luego, tranquilizada por el rostro benévolo y franco del visitante, se atrevió á preguntar con voz trémula, cómo se encontraba M. Lorenzo.

—Sigue en el mismo estado... El médico no se atreve á decir nada todavía.

Los ojos de Valentina se humedecieron, un imperceptible estremecimiento agitó sus labios y una lágrima asomó al extremo de sus pestañas.

—¡Sois una buena muchacha!—añadió M. de Ro-

sieres, apoderándose de una de las manos de la señorita Maurin.—Tranquilizaos; Dios mejora sus horas, y espero que mi entrevista con vuestro señor padre dará por resultado acelerar la curación.

Valentina dirigió de nuevo una tímida mirada á aquel hombre extraño que parecía conocerla y conocer su secreto, se puso más colorada que antes, y echó á correr hacia el despacho de su padre.

El recaudador estaba gravemente sentado en su sillón de cuero y tenía delante, colocadas con el mayor orden, sus rigurosas matrices, carpetas rotuladas y legajos; detrás sobre la repisa de la chimenea, y haciendo juego, veíanse dos ardillas disecadas rellenas de paja (ofrenda propiciatoria de algún contribuyente moroso, amenazado de apremio) y un gran tiesto, cuyas soberbias flores de movibles estambres avivaban con sus tonos escarlata el conjunto gris del escritorio. El recaudador, recién afeitado, procedía con la majestuosa parsimonia de un hombre de Estado á abrir su correspondencia. Cuando su hija mayor penetró en el santuario, volvió á medias la cabeza y frunció las cejas á modo de un pontífice á quien se interrumpe en medio de un sacrificio. Después de que Valentina le anunció la visita del desconocido, contestó con fuego que estaba abrumado de trabajo y que no podía recibir á nadie. Tomó, sin embargo, la tarjeta que Valentina le presentaba, la acercó á sus ojos, bastante miopes, y de pronto afloja-

ronse los músculos de su rostro, al leer en la cartulina: «El marqués de Rosieres.»

Sin dejar de profesar el principio de que cada cual debe mantenerse en su esfera, no le parecía incorrecto á M. Maurin que los habitantes de las esferas superiores saliesen de su nabitaculo para visitar el del recaudador. Su amor propio burgués se esponjó suavemente á la idea de recibir en su casa á un marqués; así que hizo un ademán de condescendencia, colocó aquella aristocrática tarjeta en un sitio preferente de su pupitre, y dijo á Valentina que introdujese al marqués, poniéndose entretanto á separar lentamente las fajas de sus paquetes, á fin de que al entrar el noble visitante, pudiera recrearse ante el espectáculo de un agente del Estado en el pleno ejercicio de sus funciones.

Volvióse á abrir la puerta y se presentó M. de Rosieres, que echó una mirada indiferente sobre todos aquellos papelotes, aspiró haciendo un gesto aquella atmósfera peculiar de las oficinas atestadas de legajos, y clavó la vista sin emoción en el ceremonioso recaudador, que se había levantado para ofrecerle una silla.

—Hacedme la dignación de sentaros, señor marqués—dijo M. Maurin—y dispensadme si os he hecho esperar, pero es precisamente la hora en que recibo el correo—se pasó el pañuelo por la frente,—que por cierto es hoy más voluminoso que de costumbre.

Murmuró M. de Rosieres algunas frases de excusa, tomó asiento y siguió entre los dos personajes un paréntesis de silencio, que el recaudador fué el primero en romper, para enterarse del motivo que le proporcionaba el honor de...

—Vengo, M. Maurin—contestó el marqués—á hablaros de un joven por quien me intereso muy especialmente, y que desea casarse con la señorita Valentina vuestra hija.

El recaudador adoptó una actitud digna, y extendiendo majestuosamente el brazo, dió á entender que era todo oídos.

—A ese joven—continuó M. de Rosieres—ya le conoceis, es M. Lorenzo Husson.

La indulgente sonrisa que principiaba á retozar en los labios de M. Maurin, desapareció en un vuelo, á manera de mariposa asustada; apretóse su boca, alargóse su nariz con severa majestad, y extendiendo la mano, la agitó de una manera teatral, como para dar á entender que no podía seguir oyendo una palabra más sobre el asunto.

—Señor marqués,—dijo con su voz más solemne—perdonadme, pero M. Husson, por más que estimo en mucho sus prendas de caracter, no será jamás el esposo de mi hija.

—¿Y por qué, caballero?—preguntó M. de Rosieres sin pestañear y en la actitud de un hombre que había previsto esta primera resistencia.

—Porque esta unión no es aceptable; el doctor Husson... tal vez no debiera confiaros un secreto que me ha revelado, pero vuestra insistencia me impone el deber de explicaros mi negativa... el doctor Husson, digo, tiene la desgracia de ser hijo natural.

—Lo sé, caballero.

—¡Lo sabíais! — exclamó el recaudador, á quien un impulso de pudor alarmado, puso rojo como un tomate. Cruzó las manos sobre el pecho, y repitió:

—¡Lo sabíais, señor marqués, y no habeis vacilado en proponerme á mí, á un funcionario público, que me prestase á dar semejante ejemplo de anulación de las más respetables consideraciones sociales!

M. de Rosieres, que detestaba los discursos largos, interrumpió bruscamente aquel chorro de elocuente verbosidad.

—Probablemente—dijo—no ignorareis que, á consecuencia de vuestra negativa, Lorenzo ha caído peligrosamente enfermo... Pues bien, una sola palabra lisonjera por vuestra parte podría contribuir á curarle.

M. Maurín cerró los ojos y levantó los hombros, como para defenderse mejor de los argumentos del marqués.

—Yo no soy médico—caballero—dijo suspirando; —deploro lo ocurrido, pero mi resolución es irrevocable. No aceptaré para yerno sino á un hombre de probada respetabilidad.

—¡Alto ahí! monsieur Maurín—exclamó el mar-

qués.—Lorenzo es tan honrado y digno de respeto como el primero... Los hijos no son responsables de las faltas de los padres.

—Sí, ya sé que eso es lo que se suele decir —repuso con voz austera el recaudador—pero yo no profeso esos principios de moral; no quiero tener que avergonzarme de la familia de mi yerno.

—¡Cómo! —¿De dónde habeis sacado que tendriais que avergonzaros de ella?—replicó monsieur de Rosieres, á quien empezaban á calentársele las orejas.—La madre de Lorenzo es la más honrada de las mujeres, y en cuanto á su padre...

—Vais tambien á decirme que es el más respetable de los hombres,—le interrumpió monsieur Maurín replegando sus labios con expresión sarcástica.—No conozco á ese sujeto; mas á juzgar por sus procedimientos, he formado de él la más deplorable opinión, y me guardaré muy bien de exponerme á entrar en relaciones con un hombre de tan poco decoro.

El marqués hizo un gesto de desagrado. Por más que estuviese dispuesto á oír frases amargas, el lenguaje del recaudador ponía su paciencia á dura prueba... Ser cuñado del panadero Husson, podía pasar; pero oírse además amonestar por aquel oscuro recaudador de provincias, era ya demasiado.

—¡Sois harto severo, señor recaudador!—gruñó mordiendo el bigote,—el padre de Lorenzo habrá podido cometer faltas, pero el que esté exento de pe-

cado, que le arroje la primera piedra... Le conozco y os aseguro que es un hombre caballeroso, estimado en la sociedad, con una sólida fortuna y un nombre honrado.

El recaudador movió la cabeza y repuso:

—Ese hombre caballeroso no ha dejado por eso de engendrar un bastardo, á quien no quiere dar su apellido.

—La falta es reparable y el padre puede legitimar á su hijo.

—¡No lo creáis! Si hubiere abrigado la intención de reparar sus faltas no habría esperado hasta hoy para hacerlo. Ese padre será probablemente uno de tantos libertinos ricos y desprovistos de moralidad, que se consideran desquitados de todas sus culpas señalando una pensión pecuniaria á la mujer á quien han perdido... Por desgracia, lo estamos viendo todos los días en nuestras comarcas campesinas... ¿Os parece que tenga visos de formalidad eso de que vaya ahora á salir de su esfera para casarse con una mujer á quien comprometió hace cerca de treinta años? ¿Es eso creíble?

—¡Pues yo sí lo creo!

—Es cosa más fácil de decir que de hacer—murmuró el recaudador con exceptica sonrisa.

—¡Lo digo y lo haré!—exclamó impetuosamente el marqués, levantándose.—Lo haré ¡vive Dios! yo, que soy el padre de Lorenzo.

—¿Vos, señor marqués?... ¡Ah! ¡perdón!... Estad seguro de que...

El recaudador, atolondrado, había prescindido de sus actitudes solemnes, y sus brazos caían como péndulos á lo largo de su cuerpo; al mismo tiempo miraba con ademán despavorido á M. de Rosieres, que le parecía haber crecido dos codos.

—Sí, señor,—contestó este último—os empeño mi palabra de caballero de que dentro de quince días se publicarán los edictos de mi casamiento con la señorita Sofia Husson, y que en el acto de efectuarse reconoceré como hijo legítimo al doctor Lorenzo. Ahora bien, ¿persistireis en negar la mano de vuestra hija á este hijo mío que la ama y que es amado por ella?... Espero vuestra respuesta.

Paulatinamente repuesto de su aturdimiento, había tomado el recaudador un aspecto meditabundo. Con la frente baja, habíase llevado una de las manos á los ojos y procuraba coordinar sus ideas, algo embrolladas por el brusco desenlace de tan extraña aventura. Evidentemente, seguía siempre persuadido hasta la saciedad de que las gentes no debían casarse sino *dentro de su propia esfera*... Sin embargo, si M. de Rosieres, el rico propietario de las Islettes, reconocía á su hijo natural, legitimándole por medio de un casamiento y viniendo á ser Lorenzo heredero de la fortuna y del título, Valentina sería marquesa... No por el hecho de ser recaudador se deja de ser hom-

bre, y hay circunstancias en que puede ceder un tanto la rigidez de los principios...

Durante este tiempo estudiaba con inquietud M. de Rosieres los menores movimientos de M. Maurín, y al pensar que la suerte de Lorenzo dependía de un sí ó un no de aquel obstinado perorador, sentía algún calofrío en la espalda á medida que se prolongaba la meditación del padre de Valentina.

—Señor marqués—dijo éste por último, llevándose la mano al pecho con solemne ademán—no soy de piedra, y puesto que esos chicos se quieren y que vos me prometéis regularizar lo que hay de incorrecto en esta situación, consiento en lo que me pedís.

—¡Gracias á Dios!—exclamó *in petto* el marqués.

El recaudador, abriendo la puerta de su despacho, gritó:—¡Valentina!—y se encontró con que Valentina, por pura casualidad, pasaba precisamente por el vestíbulo.

Entró la joven muy acobardada y mirando alternativamente á su padre, que erguía majestuosamente la cabeza, y al marqués que se sonreía.

—Hija mía—comenzó M. Maurín,—el señor marqués de Rosieres me dispensa el honor de solicitar tu mano para el doctor Lorenzo *su hijo*.—acentuó estas dos palabras con énfasis,—y se la he otorgado... Ahora pide permiso á tu futuro padre político para darle un abrazo.

Antes de terminar esta frase, estaba ya Valentina

en los brazos del marqués, y por su parte, M. de Rosieres, se indemnizaba de las enojosas peroratas de M. Maurín, estampando dos sonoros besos en las frescas mejillas de aquella linda muchacha, destinada á ser su nuera.

—Y ahora—dijo tomando bajo el suyo el brazo de Valentina—voy inmediatamente á llevar la buena nueva á nuestro pobre enfermo y me llevo conmigo á esta señorita.

Era otro atentado contra las buenas prácticas sociales, pero el recaudador acababa de salvar de un solo salto tantos y tan respetables principios, que no acertaba ya á rehusar nada, y Valentina obtuvo autorización para acompañar al marqués.

En la alcoba del enfermo, las ventanas y postigos entreabiertos para renovar el aire, permitían entrar, juntamente con la alegre claridad de la mañana, los no menos alegres rumores de la población. Hasta dejábase oír de cuando en cuando, por encima de los tejados, el canto de una alondra al remontar el vuelo, y aquellas vivas notas, unas veces estallaban á modo de cohetes y otras se atenuaban y desvanecían, cual si el aéreo cantor se hubiese perdido en el espacio azulado.

La enérgica acción de los sinapismos había sacado á Lorenzo del sopor en que se hallaba sumergido á la salida del marqués. Parecía que la plácida sonrisa del sol, el fresco de la mañana y el lejano canto de la

alondra habían derramado cierta lucidez en su espíritu. El rostro menos desenchajado, la mirada más límpida, indicaban que, al menos por el momento, había recuperado el uso de su razón; pero al mismo tiempo, la dolorosa expresión de la boca y la amarga tristeza de la mirada, revelaban á Sofia y á Sebastiana que la inteligencia del enfermo se iba aclarando y que empezaba á comprender la gravedad de su estado. Espiaba con vaga inquietud los ademanes de las dos excelentes mujeres sentadas una á cada lado de la cama, cual si pretendiera leer en sus labios y en sus ojos lo que opinaban de su situación y lo que había diagnosticado y pronosticado el médico... Él, que tanto había amado la vida, ¿iba á verse obligado á abandonarla tan pronto?... Alargó á su madre la ardorosa mano que Sofia cubrió de besos, dejó vagar una forzada sonrisa por sus labios, y volvió á caer en su somnolencia.

Poco tiempo después entraron el marqués y Valentina; esta última fué inmediatamente á arrodillarse cerca de la señorita Sebastiana.

—¿Cómo va esto?—preguntó con tembloroso acento M. de Rosieres.

—Tiene menos calentura, pero está más postrado—contestó la señorita de Fierbois.

El marqués se inclinó sobre su hijo, le tomó una mano y le dijo endulzando la voz todo lo posible:

—¡Lorenzo! ¡Lorenzo! ¿Me conoces?

Abrió los ojos el enfermo, miró vagamente á aquel á quien en otro tiempo llamaba su padrino, é hizo una seña con los párpados.

—Vaya—prosiguió M. de Rosieres, que se sentía completamente dominado por la emoción,—despierta, amigo mío; aquí tienes á la señorita Valentina, que viene á darte una buena noticia... una noticia que te curará mejor que todas las drogas de tus colegas... Me oyes bien, ¿no es verdad?... Dentro de quince días Valentina será tu esposa, y yo me casaré con Sofia!

Extremeciéndose Lorenzo, dirigió una mirada de desesperación á Valentina, á su madre y al marqués, y en seguida los pesados párpados volvieron á caer sobre las pupilas... ¡Sería acaso demasiado tarde!...

No; los médicos son afortunadamente malos jueces en causa propia, y la naturaleza, esa incansable y magnífica generadora de milagros, tiene misterios y sorpresas con que ya cuenta el proto-medicato, por más que no quiera confesarlo en voz alta.

Por espacio de quince días, la vida del enfermo estuvo oscilando á manera de la luz de una lámpara expuesta á un fuerte viento, amenazando extinguirse de un momento á otro y, sin embargo, conservando un resto de llama azulada, siempre temblorosa, pero siempre perenne.

Hacia el fin de la noche del décimo-quinto día, la luz se hizo menos vacilante, se disipó el estupor, el adormecimiento comatoso, dejó lugar á un apacible

sueño, los latidos del pulso tomaron un ritmo más regular y las facciones del paciente recobraron su natural expresión. Lorenzo estaba salvado, y la señorita Sebastiana había tenido mucha razón al decir que, siendo querido por tantas personas, era imposible que la suma de tantas voluntades amantes no sirviera de poderoso contrapeso á la violencia brutal de la fiebre. En la convalecencia volvió Lorenzo a saborear la dulce copa de la vida y saludó al sol, á las flores y á los árboles, con la grata sorpresa del niño que las admira por vez primera.

Cuando todavía vacilante y sostenido por Sofia y Valentina, se aproximó á la ventana del jardín, cuando vió á lo lejos el bosque de rojizos matices, el río centelleante y los verdosos prados, humedecieronse sus ojos y abrazó con lágrimas de ternura á las dos mujeres que más quería en el mundo.

Entre tanto, habíanse publicado los adictos ó amonestaciones de Sofia y el marqués. Tan luego como estuvo restablecido el doctor, se celebró el casamiento en Sermaize, y ocho días después en Robert-Espagne el de Lorenzo y Valentina. La boda fué magnífica y ruidosa, como que asistieron á ella los cinco niños de Lapasque, y por la noche, en la sala de M. Maurin, desenfundó Eustaquio la flauta é hizo bailar á todos los concurrentes, sin exceptuar á la señorita Sebastiana y al grave recaudador.

El marqués y Sofia viven tranquilamente en Bois-

des-Penses, más á pesar de las instancias de su padre, no ha consentido Lorenzo en fijar allí su residencia. En vano M. de Rosieres le ha afirmado, para atraerle á las Islettes, que no encontraría ya allí al matrimonio Briouilles, puesto que Mme. Berta había logrado decidir á Santa María á trasladarse á París. El joven doctor se ha mantenido en su resolución inquebrantable, considerando como una especie de profanación, trasplantar su querida «flor de vid» á una comarca habitada por el importuno recuerdo de Berta Pontenille. Los nuevos esposos se han establecido en Sermaize, donde continúa Lorenzo ejerciendo la medicina. Semejante determinación ha sido para el marqués un verdadero disgusto. ¡Cómo ha de ser! Nunca hay goce completo en este mundo. Dígalosino el recaudador de Robert-Espagne; habíase ilusionado con la esperanza de que su hija sería marquesa, pero aunque ha abierto la compuerta á su elocuencia de las grandes solemnidades, no ha logrado convencer á su yerno. El joven médico considera su título nobiliario como uno de esos antiguos trajes de gala, incómodos y pasados de moda, que se guardan por curiosidad en un armario, pero que no llegan á usarse jamás. Y lo que hace llegar á su colmo la desesperación de M. Maurin, es que los clientes de Lorenzo, es decir, toda la gente del país, se empeñan hoy todavía en no llamarle más que «el doctor Husson.»



UAB

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUARAMANGA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS